

Archivo General de la Nación

Bañí o Engracia y Antoñita

(De acuerdo con la última
versión dejada por el autor)

Francisco Gregorio Billini
Novela

ANDRÉS BLANCO DÍAZ
Editor

Colección Juvenil, Vol. XV





Bañí

o Engracia
y Antoñita



Archivo General de la Nación
Colección Juvenil
Volumen XV

Francisco Gregorio Billini

Baní o Engracia y Antoñita

Novela

(De acuerdo con la última
versión dejada por el autor)

ANDRÉS BLANCO DÍAZ
Editor

Santo Domingo, R. D.
2020

Archivo General de la Nación
Colección Juvenil, volumen XV
Título: *Baní o Engracia y Antoñita*
Autor: Francisco Gregorio Billini

Cuidado de la edición y corrección:
Andrés Blanco Díaz

Diagramación y diseño de cubierta:
Juan Francisco Domínguez Novas

Motivo de cubierta: Paisaje banilejo por las Salinas de Puerto Hermoso.

Primera edición: Imprenta de El Eco de la Opinión, 1892

De esta edición
© Archivo General de la Nación
Departamento de Investigación
Área de Publicaciones
Calle Modesto Díaz, núm. 2, Zona Universitaria,
Santo Domingo, República Dominicana
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gob.do

ISBN: 978-9945-613-73-5
Impresión: Editora Corripio S. A. S.

Impreso en República Dominicana / Printed in Dominican Republic

Índice

DE ESTA EDICIÓN	9
PRÓLOGO. Carta al autor y rectificación de Herminia	13

LIBRO PRIMERO

PRIMERA PARTE

I. He vuelto a él	19
II. Engracia y Antoñita	25
III. Sus diferencias y sus rasgos	31
IV. Baní del natural	39
V. Felipe Ozán	47
VI. Un consejo y una lección	53
VII. Al ausentarme y al volver	61

SEGUNDA PARTE

I. En una tarde de estío	65
II. Cómo se resolvió.....	73

TERCERA PARTE

I. Vienen las fiestas.....	79
II. En las fiestas	89
III. La primera gota de hiel.....	99
IV. El Peroleño	105
V. Siguen las fiestas	113
VI. El juego del canastillo	117

FRANCISCO GREGORIO BILLINI

VII. Un perfil de Don Postumio	125
VIII. Su secreto	133
IX. Tras las fiestas.....	139
X. La revolución	143
XI. Véase cómo empieza	147

LIBRO SEGUNDO

PRIMERA PARTE

I. Enrique y Eugenia María	157
II. Su reclusión y su carta.....	165

SEGUNDA PARTE

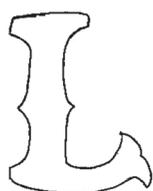
I. Tras el crimen... la fuga.....	171
II. Luchas	179
III. Otras luchas	187
IV. Don Postumio en su elemento	197
V. En y después de la invasión.....	205
VI. En casa de Candelaria Ozán	215
VII. Engracia y los talegos	225
VIII. Cosas de aquí...y de allá (<i>Cuique suum</i>)	235
IX. Antoñita salva al general en jefe.....	245

TERCERA PARTE

I. Espiritismo	251
II. Vino, estuvo y se fue	261
III. Un mal encuentro	269
IV. El anónimo	275
V. Una carta y un tropezón	283
VI. Realidades que parecen inverosímiles	293
VII. <i>Post Nubila, Phoebus</i>	301
VIII. O virtud o extravío	309
IX. Conclusión	319

APÉNDICE. Baní al natural	323
---------------------------------	-----

De esta edición



La primera vez que tuve noticias, imprecisas en aquel entonces, sobre la existencia de unos originales manuscritos de la novela *Baní o Engracia y Antoñita* fue a finales de la década de los años ochenta del pasado siglo xx. Aquellas informaciones hacían referencia a una versión de la obra, distinta de la comúnmente conocida por el público; para ser más precisos, se trataba de un manuscrito revisado y corregido por su autor, Francisco Gregorio Billini. Los datos que guardo en uno de mis cuadernos de notas y apuntes los hice con la intención de seguir averiguando sobre el particular y persistir en la idea de corroborar o descartar lo que había llegado a mi conocimiento.

Años después obtuve un ejemplar de la primera edición de la novela, gracias a un amigo bien enterado, que se dedicaba a la compra y venta de libros dominicanos raros o difíciles de conseguir, y al cual yo solía hacerle encargos específicos. En varias ocasiones aproveché para comentarle sobre el manuscrito y preguntarle si a sus oídos había llegado la información de su existencia. El amigo me refirió que eso se decía entre estudiosos de las letras nacionales y escritores que solían ser

sus clientes, pero que no me podía corroborar nada. «Lo he oído», me dijo varias veces en nuestras conversaciones y tratos sobre libros, revistas y documentos del siglo XIX y primeras décadas del XX, a cuya investigación y rescate me he dedicado durante muchos años. Poco antes de su fallecimiento, este amigo me llamó para recomendarme que me pusiera en contacto con alguien que posiblemente me podría facilitar datos precisos sobre lo que me interesaba, y me dio un nombre: el Dr. Frank A. Roca, quien había trabajado con la obra en prosa y en verso de Billini y publicado un estudio sobre este importante escritor y hombre público dominicano, bajo el título de *Francisco Gregorio Billini: aporte a la divulgación del prócer*.

Una coyuntura especial se presentó en 1998 cuando el para mí siempre recordado Manuel Rueda me informó en las oficinas de la Fundación Corripio, Inc., su decisión de incluir a *Baní o Engracia y Antoñita* como un tomo más de la Biblioteca de Clásicos Dominicanos, y que había citado al Dr. Roca para proponerle que se encargara de hacer el estudio preliminar de la obra. Fue así como, en mi calidad de editor de los volúmenes de dicha Biblioteca de Clásicos, me correspondió interactuar por varios meses con don Frank; y fue este el primero que me indicó por dónde encaminar las pesquisas del ya mencionado manuscrito: tenía que darme un viajecito a Baní y preguntar por los papeles de Francisco Gregorio Billini y su familia que reposaban en el Museo Histórico de esa ciudad, ubicado en la segunda planta del edificio del Ayuntamiento Municipal.

El tiempo pasó y, entre horarios de trabajo, la docencia universitaria y múltiples compromisos y obligaciones, mi visita se demoró bastante. Durante una conversación con Luis Beiro Álvarez, este me animó a que realizáramos el primer viaje juntos al lugar, luego de haber hecho las conexiones con sus amigos José Miguel Germán y José Dicén para orientarnos y encaminar las gestiones sobre el acceso a los papeles que allí se conservaban. Esa primera diligencia hizo posible que estableciera contacto continuo con la directora del

Museo, doña Mariana Landestoy, quien me abrió las puertas y siempre se mostró dispuesta a colaborar con la búsqueda sin traba alguna.

El material del archivo de Francisco Gregorio Billini y de otros miembros de la familia no estaba organizado, lo cual dificultaba de entrada el saber lo que se guardaba en las cajas allí depositadas. En tal virtud, debía entregarme a la búsqueda. Fueron muchos los viajes realizados al lugar, con una cámara digital preparada para fotografiar todo lo que resultara de importancia e interés para mí. Una mañana, dentro de esa revisión, encontré el original de una carta de Hipólito Billini Paulino, el hijo de Gollito, dirigida al Dr. Américo Lugo en abril de 1915, que me dio nuevas pistas y esperanzas. El primer párrafo de esa carta dice: «Con verdadero placer pongo en sus manos, conforme a sus deseos, los originales para la nueva edición de la novela *Baní o Engracia y Antoñita* que será publicada bajo la dirección del amigo Lucas Gibbes, quien está haciendo la patriótica propaganda en el extranjero de dar a conocer a nuestros modestos escritores».

La edición contaría con la iniciativa y el apoyo de la Librería Ollendorff de París, gracias a las diligencias realizadas por Lucas Tomás Gibbes, dominicano y antiguo discípulo de Eugenio María de Hostos, residente en la capital francesa. Pero el proyecto, que contaría con un estudio escrito por Lugo, no llegó a materializarse.

Esa carta sirvió de acicate para que siguiera la búsqueda del susodicho original, hasta que una mañana por fin apareció y, sin pérdida de tiempo, procedí a fotografiar todas sus páginas con mi Sony digital.

Es a partir de ese texto de la versión original de *Baní o Engracia y Antoñita*, pacientemente revisada y corregida por el autor y conservada por su esposa Ángela Paulino de Billini y el hijo de ambos, Hipólito Billini Paulino, que hoy se pone a disposición del público esta nueva edición de la novela, la cual puede considerarse definitiva, pues se hace respetando

el manuscrito dejado por el autor y que representa su última voluntad.

Como es lógico, se ha obviado la edición de 1892, pues, en este caso, se trata de una versión descartada por el propio Francisco Gregorio Billini y cuya publicación se hizo con la finalidad de allegar fondos para paliar la crítica situación económica que atravesaba el Colegio San Luis Gonzaga, el cual dirigía, desde la muerte de su fundador, el presbítero y filántropo Francisco Xavier Billini.

A pesar de que Hipólito Billini Paulino señala en su carta a Américo Lugo que las modificaciones y correcciones realizadas por el autor en el texto son mínimas, lo cierto es que tal afirmación dista mucho de serlo. Esto lo ha puesto en evidencia el cruce entre la versión de 1892 y el manuscrito dejado por Francisco Gregorio Billini. Dichos cambios y modificaciones son de todo tipo, comenzando por la eliminación del epígrafe de Jean-Jacques Rousseau que encabezaba la primera edición: «Acaso sean las novelas la postrera instrucción que haya que darse a un pueblo ya corrompido al cual no pueda aprovecharle otra». Hay cambios de palabras, eliminación de apartados y reescritura de párrafos y fragmentos. También se encuentran las correcciones de muchas erratas derivadas del trabajo realizado por los cajistas al momento de componer el texto. En muchos casos, los cambios de palabras hechos por Billini se deben a esas limitaciones: algunas letras mal colocadas en las cajas generaron la incorporación de palabras que no eran las de los originales y que, evidentemente, en el trabajo de corrección de las pruebas no fueron detectadas entonces; pero también se deben a la intención de dar más claridad y concisión al texto.

ANDRÉS BLANCO DÍAZ

Prólogo

CARTA AL AUTOR Y RECTIFICACIÓN DE HERMINIA

Departiendo en Baní con uno de mis amigos, a quien gusta en sumo grado la literatura, a menudo me excitaba a qué escribir, y me decía que yo podía encontrar un buen tema en la historia de las señoritas del mismo pueblo llamadas Engracia y Antoñita.

Yo me negué a ello observando, al amigo, que no era posible escribir fotografiando tipos contemporáneos, y relatando, aunque fuese con los ambages de la novela, y aunque fuera para ser leídas solamente en veladas de familias, cosas que tan recientemente habían ocurrido.

Ha pasado de esto mucho tiempo.

Y ¡he aquí una coincidencia extraña!

Hallándome otra vez en Baní, dos días hace que he recibido de la capital algunos pliegos de papel escritos, y que voy a transmitir precediéndolos de la carta que los acompaña y la cual es como sigue:

Santo Domingo,
25 de mayo de 1890.

Señor Francisco G. Billini
Baní.

Mi muy apreciado amigo:

No hace mucho que se me antojó escribir un episodio referente a nuestras dos amiguitas, las simpáticas y virtuosas banilejas Engracia y Antoñita.

Como sé cuánto ha estimado Ud. a esas dos alhajas de nuestro querido pueblo, no he vacilado un instante en enviarle en esos pliegos borroneados los originales de lo escrito.

Notará Ud. que en todo he estado flojo y muchas veces hasta fastidioso. Por más que he tenido a empeño retratar a las protagonistas, verá cuán imperfectos están esos retratos, como asimismo le dará pena, desde el principio, notar lo poco feliz que he sido, cada vez que he intentado física o moralmente, en detalles o en conjunto, dar a conocer a Baní.

Hubiera sido mi deseo extenderme más en lo relativo a la guerra civil y a la política personalista que tantos daños ha causado a nuestra pobre República.

No lo hice así, por evitar las sospechas que dieran motivos a creencias mal intencionadas de actualidad, y porque, habiéndome alargado más en este punto importante, habría tenido que dar otra forma a la índole de esta narración.

También pude ocupar más espacio al fotografiar el carácter y las otras cualidades que adornan a Don Postumio, el maestro y amigo de Antoñita.

Pero como habría tenido que meterme en intrincadas materias de metafísica, y como yo he escrito cada

Baní o Engracia y Antoñita

episodio a medida que he ido recordando los hechos, y según han venido a la mente las ideas, no quise emprender tan ardua tarea; tampoco habría dispuesto del tiempo necesario para hojear libros como los de Allan Kardec, *La pluralidad de las existencias* por Pezzani, *La pluralidad de los mundos* por Flammarion, y otros de igual género que me hubieran dado luz para plantear esas otras discusiones que tan a menudo se entablaban entre la discípula y el maestro, es decir, entre Don Postumio y la talentosa Antoñita.

Sin embargo, aunque en esta parte del libro no me haya extendido, como era mi deseo, acentuando más la última manía filosófico-espiritista en que dio Don Postumio, usted puede añadir (con tal que no se aduldere la verdad de los hechos) lo que crea de gusto y conveniencia.

Le advierto de antemano que al escribir esta historia, si se me permite llamarla así, no he tenido otro móvil sino el de complacer a los amigos que tanto me suplicaron lo hiciera. Si ella tiene algún mérito, es el que pueda darle el reflejo de la naturaleza y costumbres de Baní.

Así, pues, lo escrito está para usted y para los amigos y amigas de nuestro valle del Güera que quisieren dar su benevolencia leyendo a *Baní o Engracia y Antoñita*.

Estas dos criaturas, buenas por excelencia, perdonarán mi osadía.

Para ello cuento con usted.

Me suscribo su siempre buen amigo,

LEOPOLDO ANDÚJAR

Al leer y releer la carta que antecede, con los originales que en ella se mencionan, movido más que por otra cosa, por esa curiosidad que es instintiva en el corazón humano, y que quiere averiguar, si gusta o no, la obra que se acaba de escribir,

me fui con todo el rollo de papeles a leerlos a una joven de buen gusto, con quien yo había llevado relaciones de amor, y por quien toda la vida he sentido la afición tierna del alma.

Esa joven a la cual llamábamos Herminia, hoy una señora, la conocerán también los lectores, aunque sea de pasada, en tiempo y lugar oportuno.

Con mucho gusto escuchó Herminia la historia de *Engracia y Antoñita*.

Concluida que fue la lectura, le pedí su parecer, y sin decirme si estaba mal o bien relatada, opinó porque se reformaran los dos capítulos, el uno –que se titula: «Engracia y los talegos»–, y el otro –«Antoñita salva al general en jefe».

«En esos capítulos se exagera mucho –dijo Herminia–. Engracia no se llenó el vestido de sangre con el cadáver de Don Antonio, como dice ahí, ni se vio con él en el monte esa noche, al asesinarlo los revolucionarios.

»Con respecto a lo que le ocurrió a Antoñita al evitar la muerte del general en jefe, a que se alude, es incierto también que ella se vistiera de hombre y disparase tiros de revólver contra los bandidos Solito, Baúl y sus otros compañeros.

»Todo lo que se cuenta de Felipe Ozán y de su tía Candelaria –añadió en tono persuasivo–, me parece muy poco, demasiado poco; pues yo podría relatar otros hechos y añadir otras cosas concernientes a esos dos tipos que haría se les conociese mejor».

A causa de estas advertencias de Herminia, yo me he permitido rectificar los dos capítulos mencionados.

En cuanto a lo demás, inclusive la parte que se refiere a Felipe Ozán y a su tía, sin añadir, ni quitar, lo transmitió a los lectores tal cual existe en los originales.

LIBRO PRIMERO



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I He vuelto a él

I

Hacía más de siete años que me había ausentado del pueblo de Baní. Al cabo de ese tiempo he vuelto a él. ¡Qué de impresiones recibidas al verme con los seres de mi afección y en los lugares que despiertan en mi ánimo tantos recuerdos!

Donde corrieron los años de la infancia con sus inocencias y bellaquerías de niño; donde el corazón desplegó sus alas al impulso de las emociones de la juventud; donde sintió por primera vez la ternura de los amores, y donde tantas veces soñó la imaginación con los ideales de dichoso porvenir, después de larga ausencia, al volver, joven aún, ¿quién no siente un verdadero renacimiento de espíritu? Tanto en lo físico como en lo moral, todo parece entonces más bello y todo parece mejor.

Los objetos que, en otras situaciones normales del alma, no llamarían la atención, se presentan llenos de atractivos, y las cosas, por frívolas que sean, al relacionarse con uno, despiertan un interés mayor.

El cielo, si se contempla, es más hermoso. No importa que los horizontes estén despejados o foscos; ellos nunca

perderán su belleza. La brisa tiene más frescor, y no pasa sin denunciar su melodioso susurro entre las hojas del árbol, ni deja de sentirse en ella el aroma que nos trae cuando besa suspirando las flores.

Los destellos del sol, desde que nace hasta que muere, son más encantadores; la naturaleza toda, en fin, como que viste los mismos arreboles de alegría en que está envuelta el alma del recién llegado.

Este no es el huésped que causa en la recepción el temor de no ser bien atendido, y las inquietudes de aquellos que desean complacerlo; es el bien venido a quien regalan espontáneas congratulaciones; todos le dan y reciben algo agradable que no pudiendo explicarse es comprendido de todos.

¡Qué reciprocidad tan generosa! El viejo criado de la casa nos emociona con su alegría, y hasta el perro que dejamos al partir nos conmueve con sus caricias.

Los saludos de los extraños nos parecen entonces afectuosos y las demostraciones de afecto, por sencillas y naturales que sean, tienen para el corazón un mérito indescriptible. En cada antiguo conocido que estrecha la mano, cree uno haber encontrado un amigo, y en cada amigo o pariente, le parece al sentimiento hallar un hermano.

Por poco valioso que sea el favor ofrecido, se hace interiormente la promesa de retribuirlo con creces, y por insignificante que sea el obsequio, vale tanto como la sensación agradable que en exagerada disposición de ánimo se experimenta al recibirlo.

Los pensamientos tristes, las esperanzas decaídas creyéndose en derrota, baten sus alas y se alejan. El recuerdo de la alegría de aquello que fue tierno, de aquello que inspiró las ilusiones, lisonjea la imaginación, trayendo a ella el pasado para que vuelva a existir con sus goces en el presente.

En el seno de la familia, al abrazar a la madre, al padre o a la hermanita querida, ¿a quién no le ha pasado, después de largo destierro, lo del poeta de Sorrento? No se pueden ver los

semblantes de esos seres del alma sin que la ternura inunde de lágrimas los ojos.

Y si el recién venido vuelve ataviado con prendas morales o materiales, que en la ausencia le diera la fortuna o la virtud, las miradas del cariño se vuelven a esas prendas, y ante ellas, aparecen como riquísimo caudal; y si torna pobre, aunque haya derrochado la herencia que le entregara el padre, se le recibe como al hijo pródigo de que nos habla la Escritura.

Al volver el ausente de largo tiempo, la casa es una fiesta; a ella acuden parientes y amigos cada cual trayendo, física o moralmente, la expresión del parabién; porque en ese día, como dice el poeta,

*Solo hay de flores
castas coronas en el hogar.*

Y es de recordarse cómo se confeccionan los mejores dulces, se cogen del huerto las legumbres y las frutas más frescas, y cómo solícito en el campo, detiene el cayado en la manada –para darle muerte– a la más gorda de las terneras.

II

Así se reciben los hijos, y al padre, además de todo, ¡cómo se esmera la prole en prodigarle caricias! Y él mismo, al prodigar las suyas, y al repartir sus bendiciones con palabras de ternura, ¡qué de impresiones no siente! ¡Cómo se ve que no quiere descubrir (para no despertar en los hijos la delicadeza de los celos que causa el cariño), el distinguido cariño que profesa a la hija o al hijo privilegiado! Si es el esposo, a quien se guardó limpia de toda impureza la fidelidad conyugal aunque llegue en la noche y disfrazado como Ulises, ya la esposa lo habrá reconocido en el alborozo instintivo de su alma, y él olvidará hasta los sufrimientos de su Odisea. Cual que sea

el proscrito, en fin, no se acordará de sus peregrinaciones, porque en aquellos momentos como que se limpia el alma de todas sus llagas.

Después de tantas veces en que se vio en triste nostalgia, caer las hojas de los árboles, al volver a la Patria y al hogar, no cabe duda, se siente realizado el milagro de una verdadera resurrección.

Y en las resurrecciones tornan frescas y sanas las sienes que ensangrentaran las espinas del martirio, y no se perciben ni aun las cicatrices de los azotes de la desgracia.

III

¡Ah! si triste es la ausencia, más dulce es la compensación que ella nos da.

Un día, lejos de mi amada, la que es hoy mi tierna esposa, quise en unos versos que le dediqué expresar esa idea y dije:

*Quiero sufrir no viéndote
por gozar volviendo a verte.*

.....

Es verdad que nadie podría traer medida para la copa que contiene las gotas amargas vertidas entre los que se aman, cuando se dicen ¡adiós!

Pero, ¿quién tampoco pondrá precio al primer abrazo, al primer beso, a los primeros momentos, y a lo que se sucede después en el corazón, cuando se vuelven a ver la patria, el hogar y la familia?

Creo que el ser más insensible no podría, en el caso, resistir a esas sacudidas del sentimiento humano. Creo que hasta el filósofo estoico, acostumbrado a la indiferencia y teniendo a ufanía la frialdad de su corazón, encontraría burlado en sí mismo el propósito de no sentir, hallándose, sin saber cuándo,

herido por alguna de esas emociones. El corazón puede embotarse, y llegar a tener como ciertos árboles durísima corteza, pero como ellos mismos, no puede prescindir de que haya filos agudos que lo penetren...

IV

¡He vuelto a él! Y con cuánta razón hay motivo para experimentar las sensaciones expresadas, si en el lugar a que se alude, además de que estuvieron sollozando los seres queridos del alma, abundan hogares donde hay seres que al dar el abrazo de bienvenida contienen también la ternura que indiscreta en unos, humedece en lágrimas los ojos, y en otros, no se desdeña la satisfacción de bañarles en risas el semblante.

En las grandes ciudades volverá a su casa el proscrito de largo tiempo; el padre, o el hijo, a quien la ausencia durante años ha hecho sentir el hastío y la amargura de las playas extranjeras.

Y ellos serán dichosos al volver. Pero ¡cuánta diferencia! —esas gratas impresiones que recibe y que devuelve la sinceridad del cariño, no pasarán de los umbrales del hogar; porque en las ciudades populosas se pierde la individualidad, y el recién venido se confunde entre sus mismos compatriotas como si fuera un extranjero. No así en las villas o en las poblaciones pequeñas, y sobre todo, en el pueblo mío, donde nadie es desconocido de nadie, y donde todos se tratan como si fueran parte de una misma familia.

Por eso, al volver de mi ausencia, todos acuden a darme el saludo de bienvenida. Quiénes mandan a la casa ramilletes de flores, quiénes el pudín adornado con banderillas y polvoreado de carmín y oro, otros los lacticinios, el pastelón o las aves para el guiso.

Nadie excusa sus demostraciones de afecto.

V

Al volver a él, no es necesario ser impresionable para sentir el goce de la satisfacción, cuando uno mira por todas partes el gozo que en ello experimentan los demás.

Así en aquel día, el más dichoso de mi vida, el hogar de mis padres era todo felicidad.

En aquella casa que se llenó de gente, el ruido y la algazara de la alegría no se interrumpieron.

Los unos vienen y toman antes de despedirse el brindis que se les ofrece, los otros entran a la sala y hacen suya la animación general, y la mayor parte se queda a participar del festín.

Entre las señoras que se despiden, después de haberme dado el parabién, reconozco a una: es la madre de Engracia, quien en estrechísimo abrazo, con acento ahogado por el llanto, me dice: —¡Ah! ¡pobre Engracia! ¡hija mía! ¡qué contenta estaría con tu llegada!

No tengo tiempo a responderla; ella se marcha. Entonces, en medio al oleaje de tantas sensaciones como me invaden, noto que entre las jóvenes que han venido a saludarme faltan aquellas que más presentes tuve en la ausencia, mis dos queridas amigas Engracia y Antoñita.

Me ocupé en preguntar por ellas en todo aquel día de satisfacciones.

La alegría es muy egoísta, y, ¿quién, cuando no se le ha dado tregua al dulce sentir, puede echar de menos las faltas?

En fin, he vuelto a él. ¿He dicho algo referente a los rasgos morales del hogar adonde he vuelto? ¡No; que a lo descriptible de su belleza física, porque en el pueblo de Baní pródiga anduvo en sus concesiones Naturaleza!

CAPÍTULO II

Engracia y Antoñita

I

Después de todas las gratas impresiones recibidas al volver a él, ¡cuán hondamente hirió mi alma la experimentada al buscar primero solo y en silencio, y luego de no verlas, ni hallarlas en sus casas, al preguntar por las dos amigas más estimadas que yo tenía en el pueblo!

Bellas y hermosas ambas como las flores que al relucir del alba despiertan adornadas de rocío. Era Engracia de diez y ocho años de edad en aquel entonces, y Antoñita apenas contaba diez y siete.

Si esta relación que me propongo hacer no fuera real y cierta, sino inventada, yo me detendría largo rato describiendo a estas dos criaturas.

En el campo de su belleza hay flores que pueden regar en montones la imaginación de un novelista, y hay perlas en las urnas de su alma que el exquisito gusto del poeta haría relucir en espléndida corona.

Sin embargo, fuerza es seguir dando las noticias más convenientes a ellas.

Engracia, cuando la dejamos de ver, vivía tranquila y dichosa en su casita blanca, fabricada de tabiques de tejamanil, y cobijada de palma-cana, donde aún habitan su madre y sus hermanas.

Buena, sencilla, pura de intenciones, hacendosa, bella, retozando en el jazmín de sus mejillas el sonrosado pudor; con sus ojos verdes como las yerbitas que nacen a la orilla del arroyuelo de Peravia, o como las esperanzas que sonreían a su alma; con sus facciones finas y agraciadas; con su cabellera casi rubia y abundante, aunque un poco tostada; con sus lindísimas manos, no obstante el trabajo cotidiano a que se encontraban acostumbradas; con sus graciosos labios rojos, decidores elocuentes de la modestia de su ser, se mantenía candorosa y llena de juventud Engracia.

II

Antoñita, huérfana de padre como Engracia, vivía también feliz al lado de su madre y sus hermanos.

Desde muy niña dio a conocer Antoñita la precocidad de su inteligencia.

Era sensible como gota de rocío, extremosa en sus amistades y apasionada hasta lo sumo de las cosas que se acomodaban a sus gustos. Tenía en ciertos y determinados casos una firmeza de voluntad bastante notable, como eran notables también sus debilidades.

¡Extraño sentir de ese corazón!

¡Qué dualidad de carácter! Débil como los mimbres que se inclinan al más ligero soplo de la brisa, nunca podía negarse al halago, a la complacencia; tímida en causar el disgusto de los demás, siempre estuvo pronta a ceder aunque fuera en contra de su propio interés; blanda como la cera en sus impresiones, dejaba esculpir en su corazón las penas y las tribulaciones ajenas, y con ellas se mortificaba

acariciando el dolor hasta de aquellos que la habían hecho sentir dolores.

Aun a costa de su propio gusto, cuántas veces se sacrificó en aras de la amiga, o al ruego de la hermana o de la madre.

Era como las rosas, que de balde y sin sospecha alguna dan sus aromas aún a aquellos que vienen a deshojarlas. Pero cuando se encontraba en cualquier asunto, en cualquier caso que ella consideraba de delicadeza, o que lo creyese grave al cargo de su limpia conciencia, entonces parecía como que su alma estaba iluminada, y fuerte como el bronce y dura como el mármol, no había poder que la doblegara.

Antoñita no era de esas bellezas encantadoras que seducen a primera vista; pero en su trato, en su conversación viva y siempre acompañada de esa acción que da brío a las palabras y que insinúa más las ideas, revelaba que era mujer espiritual y capaz de sentir y comprender las cosas dignas de las almas levantadas.

Por eso Antoñita se conquistaba el agrado de cuantas la trataban.

Aquella cabeza erguida y poblada de cabellos negros que tan a menudo usaba en dos largas trenzas tendidas a la espalda; aquella frente despejada donde cualquiera podía leer las impresiones de su corazón; aquellos ojos tan expresivos, con su mirada inteligente a la vez que tierna; el suave perfil de su pequeña nariz, y más que todo, su boca que no economizaba aquellas risas sinceras, donde parecían anidar la franqueza y la complacencia, daban a Antoñita ese no sé qué que inspira la simpatía.

Antoñita, por otra parte, con algunas diferencias en el gusto y algunas violencias de carácter, estaba adornada de las mismas virtudes que embellecían a Engracia.

En su casa desde niña la mimaron mucho y todo se lo consentían, tal vez a causa de ser la hermana menor. Acostumbrada a esa prodigalidad de cariño, ella quería, y con razón, ser la más distinguida en el cariño de sus parientes y amigas.

Engracia no era tan exigente, ni mucho menos tenía el orgullo que en ciertos casos aparentaba tener aquella, pero

la verdad es que amaba sin ostentación y con extremos a las personas de sus afectos, y sobre todas ellas sentía una especie de debilidad por Antoñita.

III

Pobres fueron las dos desde su cuna, aunque Engracia mucho más que Antoñita.

Cuando Engracia llegó a tener uso de razón, ya estaba acostumbrada al trabajo. Todos los quehaceres domésticos los aprendió desde la infancia, y en materia de curiosas labores llegó a adquirir fama.

Antoñita no trabajó desde tan temprana edad, ni hacía los bordados y los tejidos tan finos como Engracia; aunque es, y siempre ha sido, cualidad de las muchachas de Baní tejer y bordar bien; pero aprendió a leer, escribir y contar con una facilidad poco común.

Los versos la entusiasmaban y los recitaba con gracia y sentimiento; sabía de memoria casi todas las poesías de nuestros poetas, sobre todo las de José Joaquín Pérez, de quien se complacía en repetir con su maestro Don Postumio (hombre muy dado a emitir juicios hasta en las materias que no conocía), que José Joaquín Pérez si no se empeñara en matar su propio sentir, abatiendo con el desaliento la estética natural de su alma, por su fácil ritmo y espontánea expresión, hija de ese lenguaje interior que retoza en su cerebro, cual si allí tuviera un órgano armónico, sería, sin disputa alguna, no solo el más connotado bardo de Quisqueya, como algunos le han llamado, sino uno de los mejores poetas líricos de la América.

Por esas dotes intelectuales y por las ocurrencias que tenía, en su casa y en el pueblo, cuando niña la llamaban la *Sabichosa*, como asimismo por el carácter suave de Engracia, por su modestia, por el eco dulce de su voz y por sus maneras apacibles, los de su familia y en la vecindad le decían *Graciadita*.

Era ella tan afortunada para vender sus labores, que le faltaban manos y tiempo para cumplir con los tratos que hacía, sobre todo en tiempos de fiesta.

Su madre muy complacida de esta buena suerte, cada vez que se presentaba la ocasión, no la desperdiciaba recalcándole la frase de costumbre:

—Engracia, hija mía, muchas veces te lo he dicho, acuérdate de eso: tú vas a ser rica casándote con un comerciante o con un hombre de negocios.

Y como Antoñita vivía leyendo y se hartaba la memoria de todo lo que leía, solamente después en dar las explicaciones sobre las obras y los autores, en su casa, como así mismo Don Postumio, no se cansaban de ponderar su inteligencia. Así era que cuando su madre hablaba de novios y matrimonios y daba consejos o hacía sus advertencias a sus otras hijas, relativas a los mozos del pueblo, concluía diciendo con firme aplomo:

—Antoñita no necesita de nada de esto, entiéndanlo ustedes; ella es suficiente a resolver de su suerte y a seguir sus propias inspiraciones.

Estas creencias o pretensiones expresadas de continuo entre las familias de las dos muchachas, no dejaron de influir en su ánimo, como se verá en el transcurso de esta narración.



CAPÍTULO III

Sus diferencias y sus rasgos

I



Siendo Engracia sincera, parecía de carácter reservado; mientras que siendo Antoñita, muchas veces por amor propio, efectivamente reservada, parecía más franca. A Engracia la distinguían su modestia y una prudencia a toda prueba. A Antoñita sus arrebatos, y un arrojo sin igual en los momentos precisos.

Engracia era humilde hasta en sus ideales, y sobria hasta en los atavíos relucientes con que tantas mujeres suelen vestirlos.

Antoñita, por el contrario, fantaseaba hasta llegar a términos imposibles.

En eso conservaba Engracia más la sencillez de su origen banilejo que Antoñita.

Cuando entre las dos hablaban del porvenir, Engracia apenas si tendía la vista para colorearlo más allá de las verdes lomas que rodean su valle. Antoñita daba vuelos a su imaginación y traspasaba los horizontes.

Para Engracia la felicidad de su porvenir podía muy bien acomodarse en su mismo pueblo; para Antoñita, no.

Ni aun con su presente estaba conforme: ella aspiraba a otro espacio, quería otra vida, deseaba otra residencia.

En esto también Engracia conservaba el tipo moral de sus paisanas de otros tiempos. Antoñita era la imagen de sus paisanas de hoy.

II

Las banilejas de hoy por lo común desestiman a su pueblo; inconformes en él desearían vivir en Santo Domingo.

Y algunas que llevan hasta el exceso esas sus ardientes aspiraciones, no comprenden que, en la mortificante idea de no poder realizarlas, pierden la dicha de vivir contentas en su hermoso valle; porque, como dice un filósofo, «muchas veces se es más feliz por la carencia de sufrimientos que por el goce de los placeres».

Así también aquellas que consiguen realizarlas, se exponen, como se ve muy a menudo, a perjudicarse de una manera sensible en el cambio.

Al mudarse del lugar donde nacieron y se criaron, se ven obligadas a mudar de vida y de costumbres, las necesidades aumentan y, por lo mismo, se aumentan los trabajos en unas y las privaciones en otras.

Cuando no pierden en la parte social, pierden en la moral; y no sería difícil probar con datos evidentes que hasta en lo porvenir de su vida se perjudican.

Las banilejas en su pueblo se casan en mayor número que aquellas que emigran de él.

Parece que inspiran más sus bellas cualidades entre los tintes de sus lomas y el aire puro de sus praderas.

Las rosas, cuando se ven prendidas de sus rosales, tienen un atractivo mayor; y en el campo parece que están más llenas de lozanía que en los cultivados jardines.

El agua cristalina se mira y se bebe con más gusto en sus propios manantiales.

Más sencilla, más pura, más poética se ve una ninfa entre las palmas de su valle y a las orillas de su río.

Junto a la fuente de su pueblo fue donde ofreció el mensajero de Isaac a Rebeca la corona nupcial.

No desdeñéis, pues, niñas de Baní, el tesoro que os dio Naturaleza; vuestro orgullo debe de ser Baní.

Por no violentarse en deseos irrealizables, bien se hallaban vuestras madres en su manera de vivir, sin envidiar el ruido de las capitales; y debido a esa conformidad nunca llegaron a perder la herencia que a vosotros es tan legítima y que de Engracia era preciadísimo timbre de honra local: aquella inocencia de vida y de modales que las agraciaba sin que fueran ignorantes; ese candor que mantenía imperturbable la serenidad de su conciencia; aquella sencillez en sus costumbres sin ser incultas; esa natural amabilidad sin coquetería que se conquistaba los corazones; aquella alegría de que gozaban en las más simples de sus fiestas sin ser tontas; y aquella satisfacción que tenían de su propio valer, sin abandonar nunca la modestia que les era peculiar.

III

Engracia, aunque poseía, además, esa otra cualidad que tanto abunda entre sus paisanas: la educación de todos los quehaceres del hogar, ni barría, ni fregaba, ni planchaba, ni cocinaba en su casa; pero tejía y bordaba constantemente.

Todo el dinero que ganaba con las labores de sus manos, lo aplicaba a la compra de sus vestidos y a la ayuda de los gastos de la familia.

Antoñita estaba siempre pordioseando los libros, y, como hemos dicho, leía las poesías y novelas que le era dable conseguir en Baní.

Cuando se dejaban de ver en las horas del día, preguntaba Antoñita a Engracia: —«¿Qué has hecho hoy?» —Engracia le mostraba con satisfacción algún bordado, guariqueña, tejido, o alguna costura. «Y tú ¿qué has hecho?». Y contestaba

con igual satisfacción Antoñita: —«¿Yo?... Leí la *Athala* de Chateaubriand, la *Julia* de Lamartine», o le citaba otra obra cualquiera que hubiese leído, y luego añadía: —«Me aprendí de memoria estos versos, mira»; y le enseñaba la copia de alguna poesía.

Con su carácter bueno y complaciente, celebraba Engracia a su amiga, y por lo regular exclamaba: —¡Ah! ¡Antoñita!...

Así pasaban el tiempo estas angelicales criaturas, y ambas experimentaban placer dignificador en sus diferentes labores.

La una con el afán de su lectura creía enriquecer su inteligencia y fortalecer su espíritu, privando en el ejercicio de la memoria como cultivo de su entendimiento; y la otra, sin hacer mérito de ello, cumplía una alta misión moral con el trabajo de sus manos que ayudaba a la subsistencia de su familia

No hay duda: Engracia era una hija excelente, y por eso su madre no se cansaba de bendecirla ponderando su fortuna.

Para afirmarse más en esa ponderación, refería muy a menudo el cuento de un gatito prieto.

Vulgar y todo parecerá el dicho cuento; pero no se pueden omitir ciertas circunstancias en la vida de personas que nos interesa dar a conocer, sobre todo, cuando esos detalles a veces muestran más de relieve y explican mejor el carácter de su individualidad.

IV

Siendo muy niña todavía, le regaló su madrina de bautismo un gatito negro, como signo de buena suerte.

De verse era el esmero con que la chicuela criaba a su animalito. ¡Con cuánta solicitud le daba la comida y le arreglaba el blando lecho!

Ella lo aseaba y le peinaba el pelo perfumándolo, y le ponía collares de cinta de diferentes colores.

¡Y qué manera de mimarlo y de prodigarle sus caricias!

Ella lo subía a sus piernas y le conversaba y lo bailaba y lo cantaba y lo besaba y estrujaba su hociquito con sus manos; aunque algunas veces, al tomarle las patitas para enlazarlo en forma de abrazo a su garganta, solía el felino animal abrir sus uñas y hacerle sus cardenalitos a la pobre niña. Ella al sentirse arañada «¡anda ingrato! —¡no me quieres!», decía, tirándolo al suelo.

Pero reconciliándose bien pronto con él, volvía a entretenerse en los mismos juegos y caricias.

Con esos mimos y ñoños fue creciendo el gato, manso y domesticado, hasta llegar a obedecer como un perro a todo lo que se le mandaba; y así gordito y juguetón se hizo hermoso y un cazador de fama, al extremo de causar la envidia de cuantas personas lo veían.

A un vecino de posición acomodada le dio por querer comprarlo; y después de algún tiempo de haber hecho varias proposiciones inútiles para que se lo vendieran, llegó un día en que ofreció por él una ternera de año. La madre de Engracia, que era muy interesada, veía un buen negocio en el cambio, y aunque hacía la consideración del mucho cariño que su hija le tenía al animal y la pena que debía causarle desprenderse de él, se fijaba más en el beneficio que en la pena de su hija.

Engracia, que ya había entrado en sus once años, comprendió el deseo de su madre, y pensando en lo ventajoso del negocio por lo que su madre se complacía en ponderarlo, ella misma, sin más vacilación, entregó el gato al vecino.

¡Qué esfuerzo tan sobrehumano hizo la niña! ¡Cuántas lágrimas derramó a solas!

Empero, la pena engendrada por la virtud llega un día en que se torna en gozo. Así como todo en el mundo se equilibra, se equilibra también el sentir del corazón, y las acciones, tarde o temprano, reciben con creces el premio merecido.

Esas lágrimas de Engracia tuvieron su compensación.

V

Apenas si habían transcurrido cinco años cuando Engracia, llena de alegría, experimentó la satisfacción de recibir el dinero de la venta de sus reses, que había producido la novilla cambalachada por el gato.

Con ese dinero pudo Engracia regalar vestidos a sus hermanas en las fiestas de la patrona del pueblo, y pudo dar a su madre el valor de la cobija de su bohío que estaba vieja y llena de goteras.

VI

Antoñita no tuvo nunca un rasgo como ese; pero recuerdan las gentes de la población que una vez, en uno de esos incendios que ponían en tanto conflicto a Baní, ella, con la inspiración del genio, salvó la casa de su familia, amenazada ya por las llamas de la casa vecina, revistiéndose de un valor extraordinario.

Es costumbre allí, muy digna de aplaudirse por cierto, que al toque de ¡fuego! acudan todos; pero también sucede muchas veces que hasta los hombres se atortolan y hacen dúo a las mujeres, dando gritos y carreras inútiles; en tanto que el monstruo devorador sigue causando ruinas y dejando envueltas en el dolor de la miseria y sin hogar a las pobres víctimas a quienes ampara la filantropía de los que logran salvarse del incendio.

Antoñita en esta ocasión, con la energía del mismo fuego, si así cabe decir, levanta la voz, inspira valor, sustituye con la suya la iniciativa que debiera tomar la autoridad, y como una heroína en medio del conflicto, ordena, manda, y hombres y mujeres la obedecen.

Aquí hace destruir un tablado, allí dispone colocar escaleras, más allá organiza el baldeo, y empapando sábanas en agua

que arrojan a los hombres que están sobre la techumbre, pone freno a la candela y salva el bohío de su madre.

VII

Acabamos de anotar a la ligera las diferencias de carácter de las dos protagonistas de esta historia; diferencia que si bien se examinan resultan ser afinidades, pues en el fondo se parecían, se confundían, se cambiaban.

En algunas exterioridades disentían tal vez por capricho o por gusto; pues cuando Engracia, por ejemplo, en esas idas al río y al volver del baño recogía varitas de San José, y esas otras menudas y bellísimas parásitas, que allí llaman *cañuelas* y *angelitos*, Antoñita llenándose el labio de flores de *quibey* (especie de azucenas hermosísimas, que encierran un veneno activo), le llamaba la atención poniéndose delante:

—¡Antoñita! ¡no seas local! —gritaba Engracia llena de miedo, quitándole las flores de la boca.

Y otras veces en tanto que Engracia se ocupaba solícita en arreglar su ramillete, Antoñita se entretenía en cortar espinas de *guazábara* y traía a su casa ramas de guayacán en las manos.

No así sucedía en otras cosas.

Muchas veces entablaban discusiones sobre modas, baile y música, o sobre algún parecer concerniente a la belleza o a las cualidades morales de alguna de las otras amigas del pueblo.

Por lo regular Antoñita triunfaba en sus opiniones sin que por esto Engracia dejara de sentirse satisfecha con el triunfo de su amiga; y tanto era así, que después en las conversaciones que tenía con otras personas, cuando se hablaba referente a las mismas materias, daba el mismo parecer de Antoñita y se complacía en anteponer estas palabras:

—Yo digo y pienso sobre esto como Antoñita.

Y no se crea que Engracia fuera una mujer desproveída completamente de iniciativa, ni mucho menos que fuera una

sosa incapaz de formular un buen juicio sobre las cosas; por el contrario, tenía clarísima concepción y mucho tino en el pensar.

VIII

Como palomas arrulladas bajo las palmas de su pintoresco valle, descogiendo las alas al romper sus crisálidas entre oro y rosas el orto de las mañanas, para subir del prado a la colina, nunca remontando su vuelo más allá de los nidos de paja que forman sus viviendas, y asentándose, de caricia en caricia y de brinco en brinco, ora en la cima del risco, o ya cabe al cristalino río inspirador de sus amores, Engracia y Antoñita queden mientras nosotros lancemos una ojeada al lugar que las vio nacer.

CAPÍTULO IV

Baní del natural

I

E

l lugar pintoresco de los pintorescos lugares
¡quién pudiera describirlo!

Hermoso panorama presenta a la vista la extensión de su llanura rodeada de lindísimas lomas que caprichosamente se levantan variadas en formas, tamaños y colores. El arte dando a Miguel Ángel los pinceles y templando la lira de Lamartine encontraría allí digno motivo de inspiración.

Pero en la lucha de la competencia, en ese estímulo que sublimiza al arte, habría siempre la distancia que hay entre la copia y el original, entre la obra inspirada del hombre y la que se hizo al calor de la inspiración de Dios.

Esas lomas que ofrecen tantas bellas perspectivas, según que uno se les acerque o se les aleje, vistas desde el centro de la población, con los arcos y ángulos que describen en el fondo del cuadro, y con sus líneas extendidas de lado y lado, vienen a formar el conjunto armonioso de una cordillera semicircular que termina al sur, dando espacio a la ancha planicie que precede a la costa.

Anfiteatro en donde la naturaleza enamorada derramó sus primores, poniendo algunas de las de atrás más altas para que

en lo verde de las primeras y en lo azul de las otras, esas lomas así colocadas, hicieran el contraste del zafiro y la esmeralda, como si la esperanza debiera estar siempre más a la vista para ser precursora del más allá.

Entre ellas, las que se miran en sus lejanías, cuando no confunden la limpieza de sus tintes con el de los cielos, se coronan con el nácar de las nubes teñidas de arbores; y las otras que describen el arco más al frente del caserío, adonde juegan de continuo los cambiantes de la luz, aunque tupidas por el guano, la yaya y el maguey que las pueblan, dejan descubrir en algunos de sus lomos las peladuras de los azotes que les han dado los siglos, y alguna que otra calvicie que las tempestades han hecho en sus crestas.

En el fondo del valle aparece la población bañada en sus faldas por las aguas repartidas del río, y cortejada por las pequeñas aldeas que la circundan.

Si se buscaran comparaciones, sobre todo en tiempos en que su suelo se engalana con el alfombrado de innumerables florecitas amarillas, al divisarla desde alguna altura, con sus techos de palma-cana, que abundan en mayor número en los bohíos de sus contornos, con sus cobijas de zinc y sus tejados en el centro diríase:

Baní semeja a una cesta de mimbres cubierta de chispas de oro y con bordes de plata, llena de objetos multicolores, colocada encima de una meseta, y que tiene en el vacío de las curvas que forman sus asas caídas otros cestillos de paja salpicados de flores ¡y con fondo y franjas de esmeralda!...

II

El cielo de ese valle, lindo como el ponderado cielo de Italia, y rival entre aquellos de la zona «que al sol enamorado circunscribe el vago curso», siempre sereno, a menudo nos sorprende con el jaspeado embutido de sus relieves o con esos

preciosos mosaicos que se destacan en medio de la bóveda y que parecen allí puestos para colgar en la noche esa lámpara de luz melancólica que de continuo está alumbrando la mitad del universo.

En otras veces, principalmente en las tardes estivales, se pintan variadas decoraciones en sus confines; los colores del arco iris retozan en ellos amontonándose para reproducirse en espejismos encantadores.

El reflejo de esos cuadros iluminados por la parte de Occidente enciende los matices de las montañas por la parte del Norte, pronunciando la corrección de sus líneas en esa otra cordillera de nubes de nieve que se destaca detrás del azul subido de las más elevadas: prodigios de esa atmósfera que se complace en reproducir en sus volúmenes aéreos y volubles, esos otros volúmenes firmes y sólidos del planeta.

¡Oh! ¡Cuántas veces, envuelta mi alma en plácida impresión, he contemplado en esos horizontes la sonrisa de la naturaleza al levantarse las auroras, y su poética melancolía al acostarse los crepúsculos! No parece sino que para toda esa constante labor de bellezas celestiales, se escogiera, en las mañanas y en las tardes, algún ángel enamorado de esos que manda Dios a los lugares favoritos de la tierra.

III

¿Y a quién no despertarán el sentir del corazón las noches del ameno valle, si se pasean al resplandor de la luna y a las orillas de su río?

De ese río, desprendido entre hilos de aljófares que se deslíen, donde vienen a vaciar sus cuencas rebozadas de rocío bendito las vírgenes peregrinas del cielo.

En él no se miran las aguas turbias de los que tienen su lecho en el lodo. Exento de impurezas, no recibe en su seno sino los manantiales que lo fecundan y alguno que otro limpísimo

arroyuelo. Nació para fertilizar sitios deliciosos; para besar enamorado las faldas de la virgen población a quien circunda. No es él de aquellos que con mangas imponentes, con esos saltos que meten miedo, con ese oleaje que descompone, suspende el ánimo con violenta conmoción. El encanto de su poesía es sencillo y pastoril. Allí solo se ve el gracioso juego de sus transparentes ondas: conjunto de rizos de cristal, que plegándose los unos a los otros, corren con rapidez detrás de los primeros, sin poder alcanzarlos en el nítido aleteo de su marcha presurosa.

Si se oye el agradable murmurio del retozo de esas ondas, aunque ruidoso en su caída, es tan suave y tan inspirador de la ternura, que se creyera habíanse ocultado en sus cascadas las ondinas a gemir.

Y ¿quién no se finge más esa fantasía cuando se miran sus borbotones de espumas, ¡como si fueran los blancos hombros descubiertos de esas mismas ondinas? ¡Oh! ¡recuerdos de mi dichosa infancia! En esos chorros ¡cuántas veces escondido entre las verdes cucarachas de la isleta de algún cascajal, o encima de alguna barranca hice real esa ilusión al ver a las muchachas de mi pueblo, con el pelo tendido a la espalda, los brazos desnudos, el turgente seno medio oculto entre los encajes de sus camisas empapadas y los pies también desnudos, acostarse sobre las piedras, oponiendo los hombros y la cabeza al choque de las aguas que ahuecándose dejaban ver sus cuerpos en el vacío por dentro de las bóvedas del transparente líquido, como si fueran ninfas allí aparecidas entre nichos de cristal.

IV

Ese río que se llama Baní y que muchos confunden con el barrancoso arroyo de Güera, al salir del culebreo de sus lomas, se extiende, por algunos lados entre blancos cascajales; y en la arboleda irregular de sus márgenes, como en todas las de sus

cercanías, aunque no se vea el tupido de esa bruta fertilidad que enmaraña los bosques, reverdecen los arbustos, que la primavera llena de flores, haciendo contraste con esos claros caldeados por la seca donde ostentan sus espinas, el *cayuco*, la tuna, la *alpargata*, y más que ninguna otra la *guasábara*, indígena de greñas erizadas, que de toda esa familia de caliente raza, es la más arisca.

Así se mezclan lo bello con lo árido, lo agradable con lo áspero, lo triste con lo risueño, como si la naturaleza allí quisiera significarnos, que así como andan juntos en el mundo la alegría y el dolor, así también se avicinan las cosas que los simbolizan.

Y en esos cactus que tanto abundan en Baní y que tanto pincharon los dedos míos y los de mis compañeritos de infancia al robarles sus pomas color de grana y bermellón, aseguran algunos encontrar los asímiles productores de la rica y preciosa cochinilla.

V

Pero lo que causa mayor sorpresa es cómo a la sequedad rígida y característica de esos campos, que a veces parecen azotados por ráfagas de fuego, para poca lluvia les basta para que reverdezcan sus pastos y para que florezcan sus plantas.

Entonces, no ya solo por los caminos que conducen al río sino por todas partes, ¡cómo se perfuma el ambiente y qué gusto da ver los primores de aquella vegetación! ¡Cómo se engalana el suelo con el alfombrado de oro de sus innumerables florecillas de abrojo; y con qué grata impresión nos sorprenden: aquí los árboles pequeños que entrelazan sus ramas coronadas de campanitas blancas, moradas y azules; allí la exuberancia de las carga-agua, exhaustas de hojas por estar cuajadas en racimos de flores, émulos del tinte encendido de los crepúsculos; más allá el frescor de las verdes cabritas que al multiplicar sus frutos se destacan con sus copas redondas

como los cascos de muchas torrecillas que estuvieran cubiertas de grana y salpicadas de coral!

Por otros lados se prodigan los tendidos de fideos, bejuquillos color de naranja, que en hebras miles forman las cabelleras de oro con que se cubren, no solo el verdor de algunos arbustos, sino también las zarzas y los guaos, exornando sus lechos con las guirnaldas de la preciosa flor de novios, como si en los tálamos nupciales debajo de las flores estuvieran las espinas. Y por último las trepadoras anónimas, que no conoció Linneo, especie de madreselvas y galaripsos, que entrelazándose las unas con los otros presentan las bóvedas gachas de sus enredaderas, donde los chicuelos van a sorprender dormidos a los simplones pajaritos, ya que dado no les es dar caza a los que, cautos, aperciben el peligro, y sobre todo a los dos envidiados que en mayor número pueblan aquellas regiones; a esos que se repiten a sí mismos su propio nombre: el primero, negrito presumido que tuerce graciosamente la cola para ensanchar su vuelo y para dar más luz a los arcos encendidos de sus ojos; y el otro, de cabecita achatada, abultadito de cuello, currutaquito de simpática figura: ambos recogidos en el recato de sus amores, y a quienes llaman por armonía imitativa de su canto, al uno *Chin-Chilín* y al otro *Julián-Chiví*.

VI

¡Oh! ¡Baní! ¡paraíso de mi infancia! ¡Lugar de mis ensueños de poeta! Cada vez que he querido describir las impresiones recibidas al contemplar tu naturaleza, rica de paisajes, preciosa en matices y fecunda para inspirar ideas y sentimientos, no he encontrado ni energía en las expresiones ni colorido en las imágenes!

Sí he intentado contar lo que pasa en mi interior cuando después de largo tiempo te he vuelto a ver ...¡pueblo mío!... los gritos muchas veces dicen más que las palabras; ellos son

el recurso de aquellos que no pueden expresarse, y aún de los que saben transmitir su entusiasmo: Chateaubriand en las Termópilas gritó llamando a Leónidas; el Tasso lloró gritando después de su cautiverio al volver a Sorrento: ¡yo también he gritado para desahogar mi corazón, sobre el derrisco de sus lomas y a las orillas de tu río! Más apasionado que Rousseau al volver al sitio de sus amores, yo he cogido el polvo de aquella tierra para besarlo; porque Baní, ese pueblo de los sueños de mi juventud, es el oasis donde mi espíritu recobra aliento y descarga las fatigas de sus pesadumbres; el confesionario donde mi alma habla con Dios y pide perdón de sus debilidades y ofrece la enmienda; el templo donde levanto mi oración; la piscina sagrada donde se purifica mi pensamiento; el arca de paz donde se reconcilia el corazón con la fe y la esperanza; el altar donde comulga mi amor a todo lo bueno para volver con fuerzas a luchar la vida de la virtud.



CAPÍTULO V

Felipe Ozán

I



olvamos a nuestra anterior relación y sigamos dando las noticias relativas a Engracia y a Antoñita.

Como ya lo sabe el lector, o la amable lectora, las dos íntimas amigas se querían como hermanas.

Es verdad que Antoñita, aunque un año menor que Engracia, por esa natural altivez que le era inherente, quería ejercer cierta preponderancia sobre ella. Engracia comprendía esa tendencia, y sin embargo nunca dejaba de complacerla. Pero convencida Antoñita del buen juicio de que estaba dotada su amiga, cuando tenía algo que decidir, a pesar de su genio impaciente, esperaba hasta consultarla y se conformaba con el parecer que le diera.

Engracia era muy parca en resolver cualquier asunto, y aun en aquellos que atañían a Antoñita siempre daba su opinión o consejo después de haber consultado bien la sinceridad de su amiga.

Delicada y concienzuda en todo, no es de extrañar esa timidez que informaba su carácter.

En más de una ocasión acordaron las dos sus pareceres, y ajustaron planes que llevaron a cabo con buen éxito.

Para comprobar lo que decimos, nos viene como de molde referir lo que aconteció en aquel entonces entre ellas y Felipe Ozán.

II

Era Felipe Ozán un joven como de veintiséis años. En el 65, cuando los españoles abandonaron el país, la familia de Felipe siguió, como otras tantas, la causa de España; pero este había salido de Baní para Puerto Rico contando apenas veintiún años de edad.

En el 68 volvió. Parece que con la ausencia y el trato de gente de no buena índole, este joven, en tan poco tiempo, había adquirido una desfachatez que es muy contraria al carácter sencillo de los banilejos; y se habían despertado en él ideas bebidas en una escuela fatal en punto a moralidad.

Felipe era alto, de cuerpo más bien gordo que flaco; tenía color casi indio, el pelo suelto y muy negro, la mirada ojizaina, y en sus labios, el inferior fino y algo encogido, revelaba que no era un hombre sincero. Usaba bigote copado, con puntas, y en esto, como en su modo de andar, quería darse los aires marciales de uno de esos empapirrotados oficiales de ejército. Se había enamorado de Antoñita, y en los bailes, en los paseos y en todas las diversiones de la buena sociedad del pueblo, se mostraba muy atento y solícito en complacerla. Felipe, tan licencioso como embustero, hacía referencia entre sus amigos de las muchas conquistas amorosas que había hecho en el extranjero: la echaba de buen enamorado y se jactaba en decir que no existía mujer a quien él cortejara que no lo amase.

Sus modales eran desenvueltos, pero muy cursis, y a veces participaban de lo grosero; de modo que en sus acciones atrevidas, queriendo imitar al Don Juan no lo semejava ni siquiera en la parodia.

Antoñita, como toda hija de Eva, gustaba de los obsequios del enamorado; pero nunca fue objeto de su deferencia, nunca

detuvo su mente en pensar en él, ni nunca experimentó la menor impresión que revelara simpatía.

Es de advertir que hasta entonces Antoñita no había oído hablar nada relativo a las malas cualidades de Felipe. Las amigas le daban bromas con respecto a él, y ella, que se encontraba superior y que aspiraba a obtener mejor porvenir, se reía las más de las veces y otras contestaba de una manera tan indiferente y con un tono tan aplomado, que todas quedaban en el firme convencimiento de que el señor Felipe, a pesar de su jactancia, en esta ocasión saldría burlado y en completo ridículo.

Engracia tampoco había dado ninguna importancia al enamoramiento de Felipe; ella conocía a su amiga y estaba segura de que a mayor elevación se fijarían sus ojos.

Y tan cierto era esto que hasta en las circunstancias más sencillas, como lo haremos notar en seguida, Antoñita no dejaba rastro de duda.

III

En Baní, por ejemplo, eran frecuentes, todavía en aquella época, los alegres y divertidos paseos en burros, que se hacían con las muchachas a los campos cercanos, con objeto de ir a comer la boruga extraída de los mismos tarros en que la cuajaban los campesinos. Esas cabalgatas tan inocentes y de tantos percances inofensivos que causaban la risa y la algazara, sobre todo, cuando a causa de las mañas o de los brincos de los borricos venía a tierra alguno de los jóvenes, o se rodaba del aparejo o del galápago alguna muchacha, no sé por qué razón no se hacen como entonces.

Esas corridas, a más de que eran un recurso de solaz para la juventud de ambos sexos, ejercitaban a las niñas en una especie de equitación provechosa a la salud, contribuyendo a desenvolver mejor su físico y dándoles mayor agilidad.

Debido a esa costumbre, fue como entre las antiguas bandejas muy pocas eran las que no sabían, desde su temprana edad, manejar con elegancia las bridas del caballo.

Pues bien: cada vez que había alguno de esos paseos, Felipe Ozán, con solícito empeño, iba a ofrecer su burro o su caballo a Antoñita; pero ella, para no dar la menor sospecha de agrado o simpatía al pretendiente, preparaba de antemano su montura para tener motivo de negarse a recibir el cumplido.

En ese estado las cosas, se pasaron muchos días sin que Felipe obtuviese siquiera una mirada de Antoñita, ni esta se inquietase un solo instante del amor de aquel. Para ella era igual que existiese o no; la tenía sin ningún cuidado.

Felipe, que hasta entonces no se había atrevido a propiarse, al observar el mal giro que llevaban sus pretensiones, empezó a cavilar; y formando proyectos y combinando planes, esperaba solamente una ocasión para cambiar de táctica, yéndose a su habitual camino.

IV

Una noche, en una de esas reuniones que formaban las muchachas de Baní bajo el árbol que traían del campo para clavarlo en la puerta de la casa iluminándolo con farolitos de colores que colgaban de sus ramas, para velarlo, como decían ellas, con el objeto de pasar las horas en juegos de prendas, en los cuales se descifraban charadas, se recitaban versos y se entonaban canciones, al par que se comían los pastelitos y dulces; estando todos alrededor del árbol, se le cayó al suelo el abanico a Antoñita, y Felipe, que se había precipitado a cogerlo, resbaló la mano y le apretó el nacimiento de la pantorrilla.

Herida en su pudor la honesta joven no pudo ocultar la desagradable impresión que tiñera de grana su semblante. Desde ese momento comenzó ella a sentirse profundamente disgustada del amor de Felipe. No pudiendo contenerse, antes de que

terminara la fiesta de esa noche, se dirigió a una tía de Felipe, llamada Candelaria, que estaba en ella, y con tono indignado lanzó tan duras y merecidas reconvenciones contra aquel, que a no intervenir oportunamente Engracia, el asunto hubiera tomado un cariz bastante serio; pues la dicha Candelaria era mujer de carácter díscolo y hubiera armado chismes y aspavientos.

El licencioso joven, a pesar de haber quedado convencido del mal efecto que produjo su vulgar demostración, se preparó a seguir ejerciendo su táctica desenvuelta y de insufrible tono; creyendo que de esa manera atrevida lograría al cabo su objeto.

Él había hecho comparaciones de otros lances con otras mujeres, y como hombre corrompido al fin, medía a la virtuosa Antoñita con la misma vara. La tía Candelaria, jamona de cuerpo mal tallado, con los ojos de gato, el color casi indio y la boca grande, advenediza en Baní, y por otra parte mujer de tan mala índole como el sobrino, lo alentaba en sus malas intenciones.

Así fue que cuando aún no se había borrado del ánimo de Antoñita la desagradable impresión, logró Felipe encontrarla sola en la sala de su casa un día que la madre y las hermanas, después de comer, dispusieron irse a Paya con el objeto de ver a un pariente enfermo, a quien apreciaban en alto grado.

Al entrar Felipe, según acostumbraba en otros tiempos, tras de un saludo asaz ceremonioso, no bien recibido por Antoñita, tomó una silla, y arrastrándola hasta acercarse a la joven, con ese mismo desenvuelto naturalismo, principió por decirle:

—Cuánto me alegro de esta ocasión. Yo deseaba, Antoñita...

—Señor —le interrumpió ella, cerrando el libro que tenía en las manos—, hágame el favor, aquí no está mi familia, y yo no recibo visitas.

—Sí, pero Antoñita, yo supe por mi tía Candelaria que tú has creído...

—Yo no he creído nada —volvió a interrumpirle la joven con firmeza y sintiendo ya la alteración de sus nervios.

—No, mi prenda, yo quise darte una prueba de mi amor.

—Yo no quiero el amor de Ud.

—Pues yo sí quiero el tuyo, y quieras que no quieras tendrás que ser mía.

—¡Vaya...! —replicó Antoñita con un gesto y un movimiento de soberano desprecio tal, que cayeron sobre el corazón de Felipe como una brasa de candela.

—Óyeme —dijo este ya sin encontrar aplomo ni aún en su misma osadía—, tu creíste que yo al apretarte el tobillo lo hice con mala intención.

—¡Indecente! ¡ese es el lenguaje soez que cuadra a hombres indignos como Ud!

—No, Antoñita, no te alteres —dijo Felipe poniéndole la mano en el hombro al ver que ella, toda nerviosa, soltaba el libro y se levantaba de la silla.

—¡Atrevido! —exclamó Antoñita, rechazándolo con energía imponderable—, ¡salga Ud. de mi casa! ¡salga! ¡salga! —y al repetir estas palabras volvió la espalda, dirigiéndose a uno de los aposentos, en señal de desprecio.

Felipe no perdió tiempo; se le fue detrás y asiéndose de ella, le dio un beso en la mejilla.

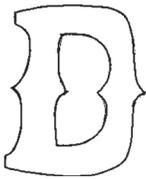
Como pantera herida, o mejor dicho como un ángel más divino aún con el fuego de la cólera a quien una bestia ha tratado de empañar los limpios cristales de su rostro, muda de color Antoñita, busca con los ojos algún objeto, corre a la mesa y apoderándose de uno de los vasos que sobre ella había, trémula de indignación: —¡Vagabundo! exclama, y lo arroja a la cara de Felipe. Este, sorprendido de una acción tan heroica como inesperada, salvó precipitadamente la puerta y huyó a la calle.

Antoñita, como se ha visto y se verá después, tenía siempre en los momentos precisos arranques inspirados.

CAPÍTULO VI

Un consejo y una lección

I



Después de esa escena tempestuosa, Antoñita llora a lágrima viva.

Naturaleza sensible, y con el orgullo de su amor propio ofendido, no podía conformarse con que un hombre la hubiera besado. Es verdad que aquel hombre, en concepto de ella, era un malvado y el más infame de los hombres; es verdad que absolutamente, en esta que consideraba Antoñita como desgracia, ella no tenía siquiera la culpa de la imprevisión; pero se reprochaba haber consentido durante tanto tiempo los obsequios de palabras y requiebros de una persona tan cursi. Ella no se conformaba con no haberlo despreciado desde el primer instante que le habló de amor; no se perdonaba, en fin, que le hubiera caído en suerte un enamorado tan indigno de los sentimientos de su corazón, y que a tiempo no lo hubiera adivinado.

Eso y otras cosas parecidas pensaba y reflexionaba Antoñita. Y en medio de los tantos pensamientos que asaltaron su imaginación, se le ocurrió por último ir adonde estaba Engracia. Y, ¿en quién mejor depositar su confianza y con quién mejor desahogar su pecho?

El carácter de Antoñita, como hemos dicho, era decisivo en sus resoluciones, y tan pronto pensaba una cosa la ponía en ejecución.

Sin más vacilar entró a su aposento, se echó un abrigo de lana sobre los hombros, se alisó el pelo con las manos, y apenas sin verse al espejo, cosa indispensable, imprescindible para toda mujer, salió a la calle, cerrando la puerta de su casa del lado afuera con una piedra (como es muy común en Baní) y dirigió sus pasos desde luego a la casa de Engracia.

Aunque no extrañó a esta ni a su familia la llegada repentina de Antoñita, pues era costumbre casi cotidiana que la una estuviese donde estaba la otra, por la hora y por la violencia mal disimulada que expresaba su semblante, comprendió Engracia que algo extraordinario le había acontecido.

Una vez que se hallaron a solas en el humilde aunque limpio aposentico de Engracia, junto al catre abierto de esta, que era el único que se tendía en aquel aposentico, con su sábana blanca de encajeado rodapiés y sus dos bien vestidas almohadas puestas en uno de los extremos, Antoñita relató con todos sus pormenores la escena ocurrida.

En su relación rápida vertió entre llanto la indignación que le había causado el raimiento del licencioso Felipe, y concluyó diciendo:

—¡Se lo diré todo a mi hermano para que castigue la osadía de ese malvado!

—Bonita la vas a hacer. Eso es: ocasionarás una desgracia sin fruto alguno —replicó Engracia impulsada por ese buen juicio y esa prudencia que le eran característicos—. ¿Tú no sabes, continuó en tono persuasivo, que ese Felipe, a más de atrevido, tiene fama de ser alevoso?

—Alfredo lo conoce y sabrá darle una lección —replicó Antoñita con entereza.

Alfredo era el nombre de su hermano.

—¡Ay! ¡Antoñita!, ¡se debe pensar mucho, mucho, antes de comprometer a un hermano en un lance que no le traería más que disgustos, y quién sabe si alguna desgracia irreparable!

¿Qué haría Alfredo con batirse? –preguntó Engracia con marcada insinuación, y prosiguió: Se expondría a matar o a que lo maten. Y en cualquiera de los dos casos ¿qué sería de ti? ¿Podrías conformarte nunca? ¿No sería tuya sola, eternamente sola la culpa? ...Nada, nada, yo te aconsejo guardar silencio, mi querida Antoñita, concluyó diciendo Engracia con la modulación de su dulcísima voz.

Antoñita rebatió con algunos argumentos; entre ellos el de decir que si Felipe observaba que su falta quedaba impune y se había visto con indiferencia, volvería a cometer otras mayores. Engracia al fin terminó por convenir en que la madre y las hermanas de Antoñita debían saberlo para que estuvieran prevenidas; pero que Alfredo no. Y así se hizo.

II

Por lo que respecta a Felipe, aunque sintió miedo en el momento del caso por la actitud soberbia de Antoñita, como hombre sin conciencia y avezado a las maldades se reía a solas cuando recordaba su osadía y estaba satisfecho de su acción, considerándola como un buen golpe de enamorado que no tardaría en producir los mejores efectos, tan luego se enfriara la primera impresión.

Todos los malos tienen por costumbre justificar sus depravadas acciones en la esperanza de obtener un buen resultado.

Sin embargo, pasaron los días y Felipe notaba que algunas señoritas, lo mismo que algunos padres de familias, no le hacían en sus casas una recepción favorable, y que por el contrario demostraban cierto disgusto al recibirlo.

Esto sucedió a causa de que Engracia fue dando a conocer entre las amigas y otras personas la conducta de Felipe. A medida que se iban enterando de ella lo iban rechazando al decir de algunas, como a un joven indigno de ser admitido en ningún círculo decente.

En Baní, desde tiempos muy atrás, siempre hubo esa sensación moral que necesitan las sociedades no solo para conservar la pureza de sus costumbres, sino para dar ejemplo, castigando la licencia y el mal proceder. ¿Hoy sucederá así?...

La actitud seria, respetuosa y delicada que desplegó Antoinita, por consejo de Engracia, hizo también que Felipe se contuviera en su osadía; pero más que otra cosa, contribuyó a que muchas personas repugnasen a cara descubierta su presencia en las reuniones familiares y hasta en los bailes y otras diversiones la constante prédica del verboso Don Postumio.

III

Este personaje, que ya vamos conociendo por sus acciones, y del cual no está de más que desde ahora bosquejemos el retrato; aunque estaba todavía en la flor de su edad, era hombre que desde entonces presumía en ser doctrinario, principalmente en política; he ahí su mayor flaco.

Su rotundo nombre no daba idea de su figura, pues era seco de carnes, enjuto de rostro, con bigote negro, ojos grandes, cejas algo copadas, angosta la frente y cabeza chiquita. Desde esta época de sus mocedades ya era laborioso en todo lo que emprendía, aunque a la verdad emprendió mucho durante su vida y alcanzó poco; porque tenía más fuego al principio que constancia al fin.

Llegó en algunos años a recorrer muchas profesiones sin alcanzar éxito en ninguna. Fue exportador de maderas, negociante de frutos, pulpero, mercader de telas, soldado y oficial de la Restauración. Después del abandono de los españoles se zambulló de cabeza en la política, y en las guerras civiles que se sucedieron vino a ser recompensado por su patriotismo con los grados, primero de comandante, y más tarde de coronel. En esos interregnos de paz lo vimos entregado a las faenas del campo, ya como agricultor, ya como ingeniero en mensuras

de terrenos, o en exploraciones de minas, creyendo hallar en cada pedazo de piedra en que relucían granos cristalizados de azufre, o en cada cuarzo que brillara con piritas de cobre o hierro, el principio de un riquísimo filón. Parecía hombre mezquino, porque discutía un centavo, sin embargo de que gastaba el dinero en fiestas y bambollas. Era impresionable y un tanto alucinado. Aunque terco algunas veces, tenía clara inteligencia; pero abundaba poco por querer entretenerse en las superficies. Muchas veces no veía lo de arriba por fijarse en lo de abajo: pasaba frente a la montaña y no alzaba los ojos a la cúspide; pero escudriñaba el derrisco; perdía lo suyo (originalidad), por coger lo ajeno.

Siempre estaba asimilándose; el sistema en que se empapaba, o el libro que leía, eso era él, y en esa materia, era fuerte, fortísimo: «teme al hombre de un solo libro», dice un principio de filosofía. La echaba de práctico en las cosas de la vida; pero sufrió desengaños terribles en la política, en la amistad y en el amor.

Su pasión favorita eran los números y a no ser por las circunstancias tan variables de su existencia, tal vez, hubiera sido un matemático de nota; aunque por su carácter espacioso era hombre que en los cálculos, y en las demostraciones y resoluciones de los problemas, siempre andaba con paso de buey.

Corriendo el tiempo Felipe y Candelaria Ozán se atrevieron a hablar de su honradez, y a causa de eso otras malas lenguas del pueblo, en algunas ocasiones, trataron de manchar su limpia reputación. Él luchó con ardor contra esos ataques, sin perder nunca su calma habitual, y solía repetir con la resignación o el estoicismo de un filósofo: «El tiempo es el mejor amigo de la verdad: ellos se convencerán».

Siempre estaba a caza de una discusión, y empeñoso de encontrarla, decía: «Yo quiero luz, la luz que no me dan los libros; esa que hallan los entendimientos pesados en el choque y la contradicción de las ideas».

IV

Siendo, pues, Don Postumio, en la época en que sucedió el episodio que hemos relatado, uno de los jóvenes principales de Baní, y como ardiente admirador de las gracias y el talento de Antoñita, de quien se loaba ser maestro, aplaudió con entusiasmo el proceder de las familias y encontró tema entre ellas por algunos días para traer siempre a colación el asunto.

—He ahí un ejemplo, señores —se solazaba en decir—, he ahí como Antoñita nos viene a demostrar que la mujer, siempre que se inspira en sentimientos delicados y se apoya en la virtud, puede luchar en los casos graves de la vida sin que sea infructuosa la lucha. He ahí cómo se prueba también —y eso lo decía con marcada intención— que no siempre los osados con el sexo que llaman débil, alcanzan la satisfacción de sus deseos. La razón es sencilla —continuaba con aire más satisfecho al sentir el halago que producía su lenguaje entre las personas que lo escuchaban—. Sí, la razón es sencilla: no a todas las mujeres se puede medir con la misma vara, como tiene jactancia en repetir el protervo Felipe.

¡Y hasta de los hombres se ha atrevido a generalizar este pensamiento afirmando que todos son iguales! —añadía saltando de una cosa a otra—. Ya se ve: juzga el ladrón por su condición. Porque créanlo ustedes: aunque el país está tan corrompido, no todos los hombres son iguales, no todos se venden. Hay ciudadanos que se mantienen limpios entre el mismo lodazal. Yo lo digo, yo lo afirmo, porque yo soy de ellos, y porque aquí en nuestro pueblo hay muchos que todavía no hemos perdido la vergüenza y el patriotismo que heredamos de nuestros padres. ¿No es verdad, señores? —preguntaba a los individuos presentes, y luego que veía en ellos el signo de aprobación, volvía satisfecho al asunto principal.

—¿Y Engracia? ¡qué muchacha! ¡qué muchacha! —exclamaba levantando el dedo pulgar según tenía por costumbre

cuando quería acentuarse—. Me dicen que con su prudencia y buen juicio.

—¡Oh! sí, con su prudencia y buen juicio —interrumpía alguna de las personas con quien hablaba— esa muchacha tan buena nos ha prevenido contra ese Felipe de tan malos precedentes.

—Vamos, yo lo sabía —continuaba Don Postumio en tono afirmativo—. Es de mala raza ese Felipe y no podía ser cosa buena. Lo que hay de cierto es que eso nos servirá de experiencia, pues nosotros no debimos nunca darle entrada en nuestras reuniones. Pero bien: Antoñita ha venido a definir el punto y Engracia quitó la máscara. ¡Así me gusta! Esa venganza noble y digna ejercida contra un corrompido, nos da motivo para seguir estableciendo en nuestro pueblo precedentes de moralidad y respeto.

Estos discursos, en tono de homilía, repetidos más o menos de la misma manera por Don Postumio, acabaron por desacreditar a Felipe.



CAPÍTULO VII

Al ausentarme y al volver

I

Precisamente algunos meses después del suceso que se acaba de referir, ese mismo Don Postumio y yo nos vimos obligados a dejar a Baní, dejando a Engracia y a Antoñita ataviadas con la belleza de sus primaverales años; con los llamativos de su conquistadora simpatía; con los ideales soñadores de su mente, siempre descujándose en rosas por horizontes de dichoso porvenir, y en medio de los puros e inocentes placeres de una sociedad pura e inocente.

Otros jóvenes emigran de su pueblo natal en busca de trabajo. A nosotros no fue esa la causa que nos separó de nuestros lares.

¡La política nos expulsó! Hay cosas que nadie ni nada podría borrar de la memoria. Yo recuerdo, como si hubiera pasado ayer, como si pasara ahora mismo, la mañana en que Don Postumio, entrando a mi casa con aire de triunfo, me dijo:

—Leopoldo, ¿sabes que acabo de vencerlos?

—¿A quiénes? —le pregunté.

—A ellos, a los amigos enemigos de nuestro partido. Acabo de probarles, como dos y dos son cuatro, que el gobierno a

quien sirven, no es más que el gobierno de un solo hombre, y que no hay libertad, y que han violado la Constitución, y que la justicia anda lejos, y que las arbitrariedades están a la orden del día y que hay cien motivos en que fundar una protesta, un manifiesto revolucionario; en fin, chico, los he derrotado; no han podido ni siquiera defenderse; el ataque ha sido de frente y a la bayoneta.

—Está bien, amigo mío, con esas imprudencias, allá veremos quién triunfa.

—¡Oh! pero ¿quién ha de triunfar, Leopoldo? —me contestó Don Postumio con la candidez más grande del mundo—. ¿Crees tú que de esa manera se gobierna un país? ¿Acaso impunemente pueden los mandatarios de un pueblo faltar a los deberes que le imponen las leyes? Pues, chico, ¡frescos estaríamos! Por eso se las canté, a todos ellos.

Y sea como sea, ellos han convenido. Mira, y a propósito, ¿sabes que se habló de ti?

—¿De mí? —le pregunté receloso—. ¿Y a qué vine yo a bailar en esa danza?

—¡Hombre! lo más natural. Al hablarse de patriotismo y de los partidos, les dije que tú, lo mismo que sostendríamos siempre las banderas de nuestros principios liberales, que a nosotros nadie pretendiera hacernos religión, ni atemorizarnos con amenazas, ni embaucarnos con promesas; que tú eras firme como una roca y & a.

—Pues, amigo mío, bonitos estamos, ya verá Ud. adónde vamos a parar con esas imprudencias...

Y con efecto no tardó mucho en que se cumpliera mi profecía.

II

El personalismo alzaba su pendón de odios y venganzas en el país, y Baní, pueblo de hermanos, fue invadido también

por ese monstruo que lo contagia todo, que destruye las más caras afecciones y que es capaz, como Saturno, de devorar sus propios hijos.

Felipe Ozán, a quien ya conocen nuestros lectores, no habiendo podido corromper aquella sencilla sociedad con sus ejemplos perniciosos, y rechazado del seno de las familias, fue quien primero despertó allí la división, levantando sentimientos de odios no conocidos.

Él chismeó y embaucó por hacerse de la confianza de algunos amigos del gobierno, y consiguió al fin recomendaciones para la capital. Allí, según costumbre, lo alucinaron con ofertas de mando y promesas de satisfacer venganzas que de parte del uno y otro partido se hacían entonces sin escrúpulo, con tal de conseguir que se intrigase para hacer banderías. La República no había pasado aún de ese período de las pasiones políticas con que principia a hacer sus explotaciones el personalismo para luego llegar a la corrupción del dinero.

Felipe encontró campo donde desplegar sus perversas aptitudes y logró por medio de la denuncia solapada expulsar a varios jóvenes de la población, entre ellos a Don Postumio y a mí.

Preso y conducido por una escolta fui yo a la capital, cuando me despedí de mi pueblo, enternecido por la honda tristeza que dejaba en el corazón de mis padres; pero erguido y orgulloso de que me vieran sufrir por el partido que creía representación del patriotismo.

III

Después de ese largo tiempo de ausencia, en amargo ostracismo, y en la ruda lucha de una guerra que duró años, creyéndome olvidado de las personas que vieron discurrir los primeros pasos de mi vida; creyéndome ya hasta desconocido en ese pueblo de mis más caras afecciones, volví a él con la satisfacción del que cree haber cumplido con un deber, lleno de

juventud y con el alma henchida de ideales. Recibo al volver los parabienes y complacencias de todos mis compatriotas, tal como se ha descrito en el capítulo primero de esta historia, y pasadas las primeras gratísimas impresiones, cuando la alegría del hogar dio tregua a otros recuerdos y a otros pensamientos que no fueran los del hogar pregunto, averiguo, indago qué ha sido de mis dos estimadísimas amigas Engracia y Antoñita. ¡Ay! Me cuentan sus historias...

¿Habían muerto?...

¿Se habían casado como otras tantas hijas del Güera con individuos que no residían en Baní?

¿Estaban mancilladas?...

¿Les había sucedido alguna otra desgracia?...

Ya lo sabremos. Y para saberlo es preciso que contemos lo que nos contaron.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I En una tarde de estío

I

Era una de esas tardes en que el ameno valle convida al poeta para que las cante, y al pintor para que reproduzca los coloridos más encantadores de la naturaleza; el viento no se dignaba como otras veces estremecer las ramas del frondoso guayacán, de ese anciano secular de las selvas banilejas, a quien persigue la especulación del campesino, ora causándole heridas profundas para en su lloro recoger las lágrimas que vierte, o ya destrozándolo sin compasión para llevarlo, hecho pedazos, al mercado público, solamente por haber conservado sanas y bonitas, como hechas en torno, las formas de sus hercúleos miembros; pero en cambio, la brisa juguetona susurraba, robando aromas en las flores de esos grupitos de liliputienses individuos, que se prodigan en estos meses por las orillas de los caminos que conducen al río, y que, en el desorden y libertinaje de su invasión, se abrazan y se maridan con las tribus de flechitas, lanzas y trompetillas, sin respetar a las castas siempre-vivas, ni a esas otras de elevadita estatura que allí llaman *carneistolendas*, *bella-cima* y *marilópez*, y que semejan al primer golpe de vista montones de blancas, azules y amarillas mariposas, asentadas de trecho

en trecho, donde vienen las asustadizas tortolitas a picotear el grano seco de la tuatúa.

En esa tarde, limpios los horizontes, se dibujaba en el Occidente, entre arboledas desiguales, un extendido lago hirviendo en aguas de topacio y con ondas de llamas. Pedacitos de nubes blancas, semejando navecillas empavesadas, cruzaban el lago y allá lejos muy lejos se alcanzaban a ver portales de luz, con sus jambas y dinteles en tanta perfección y belleza, como si los cielos engañosos de este mundo, en aquel paraíso de Quisqueya, se esmeraran en darnos una idea de los cielos verdaderos del otro.

El sol escondido en ese precioso juego de tonos y medios tonos, diseñaba todavía sus líneas auríferas, partiendo en dos, con su claro-oscuro, la techumbre pajiza de la casita de Engracia.

II

Esa casita, con sus setos de tejamanil, cubiertos de mezclas que imitan paredes; con su puerta y sus dos ventanas al frente de la calle, tan blanca como los mismos setos; con las lilas que cubrían por uno de los costados y que intrusas penetraban sus ramas, por los abiertos aleros del aposento donde dormía Engracia; con su bosquecito de plátanos que por el otro extremo se veía, dentro del cercadito, que redondo como una glorieta guardaba las rosas, nardos y azucenas, que con curioso esmero allí se cultivaban; esa casita, decimos, así graciosamente colocada, al contemplarla a la luz de los reflejos de aquella hermosísima tarde, no parecía sino un nido de amores en donde se arrullaban la ternura y el deleite.

Engracia, dejando a un lado, más temprano que de costumbre, la almohadilla de su delicada guariqueña, dio riendas al capricho que hacía rato espoleaba su deseo. Era este el de ir por segunda o tercera vez a ver la matita de heliotropo que

su madrina le había regalado, y que ella, Engracia, debía de trasplantar esa misma tarde.

Aquel regalo de su madrina le había traído el recuerdo de su gatito negro, que tanto la hizo gozar y que tantas lágrimas le costó. Pero pensando en el resultado final de aquel episodio, la matita despertaba en ella una sensación agradable. Al mirarla tan cuajada de flores y tan hermosa se le alegraba el espíritu. Luego pensó en el significado de estas; las cuales le habían dicho que simbolizaban el amor... —«¡Ay!, ¡si yo amara y me amaran!» —se dijo para sí. Y calentada su imaginación en la fragua de esos soliloquios, después de algunos momentos, ya en alta voz, como si hablara con alguna persona, exclamó: —«¡Qué simpático es el heliotropo y qué significado tan expresivo tiene!»

«¡Ah! cuando yo dé el aroma de mi corazón como él da el perfume de sus flores, y cuando me den a mí el que deba ser mío, yo me aplicaré aquel versículo del *Cantar de los cantares* que me enseñó Antoñita»; y satisfecha y orgullosa diré: «Es el amado mío todo para mí y yo soy toda para él».

Decía Engracia este versículo de la *Biblia*, como quien se baña en un manantial de ternura; y como se hallaba sola en la salita de su casa, junto a la mesa en donde había colocado el tiesto lleno de la tierra que daba vida a las raíces del heliotropo, ya olvidada de que la pudieran oír, la exclamación de algunas palabras y los pasos de un hombre del lado de la calle, muy cerca del seto donde ella estaba, la despertaron de su arrobamiento. Al sentir esa exclamación y esos pasos, estremecida de miedo, se encogió de hombros con graciosa inclinación, y bañada de inefable sonrisa la inmutación de su semblante, abrió cuan grandes eran sus verdes ojos, y con el dedo índice puesto en el labio, se quedó en el sitio, silenciosa, contraída, ruborizada, como si la hubieran descubierto al cometer un delito, o como si la hubieran sorprendido sacando de urnas ajenas perlas tan preciosas como las que ella acaba de vaciar.

III

Un poco repuesta de su inocente espanto, le cruzó la idea de ir a ver quién había sido el que pasaba por la calle; pero al mismo tiempo distrajo su atención la madre que venía de la cocina en busca de alguna cosa que le hacía falta a sus quehaceres.

—¡Mamá! —exclamó Engracia al verla, como si hubiera recibido otra sorpresa.

—¿Qué? ¿Qué es, hija? ¡Jesús! me asustaste.

—¡Nada! —contestó Engracia disimuladamente, y volviendo los ojos a su heliotropo, y señalándolo con el dedo—. Mira, mañana tengo que trasplantar esta mata —le dijo, y luego añadió ¿Hay agua, la han traído ya del río?

—Todavía no —contestó la madre, y al dirigirse otra vez a la cocina iba murmurando: —el burro se ha puesto cojo; el sino está casi vacío; los barriles son muy pesados. ¡Caramba! ¡yo no sé cómo pretenden que haya agua!...

—¡Ay! ¡pobre de mis sembrados! —exclamó Engracia, más bien buscando un pretexto para suspirar que respondiendo al refunfuño de la madre.

Tan luego nuestra heroína se vio sola volvió a sentir en su interior ese no *sé qué* que la dominaba; corrió sin darse cuenta a la puerta de la calle que había permanecido cerrada, y movida por ese mismo impulso violento, temblando de susto le zafó la aldaba y la abrió. Un apuesto joven estaba de pie, como quien ansioso esperara que se abriera esa puerta, en la calzada de la vecina de enfrente. Este joven que no carecía de elegancia, y trajeado de blanco en esa tarde, era Enrique Gómez.

A este encuentro mudó de colores Engracia, al mismo tiempo que Enrique, lleno de emoción, se dijo: —«¡Es ella! ¡Es ella!» y con una sonrisa que significaba grata sorpresa, esperanza, satisfacción, le hizo un saludo, silencioso pero expresivo: aquella inclinación de cabeza encerraba un mundo de sentimientos.

—«¡Dios mío! ¡no queda duda, este hombre me ha oído!» —se dijo Engracia; y lo que sintió en aquel momento no podríamos nosotros definirlo.

Fue como un sonido eléctrico que recorrió todas las cuerdas íntimas de su ser, y que a pesar de los esfuerzos de ella se quedó vibrando; fue un golpe de luz que le dio calor a su alma, pero que dejó frío todo su cuerpo; un deseo violento, pero contenido como el del ave que hace el impulso para volar, y que tímida se queda aleteando; fue un algo así como el gozo mezclado con la inquietud; una alegría, en fin, que concibió temblando el corazón y que envuelta entre sustos la hizo nacer.

En cuanto a Enrique, ya lo habrá comprendido el lector: oyó todo el monólogo de Engracia.

Una casualidad hizo que él pasara al tiempo mismo que ella principió a hablar en su delectación con ese arbolito que parecía estar encantado, especie de talismán, de perfume venenoso, que había despertado en su alma las fibras de ese sentimiento dormido que se llama amor.

Detenido allí al oír la dulcísima voz, como si oyera una sirena, quedó conmovido y al terminar ella, retirándose exclamó: «Es un ángel!... la veré».

IV

Dominada Engracia por esa impresión insólita para ella y de que en vano hemos querido dar una idea, se fue a sentar junto a la mesa donde tenía la matita inspiradora de su idilio. La miró un poco, le quitó un ramito, y volviendo a pensar en el significado de esa flor que encierra la frase: «yo te amo», le pareció en aquel instante a su imaginación exaltada que la mano de Enrique se lo presentaba. Sintió miedo, sintió frío, y tirando las florecillas al suelo se retiró de allí.

Engracia estaba predispuesta; tenía que venir la fiebre...

V

Viniendo y volviendo a venir vio otra vez el ramito en tierra, y como quien quiere reparar un agravio hecho a cosa querida, se bajó a cogerlo, lo movió rehilándolo entre sus finos dedos; por llevarlo a la nariz, lo llevó a la boca, y aspirando el embriagador aroma, como si las flores sintieran: —«¡Pobrecitas! quise despreciarlas» —dijo acariciándolas y lanzándoles una mirada llena de ternura. Después, como quien se arrepiente de lo hecho: —«¡Estoy local!... ¿Qué tengo yo?» —se pregunta, y tira el ramito encima de la mesa.

En esa agitación, especie de delirio, como si un poder oculto la impulsara, vuelve a la puerta de la calle y se hallan sus ojos con los ojos ansiosos de Enrique, y de ese otro choque instantáneo de las almas que se atraen, brota el relámpago de luz que la dejó ver con toda su belleza el cielo de una ilusión realizada. No puede tampoco permanecer en ese sitio, el más querido para ella en aquellos momentos; porque necesita retirarse para dar salida al suspiro que se escapa de su pecho.

Aquella última mirada de Enrique había penetrado hasta el fondo de su alma, y llenándola de fascinación le había abierto horizontes de esperanzas nunca vistos.

Eso que al principio casi no se advierte; eso que se va delineando entre sombras oscuras en el corazón de la mujer cuando el amor o la simpatía lo han herido, acababa de pronunciarse en el alma de Engracia con toda claridad.

Por esa causa, impaciente como el pájaro que vuela de un lugar a otro sin hallar asiento dentro de la estrecha jaula que lo aprisiona, iba y venía dando vueltas en aquella salita, queriendo que Enrique la viera en su cruceteo y ruborizándose cuando este la pillaba en el disimulo de sus miradas.

VI

Aquella salita, limpia y aseada como una tacita de China; con su piso de hormigón siempre bruñido; con sus tabiques blancos y lisos como papel; con sus pobres, casi rústicos y escasos muebles que con tanto gusto estaban colocados en sus puestos; con sus graciosas cortinas en las puertas interiores recogidas con caprichosos lazos de cinta de donde pendían lindos pájaros disecados por la misma Engracia; con aquella tinaja de agua, en forma de cono, heredada de sus abuelos, que apenas podía distinguirse en su rincón, porque estaba cubierta con una grama de canutillo que le daba frescor y con las trepadoras enredaderas llenas de flores que le habían sembrado; aquella salita, repetimos, tan vista y tan vigilada esa tarde por Enrique, tenía en su pobreza simpática y envidiable, la misma poesía del conjunto de la casita blanca de que ella era el principal departamento.

VII

Volviendo, pues, al estado de agitación en que se encontraba Engracia y a la impresión que dominaba a Enrique, diremos, lo que no se habrá escapado a la penetración de los lectores: que el uno y la otra, desde esa tarde memorable para ellos, concibieron a un tiempo ese sentimiento puro de amor que sublima los corazones en la tierra, y que mientras de él se goza hace a los seres felices en el mundo.

Dicho esto, no nos detendremos en relacionar detalles de las escenas que se produjeron después. El lector sabrá considerarlas, tal vez, mejor que nosotros, dada la situación moral en que se hallaban los dos enamorados.

Pero sí del caso nos parece decir que Engracia, a pesar de esa situación de ánimo, en aquella prima noche y al otro día, y al otro, y siempre se mantuvo llena de prudencia conteniendo

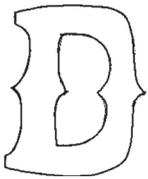
sus impresiones y evitando, lo más que pudo, que Enrique, ni nadie, con excepción de Antoñita, descubriera el que ella creía secreto de su corazón.

En ese disimulo y sin darle prendas a Enrique pasó algún tiempo sin que se decidiera a corresponderlo hasta... pero si los lectores tienen la benevolencia de seguirnos, verán cómo se resolvió el idilio de Engracia.

CAPÍTULO II

Cómo se resolvió

I



iremos ante todo dos palabras acerca de nuestro héroe, dejando para relatar después una página interesantísima de su vida.

Apenas contaba veinte y cuatro años de edad.

En un cuerpo elegante y de formas algo robustas, su color trigüeño subido, sus facciones pronunciadas, su bigote y pelo negros, y sus grandes ojos también negros, hacían resaltar en el semblante de Enrique las principales pinceladas de su retrato.

Como oriundo de Baní, había venido entonces de la capital al pueblo donde nacieron sus padres y donde vivían algunos de sus parientes.

Enrique no era un talento que digamos; pero no le faltaba inteligencia y tenía facilidad para expresarse.

No era tímido en la ejecución de sus proyectos y presumido en el vestir aparentaba finura en sus modales y delicadeza en sus costumbres.

Afortunado en ese juego de los negocios que se aventuran a la suerte más que al cálculo, se creía también afortunado en el amor; cosa que no es común en los hombres según la creencia vulgar. Pero a él no le faltaba razón, en sostener la suya

desmintiendo la del vulgo; pues tan joven aún había ganado dinero y había caído bien en el corazón de las muchachas a quienes había hecho la corte.

Precedido de una buena reputación de honradez y decencia, y siendo mozo de reconocida familia, Engracia no se sentía malquista con la espontaneidad favorable con que lo había acogido su simpatía.

Viniendo y volviendo a Baní logró por fin Enrique arrancarle esa confesión tan deseada de los que se enamoran con locura y que ella no le había querido dar hasta no recibir pruebas de la verdad de su pasión.

II

¡Qué de palpitaciones no sintió la pudorosa virgen, antes de mover el labio para decir a Enrique que lo amaba!

¡Cuánto no laboró su pensamiento ese sencillo tema!

—«Si es verdad que me adoras tanto como dices, cuenta con mi corazón» —decía ella con voz tierna y algo trémula, suponiéndose a Enrique delante.

«¡No! así no está bien» —se contestaba luego con un movimiento de cabeza, y proseguía—: «Esas palabras envuelven una condición que no debe existir, pues yo no puedo suponer nunca que él me esté mintiendo... ¡Vamos! se lo diré de otro modo».

Y entonces como quien quiere darse asimismo valor, combinaba otra frase: —«Enrique, como sé que tú me amas, yo te amo también». Pero ¿si me resulta como ayer —se preguntaba— que al tiempo de ir a decírselo se me oprimió el pecho y temblando de miedo no hallé las palabras que me había aprendido de memoria?» Y en este pensamiento se quedaba entristecida:

—¡Ah! ¡qué tonta soy! —exclamaba después como quien había hallado una idea luminosa—: Cogeré la flor de mi heliotropo

y sonreída le diré: «Tú la quieres?»... Y él, que conoce el significado, me respondería que sí. Pero ¡ay! —añadía suspirando—, una flor dice y no dice nada: es un pretexto para hablar, y yo no podría... —Entonces, doblando otra vez su frente, como un lirio de la tarde, se quedaba un rato meditando y volvía a decir: —«Nada, nada; no hay que pensar más, Antoñita se lo dirá por mí».

Pero volviendo a reconsiderar ese otro medio de que quería valerse, retrocedía, y entonces ya con firme resolución terminaba: «¡Eso no está bien! A Enrique le gustará mejor que se lo diga en una carta... ¡Lo comprendo! Así lo haré».

III

En estos y otros soliloquios parecidos se pasaba Engracia la mayor parte del tiempo; perdiendo muchas veces los puntos que equivocaba de su tejido y que tenía que desbaratar, y en otras, pinchándose el dedo con la aguja del bordado por estar sumida en esas distracciones.

Y motivo, en aquellos días, no le faltaba a la tímida gacela para hallarse en aquella situación agitada, pues Enrique, impaciente con la tardanza y conociendo cuanto lo amaba, quiso ponerle un término fatal para precisar la decisión.

Llegó por fin un momento en que ella se halló sola con él en la salita de su casa. —«¡Ánimo! ¡Dios mío!» —se dijo para sí... ¡Qué momento aquel para ella! Un temblorcito interior y frío principió a invadirla... Se restablece un tanto y al tiempo en que pretende mover sus labios, Enrique, que esperaba ansioso una oportunidad, rompe el primero aquel silencio solemne y supremo de los enamorados y con acento conmovido, aunque firme por la resolución, dice:

—Engracia, ya es mucho esperar; o me amas o me despido de ti para siempre con el profundo desengaño que dejas en mi corazón, ¡decide!

Engracia inclina instantáneamente los ojos al suelo; se ven subir las rosas del rubor a su semblante y en voz baja, toda emocionada, contesta:

—Sí...

Al oír Enrique esta palabra salda con un dulcísimo suspiro de los labios de Engracia, corre hacia ella como si lo moviera un impulso eléctrico, le toma sus manos que las encuentra heladas.

—¿Con que me amas? ¿Y es verdad, y es verdad que me amas? ¡Vuélvemelo a decir, Engracia de mi alma!

Engracia, sin alzar los ojos, se lo repite con un movimiento de cabeza, y Enrique, en el arrebató de su alegría, le estampa un beso en la frente. Ella siente ese beso, el primer beso de amor, que le penetra hasta el fondo del alma, y un oleaje de ternura la invade inundando de llanto sus mejillas.

¿Por qué lloraba Engracia?...

Ella misma no lo hubiera podido saber.

Las mujeres sensibles no pueden prescindir de las lágrimas en sus impresiones profundas, y cuando aman, ese es su lenguaje más elocuente.

Enrique, todo conmovido, a pesar de su gozo, se derramaba en ternezas para consolarla. —¿Qué tienes? ¿Por qué ese llanto, alma de mi vida? ¿Te lo causo yo, luz de mis ojos? —le preguntaba, recogiendo en el pañuelo las lágrimas como si fueran preciosas perlas. Y como ella continuaba llorando, Enrique se expresó así:

—¡Ah! te comprendo, te pesa haberme dado tu amor. Es verdad, yo no soy digno de tanto.

—¡No, no, Enrique, te amo!... —contestó Engracia levantando la frente.

—¿Y entonces, por qué ese lloro?

—¡Ay! no lo puedo evitar... mamá... —respondió ella ahogando sus palabras entre nuevos sollozos.

—No temas, Engracia, yo se lo diré todo —contestó el joven con acento de firme resolución.

IV

De esa manera tierna resolvió Engracia el problema que tanto la había hecho pensar y que tan difícil le parecía. Enrique, cumpliendo después con la promesa hecha a la novia, díjole a la madre:

—Ofrezco, señora, que mi mano de esposo será para vuestra hija.

La madre expresó su gratitud y creyó en la palabra del caballero.

Engracia entonces sonrió a su alma solazándose de satisfacción.

—Ya soy feliz —se dijo en su alborozo—, Enrique me ama y yo lo amo: mamá lo sabe y está contenta.

Y en efecto: bien merecida era esa alegría de Engracia, pues ella había cumplido, antes de comprometer su porvenir, llenando el deber sagrado del hogar.

¿Y con qué corona más preciosa se puede orlar una joven de delicados sentimientos al entablar sus amores que conciliando su gusto y sus sentimientos con el de sus padres?

Al hacerlo así, a esa niña, hija de familia, le quedará el consuelo, aún en el caso de las decepciones, de haber cumplido con aquellos que, además de haberle dado la existencia, son sus mejores amigos y consejeros, y tranquila estará siempre su alma.

Al tanto de esa digresión, es de advertir que nuestro protagonista en nada infundía la menor sospecha para que se pudiera dudar de él.

Era muy cumplido, y como hemos dicho, tenía fama de honradez.

Bajo esas impresiones, y sin que ninguna nube entoldara el cielo de esos amores, se ofrendaron su cariño Enrique y Engracia.



TERCERA PARTE

CAPÍTULO I Vienen las fiestas

I

Estamos en noviembre. Baní tiene lo que no es muy frecuente en este mes: abundanciosas las aguas de su río, reverdecidos todos sus árboles y cubierto su suelo de esas florecillas de abrojo que brotan innumerables como las estrellas para tachonarlo por todas partes.

En su hermosa plaza forman ellas tapices triangulares, más o menos extensos, divididos por las angostas vías del transeúnte, que se miran a distancia, como si fueran oscuras franjas que hacen resaltar la ondulación de la brisa en ese alfombrado de oro.

Es verdad que no deja de soplar en algunas horas del día y de la noche ese canto incongruente que suele pasar doblando la gargantilla de las flores, como si quisiera que ellas no ocultasen en sus verdes tallitos las tiernas cuentas adheridas y puntiagudas que deben transformarse en espinas.

Es verdad también que él no trae ahora tan agudo su silbido y perdona las luces en las casas y en la Iglesia, aunque las hace titilar al través de los cóncavos vidrios que las guardan; ni tampoco, como otras veces, arrebatada de la cabeza los sombreros haciendo correr tras ellos a sus dueños, ni cierra y abre golpeando con estrépito las puertas y las ventanas. Pero

se complace un tantico en descomponer el traje y el peinado de las muchachas. Juguetón importuno, les riza los cabellos y picaresco se cuela por el ruedo del vestido, obligándolas constantemente a llevar las manos unas veces hacia los pies y otras a la cabeza.

II

Baní, que es un pueblo metido en sus viviendas, que no sale a la calle, que apenas pasea, que mantiene a sus mujeres sin que se comuniquen a menudo o se visiten las unas a las otras con la frecuencia que debieran sino cuando ocurre alguna desgracia de enfermedad, muerte, o cualquiera otra, que acuden todas y llenan los aposentos, las salas y los patios de la familia que está en tribulación; Baní, decimos, que es un pueblo tan triste que a veces parece muerto, en esta ocasión, como si hubiera sacudido la actitud perezosa de su normalidad, siente, piensa, se mueve, labora, se anima.

En todo y para todo cualquiera diría que tiene nueva vida. Hasta el caserío de su poblado rejuvenece. En los barrios pobres nos sorprenden, el levantarnos por la mañana, los setos y las puertas de los bohíos blanqueados durante la noche, o en la madrugada, por las mismas mujeres; los unos con el caliche perla que produce el cerro que se mira como un deforme animal echado a las orillas de la extensa sabana que se encuentra al oeste; los otros de almagres rosados o amarillos. El resto de las casas, situadas en el centro, que los pobres llaman de los ricos, están pintadas con pinturas de diferentes colores. Todo esto, unido a la gente que hoy se ve en sus antes desiertas calles, le da un nuevo aspecto. Los habitantes de sus aldeas y villorrios pululan en ellas, a pie, en burro, y otros a caballo. Ninguno viene al pueblo mal trajeado; todos traen sus ropas limpias y sus pies calzados, sean hombres o mujeres.

III

Las fiestas en las poblaciones pequeñas animan al comercio; pero en Baní, en este año de buena cosecha, se nota más la animación. Las tiendas se ven concurridas. A ellas, particularmente en las primas noches, acude la gente de los campos a hacer la venta de sus frutos y la compra de mercancías.

Otros toman los créditos –y estos son la mayor parte– a cuenta del producto que entregarán después.

En alguna que otra de esas tiendas –la verdad sea dicha– no sucede ahora como en tiempo de nuestros padres, que el comerciante y el productor como que trataban de ayudarse los unos a los otros; había reciprocidad de intereses y mejor buena fe de parte de ambos. Hoy se suscitan escenas desagradables. Algunas veces no faltan agrias disputas entre el comerciante y el agricultor. El negocio del café a la flor, introducido de algún tiempo acá, es la causa de esas desavenencias.

—¡Pagarnos el café a seis pesos, cuando ustedes han vendido el año pasado a veinte! –grita un hombre del campo que parece de carácter más díscolo que sus compañeros, en la tienda de Don Antonio Díaz, a pesar de que Don Antonio Díaz es un hombre de respeto y consideración por su proceder honrado en los negocios.

—A veinte pesos; sí, es verdad –contesta Don Antonio—. ¿Y el tiempo que esperamos?, ¿y el interés del dinero? Eso no lo cuentan ustedes.

—Pues, Don Antonio –replica el campesino– yo no le doy gusto, prefiero que mis hijas se queden sin ver las fiestas. ¡No vendrán al pueblo!

—¡A seis pesos, a seis pesos! Eso es valerse de la ocasión; eso no es dolerse del pobre. ¡Ah! ¡cómo han cambiado los tiempos en este pueblo! –añadió, metiendo su cuchara, una de las mujeres que habían ido con sus maridos a hacer sus compras.

—Eso es no tener conciencia; ustedes, los nuevos comerciantes de ahora, no tienen conciencia –interrumpió otra, recalcando la repetición.

—¡Ah! ¿Pretenden ustedes que nosotros les entreguemos nuestras mercancías y nuestro dinero, en cambio de su café al precio que lo vendemos en Santo Domingo? ¡Hombre! ¡qué bonito fuera! –Y agregó Don Antonio, ya un poco alterado: ¡Vaya una gracia! y luego si el año viene malo, apenas nos entregan la mitad del producto.

—¡Qué bonito! ¡Vaya una gracia! –repitió el hombre del campo remedando la ironía de Don Antonio. Y entonces (cambiado de tono) doblan ustedes la deuda, el ciento por ciento, es decir, al que le toma en trapos seis pesos por quintal, aumentan en el año próximo a dos quintales, y sin que tenga el cafetero derecho a pagar con doce pesos en dinero, sino el café, el café, así se venda en Santo Domingo a veinte pesos. ¡Bonita justicia!

—Sí, el café a seis pesos. ¿Y cuando se lo pagamos a ocho para venderlo al cabo de quince meses a doce, como sucede muchas veces? ¿Y cuando perdemos el total de la deuda por algún accidente? ¿Y cuando después de esperar y esperar nos engañan ustedes?

—No, Don Antonio, eso no; que aquí son conocidos los tramposos y nosotros no somos de esa gente.

—Pero, amigo, en último ¿qué es lo que Ud. quiere? Si a Ud. no le conviene, no comprometa su café, y asunto concluido. Nadie le obliga a Ud. ni a ninguno de los otros. Váyase Ud. con Dios y déjeme tranquilo –contestó Don Antonio ya fuera de casillas.

—Sí; tiene Ud. razón, me echa Ud. fuera, porque no soy ignorante como estos (dirigiéndose con aire de autoridad a los otros hombres del campo que estaban en la tienda). —Ya se ve –proseguía intencionalmente–, el quintal a seis pesos, y el año que no alcanza para pagar porque hubo seca, o porque se perdió la mitad del grano, a doblar la deuda. ¿Qué hombre

por trabajador que sea, aguanta ese fueete? ¡Y quieren que haya agricultura!... ¡No sé cómo Dios no castiga una usura igual! No sé cómo el Gobierno...

—¡Mire, amigo, lárguese de aquí! —gritó colérico Don Antonio, amenazándole con la vara de medir en la mano...

IV

En cambio de esa nota discordante, en otras tiendas no se ve sino el buen humor entre compradores y vendedores. Se oye el ruido de las telas engomadas, que parece que gimen al desenvolverlas y al medirlas, lanzando su chirrido al rasgarlas, en mal acordado son con el *tintín* de las monedas que los compradores entregan en pago de la permuta verificada. Y en algunas de esas tiendas que tienen sus limitados tramos llenos de artículos propios del uso de la mujer, es curioso, y hasta agradable, mirar al frente de los también limitados mostradores las muchachas del pueblo que vienen: unas a comprar el vestido y el sombrero, otras las cintas y los encajes; y observar, sobre todo, el gesto de las que se despiden de allí con el disgusto marcado en el semblante, por no haber encontrado el abanico, los guantes, las flores, o cualquiera de esos perendengues y aderezos de adorno que fueran a buscar. Se ven a aquellas al volver a sus casas mostrando con alegría las compras hechas, reídas, gárrulas y contentas; y a estas últimas con desagrado, serias y silenciosas al principio, desatando al fin el nudo que el disgusto echara a las palabras, para reprenderse a sí mismas: —¡Caramba! qué suerte la mía, exclaman, ¡qué fatal soy! —y en seguida, cambiando de tono: —¡Si yo lo dije, que no iba a encontrar nada! —hasta que concluyen por inculpar al dueño de la tienda llamándole estúpido porque no supo surtirse en novedades, ni tuvo tino para escoger los artículos de fantasías, ni buen gusto, ni previsión para comprar en Santo Domingo, o donde fuera, las mercancías más vendibles en tiempos de fiestas.

V

Ya varias veces al acostarse el sol, envuelto en sus gasas purpúreas, las campanas ladinas de la Iglesia con sus alegres repiques han llamado a los feligreses al rezo de las novenas donde se cantan también lindos villancicos que ensalzan a la morena reina de los cielos. A este novenario acuden de todas partes de la Común con fervorosa devoción. El templo se llena de bote en bote, y multitud de personas se agrupan a las puertas y del lado afuera por no haber alcanzado lugar adentro.

No parece sino que todas las promesas hechas durante el año se han dejado para cumplirlas en estas noches en que se rinde culto a la milagrosa Virgen de Regla.

Entre las jóvenes, no cabe duda que las más devotas son las de los alrededores de la población y las de los campos circunvecinos. Esta circunstancia se la hizo notar Antoñita a Don Postumio, que ya por aquel tiempo había vuelto de su expulsión y que por los méritos contraídos y por su política liberal y conciliadora, se hallaba siendo comandante de Armas de la común.

—Observe Ud., Don Postumio, —le dijo—: Las primeras en llegar a la Iglesia cuando el sacristán y los monacillos no han acabado de encender las luces son ellas, y siempre se las ve ocupando los lugares más próximos al altar.

—Cualquiera diría —contestó Don Postumio intencionadamente—, que lo hacen porque son las más pobres...

—Así parece —interrumpió Antoñita—, la devoción hoy día se halla en la pobreza; los ricos se olvidan de Dios.

—Pero no es así —continuó Don Postumio, después de haberse sonreído por el dicho de Antoñita—. Al disputarse esos lugares lo hacen en la creencia de que la Virgen oye mejor los ruegos; porque fijando los ojos en el rostro y en los ojos de la imagen, les parece, al tiempo de hacer la petición, que la Virgen corresponde a la mirada fija y llena de fe que le dirigen a la imagen. Y este capricho o fanatismo en la oración, o mejor dicho, en el rezo

—continuó diciendo en tono más intencional Don Postumio— no creas, Antoñita, que sea propiedad exclusiva de las muchachas de referencia. Muchas personas de aquí y de donde quiera que se profesa nuestro catolicismo, creen como ellas que de ese modo el ruego o la súplica son más eficaces. Muchas veces pienso que quién sabe si eso haya contribuido también a que se sostengan todavía en el culto las imágenes.

VI

Es de verse y de decirse cómo, al concluir la novena, salen todas de la Iglesia, llenas de animación, siéndoles de mucho agrado el sonido de las campanas, y por ende el alboroto que arman los muchachos al correr en pelotones sobre el mazo de cohetes que alguno tira. Los grupos de las buenas mozas —y aún de feas— se detienen en la plaza y se dan el beso del saludo.

—¿Ya acabaste el vestido? ¿Y cómo te quedó la chaqueta? ¿La concluiste al fin? —pregunta la una.

—Al fin, hija; gracias a Dios —responde la otra.

—¿Quién de ustedes me presta sus figurines de baile? —suenan una voz por otro lado.

—¡Ah! ¿Siempre te decides a quitarte el luto?

—Mamá no quería; pero hija, si una pierde las fiestas... ¡Esperar el año que viene! Es bravo rigor. Además yo que ni siquiera conocía la prima muerta...

—¿Sabes que a Isabel le vinieron sus encargos de la capital?

—Sí, niña, los vi; y el sombrero, ¡qué sombrero! —exclama la interpelada dirigiéndose al grupo—. Tiene el ala izquierda vuelta hacia arriba, forrado de terciopelo negro, sujeta el ala por un pajarito lindísimo y en la copa un lazo de cintas también negras prendido con un ramo de flores rojas.

—¡Ay! ¡qué precioso debe de ser!

—Pero quién como ella, su padre es rico...

—¿Y dicen que habrá muchos bailes?

—Sí, sí, nos vamos a dar gusto.

—Es preciso no perder uno; yo estoy dispuesta a ir a todos.

—Y yo también.

—Y yo lo mismo. Vaya para cuando quedan las fiestas malas.

Así se interrumpen las unas a las otras, y alegres, parleras, reídas, se cuentan con rapidez lo que saben; pero sin omitir nunca antes de despedirse la pregunta sacramental—: ¿Y quiénes son, niña, los que vienen de Santo Domingo?

VII

A medida que se han ido acercando los días ha ido creciendo el embullo; las madres y los padres como que se contagian con ese sentir de sus hijas, y nadie vuelve ceñudo el rostro al oír las disposiciones que se dan en las casas para pasar mejor y más divertidos esos días. Quién determina mudar los muebles de un lugar a otro para limpiarlos y arreglarlos de una manera más conveniente; quién saca los cristales y las lozas más finas, que estaban guardadas, para ponerlas al servicio; otras preparan el alojamiento para los huéspedes que esperan; y las más pobres, si otra cosa no pueden, echan hormigón al suelo de su bohío y ponen en las puertas cortinas blancas con lacitos de cintas.

El tema de las conversaciones y el asunto que más preocupa a las familias, de que más se trata, principalmente en todos los grupos femeninos, es el de las fiestas.

El atareo con las costuras se hace general, no se da tregua a la aguja y no hay vagar para la máquina o en las altas horas de la noche.

Hay mujeres, hijas de padres acomodados, que vestirán trajes diferentes en cada misa y en cada baile. Otras, pobres como Engracia, estrenarán los vestidos y el sombrero comprados con el producto de sus propias labores, y algunas, como Antoñita, con el producto de la ternera que le regalaron al nacer.

VIII

Están llegando de Santo Domingo los jóvenes que se esperaban.

Vedlas. En unas reboza el contento, porque se ha realizado su deseo. El enamorado simpático, o el cumplido amante acaban de desmontarse de los caballos. En otras, sin poder evitarlo, palpita el corazón y hasta cruza atrevido pensamiento que muchas de ellas acarician entre el rubor y la esperanza al oír la nueva de los recién venidos. Hay quienes hasta dejan de comer porque la dulce zozobra les roba el apetito.

Nuestras dos amigas no están ajenas de estas emociones. Engracia acaba de conmovirse notablemente y está alegre como unas pascuas. El ser amado de su corazón acaba de llegar en el último grupo.

Y Antoñita, ¿por qué ha tenido tan repentino cambio? Estaba inquieta, desazonada, devorando en su interior el disgusto; y al oír la algarada de los recién llegados que detienen los caballos a su puerta para dar el saludo, sin poderlo evitar, le palpita el corazón, lanza un grito de alegría y palmorea aplaudiendo calurosamente.

En este grupo, además de Enrique Gómez, el novio de Engracia, y amigo íntimo y confidente de Antoñita, se hallan Alejandro Ricart, José Joaquín Pérez, Luis Caminero, Ignacio González Lavastida y el que suscribe; jóvenes que entonces éramos los que hacíamos los versos de las fiestas, como en otras épocas los habían hecho Don Manuel M. Valencia, Don Félix María Delmonte, los Heredia, y más después la poetisa Perdomo.

Según Antoñita, no podían quedar buenas y animadas, las fiestas sin décimas, poesías de los *Dos bandos en disputa*, que ella misma inventó, y sin el juego y testamento del *Peroleño*.

Pero sigamos la ilación que comprenden estas páginas, y bien pronto sabrá el lector en lo que consistían esos *Dos bandos en disputa* y el juego y testamento del *Peroleño*.



CAPÍTULO II

En las fiestas

I

E

s la antevíspera del día de la Virgen. Ya las fiestas, como si no pudieran resistir el calor de su incubación, quieren romper la débil crisálida que las contiene.

II

Llegó la música de la capital. En esta época Baní tiene violines, algún bajo, flautas, panderetas y un mal organillo en la iglesia; pero no tiene todavía instrumento de metal.

Esa clase de música es una novedad que se regala en estos días del año. Por eso, en la madrugada de hoy, 20 de noviembre, despierta toda la población, al alegre acorde de los clarinetes, cornetines y bombardinos, mezclado con el grato repique de las campanas y aún los tiros de las que aquí llaman *cámaras*, que son unos potes de hierros atacados con pólvora y ladrillo, y que al dispararlos producen la explosión de un cañonazo.

El entusiasmo de aquellos tiempos en que Baní hacía brillar, entre la sencillez de sus costumbres, la alegría de sus fiestas, parece que resucita. Aquel entusiasmo que daba tanta fama al simpático valle, atrayendo a él muchas familias acomodadas de la capital, venían a pasarse esos días en medio del solaz de las inocentes diversiones de un pueblo; y que proporcionaba el gusto de cultivar puros afectos y nuevas relaciones; ensanchando su comercio, y más que todo eso, fomentando el trato en la juventud de ambos sexos para que se sucediesen los frecuentes matrimonios de las hijas de Baní con los jóvenes forasteros; aquel entusiasmo, decimos, ha cundido por todas partes. ¡Qué júbilo en el corazón de las muchachas! ¡Cómo se animan todos! ¡Hasta los aires en el espacio parece que participan del regocijo general! ¡Nunca se vieron más lindos los albores de la mañana!

Corren las horas, y a medida que el sol se eleva va creciendo el ruido de la animación. Llega la tarde y viene la noche. Todos se aprestan a las diversiones, cada cual a su manera y según su clase y recursos...

III

Amanece el día de la Virgen... ¡Con cuánta solemnidad se celebra la misa, y qué lucida concurrencia hay en ella!

Existe todavía la costumbre en este pueblo, que era muy severa en otro tiempo, de que las madres impiden a sus hijas ir al baile de la noche si faltan en la mañana a la misa. Por esa razón el templo está lleno de bote en bote: un mar de cabezas se extiende formando un oleaje de flores, plumas y cintas. Óyese casi sin interrupción el *ram-rás* de los abanicos que agitan aquella atmósfera de suaves esencias que se desprenden de las jóvenes, mezcladas con el perfume del incienso que el sacerdote ofrenda en el altar.

Aquellos que no han podido penetrar dentro del templo, se agrupan a las puertas de este, apañuscándose los vestidos

por devorar con sus miradas en aquel hermoso conjunto a las que mayor fascinación provocan.

IV

Ninguno de nuestros personajes ha faltado a la solemne misa de hoy.

Engracia y Antoñita, elegantemente vestidas, con el vaporoso tul que riza jugando con las tersuras de sus gargantas, se ven la una al lado de la otra; y, como si de rodillas se pudieran reproducir dos gracias de la mitología, resaltan ellas en la muchedumbre de tantos cuadros confundidos.

Engracia, parece que se siente tranquila, o al menos, está más entregada al devocionario que tiene en la mano. Antoñita, por más que trata de disimularlo, se nota que bulle en su mente una idea. Hay veces que se concentra en sí misma; aunque de luego en cuando, se despierta de su distracción volviendo la vista al lugar donde se hallan Don Postumio y los miembros del Ayuntamiento, entre los cuales ocupan asiento Don Antonio Díaz y Enrique Gómez.

Felipe Ozán acaba de hender por en medio de la concurrencia, no sin antes haber pisado los ruedos de los vestidos de algunas señoras, y Candelaria, su tía, abigarrada en cintarajos y perifollos, se ha colocado detrás de Engracia y Antoñita, llamando la atención de todos, ora con sus movimientos y palabras, o ya arrastrando la silla que descomponen y vuelve a componer.

Al entrar el sobrino, indicándole un asiento que está desocupado cerca de ella y al frente de nuestras heroínas, le hace señas de tal modo y habla tan en alta voz que, toda la gente, hasta los clérigos desde el presbítero, no pueden prescindir de volver la cara.

Cuando viene el momento en que el cura sube al púlpito, después de concluida la salutación en que se agita todo aquel océano levantando el ruido que hacen las mujeres al sentarse, el templo queda en profundo silencio: nadie se atreve a

interrumpir la voz del orador que ensalza a la madre de Dios-hombre. Solamente Candelaria Ozán, con sus impertinentes secretesos, tiene ya en gran mortificación a Engracia y a Antoñita. Acercando la cabeza al oído de la primera le ha dicho: —Engracia, tengo que contarte una cosa sobre Enrique que te interesa. —A la segunda vez que le repitió las mismas palabras, Engracia, le contestó: —Sí, señora, está bien.

Pero sin embargo de que nuestra protagonista, al principio no hizo caso al dicho de Candelaria; pensando en ello, se sintió intrigada en su interior, y aquella serenidad con que la vimos entregada al libro de oraciones que tenía en las manos, huyó de su espíritu por algunos momentos.

Candelaria, en su tema de importuna, no dejaba pasar mucho tiempo.

Cuando la campanilla anunció el *Sanctus*: —Miren el hipócrita de Don Postumio, haciéndola de santurrón, —les decía a las dos cuando Don Postumio reverente se inclinaba, y luego, cogiéndola de recio con Don Antonio Díaz: —¡Vean, señores, al estirado de Don Antonio! Buenos palos le diera yo; ¿ustedes no lo ven, señores? —Y llegó a tal extremo con sus impertinencias, que Engracia, a pesar de su carácter moderado, le contestó: —Mire que estamos en la Iglesia, —y Antoñita a quien le entraron ímpetus de levantarse de allí, ya nerviosa, exclamó: —¡Jesús! ...¡esto es insoportable!...

Candelaria, aunque se intimidó un poco con la actitud de esta última, siguió después murmurando durante el resto de la misa.

IV

Ha llegado la tarde. Está preciosa.

El sol en Occidente, como un globo de cristal navegando en ondas de llama, lanza los reflejos de su luz recamando con cintas de oro las cimas de las lomas del valle.

La procesión va recorriendo las calles. En otros años, bien lo recordamos, las señoritas iban un poco apartadas del grupo de las viejas que rezan detrás del cura; y los enamorados, protegidos por el ruido de las campanas, de los triquitraques, de la música, del canto y hasta del desorden de los chicos a quienes corregía el sacristán dándoles en la cabeza con la vela blanca que lleva en la mano, se aprovechaban de esa circunstancia para entablar conversación.

Hoy no sucede así. Parece que todo contribuye a solemnizar estas fiestas. Antoñita, que de antemano había trabajado con ese ardoroso ahínco de su voluntad para darnos una sorpresa, lo ha conseguido de una manera espléndida. Aquellas distracciones e inquietudes con que la vimos en la iglesia, eran hijas del pensamiento halagador que debía de realizar. En su impaciencia, a ella le parecía que el tiempo se le escapaba; y por eso, tan pronto se acabó la misa, sin detenerse del lado afuera, ni en la plaza, en los paliques de costumbre con las otras amigas, solamente las preparaba diciéndoles: —Estén listas, estén listas; Engracia y yo vamos a buscarlas.

Así fue como nuestras dos protagonistas cuando apenas comieron el almuerzo, sobre todo Antoñita, que ni a la mesa se sentó y que de pie tomó un pozuelo de leche y despuntó un pan, volviéndose a la calle, y con su determinada intención, convidaron a muchas personas, entre ellas a Don Postumio, a quien cogieron de improviso:

—Don Postumio, venga Ud. con nosotras —dijo Antoñita al encontrarlo en la plaza ya cuando la comitiva se dirigía a la casa del cura.

—¡Yo! ¿adónde?

—A casa del cura

—¿Y a qué, Antoñita?

—A hacerle una súplica para que salga la procesión de una manera digna de Ud., que es la autoridad del pueblo, y de todas nosotras.

—¿Procesión, Antoñita? —dijo Don Postumio, moviendo la cabeza y no sabiendo de qué modo escabullirse de aquel grupo que lo asediaba—. Bien sabes tú que yo llamo a eso mojiganga; y creo que eso es ridículo.

—¡Mojiganga! ¡ridículo!, ¿dice Ud., Don Postumio? ¿Y cómo admite Ud. y se entusiasma tanto cuando se trata de una procesión cívica?

—¡Ah! ¡miren qué diferencia! ¡En esas fiestas se tributa homenaje a la libertad!

—Y también a algún candidato a la Presidencia en tiempo de elecciones —interrumpió Antoñita con malicia.

—No, no, esas pueden ser apasionadas; yo hablo de las que se rinden a la libertad; a la libertad, que es, y ha sido siempre, base del progreso; o de aquellas con que se rinde tributo a algún grande hombre, benefactor, por algún concepto, de la humanidad.

—Y en estas —contestó Antoñita con su aplomo acostumbrada— se tributa homenaje a la religión, que es y ha sido siempre base de moralidad, y sin la cual no pueden vivir los pueblos. ¿Con qué admite Ud. como justo, como bueno, que se rindan parias a un hombre que hiciera algunos bienes, y cree ridículo que se le rinda homenaje a Dios? Vaya, Don Postumio, complázcanos Ud. y venga con nosotras.

—Sí, sí, venga con nosotras —exclamaron todas en coro—. Y Don Postumio, aturrullado con tantas voces femeninas y sin poder o sin querer defenderse de aquel ataque que hubiera deseado llegara hasta el asalto, se agregó a la comitiva.

Antoñita, cuando llegaron a casa del cura, con el mayor despejo, le pidió que consintiera a las mujeres formar la procesión.

El cura dio el permiso y Antoñita lo dispuso y ordenó todo.

VI

Es de admirar lo bello y majestuoso de esta procesión. Todas las señoritas del pueblo, formando dos largas hileras, van

vestidas de blanco, con un lazo de cinta azul en el pecho, un vistoso ramo de flores y una vela encendida en la mano. En medio de las dos filas y de trecho en trecho, resaltan lindos estandartes llevados por niños vestidos de ángeles.

Allá en el término se alcanza a ver la graciosa imagen de Regla, efigie bellísima que parece que mira y sonríe, ataviada con su riquísimo vestido de seda blanca, bordado de oro, su manto azul y su corona de piedras preciosas. A la aureola de plata que circunda a la Virgen se adhiere otra de jazmines y rosas encarnadas, que forma bellísimo juego con el brillo argentino de la primera. Seis cadenas de menudas flores, y del color de los jazmines y las rosas, prendidas de las engalanadas andas, que están llenas de macetas y otros adornos, ondulan a merced del viento, sujetas sus en extremos por seis manos angelicales.

Antoñita y Engracia vienen al frente con dos primorosos pebeteros que lanzan el humo del incienso en forma de varillas rectas que se quiebran al subir, perfumando el aire que rodea a la imagen.

Y a una Pimentel, tan linda como la misma imagen; y a una Aminta, tan candorosa como el velo que la envuelve; y a una Vidal, tan risueña como el ramo de flores que lleva en la otra mano; y a una Guerrero, tan despejada como el cielo de esa tarde; y a una Castillo, tan majestuosa como la misma procesión; y a una Andújar, tan simpática y tan llena de luz en los ojos como el rayo de sol que en ese instante le hiere la frente, les han tocado las seis prendidas cadenas.

Don Postumio, que está loco de contento y tan satisfecho como quien hubiera alcanzado un triunfo, no ha desperdiciado momentos para aplaudir la obra de Antoñita.

En ese instante en que la procesión se ha detenido, a causa del altar que han puesto en una de las esquinas, para hacer un descanso, se han acercado a él algunas personas y jóvenes de la capital para darle el parabién y hacer sus elogios.

Don Postumio, más envanecido aún, y sin cuidarse de la negativa hecha a Antoñita cuando lo convidó a ir adonde el

cura; y sin reparar en quienes eran los que le hablaban, desató su entusiasmo con la verbosidad acostumbrada, diciendo:

—¡Que vengan de Santo Domingo, esos mentecatos que se las dan de escépticos, y que creyéndose sabios se burlan de la religión; que vengan a presenciar este cuadro! —añadía en su palinodia abriendo los brazos como un predicador al señalar la procesión—. ¡Que vengan y que aprendan de un pueblo que tiene muchachas como Antoñita! —Y luego, con ese prurito que tenía de discutir y como quien se confunde a sí mismo: —Pero demonio —exclama preguntándose—, ¿de dónde se le ha ocurrido a mi simpática discípula una idea tan original?

—Tal vez Ud. se la inspiró —dijo uno de los jóvenes de la capital, como queriendo halagar la vanidad de Don Postumio.

—Yo, no, absolutamente. Yo recuerdo, sí, que en Esparta, según nos cuenta Rousseau, las doncellas, hijas de los principales ciudadanos, casi siempre aparecían en procesión en las solemnidades de las fiestas públicas, ellas solas, sin mezcla de otro sexo, formando carros de danzas, coronadas de flores, cantando himnos y llevando cestillas, vasos y ofrendas para presentar a los sentidos depravados de los griegos un espectáculo encantador que contrastaba el mal efecto de sus indecentes gimnasias. Pero, señores, yo nunca le he contado eso a Antoñita, y por otra parte, aquí no tenemos necesidad de esos contrastes.

—Pero como quiera que sea, Don Postumio —dijo otro joven—, la gloria os pertenece y debéis estar orgulloso, pues jamás se ha visto una procesión igual en el país.

—¡Ah! sí, sí, díganlo todos, todos —repitió Don Postumio dirigiéndose a los otros—. A lo menos ¿quién la ha visto nunca tan uniforme?... Así sí admito yo sin escrúpulo ni murmuración —continuó diciendo como quien cede en una discusión que ha combatido—, estas solemnidades religiosas.

—¿Y en Santo Domingo, las admite Ud.? —le preguntó el mismo joven capitaleño, con la intención de echarle en cara sus contradicciones.

—En Santo Domingo, amigo mío, el desorden, la ninguna devoción y la ridiculez de las imágenes paseadas por las calles, han hecho que me pronuncie muchas veces contra las procesiones, creyéndolas hasta contrarias al mismo culto. Pero esta tarde, señores, ustedes mismos han de confesarlo, cualquiera que vea lo que está verificándose en Baní, tiene que convenir en que bien se puede tributar ese homenaje al Rey o a la Reina de los Cielos, con toda fe y con todo recato. Eso sí, eso sí —concluyó repitiendo y cambiando de tono—, siempre que no perjudiquen los intereses que conciernen al desenvolvimiento del progreso, ni sirvan para alimentar un ciego fanatismo.

En este momento el cura incensaba el altar en donde habían colocado a la Virgen, y el coro cantaba el *Ave, maris stella...*

—Miren, señores, miren ¡qué cuadro! —murmuró Don Postumio, al ver que todas las muchachas hincaron una rodilla en tierra, apoyadas en la vela de cera que llevaban en la mano, y que con el cuerpo medio inclinado se veían flotar a sus espaldas los velos blancos, rizándose los unos con los otros en el retozo de la brisa, como si fuera el aleteo de muchos querubines aprisionados al tiempo de levantar su vuelo.

Y en efecto: cualquiera, sin tener la fantasía tan exaltada como la de Don Postumio, al contemplar el hermoso espectáculo, embellecido en aquel instante por los últimos reflejos del sol que se veían al frente, irisando las nubes del ocaso, habría imaginado algo así como el trasunto de una de las entradas que conducen a la gloria.



CAPÍTULO III

La primera gota de hiel

I

E

s ya de noche: han corrido algunas horas y estamos en el baile.

¡Cuánta animación! Nada hace falta. Se nota, sin embargo, que no ha habido aquel esmero de aplaudirse con que en años anteriores se arreglaba la sala y el orden del programa por medio del bastonero.

El baile tampoco tiene esa seriedad, ese tono aristocrático con que siempre se iniciaba, en otros tiempos, aunque después el ardimiento de su misma animación se lo hiciera perder.

Hay una mezcolanza entre las concurrentes que denuncia a ojos vistas que ya la sociedad banileja no tiene aquellos reparos que tanto la distinguían. Por lo demás, Baní conserva la gracia, la compostura y elegancia en su bello sexo.

Es hermosísimo el cuadro que forman tantas deidades reunidas. Ellas, como las rosas, exhalan su aroma, y como los luceros que más brillan en el cielo, derraman su esplendor. Es verdad que en los bailes, la música, las luces, las flores, los perfumes, la variación de colores en los trajes y la dulce predisposición de los ánimos, contribuyen poderosamente a realzar la belleza de las mujeres. Pero aquí, sin necesidad de

esos recursos, estaría siempre lleno de encantos el lugar que ellas ocupan: parece un recinto de hadas. ¡Lástima que sea tan pequeño el espacio para tantas parejas y que la aglomeración de los hombres en la sala impida contemplar mejor el cuadro! ¡Y cómo se destacan en él las figuras de Engracia y Antoñita!

Visten ambas de color de rosa; en las faldas llevan encajes que hacen graciosas ondulaciones, y entre estas, de distancia en distancia, se ven como perdidos lazos de cintas. Adornan sus hombros del lado izquierdo con un ramo de flores blancas, y del mismo lado llevan en la cabeza una rosa prendida en lo alto del pelo. Un collar de cuentas que imitan perlas ciñen al cuello, y con otras perlas iguales están formados sus sencillos brazaletes. Calzan sus pies elegantes zapatitos en armonía con el vestido, dejando entrever unas medias que confunden sus tintes con el de la carne.

Se diferencian solamente en que Antoñita va un poco más escotada. Su garganta de cisne, sus hermosas y mórbidas espaldas y sus torneados brazos resaltan en su blancura con el color del traje: parece que juegan allí la nieve y el carmín. Antoñita, con su aire distinguido y sus gestos expresivos cuando habla y sonrío, tiene un no sé qué de bello y de gracioso; pero Engracia, con su lindo talle, con su cuerpo lucido, con sus bonitas facciones, y, sobre todo, con aquella modestia candorosa que le es inherente, está encantadora. La una fascina, despierta más voluptuosidad: bien podría compararse con cualquiera de las bellezas de la mitología. La otra seduce, inspira ese sentimiento psíquico que nos penetra el alma; ¡bien podría compararse con las vírgenes del cristianismo!

Así ellas, como todas sus compañeras, están irradiando el gozo, sin embargo de que sienten ese miedito interior que no pueden evitar las muchachas jóvenes antes de romperse el baile; y aunque es verdad que en algunas ese miedito es efecto de la timidez, en otras no falta razón para sentirlo, hasta el extremo de tenerlas inquietas y desazonadas.

En Baní, Venus y Psiquis prodigaron a manos llenas sus tesoros y sus gracias; pero Terpsícore, lo mismo que Euterpe, a pesar de que las convida la poesía del pintoresco valle, se han mostrado siempre muy poco generosas en conceder sus dones. Por eso no es de extrañar que el temor sea tan pronunciado en algunas.

Empero, a juzgar por las apariencias, debían despejar sospechas, pues nada augura descortesía de parte de los jóvenes. Los forasteros, principalmente, se disputan las complacencias; y las madres, desde el aposento, que es en donde toman asiento en los bailes de aquí las señoras casadas, observan con mucho interés, y se sonríe por dentro su satisfacción cuando ven los obsequios de que son objeto sus hijas o parientas.

Entre esos jóvenes, Enrique es uno de los que se distinguen más; pues no por complacer y servir exclusivamente a su novia, deja de ser fino y atento con todas. Solo Antoñita le acaba de dar quejas porque no ha bailado más que una pieza con ella; pero esas quejas en tono tan sentido, que Enrique apenas encuentra palabras con que justificarse...

II

Ya el baile está en su punto, en ese término medio de su duración. Rompió con un vals de forma, y luego una danza tras otra danza se han sucedido con los intervalos necesarios para los brindis. La cerveza y los licores se han mezclado con los dulces, dando más ingenuidad al trato de los dos sexos reunidos. Ya las muchachas no son aquellas tímidas gacelas del principio; sus movimientos son más desembarazados y en algunas la prodigalidad de las risas acompaña a la prodigalidad de las palabras.

Ya nadie gasta cumplimientos; reina una especie de familiaridad respetuosa y la fiesta participa de ese casi desorden que da la alegría cuando llega a apoderarse de ella el ardor juvenil.

Entre tantas caras risueñas, al par que bonitas, solo llaman la atención, haciendo contraste, tres o cuatro así como astros eclipsados que parece quisieran desprenderse de su órbita. ¿Qué les pasa? Cualquiera cosa digna de encomio o de vituperio; lo que ocurre a muchas en los bailes. Celos algunas veces, caprichos o sentimientos hijos de la misma delicadeza. Y a otras ¿qué le sucede?... No en vano eran aquellos temores... Pero seamos discretos y dejemos la respuesta a la penetración de los lectores.

En la vida nada es perfecto. Por bello y sereno que esté el cielo, alguna nubecilla ha de venir a entoldarlo.

Eso en cuanto a lo que se adivina, que a la verdad no debiera pasar en ningún baile, sobre todo en este, en el cual todo auguraba el reinado de la educación, la cortesía y el buen gusto.

Por lo demás ¿no es cierto que el cuadro de más luz necesita de sombras para resultar encantador?

Entre las flores hay algunas a las que no tocan los rayos del sol, y sin embargo, en el instante de cogerlas ¿cuántas iluminadas por él no se desechan por preferir aquellas para formar el ramillete o la corona?

¡Quién sabe si entre esas señoritas a que aludimos, a pesar de ese tinte de melancolía que parece apagar la luz de su semblante, hay alguna que se asemeja a esas flores preciosas, las cuales, guardando por más tiempo aroma y rocío, vienen a ser envidiadas de las otras!...

Pero no por lo dicho se crea que en el baile haya habido incongruencias entre las señoritas unas con otras, para inspirar esas reflexiones.

Esto nunca, o rara vez, pasa en Baní. Si hay alguna tristeza en medio de tanta alegría, si ha rodado alguna lágrima en medio de las risas ¡ay! ¡nos duele decirlo y nos duele verlo! Engracia llora, y Antoñita siente algo grande que la tiene inquieta, disgustada, melancólica. ¿Quién ha venido a echar el acíbar en la copa que rebozaba miel?...

Candelaria Ozán, como después se verá, esa mujer que siempre virulenta ve con envidia el gozo ajeno, ha llamado

a Engracia al aposento, le ha hablado, y esta no ha podido contener el llanto. Antoñita no puede disimular tampoco la situación forzada en que se encuentra.

III

Ahora, con respecto a *lo otro*, si se oye el murmullo desagradable porque haya quien sea desatendida al tiempo de romper el vals o la danza, ese murmullo se ahoga en el ruido de la animación general.

Puede haber alguna a causa de lo dicho, y no faltará tampoco alguno, que al concluirse el baile llegue a su casa mal humorado, y haciendo promesa de no volver al de la próxima noche.

Por lo regular estas resoluciones, en las mujeres particularmente, duran el intervalo de una mañana, o como dicen aquí, son tan ligeras como las corrientes de *Guázuma*.

Al siguiente día viene la reflexión, la esperanza... El bonito traje que estaba preparado, u otra cualquiera circunstancia que las halague, las decide a volver.



CAPÍTULO IV El Peroleño

I

¿Quién es aquel que después que se han pasado tres días de no interrumpidas fiestas, aparece en esta tarde por las calles, levantando el espíritu de las muchedumbres, hasta traerlas embriagadas de júbilo a la plaza pública?

¿Quién sino el histórico hijo de Peravia que encabeza con su nombre el presente capítulo?...

II

Antoñita, a pesar de su empeño, no había podido resucitar las antiguas *Comisarias*, jóvenes que se nombraban, en los buenos tiempos de Baní, para recoger las contribuciones de las fiestas, que tanto animaban a la población, ora con las comedias carnavalescas, o ya con el baile de las cintas ejecutado por ellas mismas, vestidas, unas veces con la gracia y el salero de las manolas, y otras representando diosas de la mitología; pero en cambio Antoñita hace dos años había inventado con buen éxito los dos bandos en disputa, de que hemos hecho mención,

uno que se formaba en el pueblo arriba y otro en el pueblo abajo. Estos bandos se desafiaban para darse sorpresas agradables, y solían por las calles con música, ramos y banderas, llevando cada cual al frente del grupo una señorita coronada de flores con bandas de cintas, y un alegórico estandarte en la mano. Esta señorita, escogida de entre sus compañeras para representar el papel que la habían preparado, la designaban con el nombre de *Capitana*. Las dos *Capitanas* entraban en una especie de justa, dirigiéndose coplas en favor de su bando, y cantando en competencia la alabanza del triunfo que creían adjudicarse.

Pero si esos bandos eran divertidos y muy encomiados por haber sido la inventora de ellos nuestra simpática protagonista, la fiesta que se hacía al *Peroleño* era más popular y tenía un no sé qué que reflejaba el gusto, el carácter, las costumbres, y hasta el origen de los primitivos habitantes de Baní. El *Peroleño* era una copla de aquellos juegos caballerescos de los antiguos españoles; tenía también algo del ilustre mancebo de La Mancha. En la República, ni ahora ni en ningún tiempo, hemos oído decir que existiera un divertimento que se le parezca. El *Peroleño*, pues, es el tipo más legendario que puede tener el libro de Baní.

III

Pero entre tanto, ¿quién era verdaderamente el simpático personaje que hemos traído a la escena, y que con tal entusiasmo contribuía a dar animación a las fiestas de la patrona de Regla en aquel dichoso valle?

¿Por qué han dejado el descuido y la apatía de los banilejos que se pierda en la oscuridad de los tiempos la interesante tradición de su origen?

¿Por qué, si él vino a resucitar en un rincón del nuevo mundo, las justas y los torneos de los pueblos caballerescos,

alcanzando, en divertida liza, aquellas palmas que adjudicaban las doncellas de Peravia a su nunca bien ponderada resistencia, cuando vencía a tantos jóvenes, jinetes de lanza en ristre, que como los galanes del rey Don Juan, o como los infantes de Aragón, airosos y aguerridos, al correr de sus caballos creían asestarle el golpe en el pecho o arrebatarle el penacho que adornaba su cimera?

¿Quién como él noble y generoso, después del singular combate que había sostenido, en el cual concluían sus adversarios por dejarlo maltrecho, fustigado y lleno de heridas; quién como él, repetimos, hubiera hecho que se celebrara su muerte entre el regocijo público, corrigiendo costumbres, condenando abusos y moralizando al pueblo con los sabios consejos y los legados de su famoso testamento?...

Don *Pedro Leño* fue su primitivo nombre. La corruptela vulgar, que siempre tiende a *democratizarlo* todo, para quitarle el título de *Don*, le llamó después *Peroleño* a secas.

Nació, dicen unos, como los héroes de las antiguas leyendas, o como las divinidades del paganismo, envuelto en el misterio y encanto de la fábula y al calor del regocijo de las primeras fiestas que se hicieron para levantar el primer templo del pueblo. Otros creen haber hallado los vestigios de su cuna a las faldas de Peravia asegurando que allí viven todavía ancianos individuos de su progenie. Quienes cuentan que fue como Moisés salvado de las aguas, y los más afirman que luchando contra las iras de Neptuno, se desprendió un día de la proa del buque en donde lo mantenía aprisionado un mercader; y que luego, como un nuevo Ulises, venció en su naufragio los irritados mares, llegando sano y salvo a las playas de «El Agua de la Estancia», que fue como si llegara a la isla de Calipso. Allí, entre las arenas, lo descubrieron unos pescadores, que, llenos de alegría, lo llevaron montado en un jumento a la población el 21 de noviembre, el mismo día en que se celebraba el santo de la Virgen; y paseándolo por las calles lo recibieron con ramos y banderas al son de música y entre el ruido de las aclamaciones.

III

Era *Peroleño*, en su apariencia física, de agradable continente; y a pesar de su insensible cuerpo, no tenía tan de cántaro el alma, pues el tronco de nuestro héroe debió ser, sin dula alguna, de *cáscara amarga*, como pretenden serlo muchos de nuestros generales de hoy en día. Nació sin piernas, y bien hizo su destino en condenarlo a no tener esas extremidades; porque con ellas no hubiera podido ocupar el puesto honroso que se le destinaba en las fiestas, ni hubiera podido en los reñidos combates alardear de aquella agilidad con que se movía para defenderse de los golpes que se le dirigían y asestar los suyos contra sus adversarios. Su cara pequeña y lampiña, redonda y maliciosa, daba ocasión a las risas; sus delgados y bermejos labios aparentaban ese desdén que es tan propio de la gente cuando llega a empapirrotarse, y su bigotito negro, que dejaba limpio un gran trecho debajo de la nariz, hacía resaltar la pequeñez y remangadura de esta. Su cabeza de coco, con el pelo pintado, escaso y lacio, contrastaba un tanto con lo estirado de su pescuezo, y en sus ojos azules, redondos, saltones y picarescos, cualquiera creería que ostentaba la desfachatez del sinvergüenza. Mofletudo y rosadote, estaba convidando a fiestas. Su abultado pecho y sus anchos hombros denunciaban que había sido formado para resistir golpes fieros en desiguales luchas.

Allá en sus mocedades, en aquellos buenos tiempos en que él era tan querido y tan solicitado de hombres y mujeres, las señoritas más distinguidas del pueblo se disputaban el honor de sacarlo del rincón en donde había estado durante un año. Desde el segundo o tercer día de la Virgen, le ponían sus armaduras, abigarrándolo con cintas y garrambinas para llevarlo en procesión al lugar en donde habían preparado la tarima que debía servirle de asiento. Algunas horas antes, en el rumbo bando que paseaba las calles desafiando a la juventud a desigual combate con *Peroleño*, la música no sonaba sino sus

hazañas, y las risas y conversaciones corrían animadas por bocas y lenguas ¡Qué de aclamaciones en el pueblo cuando volvían a ver, limpio del polvo de sus ocios, a este armado caballero, fingido hidalgo de aquellas regiones! ¡Y qué curioso, bonito, interesante hubiera sido un encontrón entre él y el famoso manchego, de quien nos habla Cervantes que, en el arrebato de su valor, no perdonaba siquiera los inofensivos molinos de viento!

IV

Se veía en su puesto a *Peroleño* con espada al cinto, lleno el pecho con cruces y medallas, capotilla rosada a la espalda, cimera con penacho en la cabeza y una adarga en la mano derecha. En la izquierda, que siempre tenía suspendida, llevaba una bolsa de ceniza o almagre, y otras veces era, en lugar de bolsa, un aparato dispuesto al caso, que llenaban de agua de tuna y que podían poner y quitar según se les antojaba, para volver a llenarlo de agua o de otra sustancia líquida o sólida.

En esa posición, en esa actitud amenazante, y del modo dicho, *Peroleño* se veía como los galanes en los antiguos torneos, rodeado de todas las señoritas del pueblo, quienes llevaban palmas y flores y coronas para premiar a los jinetes que lo graban, en la carrera del caballo, darle en mitad del pecho, o llevarle la cimera que estaba muy prendida a su cabeza.

Cuando en la corrida el jinete lograba alcanzar ese triunfo sin valerse de medios impropios, entonces, entre el aplauso de la concurrencia, se le daba el premio. Pero como este era difícil de obtener por motivo de que el *Peroleño*, siendo movedizo, estaba colocado en su trono de tal manera que los jinetes tenían que operar con la mano izquierda, sucedía que el muñeco, al dar la vuelta a impulsos del choque recibido, se defendía dándoles a aquellos un soplamoco, unas veces por la cara, otras por la espalda, con el brazo extendido en donde

tenía la bolsa de referencia, causando la hilaridad; y entre risa y aplausos estrepitosos veíase al jinete salir tenido en tuna, o mojado, y entonces una de las señoritas adjudicaba, al son de la alegre música, la palma al *Peroleño*.

En este divertido juego también se imponían multas a los jóvenes de la lidia, y ese dinero se aplicaba a las fiestas.

En la continuación de la corrida sucedía al fin lo que es natural: el ser humano vencía al maniquí, despojándole de sus armas, cimeras y adornos, y algunas veces, hasta arrancándolo de su asiento a duros golpes que lo derribaban al suelo.

V

Ya cuando venían los últimos días de las fiestas se preparaba una cabalgata con música y aparatos de estandartes, y se montaba en un borrico al *Peroleño*, o se llevaba en litera, suponiendo que las graves heridas que recibió en el combate lo habían puesto de muerte, y que él, como buen cristiano y como hombre de tantos títulos y riquezas, no quería morir sin antes dictar sus últimas voluntades.

Este testamento, que se hacía en versos, y que uno de los jóvenes leía con sonora y entonada vez en las esquinas, precediéndolo de solemnes marchas, era digno de ser oído y conservado.

En él hacía *Peroleño* sus legados, sin perdonar en los versos de su crítica ni a los comandantes de Armas, ni a los alcaldes, ni a los mandatarios de la República, con tal que corrigiera costumbres, denunciara abusos o moralizara de algún modo.

VI

En la tarde de hoy, acompañado de alegre bullicio y precedido de la banda de música, vemos que traen a *Peroleño*, con

sus insignias y atavíos, como a personaje oriental, subido en palanquín, y que lo detienen en las esquinas principales de la población, para leer su testamento.

Deseando Antoñita resucitar la antigua usanza, influyó para que ni el mismo Don Postumio se escapara de la crítica.

Don Postumio tenía entonces sus amores con una joven llamada Sempronía, y como se murmuraba de que estaba celoso de un doctor extranjero que iba a Baní y que la galanteaba mucho, le cupo en el testamento del *Peroleño* esta cuarteta:

*Y mis borlas de doctor
se las dejo a la Sempronía:
liberato cornum conia
a Don Postumio en su honor.*

Aludiendo a otra persona, formuló sus legados de la manera siguiente:

*Mi leva negra, y a más
mis pantalones de antaño,
que los use en buena paz
Don Florentino el tacaño.*

En otros cuartetos dice:

*Yo, Don Pedro de los mares,
grande de España y señor,
de comarcas a millares
siendo «El Pacificador»,*

*Las heredades que hubieron
mis padres de conseguir,
y que luego sostuvieron
arma al hombro hasta morir:*

FRANCISCO GREGORIO BILLINI

*Las dejo con servidumbres,
en la tierra de mi amor,
con derecho, uso y costumbres,
al mandatario mejor.*

Y de este modo salpimentado el testamento, el pueblo en general, en medio de la música, las risas y el bullicio de la alegría, pasa una tarde de expansión, olvidado de las miserias y tormentos de esta vida, gozando de esa libertad que ni a fuertes ni a débiles hace daño.

CAPÍTULO V

Siguen las fiestas

I



sí siguen los días en holguras de inocentes diversiones, sin que haya, como en otros lugares, ni para pobres ni para ricos, leyes o reglamentos que las pongan tasa, ni autoridades que impidan el vuelo de esas expansiones, intimidando con sus aparatos de fuerza o con el ceño de su actitud amenazante. Y no por esa libertad, el desacato ni los disgustos vienen a interrumpir el orden y la armonía que reinan en todas partes. Aquí se ven los unos bajo el *árbol iluminado* formando la rueda que recuerda aquellas veladas familiares de los tiempos patriarcales. En ella el juego de prendas con sus sentencias y sus lances chistosos se establece entre jóvenes de ambos sexos, que no asisten ni al uno ni al otro baile. Allí, un poco más apartada del centro de la población, hay otra tertulia animada que bebe, come los pastelitos y riendo en paliques bulliciosos espera el *sancocho*. Más allá, en el pueblo arriba, muy arriba, el tiple, el cuatro o el seis, que a los acordes de sus cuerdas abre la cantina y establece competencia entre los rústicos bardos nacionales. Vedlos: ellos están en pie al lado uno de otro, al aire libre, y los que escuchan sus improvisaciones los rodean también en pie. Ellos no rompen

a cantar la décima improvisada sin antes inclinar el cuerpo para poner la mano en el instrumento, como si de ese toque mágico sacaran la inspiración. Los espectadores, a cada décima ríen, beben, disputan, aplauden, se entusiasman y forman bando en favor del uno o del otro trovador, rodeando la mesa que constituye el ventorrillo de fritangas y bebidas casi siempre servido por una mujer.

¡Ay! cuántas veces, en tristísima soledad, agobiado por honda pena, estando en el patio de la casa de mis padres, me ha herido el corazón haciéndome llorar, la ráfaga del viento que trae y lleva ahora lejos los ecos de esos monótonos cantos, que duran en desafío, sobre un mismo tema, como las lecturas del hidalgo manchego...

II

El traspase de jóvenes –y aún de los que no los son–, en medio del ruido de los festejos no causa enfermedad. Los unos, particularmente los capitaleños, se roban un momento después del desayuno, y en trajes caseros, con las toallas al hombro, se van al río, al baño de la *Peñita* o *Los tres charcos*, y otras veces a caballo a las famosas chorreras de la *Piedra del Chivo*. En estos baños, según ellos, botan la irritación de la noche y reponen el cansancio para continuar las fiestas.

Las muchachas, al levantarse del lecho, donde apenas han dormido, amanecen como las auroras, con el semblante más jovial y con las mejillas más sonrosadas. ¡Oh! ¡dichosa vida de los pueblos que no han perdido la sencillez de sus costumbres! En todas partes agradan las fiestas cuando uno quiere divertirse; pero en esos pueblos y especialmente aquí, no sé qué favorable disposición conquista los ánimos, ¡que en ellas todo gusta, y todo anima, y todo entusiasmo!

No es el dinero ni el lujo lo que contribuye a que sean más agradables; el primero, con su estúpida preponderancia,

y el segundo, con sus formas aristocráticas, matarían el enlace de esa independencia individual que se une espontáneamente para armonizar el sentir de los corazones.

¿Será entonces, porque hay más libertad y menos etiqueta? ¿Contribuirán también a ello los aires puros del lugar, el carácter franco de los banilejos y la belleza candorosa de las muchachas?

Lo que en otras partes fuera cursi y pasaría sin causar la menor impresión, aquí contenta de tal modo el espíritu, que una insignificancia parece de mérito. Y es que a Baní lo llena cualquiera cosa en hallándose en la situación en que se halla. Así en todo, su defecto o su belleza, está en el mucho sentir. Cualquiera le transmite su entusiasmo: es el pueblo más fácil de encarnar en una personalidad, como de hacer que una personalidad encarne en él.

III

Durante los seis días, de las diversiones ya descritas, se han sucedido además: las alegres comidas que se disponen hoy aquí, mañana allí, para obsequiar a los huéspedes; y en las cuales, por lo regular, hacen de criadas las señoras de las casas, sirviendo a la mesa el pastelón y el buen condimentado pavo relleno que son los platos de preferencia, sin que nunca falte el famoso *Desoeufs au lait* que a gusto tienen en confeccionar ellas mismas; los paseos que se organizan en el riguroso calor del medio día, con música y banderas por las calles, a manera de tunas, y en los cuales las señoritas amarran y llevan al grupo a los caballeros que no acuden a él, sin que se escapen ni el alcalde, ni el comandante de Armas de pagar la multa que le imponen, invadiendo luego con estos presos, en sus algaradas de alegría, a las casas de familia que abren sus puertas de par en par y brindan los licores; las corridas a caballo de hombres y mujeres, y sobre todo, los rumbosos y concurridos bautizos,

en los cuales todavía hay quienes al presentar el ahijado a los padres, se enserian mucho para decirles:

«Aquí tenéis a vuestro niño; nos lo entregasteis moro, y os lo devolvemos cristiano».

IV

Pero si todas esas cosas han causado el júbilo de las fiestas, ninguna ha merecido tanta fama, como *El juego del canastillo*.

Y por haber sido *El juego del canastillo*, como lo llaman aquí, una sorpresa original de la siempre ingeniosa Antoñita, nos permitirán los lectores que hablemos de él en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO VI

El juego del canastillo

I



quella nube que entoldara, en el primer baile, los horizontes de Engracia y que causara impresiones en el ánimo de Antoñita, se había desvanecido. Veamos cómo.

Candelaria Ozán, resentida y hasta celosa de Enrique, desde hacía algún tiempo, a causa de haber este dejado su amistad, retirándose de su casa, no solo por haber entablado las relaciones de Engracia, sino por consejo que le diera su huésped y pariente Don Antonio Díaz, se propuso aquella noche, al ver la alegre satisfacción con que gozaban Engracia y Enrique, marchitar las puras y frescas rosas de aquellos amores. Candelaria, según se ha visto, desde la mañana en la misa había intrigado ya el corazón de Engracia y velando una oportunidad, aprovechó que la joven entrara al aposento en donde ella estaba, y llamándola aparte le había dicho, anteponiendo como preámbulo, estas mentirosas palabras:

—Graciadita, tú sabes que yo siempre te he querido. En Baní no hay una muchacha a quien yo ame tanto como a ti. ¡Tú eres tan buena!... Por eso no puedo oír con indiferencia lo que se dice.

—¡Y qué se dice, Dios mío!

—¡Ah! temes; ¿luego sospechas?

—No, yo no sospecho nada... ¿qué se dice?

—Mira, Graciadita, se necesita que estemos solas; ven, siéntate; aquí estamos mejor —añadió Candelaria indicándole el borde de una cama que estaba en el aposento contiguo.

Engracia, aunque con disgusto, pero cediendo a la curiosidad de saber lo que de ella se decía, cayó en el lazo tendido. Candelaria, después de otras tantas protestas de afecto, le dijo: que Enrique tenía una novia en la capital llamada Eugenia María; y que como los padres de Enrique amaban tanto a esa joven, estaban muy predispuestos contra ella (Engracia), habiendo jurado acabar con los amores de esta, o negar a Enrique como hijo en el caso que quisiera continuarlos; que todo esto se sabía en el pueblo, contado por la misma gente de la capital que había venido a las fiestas; que ya la murmuraban mucho; que vituperaban su conducta porque había hecho desgraciada a Eugenia María, obligándola a sacrificar su juventud en el «Asilo de la Beneficencia», y añadió:

—Para que te convenzas, Engracia, de la certeza de todo lo que te cuento, te buscaré un periódico de Santo Domingo, en el que acaban de publicar una carta muy conmovedora de Eugenia María a Enrique.

De esa manera logró Candelaria acibarar el corazón de nuestra protagonista en aquella noche; pero al siguiente día, con esa facilidad que tienen los amantes para contentar a sus novias, Enrique había desvanecido la nube negra, y Engracia, lo mismo que su fiel amiga Antoñita, volvió a poner su ánimo en el embullo y alegría de las fiestas.

II

El juego del canastillo que se verificó en el baile de anoche, no lo habría imaginado su inventora si esa nube no se hubiera

desvanecido. Por el gusto, la animación y el estímulo con que todo se preparó, y principalmente por la novedad introducida e iniciada desde el día anterior por la siempre ingeniosa Antoñita, ese juego ha dejado tan gratos recuerdos que no es extraño tenga imitación en lo futuro. Por eso, vamos a describirlo, siguiendo al mismo tiempo la narración de nuestra historia.

III

En el centro de la sala, adornada en esta vez con exquisito y sencillo esmero, aparece colgado un primoroso canastillo que además de ostentar otros atavíos, luce guirnaldas que, entretejidas las unas en las otras, penden graciosamente de sus bordes. Él guarda y esconde en la concavidad de sus mimbres, forrada de púrpura, como en el fondo de precioso cofrecillo oriental, flores y joyas. Frente al canastillo, en uno de los setos de la sala, fija la atención un lindo cuadro, que en letras muy visibles tiene escrito a media margen el nombre de las señoritas, y a otra media el de las joyas y flores que a cada una de aquellas corresponde.

Las niñas del baile llevan prendido al pecho un lazo de cinta blanca en el cual se mira escrito también el nombre de la flor o de la piedra preciosa que simbolizan. Y, de ese modo llamándose la una *Lirio* o *Esmeralda*, la otra *Azucena* o *Zafiro*, aquella *Heliotropo* o *Rubí*, esta otra *Magnolia* o *Topacio*, vienen en conjunto a simular la corona representada en la gran rueda que se ve formada con las parejas.

Para ejecutar esta divertida evolución, después que ya se han bailado algunas piezas, a una señal convenida sube un joven a la tribuna que está preparada en uno de los extremos de la sala, y desde allí, con voz entonada, lee los dos o tres cuartetos que anuncian *El juego del canastillo*.

A golpe de música triunfal se baja este, quedando siempre suspendido a una altura conveniente. Los caballeros, por su

turno, se acercan a él; ponen dentro la mano, y, al azar, cada quien coge y saca uno de los envoltorios que esconden las flores o las joyas, pasándolo a una niña de once o más años que representando a la diosa Fortuna, hace de guardiana del canastillo para evitar engaño. La niña entonces desenvuelve y muestra a la concurrencia la joya o la flor que le cupo en suerte al caballero. Este la recibe y se dirige a levantar de su asiento a la señorita que tiene el nombre de la flor o la joya que le tocara; entregándole a su vez la una o la otra cosa que ella prende del lazo de cinta que lleva al pecho.

Cogidas las manos avanza la pareja al punto desde donde principia a formarse la rueda o el círculo, y entonces, el joven que está en la tribuna lee el verso que se le ha dedicado a la señorita y que ensalza sus gracias y belleza en armonía con el nombre que lleva.

Así, por ejemplo, anoche, en el baile que describimos, a la señorita Eladia R... que ha venido de Santo Domingo a las fiestas, y que se llamaba *Lirio*, habiendo sido la primera flor que sacara del canastillo el primer joven que se acercó a él, el poeta desde la tribuna, le dedicó la siguiente quintilla:

*Eladia, si del Ozama
eres el Lirio gentil,
como hoy Baní te llama,
esta Corona embalsama
con tu perfume sutil.*

A la segunda señorita, Adriana B..., que tenía por nombre Rubí, se le dedicó esta otra:

*Roba una hechicera hurí
al ángel de la mañana
sus arreboles de grana,
y transforma en un Rubí
a la simpática Adriana.*

Con un bonito alegretto rompe la música al terminarse cada quintilla.

Se sigue, pues, en ese orden, *El juego del canastillo*, hasta completar el círculo con las parejas que vienen a representar la formación de la *Corona*.

Tan luego esta queda formada *la niña del canastillo* vacía dentro de él un número de papelitos doblados en forma de lazo; todos ellos están en blanco, con excepción de uno que lleva escritas estas palabras: ¡SALVE REGINA! A golpe de música el canastillo se desata de la cinta de que está suspendido, y aquella lo presenta a las señoritas, quienes por su turno toman al azar uno de los papelitos, y se lo entregan a su pareja; este lo conserva sin desdoblarlo.

Así que se han distribuido todos cesa la música y los caballeros desdoblan entonces, cada cual, el papelito de su dama. Aquel de entre ellos a quien le haya tocado el que está escrito, declara, con palabras adecuadas, reina de *Corona* a la flor o a la joya y reina del baile a la señorita que representa esa flor o esa joya.

IV

Reconocida la reina, se le toma de la mano y se le coloca debajo del hermoso cuadro de que ya hemos hablado al comienzo de esta narración.

Al compás de una majestuosa marcha las parejas hacen una graciosa evolución que les permite ir pasando por delante de la reina, a quien rinden un saludo; formando de este modo una especie de cadena que provoca inusitada animación y contento.

Nuestra simpática Antoñita, que tenía esa noche el nombre de *Magnolia*, fue la escogida de la suerte. En esta vez la pícara fortuna, dejando sus caprichos desatinados, anduvo justiciera: bien merecía ser reina la que inventó un reinado de flores y fiestas.

La pareja que le había tocado en *El juego del canastillo* fue el joven Enrique Gómez. Muchas impresiones extrañas sintió nuestra heroína. Al principio, cuando vio que la flor que había sacado Enrique era la *Magnolia*, sin saber por qué le dio un salto el corazón, como a quien le coge de susto una cosa que no esperaba. ¿Por qué no tocarle en suerte el *Heliotropo* que era el nombre de Engracia? ¿No hubiera sido eso lo agradable para él y lo justo para ella?

Como era obligación, según el programa, que el caballero obsequiase a la dama que le tocara y la *cubanease* llevándola al *ambigú*, y bailase con ella la pieza que sigue al acto de la coronación, Antoñita se expresó de aquella manera con Enrique. Pero este le contestó, dándose por ofendido:

—¿Cómo, Antoñita, con que a ti no te place que yo te haya tocado de pareja mientras que a mí de tal modo me ha favorecido la suerte que hasta me siento dichoso al realizar el ardiente deseo que tenía?

—¿Y era ese en verdad el deseo de usted?, —preguntó vivamente interesada la joven.

—¿Pues acaso te voy a hablar mentira?

Antoñita no añadió una palabra más. Después de esto, en el transcurso de la noche casi no hubo tiempo a entablar conversación; porque a cada instante recibía nuestra heroína las congratulaciones por su delicada invención. Enrique, sin embargo, la daba repetidas quejas por su silencio, y ella trataba de dejarlo satisfecho con respuestas amistosas. Antes de llevarla a su asiento, cuando ya se había concluido la danza que bailaban, le habló Enrique de poesías, el tema favorito de ella, y concluyó por ofrecerle para el día siguiente sus *Páginas íntimas*, un cuaderno de versos que él, dijo, había escrito.

V

Así en el dichoso bullicio de la alegría se pasaron las horas. Hasta las dos de la madrugada duró el memorable baile.

Ningún incidente desagradable había turbado aquel regocijo general. Antoñita, con su espléndido triunfo, tan aplaudido por todos, irradiaba satisfacción y orgullo.

Entre las muchachas, al darse el beso de despedida, no se oía más que —«adiós *Azucena*», «adiós, *Esmeralda*», «hasta mañana, *Jazmín*», etc.

Y en medio a la confusión de las felices despedidas, cuando Engracia se echaba al hombro su abrigo de lana, en uno de los aposentos de la casa, para irse con su madre y hermanas, oyó la voz destemplada de Candelaria Ozán que al acercarse a ella le dijo:

—Ya tengo el periódico de que te hablé y te lo mandaré mañana.

—No se moleste usted; no quiero verlo —le contestó Engracia con tono de marcado disgusto, alejándose rápidamente de allí.



CAPÍTULO VII

Un perfil de Don Postumio

I

—¿Que yo me negara a darles la sala, despertando en Baní ideas repugnantes y divisiones que no deben existir? No, señores, ese ha sido un tentón de Felipe Ozán, de ese joven que siempre se inclina a ladearlo todo del lado de la política, y de la política intransigente y fraccionaria... Yo siempre seré yo, amigos míos. No sé cómo todavía no me conocen. Pueden ustedes disponer de la sala.

—Gracias, mil gracias; se lo agradecemos.

—No, señores, no: ustedes no tienen para mí por qué agradecerme nada. Ya les he dicho, pongan su baile y cuenten de antemano con mi concurso moral y material.

Así acababa de expresarse Don Postumio, en la mañana del segundo día de lo que hemos narrado, con un grupo de gente de color que se despedía de él después que les hubo concedido el salón de la Comandancia de Armas para poner un baile, y al tiempo en que algunos jóvenes de la distinguida sociedad del pueblo, en compañía de otros de la capital, llegaban a la puerta de su casa.

—Pasen adelante, señores, tomen asiento —les dijo cortésmente Don Postumio haciéndolos entrar.

—No se moleste, gracias; es poca cosa lo que nos trae aquí —contestó uno de ellos.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó Don Postumio, frotándose las manos, como quien ya presumía lo que iban a pedirle.

—Nosotros queremos que usted nos conceda para esta noche el local de la Jefatura.

—¡Hombre! casualmente han visto ustedes salir de aquí a esos señores que vinieron con el mismo objeto y a quienes acabo de concederlo.

—¡Ah!... Pero tenemos comprometidas a las muchachas, y creemos que usted no nos desairará a nosotros ni tampoco a sus buenas amigas que tanto empeño tienen en que se repita esta noche *El juego del canastillo*.

Don Postumio volvió a frotarse las manos con la impaciencia del que quiere interrumpir a su interlocutor; pero este, temiendo fracasar en su intento, prosiguió con tono significativo:

—Y además, no creemos ni esperamos que un hombre como usted prefiera a esa gente, dándole la sala en donde han bailado las señoritas de la primera sociedad. Eso sería una desconsideración a ellas y a nosotros.

Los otros jóvenes, cuando el que llevaba la palabra se expresó de esta manera, levantaron un murmullo de asentimiento.

—¡Desconsideración! ¡A ustedes, a ellas! ¡qué extraviado, amigos míos, está vuestro sentir!

—Sí, Don Postumio —afirmó el mismo capitaleño que se había apersonado la misión—, nosotros venimos apoyados en razones, que a la fina inteligencia de usted no se escapan. Piense en la moral de la sociedad; calcule el precedente que usted establece; abra los ojos y vea que mañana...

—¡Mañana! ¡Puf! si eso se consiente ¿a dónde vamos a parar? —murmuró otro de los jóvenes que componían el grupo.

—Pues, señores, me dejan ustedes bobo —respondió Don Postumio en tono de asombro—. En verdad que no comprendo dónde está el liberalismo de ustedes, dónde están sus principios democráticos. ¿Acaso estamos en una monarquía? ¿Hay

por ventura clases privilegiadas en la República? ¿No son ellos tan dominicanos como ustedes?

—Sí que lo son, pero si en el fondo de la misma democracia no distinguimos lo bueno de lo malo; si no establecemos las diferencias sociales, y hasta pudiéramos decir, ciertas diferencias de orden político, el país de tumbo en tumbo iría a caer en ese abismo...

—Señores, *Noli me tangere* de una manera tan brusca y tan peligrosa —interrumpió Don Postumio, aprovechando la ocasión para soltar uno de los latines que se sabía de memoria—. Yo soy hombre de principios, y nunca incurriré en disparates de ese género. Conozco las diferencias y distinciones que debe haber en la sociedad; pero este no es el caso. La República es una, la democracia no tiene distinciones, y el derecho es igual para unos como para otros, lo mismo que la libertad; ellos no pertenecen a un solo grupo, a una sola fracción, a un solo partido: el derecho y la libertad son de todos los ciudadanos. De aquí el que todos tengamos las mismas prerrogativas, en casos como el presente, tanto el pobre como el rico, el jornalero como el industrial, el negro como el blanco, el fuerte como el débil; y de aquí el porqué, con igual justicia, yo ceda el local de gobierno, tanto a los unos como a los otros.

—¿De modo que, según esa doctrina, deben convertirse en el país las oficinas públicas en públicos lugares, para que a todo aquel a quien se le antoje, por el solo hecho de ser dominicano, haya obligación de cederlas para que pongan en ellas sus bureos y fandangos?

—No, amigo mío, aquí no se trata de bureos ni fandangos, ni yo soy hombre para consentirlo; se trata de un baile tan decente y ordenado como cualquiera otro —contestó Don Postumio sintiéndose lastimado en su amor propio, y agregó movido por esa impresión—: Y en cuanto a que las oficinas se conviertan en lugares de bailes, no soy yo quien establece el fatal precedente, ni es en un pueblo como este, donde se debe apreciar la importancia del asunto. Los que me han conocido

y me conocen, tanto aquí como en Santo Domingo, saben que siempre he sido opuesto a esa costumbre: las casas de gobierno no deben ocuparse sino para los asuntos oficiales. Y tengan ustedes entendido, que a mí nadie me viene a corregir planas; yo cuando hago una cosa sé lo que hago y por qué lo hago.

Los jóvenes, a esta réplica un poco dura del que pareció en aquel momento tomar el tono de la autoridad, a pesar de que aparentaba siempre una calma imperturbable, le pidieron excusas; y dándole satisfacciones le encomiaron sus cualidades de patriota, liberal, recto y justiciero; con lo que Don Postumio se halló tan halagado, que concluyó por demostrarles el sentimiento que le causaba no poderlos complacer.

II

El grupo entonces, al sentir el lado flaco del comandante de Armas, le dio sendos ataques, valiéndose de esa táctica que hacía que este le dejara muchos flancos. Pero, a pesar de todo, Don Postumio se mantuvo en sus trece y no queriendo retirar la promesa a los unos para conceder la sala a los otros, trató de convencerlos diciéndoles:

—Amigos míos, hay que desechar preocupaciones tontas y fijarse en el fondo de las cosas. Tan injustos son ustedes queriendo preferencias, como ellos cuando se ofenden porque se figuran que en la sociedad todos los círculos deben ser iguales. Las distinciones es verdad que existen aún en las mismas clases, pues hay zapateros que tienen a menos parangonarse con otros de su oficio. Igual es, o mayor la diferencia en la gente de una misma raza. Ustedes ven, pues, que yo no obro por pasiones, busco en la razón y encuentro la verdad. —¿Y sabéis cuál es la verdad, en dos platos? ¿Quieren ustedes que se la repita más clara, sin temor a nadie?

Pues bien, la verdad es que cada vez que se da una oficina pública para bailes particulares, se comete un grande

abuso, como se comete también dando o cediendo, por favoritismo, cual que sea la propiedad nacional. Y por eso, ustedes que son jóvenes y que tienen inteligencia para comprender lo que digo, deben trabajar en lo porvenir para que no se repitan esos abusos que por otra parte ocasionan graves disgustos.

—Y el Gobierno, o el presidente de la República, ¿si mañana quiere dar un baile en el Palacio, no lo puede hacer? —interrogó uno de los jóvenes.

—Si es un baile oficial, sí; pero particular no; porque entonces todos los ciudadanos se creerían con el mismo derecho.

Y luego que Don Postumio con sus argumentos dejó convencidos a sus interlocutores, satisfecho de su triunfo en lo que ya para él era una discusión entre amigos, con el fin de complacerlos concluyó así:

—Y en cambio, señores, de lo que no me ha sido posible conceder, os daré una velada divertida esta noche: tendremos un *árbol iluminado*, una cena y muchos licores; convidaremos las señoritas, y Enrique Gómez nos obsequiará tocando la guitarra.

—Con muchísimo gusto —se apresuró a contestar Enrique, que era uno de los tantos que componían el grupo.

—Y Antoñita y Engracia y otras cantarán; todas recitarán poesías, y de ese modo pasaremos horas.

—¡Bien! ¡muy bien! —respondieron los jóvenes casi en coro, y mientras Don Postumio se había levantado de su asiento para ir a buscar alguna bebida con que obsequiarlos, ellos se deshacían en lenguas de reconocimiento y alabanzas en su favor.

III

Quando el comandante de Armas estuvo de vuelta, les sirvió la cerveza.

—¡Dichosos los pueblos que encuentran en la autoridad al amigo y no al tirano! —apostrofó un joven capitalaño en son de brindis levantando la copa.

Y otro de ellos, cuando apenas este acababa de pronunciar esas palabras, habló así:

—Señores, bebamos por el hombre liberal tolerante en estos tiempos de las intransigencias políticas; bebamos por el patriota que gobierna este pueblo de Baní, sin dejar sentir nunca el peso con que quieren las autoridades de otros lugares imponerse a la ciudadanía; bebamos, en fin, ¡por el honrado y justiciero Don Postumio!

Todos, aprobando el brindis, escanciaron las copas; y cada cual por su turno habló en honra de Don Postumio, recalcando todos la libertad de su proceder en el mando que ejercía; y algunos haciendo comparaciones, casi directas, con otras autoridades, ponían de relieve el contraste. Hubo quien dijera que Don Postumio, como los antiguos patriarcas, en lugar de ser un gobernante, era un amoroso padre.

Don Postumio a estos elogios contestó con protestas de gratitud, revelando siempre su modestia, y cuando tocó el punto de cómo debían ser los mandatos de una República, se expresó del modo siguiente:

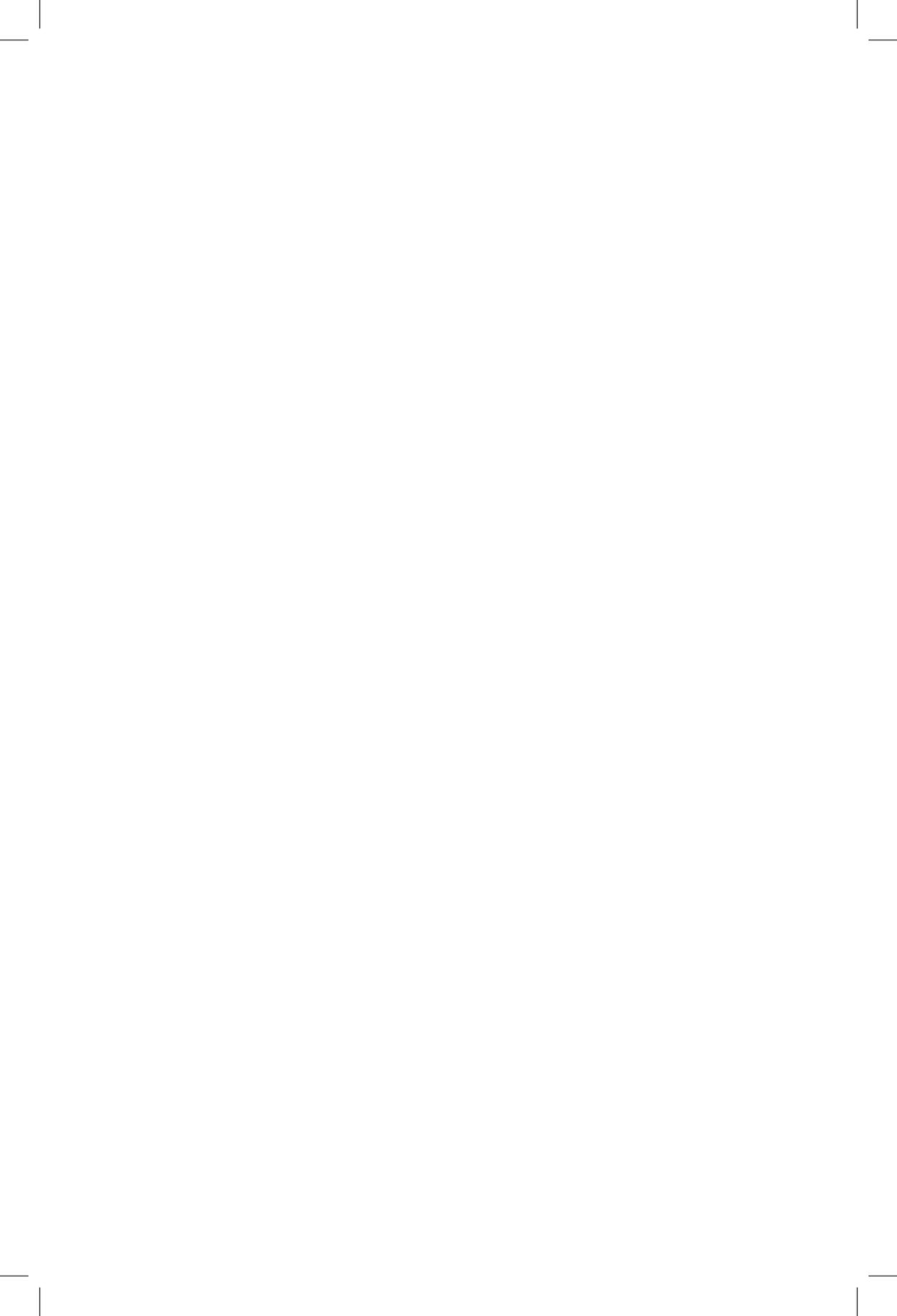
—Los pueblos deben gobernarse con justicia y con bondad. El mandatario debe hacerse querer, siquiera por la honra que le dispensaran los ciudadanos al respetarlo como a representante o a ejecutor de las leyes. La autoridad mejor de un pueblo, es aquella que menos haga sentir su peso; por eso yo siempre tengo a empeño que la mía sea liviana como una pluma. Y, ¿para qué otra cosa entre ciudadanos que cumplen con las leyes? ¿No es mejor y más laudable en un gobierno, cual que sea, el *suaviter in modo* que el *fortiter in re*?

El país, o cualquiera comunidad política, que crea que un hombre por ser bueno no sirve para gobernarla, justifica el mando de los malos, y bien merecido se lo tiene; semeja a los atenienses cuando expatriaron a Arístides porque era justo.

Desgraciada de la nación en donde las mayorías llegan a creer que los hombres han de ser gobernados, como los esclavos, a fuerza de látigo. Esa nación, si no está perdida, padece de una enfermedad que la llevará al sepulcro.

Si yo –prosiguió Don Postumio, tocándose el pecho y dando más calor a sus palabras–, si yo, repito, me viera obligado a gobernar un pueblo de bueyes, que no sabe sino uncirse a la coyunda, me encontraría envilecido con ese poder, así fuera tan grande como el de los Césares en el imperio romano.

Al concluir Don Postumio su discurso con esas enérgicas protestas, los jóvenes llenos de entusiasmo le dieron un aplauso muy caluroso, y se despidieron de él no sin antes beberse la última copa de cerveza.



CAPÍTULO VIII

Su secreto

I



Veíase a Don Postumio, en esa noche de claro cielo y de suave ambiente, parlero, contento y satisfecho, recibiendo y haciendo los honores a sus convidados.

Mucho había afanado en el día para disponerlo todo; pero sus deseos estaban realizados. Solo tuvo al principio la mortificante idea de no ver llegar a su amiga Antoñita. ¿Qué le pasaría?

Los árboles que había hecho plantar en el patio de la casa estaban llenos de luces y banderas. A su alrededor se apiñaban las señoritas y los jóvenes, y en delicioso bullicio, unas veces reían y palmoteaban en el juego de prendas, y otras cantaban al son de guitarras y panderetas, levantándose de allí, cuando se les antojaba, cogidos del brazo para ir a la sala que Don Postumio había iluminado como para un baile; y en donde estaba servida una mesa con pasteles, pudines, frutas extranjeras conservadas en almíbar y licor, pasas, confites, dulces y bebidas. No faltaba allí, tampoco, ni hubiera consentido Don Postumio, la hija agradecida de los banilejos terrenos, la tradicional *sajona*,

frutilla sabrosa por la que tanto se desvive la gente capitalaena que visita el valle.

Ora bajo los árboles, o ya junto a la mesa, se oían, entre el ruido de las copas y de las botellas que se destapaban, los ecos simpáticos de las voces femeninas que resonaban dentro y fuera del recinto, transmitiendo a los aires la animación del holgorio. Hubo momentos en que parecía que la casa se venía abajo.

—Señores, señores, propongo que brinde Don Postumio —decía una de las muchachas alzando mucho la voz para hacerse oír.

—Sí, sí, que brinde.

—No, no, que cante.

—Sí, sí, que cante.

—Que cante, que cante —repetían gritando hombres y mujeres desde luego que todos sabían que el comandante de Armas no daba pizca en materia de canto.

Y en aquella confusión de voces, risas, carcajadas, choques de botellas, roturas de vasos, sonsonetes de platos con cuchillos y tenedores, tropezones con sillas y alboroto de palabras, solo se sucedían las treguas, para soltar a Don Postumio u otro y cogerla con alguno de los demás jóvenes, o para que estos a su vez, pusieran en grande apuro a las señoritas, aplicándoles, principalmente en el *juego de prendas*, alguna sentencia de difícil ejecución, u otra que al cumplirse volviera a causar las risas, burlas y el alegre desorden de la bulla.

De ese modo los chistes y las sorpresas en ambos sexos se despertaban al calor de las bebidas.

II

Pero, entre tanto, ¿qué ocurre a la inventora de las delicadas novedades, a la alegre y festiva Antoñita, que no se le ve en esa divertida fiesta, de la cual ella debía de ser la protagonista,

desde luego que su maestro y amigo Don Postumio es el anfitrión? ¿Por qué no ha venido?...

No está como de costumbre con su amiga Engracia.

Vamos a su casa y no la encontramos tampoco con su madre y sus hermanas.

Es ya tarde; y permitiéndonos entrar a su aposento, allí únicamente hemos observado una lamparilla de aceite que apenas nos deja ver envuelta en la casi agonizante luz que despide, el lecho de la joven, vacío, y en desorden, como si en él se hubiera vuelto y revuelto sin poder dormir.

Junto a ese lecho, sobre una mesa, está una vela apagada en un candelero de cobre, y hay algunos pliegos de papel, pluma, tintero y un cuaderno de poemas intitulado *Páginas íntimas*.

¿Dónde estará, pues, a esta avanzada hora de la noche la amiga y compañera de Engracia?

Su madre y sus hermanas duermen ya, sin haber notado su falta. Aunque quién sabe si alguna de ellas sintió el aleteo del ave, y no quiso sospechar que el nido iba a quedar vacío...

III

Hay en el patio de su casa un jobo que fue derribado por la última tempestad. En este jobo, con su viejo tronco tendido en el suelo, y que guarda tantos recuerdos para mí y encierra entre las cáscaras que lo visten tantos secretos de ella, se ve a la naturaleza dándonos una elocuente lección al reproducir su fecundidad en la nueva vida que ha dado al árbol muerto.

Su conchudo tronco, con una deforme protuberancia en medio, como si fuera el ombligo de monstruosa panza, viene a terminar con dos gruesos y secos ramos que se adhieren a los extremos, semejando a un despatarrado gigante, que tiene por cabellos las raíces que sobresalen de su cabeza medio enterrada, y por piernas, aquellos dos ramos gordos que enseñan las formas de sus groseras rodillas, desde las cuales principiaron

al nacer los vástagos o retoños que han levantado las nuevas ramas, copiosas de verdes hojas, y que se veían en esa noche, al resplandor de la luna, balanceando y cubriendo con su sombra el cuerpo caído que figura al gigante muerto, como si esas ramas hubieran sido su mortaja ondulante, bañadas de luz o de oscuridad, según se le antojaba al viento.

IV

Antoñita, ¿quién si la hubiera visto no se hubiera detenido a contemplarla, cuando tirando las almohadas de su lecho, en esa hora profunda del tiempo y de los pensamientos profundos, se había levantado de él y había salido al patio a sentarse sobre el tronco de aquel árbol, apareciendo allí con el cabello en desorden, la garganta, el pecho y los brazos desnudos, como la imagen blanca de la soledad?

¿Por qué la onda que trae los melodiosos sonidos de los clarinetes gemidores, que acuerdan la voluptuosa danza nacional «El sueño», inspiración del modesto artista dominicano Don Mariano Arredondo, ni siquiera la interrumpe en su faena interior de pensamientos y meditaciones?...

¿Qué pasa en ella que así a veces golpea con impaciencia la tierra sin cuidarse tampoco de sus mal calzados pies?

Y ¿por qué la candorosa doncella se ha levantado de su cama de esa manera, sin atender a su recato y oculta de su madre y de sus hermanas, guardando las precauciones que guarda el crimen?

¿A qué viene ese temblor que la agita, dificultando la respiración de su pecho, que en el silencio de la noche recoge la brisa y en sus alas se la lleva como el hálito perfumado de una flor?

¿Por qué en otros instantes prorrumpen en suspiros ahogados, que ella misma se empeña en ocultar temiendo ser oída hasta de las ramas del jobo, que balancean sus sombras en el

suelo, y semejan con la claridad de la luna a seres misteriosos que se buscan, se encuentran, se besan, se abrazan y se apartan para unirse otra vez?

¿Qué tiene, finalmente, Antoñita, que así llora como una Magdalena arrepentida, o como las vírgenes puras de Jerusalén cuando los poetas colgaban de los sauces las liras que habían cantado toda una generación?...

Vedla... Ha llegado el instante en que el espíritu de un firme propósito la estremece. Se ha puesto de pies, y fijando los ojos en el cielo, se ha llevado la mano a la frente como quien quiere coger una idea. No la encuentra y sacude luego la cabeza desechando otra que de improviso la ha asaltado... Suspira. Da dos pasos, vuelve a detenerse... elabora un soliloquio interior y al fin exclama:

—¡Si se descubre... si se descubre! ¡Engracia!... ¡mi mejor amiga!... Pero, ¿a qué más secreto? —se pregunta en alta voz—, y al instante, como quien se da ánimo a sí misma, concluye—: Sí, sí... ¡lo haré!...

Se desprende de allí casi corriendo, atraviesa el patio, traspasa la puerta, llega a la mesa de su aposento, enciende temblando la vela que había en el candelero de cobre, acerca el papel, toma la pluma, y convulsa, agitada, palpitándole el corazón, escribe. Pero repentinamente tira la pluma, rompe el papel, y saliendo otra vez al patio, ya como una loca atacada de un síntoma nervioso, grita:

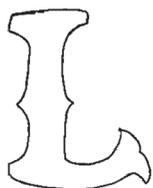
—¡Dios mío! ¡lo amo! ¡lo amo!...



CAPÍTULO IX

Tras las fiestas

I



legó por fin el noveno día. Baní parece que no quiere, en esta vez, volver a su silencio habitual, a su monotonía de costumbre, a su quietud normal, a esa serena tranquilidad que tan agradable ha sido siempre para los que huyen del bullicio y que sienta tan bien a los espíritus asendereados.

Parece que no asoma todavía en ninguno de los hogares, ni por ninguna parte, ese malestar, especie de cansancio, que sucede a las fiestas y que no puede definirse, por la melancolía que dejan en el alma los placeres pasados.

¡Cosa rara! Con excepción del murmullo que se ha levantado referente al porqué Engracia y Antoñita no han asistido a la *soirée* de Don Postumio, no se oye siquiera lo que nunca se ha perdonado en otras ocasiones: los comentarios de las fiestas; los chismoteos que ha habido; las referencias de los que se han enamorado y de las locuras y ridiculeces que han cometido; las murmuraciones que tachan a los que no han contribuido a ellas de la manera que debieran; los elogios a aquellos que supieron animarlas con su carácter siempre dispuesto a divertirse, o con su dinero y sus buenas disposiciones de ingenio; el

cuchicheo sobre la pobre muchacha que por no saber bailar *comió pavo*; la censura sobre el mal educado joven que cometiera alguna incongruencia, y hasta la suposición sobre el secreto del alma de alguna; secreto que nunca se confiesa, pero que se adivina: la envidia o los celos por no haber sido ella tan obsequiada y tan preferida como alguna otra, a quien le cupo por suerte que los jóvenes forasteros, para más halagar su gracia o su belleza, la apellidaran en esta o en otra vez, *Virgen del Güera*, *Sol de Sombrero*, *Luna de El Llano*, o *Lucerillo de Matanzas*.

II

Parece que aún no está llena la copa, y esto después que se han vaciado tantas copas.

Sin embargo, las bebidas espumantes y los licores finos se han concluido en las bodegas y en las tiendas mixtas de la población; las fiestas también van a concluirse.

III

Es más de media noche. Algo hay, algo sucede que va picando la curiosidad.

Quién llama a cual y murmura palabras en secreto. Otros se hacen señas sospechosas que llaman la atención. Repentinamente corre un rumor, crece, se hace alarmante, y ya sin disimulo, sin guardar más misterio, se cuela en todas partes: penetra en los hogares; se va al baile, desaloja la gente que estaba mirándolo del lado afuera, pasa por la sala, se introduce en los aposentos donde están las señoras; recorre los grupos, pone en pie a los músicos; asusta a las niñas que temblando piden sus abrigo; despierta al cura que dormía en santa paz; acude a las extremidades del pueblo; hace cerrar las puertas que estaban abiertas; desbarata las *cantinas*, partiendo por la

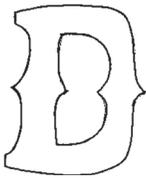
Baní o Engracia y Antoñita

mitad la décima que está cantando el trovador en porfía; se mete sin respeto en la misma Iglesia, en donde ya principia alguna vieja beata los rezos del «Ave María»; cruza la sabana, traspasa el monte, ocupa el campo y estalla más luego en el cañón de alarma que dispersa a los forasteros, y prepara a la derrota a muchos del mismo pueblo. Así acaban las fiestas y tras ellas viene... ¡*La revolución!*



CAPÍTULO X La revolución

I



e ese modo principiaron sus alarmas en Baní. Azaúa —¡cuánto nos duele decirlo!— se había hecho la personificación del personalismo. Azaúa, la ciudad heroica y noble que ciñó a la frente de la República la corona inmortal de gloria, el 19 de Marzo, ¡qué contrastes presenta en los cuadros de la historia patria! Ayer defendiendo con bizarría espartana la bandera nacional, en sus caldeadas calles, en las ardientes arenas de sus playas, en sus terruños erizados de *guasábara*, ¡cuántos reflejos de simpática luz! Y después... izando el perdón sangriento de las discordias civiles, ¡cuánta oscura y tenebrosa sombra!...

En la guerra redentora que conquista la libertad, sacudiendo el yugo de la ignominia, ¡cuánto bien no siembra en su camino! ¡Qué ejemplos de virtud! ¡cuánto patriotismo, cuánta abnegación!

Y en la otra, en la hermana bastarda, en la guerra del personalismo, ¡qué de usurpaciones no engendra! ¡qué de horrores!... ¡Hasta cuándo habrá guerra civil en los pueblos! Y si esa guerra la provocan solamente la intransigencia y el egoísmo de

las pasiones, ¿quién tendrá perdón para ella? Como el Caín de la *Biblia*, merece la maldición del Cielo...

II

Azua había levantado el estandarte de esa guerra. En esta ocasión los revolucionarios no habían asesinado al gobernador de la provincia. Este, acompañado con algunos partidarios del Gobierno, llegaba a Baní huyéndole a la crueldad de los insurrectos.

Preguntar las causas que motivaban ese levantamiento era inútil. Eso era cosa muy baladí para ocupar la atención de nadie. Preguntábase solamente a qué persona vitoreaban; y aún esto, en aquel tiempo, parecía sandio, pues entonces los bandos del personalismo en la República se dividían en *cacoces* y *baecistas* o *azules* y *rojos*. Si los unos estaban en el poder cometiendo arbitrariedades y persecuciones, sin más ley que la del capricho o la de las venganzas, o sin más móvil que el de no *dejarse caer*, cuenta que los otros eran los revolucionarios. Cuando estos triunfaban trayendo por principio su bandera personalista y por doctrina el *ojo por ojo* y *diente por diente*, se constituían gobierno en nombre de su triunfo y ejercían más venganzas y mayor tiranía que sus antecesores.

Y no se crea que en las cortas treguas que dejaba esa lucha fratricida, el *cacó* o el *baecista* que había usurpado el poder a fuego y sangre, o a veces por medio de una traición escandalosa, tratara en el gobierno de cumplir con los programas escritos ni de ningún asunto de buena administración. Y si alguna vez se vio de pasada esa *rara avis*, porque alguno de los que formaban parte del gabinete intentara hacer algo en bien o por el porvenir del país, o quisiera ceñirse al mandato de las leyes, sus esfuerzos se estrellaban contra ese *maremágnum* de la política; y el temor de la caída preocupaba de tal modo a los gobernantes, que los concretaba exclusivamente a

la vigilancia, a dar pábulo a la ligereza de las sospechas, a dar oído a las delaciones, y sobre todo, a sostener la consecuencia del programa de *quítate tú para ponerme yo* que los había llevado al poder. Esta era la verdad, y aunque la verdad también era que entre los dos partidos el *cacó*, y después *azul*, no tenía ídolo determinado, por lo que fue siempre menos intransigente, así y todo, en semejante desorganización, tiempo les faltaba a los unos y a los otros para tomar las arbitrarias medidas de precaución. Y cuando alguna vez no sucedía así (nunca al fin, sino siempre al comienzo de los gobiernos), porque los unos en su liberalismo confiaban en la buena fe de los otros, estos se aprovechaban de esa confianza, y a mansalva principiaban a revolucionar: la conciliación se tomaba como debilidad y el proceder generoso como cobardía.

III

El chismoteo del partidario, la denuncia solapada, los rencores mezquinos, los odios injustificables habían encendido por todas partes el espíritu de intolerancia.

Los mandatarios de alta categoría, los jefes militares, todas las autoridades, en fin, no respiraban en otra atmósfera; y las cárceles estaban llenas de ciudadanos engrillados o en infames *ruedas*; el ostracismo y los confinamientos llegaron a ser penas leves, ¡y el patíbulo levantaba por doquiera sus espectáculos de horror!...

—Así son los pueblos en el calor de sus divisiones —decía Don Postumio, ya encarcelado después de la época de su mando—, se ciegan para entregarse a los gobiernos más déspotas; cuando ya sin concierto se sumergen en ese extravío, no pueden vivir sino en los dos extremos: en la anarquía o en la tiranía. Por eso hoy en nuestra República —continuaba tal vez aplicando las frases que había leído en algún libro— vemos la tiranía representada en uno o en algunos «que la hacen pagar

el pecado de su mala conducta, acobardándola y envileciéndola para que ni se atreva a pensar en sus libertades, ni mucho menos en gobernarse conforme a las leyes».

Y en efecto, Don Postumio, aunque participaba de las pasiones de la época, no mentía; pues las leyes llegaron a ser un mito, y la justicia existía intransigente y severa cuando daba su fallo en contra del personalismo caído; pero generosa, conciliadora, benigna, compasiva, contradictoria, en fin, cuando por algún caso grave había que aplicar la ley en contra del personalismo reinante.

Así eran los gobiernos de entonces y así era la Revolución que amenazaba invadir a Baní y al país entero.

CAPÍTULO XI

Véase cómo empieza

I



sa neblina blanca, en forma de nubes, con que algunas veces se visten las mañanas de invierno en Baní, se extendía desde el oriente envolviendo en sus gasas las lomas del ameno valle. De ellas, las que más diseñan el hermoso anfiteatro en donde está fundada la población, unas se ocultaban hacia el norte, no dejando ver sino las anchas faldas de sus vestidos; y los dos altos cerros que siguen la media herradura, tanto el que llaman *Cucurucho de Peravia*, que se levanta al este, como el otro que se inclina hacia el noroeste, se envolvían en la blancura de ese lino; presentando sus cúspides descubiertas; como si fueran gigantes arropados que solo enseñan los moños de sus desgredadas cabezas.

A esa hora en que las autoridades dictaban órdenes militares, y en que el ruido alegre de las fiestas se había trocado en ese ruido atemorizador de las armas que se disponen, se limpian y se reparten para causar tal vez la muerte; si alguno se hubiera detenido frente a la puerta entrejunta de la casita blanca de Engracia, que ya el lector conoce, situada en una de las extremidades del pueblo, habría visto en el semblante pálido y en el cerco pronunciado de los ojos de las dos

amigas, la marca del desvelo y el sufrimiento, que les tenía amargado el corazón, desde la tarde antes de la fiesta de Don Postumio; y habría oído la voz, algo conmovida, principalmente de Antoñita, cuando, en conversación ya entablada, y tirando sobre la mesa un periódico que tenía en la mano, continuaba repitiendo:

—Sí, Engracia, sí, Engracia. Yo te lo había dicho desde la primera vez y hoy te lo repito: no hay motivo para ese disgusto, para esa pena que te embarga. Tú hiciste mal desde la noche del primer baile en dejarte influir por la maligna intención de esa mujer, de esa serpiente que al morder tu corazón logró su objeto, solazándose más al verte tan abatida, hasta el extremo de que te negaras a seguir bailando y llamaras la atención de todos en tu retraimiento. Por eso, al sentir tu debilidad, al ejercer desde aquella noche su dominio sobre ti, ha buscado nuevo enredo para darte tristeza; y solamente impulsada por ese espíritu de malevolencia, que siempre la acompaña, te ha dado a leer esa carta dirigida a Enrique.

Y Antoñita, al pronunciar estas últimas palabras, señalaba con el dedo el periódico que momentos antes había tirado sobre la mesa, y que era, según recordará el lector, el mismo que Candelaria Ozán había ofrecido a Engracia, la noche de *El juego del canastillo*.

—Piensa, amiga mía —prosiguió como quien se esfuerza demasiado en coordinar un pensamiento—, piensa que si Enrique amara aún a esa joven, que tanto te preocupa, desde luego ella no se habría resuelto a encerrarse en un convento. Esa carta te lo dice todo. Además, tú ignorabas esa historia: ni siquiera tenías noticias de que existiese en el mundo la tal Eugenia María.

—¡Ah! verdad, verdad es —respondió con acento de profunda tristeza Engracia—, y esa circunstancia atenúa un tanto la gota de acíbar que ha caído en el cáliz de mis amores. Pero la idea, la desgarradora idea, de que yo haya venido a ser la causa de la desgracia de otra mujer, no siendo yo culpable, me

atormenta, me pone inconforme, me hace llorar, aunque el examen de esa idea me deja limpia la conciencia.

—No culpo tampoco a esa Candelaria —añadió casi sollozando— ella me ha contado una historia cierta y me ha mostrado una carta como prueba de esa historia, que, a la verdad, no hubiera querido leer jamás, ¡porque me revela lo noble, lo grande y generoso del amor de mi rival! Pero si ella lo hubiera hecho antes de dar mi palabra a Enrique; si Candelaria ayer, como hoy, me hubiera mostrado esa carta, yo habría hecho lo mismo: lo amaba ya, y para dejar de amarlo... ¡sería preciso arrancarme el corazón!

—¡Arrancarte el corazón!...

—Sí, el que ama como yo lo amo a él, ama aunque no le amen, ¡Antoñita!

Aquí la interlocutora, al sentir el fuego con que Engracia pronunció las últimas palabras, lanzó un comprimido suspiro, y dominándose cuanto pudo, dijo, con tono de entristecida reflexión:

—Es verdad, es verdad, el amor no tiene tarde ni temprano. —Y haciendo un nuevo esfuerzo para no dejarse invadir por la misma reflexión agregó—: Pero, Engracia, esa Candelaria es mujer infernal nos persigue. Si Enrique ha amado a otra, no era a ella a quien correspondía decírtelo. ¿Quién le ha dado a esa mujer el derecho de mezclarse en nuestros asuntos? Y además, añadiendo mentiras e inventando cosas que no existen.

—¿Que no existen? No, Antoñita, eso no es un invento. Esa carta, ese periódico no dejan duda.

—Pero, ¿a qué ese empeño de que tú vieras la carta? ¿No ves claro su maligna intención?

—Sí, que la veo, pero ese no es el asunto que me importa —contestó Engracia, en tono de inconformidad, y revelando siempre ese espíritu de justicia que le era característico—. Como quiera que sea, me figuro que si a mí me pasara lo que a esa pobre, mi valor no tendría fuerza para tanto. ¡Yo me volvería loca si Enrique me olvidara! Sí, Antoñita, esa es la consideración

que hago, consideración que me atormenta como si tuviera un enorme peso encima, y por eso no puedo resignarme. Además, yo hubiera deseado que el hombre a quien yo amo, al hacer la comparación del amor de otras mujeres con el mío, hallara el mío ¡inmensamente superior!

—¡Ah! sí, sí, ¡inmensamente superior! —balbuceó Antoñita dejando escapar esas palabras como suspiros ahogados que involuntariamente hubieran salido del pecho.

—¿Ves cómo esa Eugenia María —prosiguió Engracia, sin fijarse en el arrebato de su amiga— por quien no siento, te lo juro, ni odio ni compasión, sino más bien celos y envidia, de cualquier modo que sea, es mi rival? ¿Y la igualaré yo en pruebas? Ella amó a Enrique, y una vez que este no la ama, se hace víctima de ese amor; desprecia su juventud; rompe el prisma en que pudieran dibujarse los colores de otras ilusiones; olvida los placeres del mundo; comete la barbaridad de matar con remedios el pelo que se corta para que no le nazca más, afea su semblante sufriendo los dolores de las quemadas de esas tinturas para que ni aún le quede sombra de duda a Enrique de la sinceridad del sacrificio; y así, todo, todo, de esta manera original, se acaba para ella al recibir el desengaño.

—¡Ah! con ese espejo por delante, ¿qué haré yo para rivalizar...? ¡Qué desgraciada soy! —concluyó diciendo Engracia, y al sentirse invadida por el llanto, apoyó los codos en la mesa y se cubrió la frente con las manos.

Antoñita en este momento, no pudiendo resistir la lucha que sostenía en su corazón, se levantó de su asiento y alejándose algunos pasos:

—¡Y se cree desgraciada!... y se aflige... y llora. ¡Dios mío! ¡y yo no lloro! —balbuceó temblándole el labio, y tragándose las lágrimas que del borbotón que hervía en su interior saltaban a sus ojos.

II

Así quedaron por algún rato en silencio, y en aquel intervalo sus imaginaciones eran dos hornos en donde se caldeaban las ideas, que surgían al ardor de las pasiones de que estaban poseídas.

Engracia en el mayor desconsuelo buscaba en su interior y no hallaba medios de darle pruebas de su amor a Enrique, que se igualaran a la que había recibido de Eugenia María. En aquella posición, con sus lindas manos en la frente, su cabeza medio inclinada, y el brillo de sus pupilas medio humedecidas aún por el llanto, parecía la estatua del dolor, representada en la lucha con el tormento de una idea; y Antoñita, que había recostado el hombro en uno de los horcones de la puerta del patio, consideraba su difícil situación, y saltando con el pensamiento el recuerdo de muchas cosas atropelladas, había llegado a las fiestas; recorriendo en el desorden de sus ideas: la tarde de la procesión, el día del primer baile, la mañana de la primera misa, el juego del canastillo, su desvelo y fiebre en la noche de la velada de Don Postumio, y últimamente se detuvo en la Revolución.

Ya la atmósfera de esa mañana estaba rarificada. Los rayos del sol entraban a la salita de Engracia, hiriendo la frente de Antoñita, y colocando su entristecido semblante; en ese momento, con los brazos alzados y graciosamente puestos en cruz sobre el pecho, tenía los ojos fijos en los horizontes, semejava en aquella actitud a la pintura de una de esas vírgenes de Murillo, que con la expresión de la mirada parece que van subiendo al cielo.

Luego repasó las lomas que le quedaban al frente; las que se acercan más a la población con sus formas piramidales parecían, al compararlas con las de atrás, torreones que guardan la entrada de muchos castillos feudales, y los pinos de las más altas, se divisaban en esa mañana, como si fueran las filas de muchos soldados que se preparaban a tomar la fortaleza.

Pero, ¿las vería Antoñita de ese modo?

Ella estaba impresionada, es verdad, con la noticia de la revolución. Sabía que su gran amigo Don Postumio y su hermano Alfredo, y Enrique Gómez y otro joven de Santo Domingo, que aún estaba en Baní, tendrían que exponer sus vidas defendiendo la plaza. Pero su exaltada imaginación, tal vez no estaba pensando en soldados que invadieran.

III

Entre tanto Engracia, que no había hallado la solución del problema que la ocupaba, levantando al fin la cabeza volvió a interpelar a su amiga repitiendo:

—¡Ay!, Antoñita, ¿cómo podré realizarla?...

—Tu amor y tu virtud sabrán rivalizarla —contestó esta acercándose a ella y esforzándose por dar aplomo a sus palabras—. Él, si es noble y digno de ti, sabrá comprenderte; además tú tienes atractivo y siempre esas dotes de belleza son un arma poderosa en nosotras para conquistarnos el corazón.

—¿Eso me dices tú a mí, Antoñita? ¿Tú no sabes que al sentir mi amor por Enrique, lo he idealizado con la espontaneidad constante del suyo? Jamás he contado con atractivos ni belleza. Yo lo he imaginado puro, ardiente, sin variaciones, y no puedo consentir que para sostenerlo, haya otros recursos ni otras armas que las del mismo sentimiento que nos abraza a los dos. Y por otra parte ¿acaso me será grato venir a caer en las vulgaridades de otras mujeres? ¿Inventaré la seducción poco delicada y la astucia de las pequeñeces y exterioridades para conquistar y sostener su cariño? ¿Podrá eso seducirlo a él? Y suponiendo que yo lo sedujera con un poco de artificio, ¿sería eso una satisfacción para mí? No, yo le amo con toda la sinceridad del corazón, y con todo el amor de esa sinceridad, he soñado con el amor suyo. De otro modo no me conformo, pues no estaría satisfecha ni de él ni de mí.

—Tienes razón, sí, sí, Engracia —dijo Antoñita que ya había vuelto a tomar su asiento, y cada vez más contrariada agregó—: La delicadeza de esos sentimientos es mía también; yo en tu caso pensaría lo mismo y esas serían mis mismas aspiraciones. Pero si Enrique no te ha dado motivos para incertidumbres ni dudas —añadió cambiando de tono y ejerciendo nuevo dominio sobre sí misma—, ¿por qué te preocupa tanto el amor que otra mujer le tiene?

—¡Ea! —respondió Engracia—, me preocupo por lo que ya te he dicho. Yo hubiera deseado que nadie ganara palmas en pruebas de abnegación y de sacrificios en aras del amor que profeso a Enrique. Y en último, para hablarte la verdad, para vaciarte mi corazón entero, yo quisiera lo que no puede remediarse...

—¿Y es? —interrumpió Antoñita.

—¡O no haberlo conocido, o que él no hubiera amado a nadie, a nadie antes que a mí!

Al terminar esta frase Engracia, en medio del arrebató entrecortado por el llanto, Antoñita lanzó otro suspiro y exclamó:

—¡Ay de nosotras! ¡Oh! ¡pobre de mí...!

Levantada Engracia la frente con intención de interrogar a su amiga de quien al fin había notado las reticencias y los suspiros y esa violencia interior con que desde un principio venía luchando, cuando en aquel instante la detonación de un tiro de Remington, y luego los gritos y carreras de gente que se oyeron por la calle, vino a interrumpir el esparcimiento de espíritu de las dos amigas, las cuales instantáneamente, como movidas por un mismo impulso, corrieron a la puerta; y a las preguntas, que con extrema agitación hacen, de —¿Qué sucede? ¿Qué sucede?— se oye la voz de una mujer que en medio de aquel alboroto y confusión, con las manos en la cabeza, exclama:

—¡Dios mío! ¡lo han matado! ¡lo han matado!

Antoñita la interroga casi gritando:

—¿A quién? ¡A quién!...

FRANCISCO GREGORIO BILLINI

—¡A Enrique Gómez y al otro joven de Santo Domingo!...

Sin que la frase terminara, Engracia, como si le hubiera caído un rayo, da un grito y cae al suelo; y Antoñita lanza un ¡oh!... de espanto, y queda como una estatua inmóvil, recostada del seto.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I Enrique y Eugenia María

I



Finalizaba el mes de mayo de 1849. Después de la inmortal batalla de «Las Carreras», en que todo Baní se cubrió física y moralmente con el humo de la victoria, porque fue raro aquel de sus hijos que no ciñera a su frente algún ramo de ese haz reverdecido de laureles que recogió la Patria; un joven de los que más se habían distinguido en esa epopeya nacional, primero como oficial de la compañía del valiente y casi olvidado capitán José Mojica, que maniobraba bajo las órdenes del nunca bien ponderado coronel entonces Francisco Domínguez, del cual asegura el veterano de nuestras gloriosas guerras, el de las páginas inmortales de «Santomé» y «La Canela», el general Cabral, en fin, que fue sin disputa alguna el verdadero héroe de la reñida y estratégica acción de «El Número», y después en aquellas famosas guerrillas de sus paisanos los dos Brunos, Del Rosario y Bruno Aquino, que con unos cuantos banilejos, hicieron prodigios de valor asaltando de frente los cañones del enemigo; ese joven, repetimos, perteneciente a una de las familias de la población, dijo adiós a sus padres y se fue para la capital, buscando el modo de obtener mejor porvenir, con

la intención de seguir viaje al Cibao, si allí no encontraba algo de provecho en qué ocuparse.

Una casa de comercio, a la que ofreció gratis sus servicios, los aceptó; y de este modo, dando su primera prueba, al cabo de meses, por su conducta ejemplar y por su inteligencia y laboriosidad, le fue asignado un sueldo. Después adquirió un buen crédito, y con recomendaciones valiosas estableció una tienda de mercancías en la capital por su propia cuenta, casándose inmediatamente con una joven de allí mismo.

El primogénito de ese matrimonio fue Enrique Gómez, a quien en la pila bautizaron con el nombre de su padre.

Cuando aún era adolescente se unió en amores, a gusto y consentimiento de las dos familias, con una niña de su vecindario; y he ahí el episodio que ofrecimos contar al lector, cuando por primera vez dimos a conocer a nuestro protagonista.

II

Eugenia María, a causa de quien hemos visto tan entristecida y tan inconforme a Engracia, era el nombre de esa niña.

Dotada de sensibilidad y de una inteligencia muy precoz, había suspirado de amor por él desde la edad de nueve años. El alma de Enrique también se sintió herida por esa tierna afección. Sin comprender todavía el porqué de las alegrías y de las tristezas cuando se mueven los corazones al poder mágico y misterioso de ese sentimiento, ya ellos tenían sus motivos de risas o de llantos.

—¡Tú no me quieres, ingrato! —decía ella con los ojos anegados en lágrimas, cuando Enrique le escondía sus muñecas; y otras veces, cuando la reprendía con agrias palabras, en esas querellas que por cualquier simpleza suelen armarse entre los niños, Eugenia se entristecía tanto, y lloraba tanto, que costaba trabajo para consolarla.

Pero, así y todo, también le llegaban a Enrique los momentos de pagar su tributo en ese cambio de las impresiones del corazón; pues comprendiendo ella el lado flaco de él, cuando quería bromearlo, se apartaba de su lado para ir adonde se hallaban jugando otras niñas y niños.

Enrique se ponía furioso y sus celos se desbordaban en improprios contra ella.

Eugenia, al verlo así, tan incomodado, se reía a carcajadas, y precipitándose hacia él le daba un golpecito cariñoso en la mejilla diciéndole:

—Te cogí, tontico, ¡fue por verte!...

De ese modo se contentaba Enrique, y después de inocentes explicaciones, se acordaban las paces, y se ofrecían las mutuas garantías de no volver a reñir.

Así pasaban los años de su infantil edad. A menudo se les veía jugando en los patios de sus casas, ora bajo los plátanos, o ya junto a las flores.

Allí se compartían las frutas y los dulces, que la una y el otro se guardaban para traer a sus festines, en donde se los comían en plácido saboreo, cambiándose y distribuyéndose por igual los bocados. Allí se mezclaban y se confundían las muñecas con los *mates*; los sombreritos y vestidos de ellas, con los trompos, las escopeticas y los sables de él; haciendo Enrique de hembra muchas veces en los juegos y Eugenia María de varón.

En otras ocasiones, después de haber dado muchas vueltas en un molinete, ya cansados, en el calor de la siesta, se tendían los dos en el suelo y allí juntos se quedaban dormidos.

Por mucho tiempo, como palomas que fueron arrulladas en un mismo nido, nunca la una quería apartarse del otro. En la inocencia de sus juegos, en las sencillas promesas de su cariño, en la ternura que se profesaban, se diría, si hubieran vivido en el campo y cerca de las selvas, que en ellos estaba reproducida la imagen de Pablo y Virginia.

III

Así crecieron hasta que llegó el tiempo en que ese amor de niños se trocó en relaciones de novios.

Eugenia María, dotada también de una extraordinaria imaginación, siempre estaba formando castillos de oro.

Enrique al principio ponderaba con gusto esa facultad en ella; pero un día hirió su amor propio diciéndola:

—Sabes mucho y no sabes nada.

—¿Y por qué me dices eso?

—Porque nunca te veo leer, y todas las señoritas leen para instruirse.

Ella desde entonces principió a devorar novelas y otras obras de género ligero, encontrando siempre algo que añadir al idealismo de los autores.

Cuando descubría en las historias, verdaderas o falsas, ejemplos de ardientes amores, se solazaba en la lectura y se penetraba en los casos desgraciados de los protagonistas, que muchas veces tenía que cerrar el libro para dar salida al llanto que inundaba sus mejillas.

Nerviosa hasta lo sumo, se identificaba con facilidad a las heroínas de su agrado, y hacía sus comparaciones y deducía sus juicios.

Safo, arrojándose al mar por la ingratitud de Faón, no tenía por su alma un atractivo tan grande como Eloísa sacrificada por Abelardo. Hablaba de la pasión de Eloísa como si se sintiera capaz de hacer lo mismo en un caso igual.

En Julieta y Romeo no convenía con la desgracia de los dos amantes. Ella hubiera prolongado la escena del jardín, y hubiera repetido otras muchas parecidas.

—¿Por qué matarlos tan pronto? —se decía—. ¿Acaso el amor tierno, ardiente, sublime, no puede tener duración en la tierra?...

Pretendió al principio reflejar sus amores en las inocencias de los idilios. Después, cuando su sencillo sentir fue haciéndose

romántico, acaso por causa del carácter cada día más indeciso y caprichoso de Enrique, pasó a considerar las exageraciones de la lectura de las obras como cosas naturales y posibles.

Tuvo envidia a Carmelita asfixiada en los brazos de Colom-ban, y llegó a soñar con esa muerte, hija solo de la imaginación de Dumas, pareciéndole la cosa más sublime.

Un día, leyendo *El trovador* de García Gutiérrez, le dijo a Enrique en amoroso arrebató: —Ven a las rejas de mi ventana esta noche con tu guitarra, despiértame con tu canto y yo te guardaré flores y te daré mis besos.

IV

En cuanto a Enrique, desde la edad de quince años, y no habiendo recibido sino muy escasa instrucción, se dedicó al comercio al lado de su honrado padre. Así como este, andando el tiempo, se hizo hombre de negocios; y su profesión, y luego el trato de otros jóvenes de ideas y costumbres más a la moda, cambiaron la modestia de sus sentimientos. Despertóse en su alma el deseo de figurar en los bailes y reuniones de alto tono y llamar la atención de las señoritas de más rango, como uno de los *dandys* más elegantes de la ciudad. Consiguiólo en efecto: se aprendió de memoria versos; cantaba canciones eróticas punteando la guitarra, y también se dio a leer unas cuantas novelas, según era la costumbre de entonces, para poder echarla de erudito en las tertulias que frecuentaba. De este modo, ¡quién lo creyera! se fue apagando en su corazón el amor que tuvo a la humilde Eugenia María. Esta por lo contrario mantuvo siempre viva la llama de su pasión. En ella, por desgracia, llegó a ser como parte de su misma naturaleza. Tanto era así, que no siendo bonita, podía con aliños y atavíos embellecer su físico, y ella, desde temprano, descuidó por Enrique hasta los afeites de esos auxiliares del tocado; cosa que por nada ni por nadie sacrifica una mujer. Sus trajes eran

sencillos, su andar y sus movimientos carecían de afectación; y apenas si ya se acordaba del manejo artístico del abanico, lo que por instinto aprenden y saben las mozuelas cuando se van haciendo señoritas. Esto y otras cosas parecidas le vinieron a Eugenia María desde una tarde de pascuas en que habiéndose acicalado mucho le dijo Enrique:

—Me gusta en todo la naturalidad, y me repugnan las mujeres apegadas a esas modas y a aliños que no hacen más que hacerlas perder el tiempo al espejo.

Esta salida extemporánea del amante hizo cavilar a Eugenia; pero como para ella hasta los caprichos de su prometido eran leyes, tomó con todo rigor esas palabras, y desde aquella tarde las aplicó a su modo de ser sin que su espíritu recibiera ninguna clase de violencia. —Por otra parte —pensó ella—, ¿de qué valdría para contentar la satisfacción de mi amor, ni el lujo ni los afeites ni aún la misma hermosura? —¡Infeliz! ¡Aunque era inteligente en sumo grado, no conocía el valor que tienen las vanidades del mundo en esas exterioridades! Así fue que en ese descuido en el vestir, en esa poca presunción, llegó otro día en que Enrique (pero en esta vez sin decírselo a ella) la vio con su traje sencillo, sin adornos de moda, y sintió tal repugnancia, que se dijo en su interior: —¡Qué mujer tan cursi!... No puede negar que no tiene el roce de la sociedad. —Y a esta reflexión añadió otras muy desfavorables a Eugenia María, encontrándole muchos defectos, sin detenerse a considerar ninguna de sus virtudes.

Entre tanto, y a pesar de lo expuesto, los ojos de ella seguían fijos en lo alto; no se bajaban a ver lo pequeño de esas contradicciones; ocupado su pensamiento en lo esencial, no se detenía en lo accesorio. En el romanticismo de su espíritu, en ese ahínco que tenía de leer libros y filosofar sobre lo sublime, la muy simplona creía que su ideal estaba realizado y que para sostenerlo no necesitaba sino el fuego de su pasión.

Siempre espiritual, ¿qué le importaba lo físico?

Siempre remontando su alma a elevadas regiones, ¿qué le importaban las miserias de la tierra?

¡Siempre pura, siempre llena de tiernos afectos para con él, un solo día, un solo momento, no dejó decaer sus ilusiones, evocando de continuo, junto al ser adorado, el ángel de la felicidad que ella veía acercársele sonreída en esos delirios de sus ensueños engañosos!

V

Así confiada en su dicha, sin sospechar desengaños, seguía dando vuelo a las expansiones de su amor, hasta que llegó el momento en que esos requiebros de novios, esas quejas mezcladas de suspiros, esas ternuras del corazón, fastidiaban de tal modo a Enrique, que le parecieron exagerados romanticismos, y últimamente se rebeló contra ella diciendo que eran escenas ridículas propias de comedias.

Las demostraciones de lo sensible son así: caen en el alma, según la disposición en que ella se encuentre al recibirlas.

Después de esta época de disgustos para Eugenia, fue pasando el tiempo, y Enrique cada vez más frío, acabó por no frecuentar su casa con la solitud de antes; ella, ¡la pobrecita! se parecía entonces con mayor afán por complacerlo; pero todo lo que a ese propósito hacía le daba resultados negativos. Enrique llegó a ser un misterio, una viva contradicción.

—¿Qué haré, Dios mío? —se preguntaba Eugenia entregada a las cavilaciones más ardientes, sin atinar la causa de esa variación.

Ella imaginó cuanto pudo para hacerse grata a los ojos de él; pero todo fue inútil. La indiferencia con sus desdenes es la cosa más terrible...

En ese estado de inquietud, entre las amargas dudas que la llenaban de zozobra, y la entristecían profundamente, la sorprende una mañana una carta, junto con un paquetito también de cartas, en donde venía el retrato de ella. ¡Qué impresión de dolor tan agudo recibió!... Enrique, en la carta,

daba por concluidas las relaciones, pretextando que lo habían impulsado a tomar esa resolución (que él llamaba irrevocable) los sinceros sentimientos de su corazón que no le permitían entretenerla por más tiempo, en unas relaciones sin objeto para ella, puesto que él se había convencido que no podía hacerla feliz...

De esta bonita manera es muy cómodo salvar un compromiso de familia, marchitando, tal vez para siempre, el corazón y el porvenir de una joven.

Eugenia María, al recibir ese golpe, se enfermó y tuvo accesos de locura. Pasó días casi sin comer, suspirando en el rincón de su aposento, y escribiendo a Enrique cartas apasionadas y conmovedoras.

Al principio recibió contestación de algunas, que por cierto, con el estribillo aquel de «no puedo hacerte feliz», y otras hipocresías desprendidas de ese simulado juicio, no sirvieron más que para aumentar su amargura y hacerla derramar muchas lágrimas en desvelos continuos. Por último, perdida ya la esperanza de atraer al ingrato amante, en su desesperación se le ocurrió decidir el problema de su vida.

CAPÍTULO II

Su reclusión y su carta

I

Había llegado el mes de octubre, en el año precisamente de las alegres fiestas que después se sucedieron en Baní. El lector, si tuvo benevolencia, tal vez, ha leído su descripción en el primer libro de esta historia.

En una mañana de ese mes, Eugenia María, sola en su aposento, al ponerse en pie, después de haber estado mucho tiempo de rodillas orando delante de la efigie del Crucificado, exclamaba con las palabras de los apóstoles: «Señor, aumentanos la fe», y añadía con la humilde resignación de una santa: «Para que se verifique en mí el milagro de ser feliz en mi retiro, sabiendo que él es feliz con mi rival».

Desde que Enrique la olvidó, ella se había entregado con ardiente anhelo a la religión.

Vivía apartada de las cosas mundanas, y hasta evitaba el trato con las personas de su amistad. Su mayor placer estaba en su retrainimiento. Seguía la máxima evangélica: «Contristaos en la soledad».

Allí, en el rincón de su casa, derramaba sus lágrimas sin que nadie la viera. Para su corazón eran fuentes de purísimo consuelo.

No soltaba de las manos las obras devotas. Había leído muchas veces *El genio del cristianismo*. Repasaba diariamente algún libro de la *Biblia*, empapándose mucho en «Los cantares de Salomón»; se había aprendido de memoria los versos de Santa Teresa de Jesús y muchas de las máximas de Kempis en la *Imitación de Cristo*, principalmente las del capítulo titulado: «Del maravilloso afecto del divino amor».

Solía entusiasmarse cuando leía en ese capítulo:

«No hay cosa más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más alto, nada más ancho, nada más alegre, nada más lleno, ni mejor en el cielo ni en la tierra; porque el amor nació de Dios, y no puede aquietarse con todo lo criado sino con el mismo Dios».

«El que ama, vuela, corre y se alegra, es libre y no embarazado».

«Todo lo da por todo; y todo lo tiene en todo; porque descansa en un Sumo Bien...».

Y así siguiendo los inspirados versículos, se enternecía con arrobamiento al llegar a este:

«Dilátame en el amor, para que aprenda a gustar con la boca interior del corazón cuán suave es el amar y derretirse y nadar en el amor».

Y terminaba repitiendo estos dos últimos:

«El que no está dispuesto a sufrirlo todo, y a hacer la voluntad del amado, no es digno de llamarse amante».

«Conviene al que ama abrazar de buena voluntad por el amado, todo lo duro y amargo, y no apartarse de él por cosa contraria que acaezca».

II

En la oración se pasaba horas enteras. ¡Qué consuelo tan grande hallaba en ella! ¡Qué bálsamo tan dulce para las heridas de su alma! —Por eso los tristes, los afligidos, los desgraciados tienen ese tesoro, que no agota su caudal —decía hablando de la oración.

Al fin se dispuso a llevar a cabo el pensamiento por tanto tiempo apacentado, cuando supo los detalles de los amores de Enrique con Engracia, y al enterarse de que Engracia era de familia pobre como ella, y de la proverbial modestia que le adornaba, y de su virtud y belleza, y de lo muy loco que estaba Enrique con su amor, y de lo mucho que ella lo adoraba, dejó de llorar; apareció en sus labios la sonrisa; en su mirada ese reflejo de luz que dice: «Mi alma está gozando», y en su semblante se veía esa serenidad, especie de satisfacción, con que el mártir para dar su prueba llega al altar del sacrificio.

Un día antes de despedirse del hogar de sus padres para entrar al asilo de la caridad, escribió a Enrique por última vez una carta llena de ese misticismo en que estaba sumergido su espíritu, en la cual le daba su último adiós.

III

«Idolatrado mío: Amo hasta tu desprecio y en él se santifica más mi amor. Si me odiaras, también te amaría. Tú eres mi vida, eres mi luz, eres mi Dios.

«¿Qué más haré por ti? Sé que amas a otra mujer: el cielo la bendiga... De ella será la dicha de poseerte. Yo no soy digna de tanto. Conociéndome a mí, valorándome yo, comparándome con el amor que te tengo, solo serviría para ser tu esclava...

«Porque he sabido que tú la amas a ella, yo la amo también. Si yo soy tú, ¿por qué no sentir lo que tú sientes?... ¿Por qué dicen que el amor es egoísta? ¡Mentira! ese será el amor que se relaciona solamente con la tierra: el mío para ti está en consorcio con el de los cielos. ¡Salió puro de las urnas del alma y puro ha quedado en su crisol.

«Me dicen que la escogida se llama Engracia; que tiene corazón de paloma; que es buena como una santa y candorosa como un ángel; que vive en Baní y es bella y está dotada de

muchas gracias... ¡Ah! ¡quién hubiera sido ella! ...¡Ojalá sean felices! ¡Yo lo seré también!...

«Me alejo del mundo, no como la desgraciada que se resigna, sino contenta y satisfecha».

«¿No creías que fuera capaz de hacerlo? Y sin ti ¿qué hago en el mundo?...

—«¡Ya está resuelto! Me retiro a *La Beneficencia*. Vestiré el hábito de la hermana de la caridad, para servir haciendo el bien, para orar edificando mi espíritu: todo ofrendándolo a ti. Desvestir lo humano para llevar el amor a lo divino, es levantarse sobre las Eloísas y las Julietas, es compararse a algo más puro, a algo más sublime.

«Yo no quiero verte. Ayer rompí tu retrato. Y, ¿para qué necesito verte? En el santuario de mi corazón estarás patente; y el fuego de mi fe y la luz de mi esperanza estarán siempre allí encendidos.

«Cuando en el silencio de la noche te equivoques, tú vendrás a mi interior, y sentiré tu voz que me hará estremecer de júbilo.

«Allá en mis altares levantaré mis oraciones, y tú serás el ángel que la conduzca al cielo.

«La Eucaristía, esa transustanciación que encierra un misterio, dejará de serlo para mí. Al comulgar recibiendo la hostia que regenere mi espíritu, el misterio de la dualidad, del hombre-Dios lo veré sencillo al sentirte a ti en mí. Yo ofrendaré en él mi amor; y así estará claro el símbolo incomprendible, que por encerrar en sí la contradicción de la parte en el todo y del todo en la parte, el sabio no ha sido capaz de explicar ...

«Amado mío, seré tu esposa aunque tú no lo quieras. Me llevo al altar el velo del desposorio. Mi alma estando con Dios está contigo. Pues ¿qué es el amor sino atributo de lo infinito? ¿Y qué es ese atributo sino el infinito mismo indivisible? ¿Y qué es lo infinito sino Dios?...

«¡Ay! si me inspirara en el astro de Santa Teresa de Jesús, cantarí, como ella, en versos místicos, “el amor que te tengo en el amor divino”.

«Mañana estaré en el retiro, y ya no te veré más en el mundo. Sí, te veré siempre, porque reflejada está tu imagen en el espejo de mi alma. Eso me basta. ¡Después queda lo porvenir! Lo porvenir, ¡qué grande es lo porvenir!... La muerte es la vida; delante hay una eternidad: nos volveremos a ver... ¡Adiós!

«Tuya,

EUGENIA MARÍA».

V

Esta carta, inspirada por uno de esos enajenamientos que la vehemencia de la pasión produce, fue bien pronto para Eugenia María motivo de cruel tortura. Y en efecto, a haber sido conocida, habría bastado para que la Iglesia no admitiese a la aspirante entre las vírgenes del Señor.

En cuanto a Enrique, aunque conocía el carácter honradísimo de Eugenia, incapaz de una ficción, dijo que era efecto de romanticismo; y guardándola tranquilamente no detuvo un instante más su pensamiento en ella.

Como ya se sabe, Enrique había perdido de un todo ese amor tierno con que quiso a la enamorada de su infancia; otras ideas y otros sentimientos habían invadido su corazón. Eugenia María realizó su ideal realizando el sacrificio.



SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I Tras el crimen... la fuga

I

El comandante de Armas, o sea Don Postumio, que en esa época frisaba en los treinta años de edad, al recibir la noticia del levantamiento de Azua, se impresionó bastante; no porque fuera un hombre falto de valor, sino porque alentaba la ilusión de que la paz, en aquel gobierno, al que con tanto entusiasmo prestaba sus servicios, no sufriría esas alteraciones. En los primeros momentos de su indignación, se expresó con mucha dureza contra los enemigos y habló de prender y poner grillos, cosa que no acostumbraba; pero luego se conformó con repetir las frases tan de moda entre nosotros, de idénticas circunstancias; frases que emplean el mismo tono justos y pecadores: —¡Ah! país, qué país, ¡tan perdido! ¿Quién puede con este país?...

Desde esa misma noche desplegó Don Postumio una actividad poco común en él. Dictó muchas órdenes, y en la misma madrugada hizo que se disparasen los tres tiros de alarma. Antes que amaneciera reclutó toda la gente que pudo encontrar en la población; y acuartelándola en la Comandancia, le distribuyó los fusiles viejos y algunos tres o cuatro Regmingtons que estaban depositados en la casita de cal y canto que

sirve de cárcel y arsenal en Baní. Satisfecho de lo que había realizado en el término de tan pocas horas, resolvió ir a su casa a beber el café y a comer un pedazo de pan, recomendando el orden y la disciplina. Pero como desgraciadamente esta se había perdido hacía mucho tiempo, no solo en Baní, sino en toda la República, sucedió que Felipe Ozán, el insidioso Felipe Ozán, con el deseo de distinguirse, y más que eso, guardando siempre rencor a Engracia por lo que esta le había hecho en el asunto de Antoñita, de *motu proprio* y dándose las ínfulas de jefe, tan pronto había vuelto las espaldas Don Postumio, se acompañó de cuatro soldados y condujo a la comandancia de Armas, en calidad de presos, a Enrique Gómez y a otro joven de la capital que estaba junto con él hospedado en casa de Don Antonio Díaz.

II

Los ojos de Felipe habían caído con torcida mirada sobre este joven, desde una vez que su tía Candelaria, con la vulgar desenvoltura de su lenguaje, le había dicho:

Felipe, eres un tonto, ¿no adviertes que esa perrilla de Antoñita va perdiendo los cascos por el santominguero?

—¡Ah!... ¡demonio! —contestó Felipe dándose una palmada en la frente—, ¡ya había tenido yo ese presentimiento!, había pillado miradas de ella a ese Enrique...

—¿Cómo? ¿estás loco? Te hablo del otro... De ese otro a quien le sirve de alcahuete el sinvergüenza de Don Antonio.

Candelaria, como toda la gente ordinaria y de mala índole, no soltaba de la boca los groseros calificativos; y principalmente los prodigaba cuando se refería a Don Antonio, hacía tiempo que lo odiaba, como ya lo hemos dicho, a causa de los celos que por Enrique la comían el alma.

Y aunque Felipe no ignoraba la amistad con que se trataban Don Antonio y Don Postumio, amistad que era

conocida de todos en el pueblo, pues Don Postumio había sido siempre un caluroso defensor de los intereses y de la conducta de Don Antonio, tantas veces vituperada, como lo verá luego el lector, aprovechó la oportunidad que le ofrecía aquel momento.

—Haga yo mi gusto ahora, ejerzo mi venganza, y poco me importa lo que suceda después —se había dicho Felipe, estimulando los instintos de su maldad para llevar a cabo su resolución.

Al llegar los jóvenes a la Comandancia, preguntaron por Don Postumio, y al saber que este no se hallaba allí, y al oír las palabras que el ayudante de Plaza dirigía a Felipe, salvando su responsabilidad en la prisión de ellos, comprendieron desde luego que esa prisión era obra exclusiva de Felipe y resolvieron acto continuo marcharse.

Felipe quiso impedirles el paso, y como ellos forcejaron, mandó ¡firme! a la guardia, preparando su revólver con tales alharacas y gritos, que uno de los hombres que lo había acompañado a conducir a Enrique y a su compañero, y con quien parece que Felipe se había combinado para el desorden, disparó de intento, en aquella confusión, su Regminton, salió un tiro que hirió a Enrique y causó la muerte de un pobre muchacho de los que estaban acuartelados.

III

Don Postumio —que a la sazón se hallaba tomando el desayuno en su casa—, al oír la detonación que produjo aquella alarma de gritos y carreras por las calles y que fue creciendo, creciendo de una manera extraordinaria hasta llegar a donde Engracia y Antoñita estaban, según lo hemos referido, levantándose de la mesa con el pedazo de pan en la boca y sin haber acabado de tomar el café, echó mano a su rifle y acudió apresuradamente a la plaza.

Fue necesario que se armase de extraordinaria serenidad para resistir el oleaje de gente que venía a encontrarlo. Aquel ruido, aquella vocería, aquel grupo de hombres alborotados que corrían chocándose los unos con los otros y estallando en ternos y juramentos, aquella agitación en fin, era una especie de desbordamiento; parecía el estruendo del mar enfurecido en medio de una tempestad.

—¡Calma, señores, orden! –gritaba Don Postumio, y apresuraba el paso para llegar pronto al sitio donde se había cometido el crimen. A sus espaldas no dejaban de mortificarlo con palabras descomedidas y pidiendo justicia.

En aquel instante intentaban algunos levantar del suelo el cadáver de la víctima para llevarlo a la casa de sus padres, y otros se oponían gritando desafortunadamente:

—¡No se lo lleven, déjenlo para que lo vea la autoridad! –y entre exclamaciones de amenaza se oía la voz de Felipe Ozán:

—No, no... con mil diablos se lo lleven.

Felipe trataba de imponerse de ese modo, fingiendo indignación, y echando la culpa del desorden y la muerte del pobre recluta a Enrique y al otro joven de la capital.

Algunos que no tenían tiempo de informarse de cómo había ocurrido aquello, en el primer momento, hacían coro a Felipe lanzando imprecaciones contra las víctimas.

Por otro lado se veía a Enrique chorreando la sangre de su herida, y rodeado de otro grupo que se empeñaba por apartarlo de allí:

—¡Abren paso, señores! –acababa de decir una mujer que se acercaba, y que venía con la respiración jadeante, sudoso el rostro; con los ojos desplegados que lanzaban las chispas del gato montaraz; con el moño medio caído sobre los pliegues de una manta colorada que le envolvía el pescuezo y los hombros. Aquella mujer, que se aparecía allí con el aspecto repugnante de una arpía, empujó y atropelló a todo el mundo hasta aproximarse a Enrique:

—¿Quién te ha herido? –le interroga, abrazándolo de improviso y manchándose el vestido con su sangre.

—¿Y me preguntas? —contesta Enrique rechazándola, con el brusco movimiento del que se siente una víbora encima.

Candelaria, a quien de seguro habrá conocido el lector, vuelve sobre él y le dice en tono suplicante:

—Ven conmigo, ven a mi casa, yo te salvo, yo te curo.

Enrique la rechaza otra vez con mayor acritud, repitiendo:

—¡Infame! ¡Infame! ¡aparta! ...Señores, por Dios, quítenme a esta mujer, ¡boten a ese demonio!...

Candelaria muda de aspecto, su color cobrizo se vuelve ceniciento, y como una fiera le lanza una mirada. Si ella hubiera podido, lo devora en aquel momento.

—¡Maldito! tú sabías... —exclama apretando de rabia los dientes, y vuelve la espalda buscando los ojos a su sobrino Felipe.

IV

A ese tiempo, Don Postumio, que ya se había enterado del motivo de aquel desorden, procedía a prender a los culpables; pero estos, que estaban prevenidos, Remington en mano y *galán galán*, como decimos por acá, dieron de su insolencia y se fugaron. Imposible fue, a pesar del esfuerzo tardío de Don Postumio, darles alcance. Cuando volvieron los soldados y oficiales que los habían echado detrás, diciendo que Felipe su cómplice en la huida iban gritando: —«Abajo Don Postumio!... ya lo cogemos... a ese *boqui-muerto*. ¡Él sabrá lo que es cajeta! ¡Hijo de la grandísima...!» y otras cosas por el estilo. Don Postumio desató su indignación desahogándose así:

—¡Eso es! ¡Ah país! ¡Ya sabía yo! Se fueron... ¡Y no lo quieren creer!... ¡Es el país más perdido del mundo!... ¡Vean ustedes, señores! —exclamó dirigiéndose a los grupos que aún se encontraban allí —¡tras el crimen la fuga, es decir: la víctima sin obtener justicia, la autoridad burlada, los criminales, a más de quedarse impunes, convertidos en una amenaza.

Y luego, si triunfa el desorden, entonces en sus gobiernos de desgobiernos, les dan la recompensa! ¡Y no lo quieren creer! –añadía recalcando mucho la frase, y con un movimiento afirmativo de cabeza como quien se siente muy convencido de lo que expresa–, esas son las consecuencias de esas guerras de partidos personalistas, sin que la Patria haya logrado, una sola vez siquiera, la esperanza de alcanzar el bien!...

V

Agravándose después de más en más la situación en Baní, la autoridad de Don Postumio se iba haciendo cada vez más pálida. Él seguía dictando órdenes para ponerse en estado de defensa; pero muy pocas de esas órdenes eran ejecutadas. Solamente las cumplían los correos expresos que enviaba al gobierno para pedir recursos de armas y dinero. Su autoridad, efectivamente, se redujo al envío de esos expresos a la capital. Baní, que siempre se había distinguido por su lealtad y donde nunca se conocieron la traición en política –que ya iba invadiendo por todas partes– ni el interés de servir únicamente por el dinero, que a la verdad no estaba entonces tan generalizado, y que después ha dado muerte al patriotismo en la República; Baní, decimos, también principiaba a corromperse, siguiendo la moda del engaño y la falsía.

He ahí por qué cuando corría la voz de que alguno de los expresos había vuelto, trayendo buenas noticias contrarias a la revolución, y dinero para pagar las raciones, se llenaban de gente el cuartel y la plaza.

Entonces todo eran protestas de adhesión al gobierno, hasta de los mismos que en el día anterior habían llenado la casa de Candelaria Ozán, haciéndole las mismas demostraciones, para ponerse en bien con los revolucionarios.

Y de esos casos no estaban exentos, por cierto, muchos de los que se daban por amigos del orden, y aún por amigos personales de Don Postumio.

¡Cómo simulaban la dualidad de su papel! ¡Cómo sufrían la flagelación con que la lengua de aquella mujer hería las reputaciones, de Don Postumio, de Don Antonio Díaz, y de otros hombres honrados del pueblo!

¡Qué poder tan insinuante es el de la política! ¡Cómo penetra su filtro en pueblos corrompidos, acobardando y envileciendo a los hombres!

A pesar de su experiencia, caía Don Postumio en el lazo, y muy orondo arengaba a los oficiales y soldados estimulándolos a la defensa del Gobierno, y rogándoles que no lo abandonasen.

Algunos de entre aquella muchedumbre le ofrecían lealtad y lo vitoreaban, vitoreando al mismo tiempo al presidente que estaba en el poder. Uno decía:

—Comandante, yo muero por usted, cuente conmigo.

Otro gritaba:

—¡Viva Don Postumio! ¡Aquí no consentimos más jefe que Don Postumio! —Y los más repetían haciendo coro:

—¡Sí, sí, nuestro hombre es Don Postumio!

Mientras que una voz aguardentosa rastrea lo siguiente:

—Ojalá lo hicieran Ministro...

Don Postumio, halagado en su vanidad, se hacía más largo en sus dádivas y promesas; y bajo la agradable impresión en que se hallaba, se iba a dormir en sus laureles. Al despertar, cuando volvía a la Comandancia ya no encontraba gente con qué poner una sola guardia.

Entre tanto, las noticias de la Revolución eran a cada hora más alarmantes.



CAPÍTULO II

Luchas

I

Habíanse transcurrido ocho días después de la huida de Felipe Ozán.

Don Postumio, a pesar de sus prédicas y amonestaciones para que la gente se mantuviera reunida en el cuartel y la Comandancia de Armas, no había podido lograrlo. Su mala situación se acentuaba cada vez más.

—¡Crea usted en pueblos! ¡crea usted en amigos! —terminaba diciéndole, en esa mañana, Don Antonio Díaz, después que también lo impuso de un complot que se tramaba en casa de la tía Candelaria para cogerlo vivo o muerto cuando se acercaran los azuanos.

Para Don Postumio fue ese el más terrible de los desengaños. Él, que había ponderado tanto la lealtad de sus banilejos, incapaces de cometer una acción villana; él, que tan satisfecho había estado siempre en la creencia de que ellos jamás lo abandonarían en una situación comprometida; él, que así lo había proclamado a los cuatro vientos, se vio acometido por una ráfaga de indignación al saber aquella infamia.

—¡Canallas! —dijo— ¿por qué se extreman conmigo? ¿No los he defendido siempre, aun a trueque de mi propia

reputación? ¿No he librado a muchos de las persecuciones? ¿No he procurado para todos el bien por cuantos medios ha sido posible? ¿Por qué se extreman conmigo? ¿Se han portado ellos con nadie de esa manera?

Y, en efecto, Don Postumio tenía razón; hasta aquel entonces, nunca en Baní la autoridad se había visto tan desdeñada y tan sola. En los cambios de gobierno, es verdad, la persona que revestía ese carácter era despojado de él, pero conservando siempre, hasta el último momento, ese prestigio que le daban el respeto y la consideración.

—Pero, ¿qué ha de esperar usted de gente ignorante que ve la debilidad del Gobierno con sus enemigos y que sabe que cuando ellos cogen batuta está teso el chicote? —replicó Don Antonio, que sin embargo de no ser político de color subido, había puesto sus simpatías del lado de Don Postumio, y no se conformaba con que los otros llevasen esa ventaja tan desproporcionada. Él, que no podía convenir con esa lenidad, y a quien se le había metido entre ceja y ceja que ella era la causa de las revoluciones, terminó diciendo:

—Así, no lograrán ustedes nunca tener paz, ni podrán gobernar este país.

Don Postumio, que se mantenía en sus trece, al tocarle esta cuerda se apresuró a contestar:

—¡Cómo debilidad! ¿quiere usted que nosotros nos igualemos a los malos, persiguiendo y atropellando por un quítame allá esas pajas? ¿Es decir que, según usted y otros que piensan como usted, están condenados los dominicanos a vivir bajo el yugo de una tiranía?

—¡Hum!... yo no sé que diga... pero el caso es... —murmuró Don Antonio, moviendo la cabeza afirmativamente y recalcando mucho el pero al concluir la frase.

—No, no, yo no admito tan en absoluto esa doctrina; hay que luchar contra ese extravío de sindéresis —repuso el comandante de Armas—. Aunque la República esté hoy perdida, es necesario luchar; y sobre todo, aquí en Baní...

—Sí, aquí en Baní, en donde maquinaban un complot, para matarlo a usted, y creen en las ofertas de una mujer como Candelaria Ozán —dijo Don Antonio, con intención marcada, no dejando concluir la frase de su amigo; y al notar que este permanecía en silencio, añadió:

—Yo sé que esa mujer le tiene a usted odio de muerte, como me lo tiene a mí, porque hice que el pobre Enrique no volviera a pisar las puertas de su casa. Desde que lo supo, juró venganza; pero yo estoy prevenido, y si Dios quiere, no caeré en sus garras.

Don Postumio —que a pesar de su indignación no podía prescindir del afecto que le tenía a su pueblo, y que aunque fuera por amor propio, deseaba siempre hallar medios de justificarlo y de justificarse él, para que no le echaran en cara su política tolerante y su alucinamiento de hombre tonto que se dejaba embaucar—, tomó pie de lo que había dicho Don Antonio, y echó la culpa de lo que ocurría a Candelaria y a dos o tres personas más que habían llevado a Baní esas ideas de malevolencia; y habló de la corrupción de la República, y de la poca constancia de los gobiernos en sostener sus programas liberales; terminando por sacar limpios de pecado a los banilejos.

II

¿No se sucedían con frecuencia las revoluciones en el país? Y ¿cuándo hubo que lamentar desgracias en aquel pueblo? Ellas pasaban por allí sin que los tiros vinieran a ensangrentar su suelo, ni a turbar el reposo de las familias. Pero en esta ocasión, parece que se quería seguir la perniciosa costumbre de otros lugares. Lo moral es tanto o más contagioso que lo material. La mala semilla regada invade rápidamente todo el terreno. Candelaria Ozán no era de Baní, pero como ya lo hemos dicho en otro lugar, hacía algún tiempo que había fijado allí su

residencia. Ella enseñó a que se abusara de la política tolerante, se rio de las prácticas liberales, y burlándose de la autoridad había conquistado a los soldados, aconsejándoles la desertión. Después mandó expresos a los revolucionarios excitándolos a que atacaran la plaza que se hallaba indefensa. Su sobrino Felipe se había atrevido, con otros más, a tirotear una noche en los alrededores de la población. No acostumbradas a tales zozobras, un miedo pánico iba apoderándose de las familias. Muchas de ellas abandonaban sus casas para irse al campo, donde se creían más seguras, y con el fin de evitar el peligro que las amenazaba a la entrada de la tropa invasora. Solamente nuestras dos heroínas aparentaban no participar del pánico general, y se empeñaban en permanecer en el pueblo.

Engracia, a causa de la herida de Enrique, no había podido desahogar su corazón... ¡tenía tantas quejas!... ¡tantas cosas que decirle! —¿Cómo volver la espalda y dejarlo?

Sus hermanas, en algunos momentos se llenaban del miedo que cundía por todas partes, y casi decidían a la madre a seguir el ejemplo de las otras familias; pero Engracia con esa dulzura de voz que penetraba hasta el fondo del alma cuando hacía una súplica, volvía a conseguir que no se movieran de casa.

III

La pobre muchacha había sufrido mucho, después que se cercioró de los amores de Enrique con Eugenia María.

El relato de esa historia mató sus ilusiones, nubló el cielo de sus esperanzas, envenenó las flores de su vida, despertó en su alma sentimientos de envidia, de celos, de egoísmo, y traspasó, en fin, como una flecha, lo más sensible de su corazón.

Aquel periódico, que le envió intencionalmente Candelaria, había causado en ella una revolución. Desde aquel día no comió con gusto, ni durmió con sosiego, ni vivió sin penas.

¡Eugenia María, sacrificándose de una manera tan noble, tan generosa, tan abnegada, por el amor que tenía a Enrique! Eso no la dejaba tranquila un momento.

Aquella carta tan sentida, tan apasionada, tan conmovedora, en que se despedía de él, con la ternura y resignación de una mártir, y en la que le deseaba las felicidades de su nuevo amor, la había leído Engracia, dos, tres y más veces, a pesar de que hubiera querido no haberla visto nunca. Siempre que la leía se preguntaba con el mayor desconsuelo:

—¿Seré yo culpable? ¿Habré venido yo a causar la desgracia de una mujer buena? ¿Pero, busqué yo a Enrique? ¿Me he valido de medios indignos para alcanzar su amor? ¿Sabía yo tampoco que él amara a otra, ni que esta lo amara a él? ¡Ay! ¡Dios mío! y si es verdad lo que dice esa Candelaria, que el padre y la madre de Enrique me odian y me maldicen, ¿qué será de mí? ...Pero en amándome él —se decía, como sacudiendo el peso de todos esos pensamientos tristes—, ¿necesito yo de otra cosa? ¡Ah! ¡Enrique! ¡Enrique! ¿también conmigo serás un ingrato? ¡Quién sabe! ...No, no puede ser. ¿Por qué pienso en eso? —Y al hacerse esa pregunta, se llenaba de aflicción, y, arrepentida, exclamaba:

—¡Yo soy la ingrata, pobre Enrique! ¡perdóname! ...¡Y estar herido! Y no poder verle, y no haber podido hablarle, sino aquella noche en que a despecho de Antoñita me fui a casa de Don Antonio. ...Hasta eso, por mi mala suerte: no hallarse Enrique en su casa de familia. ¡Y dirán que no es fatalidad! ...¡Cuánto me habrán murmurado en el pueblo por haber ido a esa casa! Pero, Dios mío, ¿qué crimen hay en eso? ¿No fui yo con mi madre?... ¿Se me quita algún pedazo? Estoy segura, segurísima de que mi rival hubiera dejado atrás los escrúpulos y hubiera ido cien veces, y estuviera allí, allí, y no se apartaría un instante de su lado. El pueblo hablaría de ella, es claro; ...¿qué importa en un caso tan grande la murmuración del pueblo? Además, la gente es así, habla mucho al principio; hace de un mosquito un elefante, y después... ¿Después? —se preguntaba

deteniéndose en esta reflexión para enseñar, sin quererlo, el fondo de su carácter. Ese después contenía el tropel de sus ideas y la hacía revelar su prudencia y su timidez, a pesar del estado violento en que se hallaba.

—Dios me libre de caer en boca de la gente: cuando el pueblo murmura deja el rastro, deja la mancha, hiere y queda la cicatriz. ...Pero, no, no, este no es el caso; yo no he cometido ningún delito —se apresuraba a contestarse justificándose a sí misma, para seguir en el desparpajo de sus pensamientos.

¿Acaso Don Antonio Díaz no era un hombre decente? ¿Estaba tampoco su querida en la casa cuando ella y su madre fueron a ver a Enrique? —¡Vamos! —exclamaba— hay que convenir: yo soy una mujer cobarde, ¡cobardísima! No lo niego, lo comprendo; y Enrique tendrá razón cuando me compare con Eugenia, con mi rival, que no sé por qué la miento, ni por qué siempre la tengo en la cabeza. «¡Cuánta diferencia! ¡cuánta diferencia!» se dirá él en su interior.

IV

Tal era la situación de ánimo en que se hallaba la pobre Engracia. No había podido dar quejas al amante; ni tampoco en las cartas, le había parecido propio hablarle sobre ese asunto que tanto la atormentaba; era natural que buscarse el desahogo de su corazón en esas luchas consigo misma.

Siempre con la esperanza de verse con Enrique para hablarle y expresarle todo lo que pensaba y sentía, suplicaba a la madre que no se fuera al campo. Su propósito era permanecer en el pueblo, así corriera el peligro más inminente.

—Nadie me moverá de aquí hasta que no se decida lo que se haga con Enrique —decía con entereza—. ¡Hombre! la última fuera que, por cobardía, ni aún esta prueba me atreviera a darle.

¡Enrique quería que lo llevaran a la capital; pero sus amigos, y principalmente Don Antonio, tenían razones para impedirlo, a pesar de que todos pensaban en el peligro a que estaba expuesto con el odio de Felipe y la venganza de Candelaria, cuando entraran a la población los revolucionarios. Además la fama de las maldades de Baúl, Solito y sus otros compañeros no le dejaban duda de que debía a todo trance salir de Baní.

¿Pero cómo emprender ese viaje? Su herida no se había cerrado y el temor de que fuese víctima del pasmo al pasar el río Nizao que estaba muy hondo, los preocupaba seriamente a todos.

—Ese viaje es una imprudencia, una grande imprudencia —repetía Engracia a Don Antonio, en esa misma mañana, poco después que este se había separado de Don Postumio, por acudir al llamamiento que ella le había hecho—. No consienta usted ese viaje.

—No tengas cuidado, hijita, él se quedara aquí.

—¿Cómo aquí?

—Digo aquí; porque se quedará bien guardadito, esto es, no se irá para la capital. ¡Ah! ¡picarona! ya veo cómo se te alegra el semblante —repuso Don Antonio, que acostumbraba bromear con Engracia, por quien siempre había sentido un afecto desinteresado.

—¡Ay!, Don Antonio, y cuando esa gente venga...

—¡Bah! cuando esa gente venga, ni a él ni a mí nos encontrarán en el pueblo.

—¿Y adónde?, dígame Don Antonio, ¡dígame por Dios!

Tenía tanta dulzura el timbre de la voz de Engracia al hacer esa súplica, que Don Antonio, a pesar de que debía guardar el secreto para todo el mundo, aun para ella misma, no pudo prescindir de contestarle:

—A nadie, a nadie lo digas: ni a tu madre, ni a tu tía Francisca.

—¿Y qué tiene que ver mi tía en esto? —interrumpió la joven.

—Ya verás... Yo voy a esconderlo... —y Don Antonio se detuvo volviendo la cara a un lado y a otro para cerciorarse mejor de que estaban solos.

—Voy a esconderlo —repitió, ahuecando la mano y acercándose hacia el oído de Engracia—, en mi hato de *La Montería*.

—¡En *La Montería*! ¡Virgen de Regla! ahí estará tan vendido como aquí.

—No, así parece, ya tengo el lugar, tú verás. No lo digas a nadie, a nadie, y aunque tengan ustedes que irse allá, al bohío de tu tía, no te des por entendida de que nosotros estamos allí. ¿Me entiendes? Adiós, Graciadita, pierde cuidado, que yo lo salvo —añadió Don Antonio, despidiéndose de ella con el mayor cariño.

CAPÍTULO III

Otras luchas

I



Antoñita, en quien se notaba un cambio, debido a la profunda melancolía que la embargaba, apenas si se le daba cuidado tampoco del peligro que se corría en esperar en el pueblo la entrada de los enemigos.

Después de la terrible mañana en que hirieron a Enrique, pocas veces se había visto con Engracia. Nunca había sucedido tal cosa. Desde su niñez, no recordaba haber pasado un solo día sin que se viesen y se hablasen. ¡En otro tiempo se hubiera desesperado! ¡Cómo! ¿esa indiferencia para con su amiga? Ella misma no se explicaba ese fenómeno. ¿Sería por falta de cariño? No, Antoñita la amaba lo mismo que antes, y hoy tenía un motivo poderoso para interesar el afecto de su sufrimiento. Pero la causa de ese sufrimiento era precisamente el punto negro de su alma. Por esa razón evitaba hablarle de amores, ni de Eugenia María, ni de nada que se relacionase con Enrique. Ella, tan violenta para formar resoluciones y llevarlas a cabo, se sentía débil en esta vez; le faltaba el ánimo para combatirse a sí misma; se hallaba vencida en su interior; porque en la desesperante lucha que sostenía se encontraba culpable, sin embargo de saber que no tenía culpa de lo que

le pasaba. Orgullosa hasta lo sumo se mortificaba al ver abrigado su amor propio. Su delicadeza se revolucionaba al sentir abrigado en el fondo de su alma, como en oscura guarida, el secreto que para ella era un crimen. ¿Cómo disimular por más tiempo que siempre había odiado: la hipocresía? ¡Terrible angustia era la suya! Pero, ¿por qué demonio, o por qué castigo del cielo había concebido una pasión tan vehemente? Y, ¿cómo y cuándo la había concebido? Enrique era un perverso; puesto que con sus insinuaciones se la había inspirado. Aquellas confidencias mutuas; aquellas quejas tan sentimentales; aquellos versos leídos por él en su presencia con tanto entusiasmo; aquella hipocresía de exagerado romanticismo; aquellos elogios prodigados a su talento, a su carácter, a su originalidad, en fin, ¿no habían sido medios endemoniados para conquistarla? ¿Por qué desde un principio no se decidió a hablarle de amor? ¿Por qué no le dijo siquiera una palabra? ¡Ah!, ¡entonces hubiera sentido el más profundo desprecio por él!

II

La última vez que se vio con Engracia, sufrió de una manera horrible porque se creyó vestida al exaltarse con violencia, cuando aquella expresaba sus temores por Enrique, y por su herida, y por el peligro que corría si Felipe Ozán y los enemigos lo hallaban en el pueblo: —¡Lo matan! ¡lo matan! ¡el pobrecito! —dijo Engracia llorando.

—¡Ay de ellos si tocan siquiera un cabello de Enrique! Te juro, Engracia, que dejo de ser mujer, porque ¡muero matando!

A este desborde de Antoñita, tan impropio de su educación, expresando con fuego y acompañado de un gesto imponente, Engracia se quedó sin saber qué pensar; en el primer momento le cayó como un plomo derretido, luego le pareció, algo así como que su amiga no estaba muy firme de juicio.

Antoñita bien pronto comprendió lo lejos que se había ido en aquel arrebatado de locura, y procuró desandar el camino. Después volvió a sus reproches interiores, y se repugnó a sí misma.

Esa repugnancia iba poniendo una separación entre ella y Engracia.

Encontrábase humillada cuando siquiera pensaba en su amiga; era su deseo estar lejos de su presencia. Pensaba en Enrique y se solazaba pensando en él; lo que más la atormentaba era la creencia de que Enrique también la amase; no obstante de que no podía contener su mal humor cuando notaba alguna indiferencia de su parte. ¡Oh! ¡contradicciones del corazón humano!...

Aquellas intimidades y confianzas con que se trataban le habían hecho mucho daño: libre Dios a ninguna mujer de dar confianzas e intimidades a ningún hombre; por ahí se principia, y después... ya el mal está hecho.

El día que Enrique dijo, entre veras y juego, que era ella la primera señorita de quien se había enamorado en Baní, Antoñita se puso del color de una granada y guardó silencio.

Enrique volvió a repetírselo otro día, y ella entonces, en vez de pasar por alto ese punto, quiso averiguar la verdad, dando margen a que la conversación se alargara, y llegando hasta el extremo de decirle:

—¡Anda, embustero, búrlate de otra!

Eso abrió las puertas a Enrique, quien para probarle que así había sido, le dio aquel cuaderno de versos inéditos, titulado *Páginas íntimas*, en los cuales versos fingía Enrique ardentísima pasión por una mujer.

Intrigada en su interior Antoñita, principió a sentirse inquieta y triste, y luego se confesó ella misma, y viendo claro el fondo de su alma, concluyó por sufrir en silencio de una manera horrible.

Ella, que se creía tan franca, ¿estar obligada a la reserva? Ella, que alardeaba de ser tan libre, ¿verse esclava? Ella,

que había soñado siempre con mantener como un cristal la limpieza de su conciencia, ¿sentirse con una mancha que no podía lavar? ¡Oh! ¡eso era tremendo, insoportable, desesperante! Queriendo desechar por todos los medios esa pasión infortunada, a fuerza de calentarse los sesos con esa idea, la endemoniada pasión iba creciendo más y más.

¿Estaría dispuesta a guardar el secreto hasta la tumba?... ¿Y qué otro recurso le quedaba? Era un amor sin esperanzas. Ella hubiera muerto antes de hacer una traición a la amiga.

Por otra parte, su situación no podía ser más crítica, ni más penosa, ni más violenta. Tenía que guardarse de Engracia, de la familia, de las amigas, de Don Postumio, que siempre estaba espiando hasta las miradas de sus ojos; sobre todo, de Enrique, a quien era su afán demostrar la más grande indiferencia, como lo había hecho en *El baile del canastillo*. ¡Ay! ¡si su secreto llegara a descubrirse! ¡Para ella equivalía a la mayor de las desgracias! Con solo pensarlo se estremecía de horror...

Sin embargo de su repugnancia al sentirse dominada por ese amor que creía indigno y hasta criminal, lo amamantaba y se complacía en el tormento que le causaba. Hubiera deseado irse lejos de Enrique, no volver a verle; pero su debilidad la sujetaba a permanecer cerca de él. Hubiera querido no perderlo de vista un momento; pero cuando lo veía, su mayor afán era apartarse de su presencia; ¡infeliz! queriendo huir de la tentación lo que más la seducía era la misma tentación, comprendía que estaba al borde de un abismo; pero ese abismo la atraía con una fuerza irresistible: como la mariposa, revoloteaba alrededor de una llama que debía consumirla.

En esa situación, difícil de definir, Antoñita, lo mismo que Engracia, había sostenido a su familia en la idea de que no era necesario irse al campo.

III

Esa tarde, como en eso de las dos, a la hora de la comida, alarmadas su madre y sus dos hermanas Aurelia y Alicia con las malas noticias y las propagandas que corrían, trataron, mientras estuvieron a la mesa, de persuadirla para que se aviniera a abandonar también la población.

Después entró el calor de la discusión y hubo réplica y contrarréplica, y amenazas de responsabilidad moral si acontecían desgracias, y exageradas ponderaciones, y últimamente, diálogos sin concierto:

—Que nos cogerán, y nos pillarán, nos matarán.

—Que Solito, dicen, no respeta las mujeres.

—Que de Baúl, cuentan y no acaban.

—Que corta los dedos para quitar los anillos.

—Y las orejas para llevarse los aretes.

—¡San Antonio! nos llamarán locas... ¡qué horror!

—Ya lo creo... Casi todas las familias se han ido.

—¿El pueblo?... se quedará solo.

—Y nosotros todavía aquí, ¡Virgen de Regla! Y ¿cuando suenen los tiros?

—No; no, se necesita estar loca de atar... Dios mío, ¡líbranos!

A manera de fuego graneado caían estas exclamaciones y reproches en el ánimo de Antoñita; pero ella resistía el ataque con la mayor serenidad. Nunca estuvo tan prudente:

—Señores, señores, no exageren —era lo más que decía tratando de contener ese desparpajo de impresiones; aunque a la verdad, en una ocasión quiso irse de bruces, haciendo callar a las hermanas; pero prontamente se moderó al oír que una de ellas, en medio del desorden de aquella fraseología, balbuceó, tal vez intencionalmente.

—De veras, en tanto peligro no sé qué particular interés tenga Antoñita en quedarse en el pueblo.

La madre, entre tanto aspaviento de las hijas, no decía ni oste ni moste; y como su hija predilecta estaba convencida

de la influencia que sobre ella ejercía, concluyó defendiéndose así:

—No sean cobardes, señores, no hay un porqué alarmarse tanto: Don Postumio es la autoridad, y espera fuerzas de la capital; el Gobierno se las ha ofrecido. Además, si el peligro fuera como ustedes dicen, él nos lo hubiera anunciado. Hay que esperar lo que nos aconseje... y chitón.

Acababa de hablar así Antoñita, y al tiempo en que todas se levantaban de la mesa, se apareció Engracia.

IV

Venía esta vestida de blanco y con un abrigo de lana sobre los hombros. No tenía aliño alguno, ni siquiera el ramito de heliotropo que acostumbraba prenderse del pelo, desde la tarde de su idilio, en que el aroma de esa florecilla, como si hubiera sido un talismán, embriagó de amor su corazón; pero estaba tan interesante con aquella tristeza de virgen angustiada, tan simpática con aquella melancólica palidez, denunciadora en su semblante del estado de su abatido espíritu, que Antoñita, como si nunca la hubiera visto, sintiendo un profundo disgusto que no pudo evitar, la encontró encantadora.

Engracia había pensado mucho en estos últimos días en la frialdad de su amiga. A fuerza de averiguar cuál sería la causa de ese cambio, en la disgregación de sus ideas para volverlas a reunir, dedujo consecuencias al recordar los suspiros ahogados que se escapaban del pecho de Antoñita, y las reticencias, y las reservas y disimulos cuando hablaban de amores; y últimamente, vio con toda claridad que ella se guardaba un secreto. —¡Dios mío qué desengaño! —se dijo, no pudiendo contener las lágrimas—, ¡la que yo creía mi mejor amiga!...

Con esta prevención en ánimo, la novia de Enrique, después de la entrevista que tuvo con Don Antonio, entrevista que

ya conoce el lector, resolvió ir a casa de Antoñita, no solo para anunciarle que en esa misma noche se iría con su familia al campo, sino con la intención de expresarle las quejas y sentimientos que tenía de ella.

Al ver a Engracia, Aurelia y Alicia corrieron a recibirla; Antoñita vino detrás. ¡Cuándo lo hubiera creído! ¡La que en otro tiempo era causa de su alegría, en este instante, sin darse cuenta de ello, la sonrojaba con su presencia, haciéndole bajar los ojos!

Después de las rápidas preguntas y respuestas que se cruzaron entre todas sobre los revolucionarios, que era el tema del día, las dos amigas se retiraron a uno de los cuartos de la casa.

V

Antoñita tembló al hallarse sola con Engracia. Esta, que traía el corazón rebotado de sentimiento, rompió la primera el silencio diciendo:

—Ingrata, no te atreves ni a disculparte siquiera.

—¿Por qué me dices eso? —murmuró Antoñita, tratando de que no la vendiera la emoción de su voz.

—Y ¿tienes valor de preguntarme por qué te lo digo? ¿No sabes que lo he adivinado todo, todo?...

Antoñita tembló de pies a cabeza.

—Si no tienes para qué guardar más misterio...

—Yo misterios...

—Sí, tú... ¡quién lo hubiera creído!... así se hace con las amigas, ¡quién lo hubiera creído!

Engracia, sin saberlo, iba regando candela, y Antoñita se iba quemando.

—Dios mío, pero Engracia, ¿qué me quieres decir?

—¿Y todavía tratas de ocultarme lo que sé, lo que no me puedes negar? ¡Caramba! qué valor tienes.

Antoñita mudó de colores, estremeciéndose horriblemente: no sabía si aquello que le estaba pasando era verdadero.

Engracia comprendió la turbación de su amiga, y afirmándose más en su creencia continuó el ataque de esta manera:

—Mira, tú ves, no lo puedes negar, la conciencia te vende...

—¡Engracia, por Dios!... —exclamó Antoñita casi fuera de sí, y haciendo un supremo esfuerzo para no perderse de un todo.

—Y yo tan tonta, y tan confiada, en medio de mi mismo dolor, creyendo que tenía una amiga, ¡una amiga verdadera!... ¡El desengaño ha sido terrible!

—Yo te juro que no he tenido culpa —contestó Antoñita, ya sin encontrar el equilibrio.

—¿Que no has tenido culpa? ¡Pues hombre! esa es mejor. Ocultarte de mí, de mí... ¡ah! no tienes perdón. Tú, Antoñita, tú, mi confidente desde la infancia, mi inseparable compañera, el ser a quien he querido más que a mis propias hermanas, tú, portarte conmigo así...

—Pero, Engracia, yo te juro por mi madre que te he ofendido, mira, yo he luchado por arrancar esa criminal pasión de mi pecho, sin que nadie lo supiera, ni él menos... ¡te lo juro, te lo juro! Por eso evitaba verme contigo, para que no descubrieras tampoco ese secreto.

Ahora era Antoñita la que, sin saberlo, iba acercando el brasero junto a Engracia. Esta todavía no se chamuscaba. Por eso, se apresuró a contestar, más conmovido aún el timbre de su dulce voz:

—¿Y acaso hay cosa que duela más que una decepción como esta, cuando tú misma lo confiesas? ¿He tenido yo nunca secretos para ti? ¡Ingrata!... ¡ingrata!

Estas últimas inculpaciones acabaron de matar a Antoñita, quien llena de sentimiento exclamó:

—¡Ay! ¡Engracia, yo no podía comunicarte una cosa tan indigna... tan horrorosa... Perdóname. ¡Dios mío! ¡soy la mujer más desgraciada! ¡más desgraciada! —repitió apretándose las manos en desesperación, y bañada en llanto cayó de rodillas delante de su amiga.

A no ser porque la profunda emoción le cortó las palabras, en este instante, Antoñita hubiera continuado hablando, y la

novia de Enrique, entonces sí que se habría sentido el vivo fuego de la candela levantándole ampollas y dejándole llagas, pues todo se habría descubierto.

Engracia, entristecida al ver la situación desesperada y conmovedora de su pobre amiga, no pudo resistir tampoco el raudal de lágrimas que inundó su semblante, y abrazándose de ella, con la mayor ternura, le dijo:

—¡No, no, Antoñita de mi alma! tú no eres desgraciada; Eugenio te amará... yo lo presiento... estoy casi segura de ello...

—¡Ah! —gritó Antoñita, levantándose de improviso, como quien acaba de sacudir del corazón el enorme peso que la ahogaba...

El Eugenio, a quien se había referido Engracia, era aquel joven capitalaño, que ya conocen los lectores, amigo y compañero de Enrique.

La madre y las hermanas de Antoñita llegaban al aposento llenas de susto preguntando lo que ocurría.

—Nada —se apresuró a responder ella, recobrando su serenidad.

—¡Jesús! creí que te había dado un ataque —dijo su madre todavía temblando con la sorpresa.

VI

Aquel grito de Antoñita se escapó de su pecho con el estallido de una alegría inesperada. ¿Creerse ya metida en la hoguera del tormento, y verse de improviso fuera de ella? ¡Ah! ¡Eso equivalía a una resurrección!... Un segundo más en aquella agonía, y todo estaba descubierto. El nombre de Eugenio, caído como una bendición del cielo, la había salvado. Contenta como si ya su difícil situación se hubiera despejado, le pareció en ese instante, que no tenía nada que temer; que volvía a recobrar su dicha. Así sucede con frecuencia en los casos de la vida: la salvación

de un peligro inminente, nos hace olvidar los demás que estamos corriendo...

La patética escena que se ha descrito influyó también en el ánimo de Engracia para despejarla bastante de su tristeza.

Al despedirse de Antoñita, y de las demás de la casa, diciendo que esa noche se iría ella con su familia para el campo, volvieron Alicia y Aurelia a dar otro ataque sobre la salida del pueblo a nuestra contrariada protagonista. Antoñita las tranquilizó accediendo en esta vez; pero sin dejar de suplicarles esperasen el consejo que diera su amigo el comandante de Armas.

En este instante todas volvieron la cara al escuchar los pausados y flojos pasos de Don Postumio, que tenía por costumbre entrar a las casas de una manera tan silenciosa que apenas se sentía.

—¡Qué casualidad!, mentando al rey de Roma... —exclamó una de las hermanas de Antoñita, acercándole una mecedora.

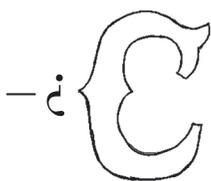
Don Postumio, con una inclinación de cabeza, le dio las gracias y se sentó.

CAPÍTULO IV

Don Postumio en su elemento

I

—¿



onque hablaban ustedes de mí?

—Sí, Don Postumio —contestó Antoñita—, decía yo a mamá y a las muchachas que no se alarmaran tanto con las propagandas; que usted nos había ofrecido en caso de peligro aconsejarnos lo que debiéramos hacer.

—Ciertamente, así fue, y por eso me he apresurado en venir.

En el tono de la voz y la manera con que Don Postumio pronunciaba estas palabras, conocieron Antoñita y las demás que las cosas no estaban bien.

El comandante de Armas prosiguió:

—Es necesario que salgan de la población; los sediciosos se acercan, y yo no tengo gente ni siquiera para hacer una capitulación honrosa; me veré en el caso de entregar el mando al Ayuntamiento, hoy mismo; y aún me temo que esto no llegue a realizarlo, porque todos sus miembros están llenos de miedo, y difícil será que se reúnan.

—¡Ay! ¡Dios mío! Virgen de Regla, nos cogen en el pueblo esa gente. ¿Y adónde iremos nosotras para estar seguras? —se preguntaban las hermanas de Antoñita.

—¿Adónde? A Paya —contestó la madre.

—Paya está en el camino real, y no es prudencia irse allí; para eso mejor es que permanezcamos en casa —dijo Antoñita, quien a todo trance prefería quedarse en la población.

—No; quedarse aquí no —replicó Don Postumio, y después de un corto silencio añadió: —Yo creo que ustedes deben de irse a un campo que esté más reguardado de los sediciosos, por ejemplo a «El Retiro».

—No tenemos allí ningún conocido —se apresuró a contestar la madre de Antoñita.

—Pues entonces, váyanse a *La Montería*, a casa de Don Antonio. Estoy seguro que para él será de grandísimo gusto.

La madre y las hermanas de nuestra heroína, dando aprobación al consejo de Don Postumio, dijeron que no querían perder tiempo, y se fueron a los aposentos a arreglar los trastes para disponer la salida.

II

Antoñita permaneció en silencio al oír esta indicación del comandante de Armas, y al ver el gusto con que la familia la acogió, le brillaron los ojos; un relámpago la había iluminado, y sintió un cambio en su interior, con respecto a la oposición que hacía de abandonar el pueblo. Iba a hablar aprobando sin duda el consejo de Don Postumio, a pesar del reproche que había hecho a Engracia por haber ido a la casa de Don Antonio, pero Don Postumio no le dio tiempo continuando así:

—Y como a Enrique Gómez, hemos resuelto, hace poco, esconderlo en otro lugar, en caso de que no pueda irse a Santo Domingo, que creo será bien difícil, por estar muy hondo Nizao, y porque sería peligroso ese viaje para su herida que todavía no se ha cerrado, no habrá inconveniente alguno de parte de ustedes en irse allá, ni para Don Antonio en recibir las con el mayor agrado.

—¡Ir nosotras en casa de Don Antonio Díaz! —estalló diciendo Antoñita, ya sin resquicios de aquella primera impresión que la sedujo un momento, al oír lo que acababa de decir su maestro con respecto a Enrique.

—¿Usted, Don Postumio, el hombre que decanta tanta moralidad, y que tantas veces nos ha dicho que es necesario restablecer las viejas costumbres del Baní de nuestros padres, es el que nos propone que vayamos a mezclarnos con la querida de Don Antonio Díaz? ¿Y a mí, a mí, me propone usted eso, cuando sabe cuánto reproché a mi amiga Engracia el que fuera a ver a Enrique? ¿Acaso porque Don Antonio sea rico puede lavar la mancha que tiene encima por el abandono de su mujer e hijos? No, Don Postumio, ni mis hermanas, ni yo, daremos ese ejemplo, autorizando a otros que con razón mañana nos echarían en cara esta falta de consideración a las familias del pueblo. Baní no tiene otra cosa que le honre, más que su honradez. Don Antonio en esta circunstancia creería rehabilitado su proceder indigno a costa de nosotras.

—¡Ay! Antoñita, no juzgues a Don Antonio con esa severidad. Quién sabe si no es culpable —contestó Don Postumio en tono asaz sentencioso.

—¿No es culpable el padre de familia que se despide un día de su casa, y se pasan años y no vuelve más a ella?

III

Con efecto, Don Antonio, que era un hombre en aquella época como de cincuenta años, hacía mucho tiempo que había salido de la capital, dejando en ella a su esposa con tres niños; dos varones y una hembra.

Veinte años hacía de eso, y aunque Don Antonio era alto y seco de carnes, todavía se conservaba fuerte y joven. Él vivía entre Baní y San José de Ocoa, era hombre de dos residencias.

En ambos lugares había emprendido negocios. Dando preferencia al de caoba, guayacán, mora y campeche, a pesar del adagio nacional, y muy banilejo, de que: «Los palos dan palos»; los palos a él le dieron mucho dinero: tal vez obtuvo ese resultado porque vendía en la playa sus cargamentos, sin arriesgarlos nunca a la exportación. Por eso siempre recibía en Baní el importe de ellos en efectivo o en letras a cobrar. Y cuando se las entregaban se solazaba en decir: «yo no embarco; a *Seguro lo llevan preso*».

Desde la fecha en que vino a Baní no se había probado que volviera a la capital, y sin exponer la razón, cuando alguno lo interrogaba sobre este punto, le respondía: «A Santo Domingo ni en carta volveré jamás».

Al principio, la murmuración, que siempre acecha campo donde sustentar sus reales, tomó posesión clavando su envenenado diente en Don Antonio y en su esposa. Los comentarios se sucedieron, unos lo inculpaban a él, y otros a ella. Los más prudentes achacaron esa separación a desavenencias de carácter, pero más luego, los que atribuían la culpa a la esposa sospecharon de su honra, y los otros, especialmente las mujeres, acriminaban a Don Antonio.

IV

Cuando Antoñita en la réplica hizo la pregunta que hemos oído sobre la culpabilidad de Don Antonio, Don Postumio, recobrando su acostumbrada calma de filósofo, le contestó:

—Mira, Antoñita; no seré yo quien venga a descorrer velos que han permanecido en el misterio; pero llévate siempre de esto: cuando tú veas que un matrimonio existe solamente porque un juez lo verificara, conforme a la ley, o porque un sacerdote diera su bendición a los cónyuges en nombre de la Iglesia, ese matrimonio, si por eso solo, digo, conserva la apariencia de su unión, estará herido de muerte, y como

rotos están sus lazos, no tiene razón de ser: es un crimen que la sociedad comete obligándolo a que sea.

—¿Y quién obliga a nadie a contraer matrimonio con nadie? El que se casa —afirmó Antoñita con el brío de su acento persuasivo—, ¿no lleva desde luego el convencimiento de que ese lazo es indisoluble, establecido por las leyes y bendecido por Dios?

—¿Y puede ser indisoluble el matrimonio que por una circunstancia agravante se destruya? —interrumpió Don Postumio, ya en el calor de la discusión con su discípula, olvidado enteramente de la situación en que se hallaba, como comandante de Armas de un pueblo amenazado por el enemigo.

—Sí, señor, es indisoluble; y aunque la volubilidad de los hombres quiera destruirlo por su conveniencia, o por sus pasiones, la ley debe siempre sobreponerse, si se quiere conservar la moralidad y la base de las familias.

—De ese modo no es posible conseguirlo —replicó Don Postumio, acentuándose como aquel que se cree maestro y con ese tono de tal que tenía algunas veces, añadió—: Nada que esté sujeto en la tierra a esclavitud; nada que destruya el libre albedrío; nada que mate las voluntades, puede ser racional y justo, y la base que sostiene el matrimonio son las voluntades. Por eso el matrimonio, racionalmente hablando, es una mentira, desde que se pretenda obligatoriamente hacerlo indisoluble.

—¡Ah! ¿entonces quiere usted que dejen a la pobre mujer a merced de las pasiones del hombre, para que tan pronto como se canse de ella, la arroje a la calle? ¡Hombre! ¡qué buena ley! ¡Bonita moralidad! —concluyó exclamando Antoñita con acento de verdadera acrimonia al dar a la frase toda la entonación que expresa, acompañada de un movimiento de cabeza el más intencional que pueda haber.

—Sí, que es una inmoralidad obligar a dos personas que no se aman, que se han ofendido, que se repugnan el uno al otro, que se odian, tal vez, a vivir juntos bajo un mismo techo, agriándose la existencia, dando pernicioso ejemplo a los hijos, si los tienen, y engañando al mundo, o sea a la sociedad, con

una ficción horrorosa y criminal –contestó Don Postumio, rebatiendo la última ironía de su discípula.

—¿De manera que quiere usted que no haya ley que imponga deberes al hombre que se casa?

—Yo no hablo solo del hombre, hablo también de la mujer. Y nunca la ley ha podido, ni podrá con un mandato sobreponerse a lo que es un atributo legítimo del libre albedrío, a lo que es exclusivamente inherente al espíritu humano; por esa razón la ley que haga indisoluble el matrimonio es tiránica, inmoral y contraria a la dicha y al reposo que se busca en la organización de la familia.

Hace veinte años que Don Antonio no ve a su señora, el apartamiento voluntario de estos esposos implica un divorcio; de modo que no permitiéndolo la ley, de hecho esta queda nula, y por su torpeza proporciona males a la sociedad, causando la desgracia y llenando de vergüenza a dos seres que bien se podía evitar.

—¿Y es moral, y es bueno que la ley autorice a un hombre abandonar a sus hijos? –interrogó Antoñita.

—¡No, eso nunca! –contestó Don Postumio, levantando la voz.

—Pues entonces Don Antonio Díaz es un infame, es un criminal, y no comprendo por qué usted, el hombre de las doctrinas, trate de defender a un criminal.

Don Postumio, que se sintió herido con esta dura increpación de Antoñita, que nunca quería perder su reputación de hombre moral, sobre todo ante los ojos de su discípula, sacó a relucir las virtudes de su amigo, dijo que a Don Antonio en sus acciones nadie podía hacer un reproche en Baní, que su conducta había sido ejemplar, que era de carácter pacífico, de costumbres sanas y de buena educación.

—¿Y por qué, entonces –argumentó Antoñita–, vino a delinquir en lo más sagrado? ¿Por qué si él, como dice usted, ha cumplido con los deberes que impone la sociedad, vino a faltar al más precioso de todos ellos, exponiéndose a la crítica, al reproche y a la desaprobación general?

—He ahí precisamente el punto difícil —contestó Don Postumio con aire de triunfo—. Y eso mismo decide en mi favor el asunto. —Mira, Antoñita —continuó tomando su tono sentencioso y acompañando las palabras con ese movimiento del dedo índice que algunos acostumbran—, en la sociedad suele acontecer que las faltas graves, dignas de vituperio, aparecen con los trajes de la virtud, y por ese motivo son aplaudidas por la gente; así mismo sucede que la virtud (porque no podría en el presente caso ser virtud si no quedara escondida) se presenta con los trajes de una mala acción y hasta del crimen muchas veces, pero como el público no está en autos, juzga por las apariencias y se ve condenada por todos a la más injusta de las reprobaciones.

Por esta razón, en las cosas privadas de la vida ajena, en esos misterios que algunos guardan ocultos en el fondo del alma, nadie debe aventurar sus juicios.

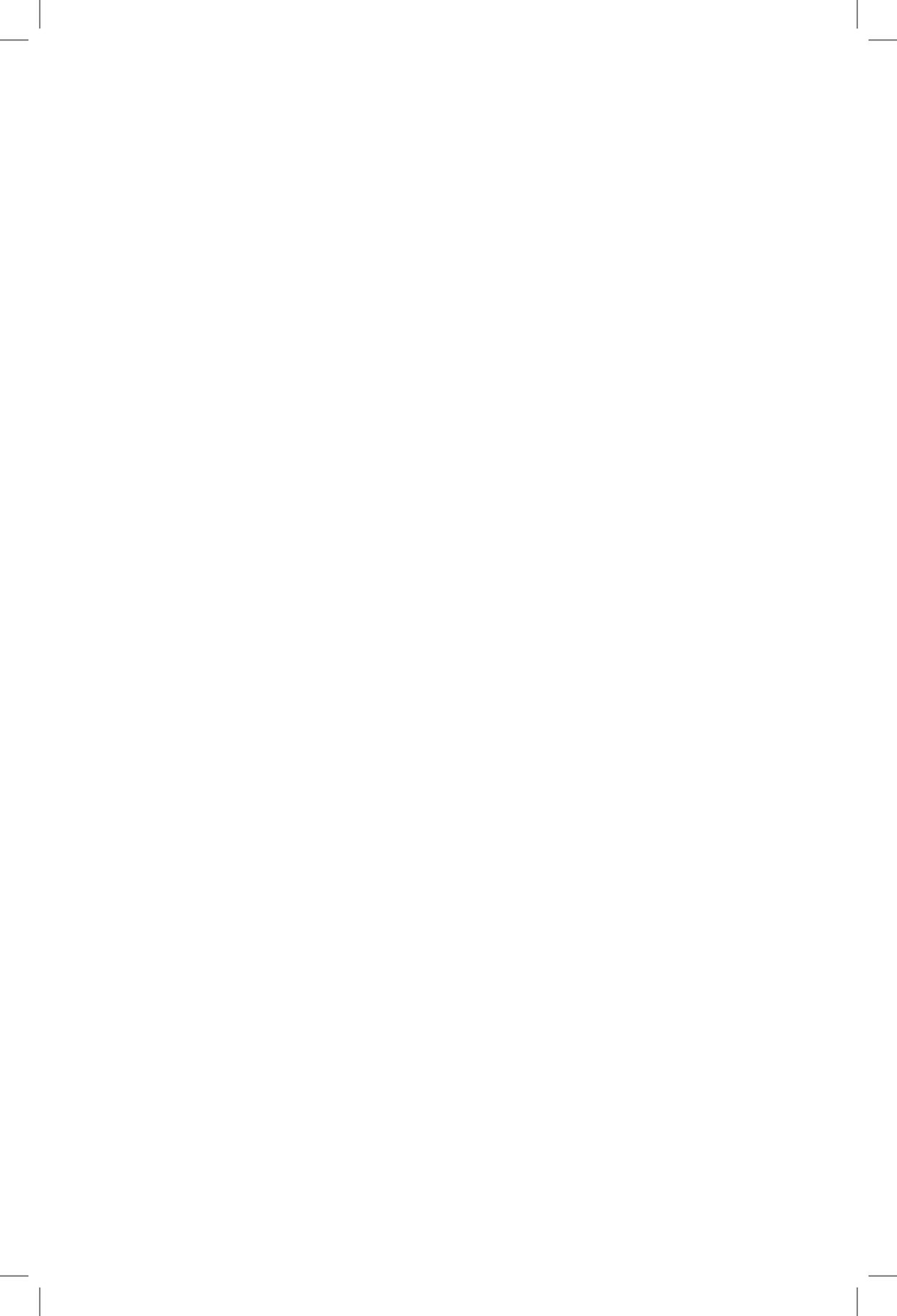
Antoñita, que se disponía a seguir rebatiendo, cuando oyó estos últimos pensamientos que le llegaron tan adentro, se sintió vencida, y Don Postumio, como si hubiera adivinado el efecto que hacía en ella, terminó diciendo.

—Cada hombre es un libro: pasa muchas veces en el mundo sin que nadie aprecie las páginas que contiene y que están cerradas en el fondo del corazón.

—Es verdad, es verdad —exclamó Antoñita, meneando la cabeza con aire entristecido, y ya fuera de toda discusión, se dirigió a su madre que volvía del aposento.

—Mamá, que se vayan Aurelia y Alicia en casa de Don Antonio, ya que tienen tanto miedo, y tú y yo nos quedaremos al cuidado de la casa hasta la última hora.

La madre no replicó una palabra; sin embargo de que por la expresión de su semblante se comprendió que no quería apartarse de sus hijas. Don Postumio, satisfecho de haber discutido tanto y de haber vencido a su discípula, recordó en la comprometida situación en que se hallaba, y se retiró pensando en reunir el Ayuntamiento, esa misma tarde, para entregarle el mando.



CAPÍTULO V

En y después de la invasión

I

Baní había anochecido güelfo y amaneció gibelino. Don Postumio, en discusiones y prédicas, dejó pasar lastimosamente la tarde sin hacer entrega del mando.

Ya en la noche, perdida la esperanza de realizar ese pensamiento, dijo con toda su calma:

—¡Bueno! esperaremos a mañana.

Pero el comandante de Armas no contaba con la huéspedada.

Antes de romper el día entraron los revolucionarios al pueblo.

Cuando Don Postumio, que acababa de retirarse de la Comandancia, oyó, desde su casa, el alboroto de los tiros y los desaforados vítores, quedó sorprendido. Nunca se figuró que la invasión se efectuara tan pronto.

En la confusión de aquel momento lo primero que hizo fue correr hacia el patio gritando:

—¡Mi caballo! ¿dónde está mi caballo?

Pero al recordar que, a causa de una discusión con Don Antonio, lo había despachado al campo, desatinado, volvió para la casa; y dirigiéndose a los cinco individuos que habían acudido a prestarle

auxilio para que se salvara, los interpeló con la enérgica desesperación de Ricardo II en la escena que nos pinta Shakespeare:

—¡Un caballo! ¡un caballo! ¡Búsquenme un caballo!

Don Postumio, en aquel instante, como el héroe del poeta, hubiera dado también su reino, si lo hubiera tenido, por conseguir un caballo.

Entre tanto se oyó la gritería de una horda de los invasores que venía por toda la calle.

—¡Huya! ¡Venga! ¡Corra! —le dijeron los cinco banilejos que habían acudido a su casa, salvando desde luego la puerta.

Las mujeres de la familia de Don Postumio, en aquella tribulación le impidieron el paso empujándolo al aposento.

—¡Dios mío!... te matan... aquí... ocúltate aquí... —gritó una de sus hermanas, queriendo que se metiera debajo de la cama.

—Yo, meterme debajo de una cama —contestó Don Postumio, rechazándola.

—No, en el *soberado*, pronto, pronto, ¡hijo mío! —exclamó su madre en la más grande de las angustias.

A esta súplica irresistible de la madre atendió él llegando a subir tres escalones de la escalera de palo que conducía al dicho *soberado*; pero repentinamente volvió a bajar al oír la voz de la hermana que decía:

—No, mamá, ahí no... lo cogen... aquí, aquí adentro — señalaba abriendo la tapa de un baúl vacío que estaba en un rincón del aposento.

Don Postumio, sin perder tiempo, agazapando su flacucho cuerpo, cuanto pudo, se metió en él.

Mientras que todo esto ocurría, con la rapidez de algunos segundos el grupo de los insurrectos, sin ocuparse en otra cosa, pasaba corriendo en persecución de los cinco individuos que salieron de la casa.

Por fortuna de Don Postumio, pasó de esta manera este primer apuro; pues la hermana se había sentado sobre el baúl, y él encerrado allí, se iba asfixiando.

Al abrir la tapa del baúl, se levantó dando un brinco; tenía ya el color amoratado.

—¡Demonio! me ahogo —fue lo primero que balbuceó cuando pudo encontrar respiración.

II

De repente volvieron a oírse las voces de una horrorosa gritería. Otros grupos se aproximaban.

—Huye por el patio —le dijeron.

—¡Ni por ninguna parte!... —replicó, sin hacer caso de la súplica, y con el pensamiento fijo en el lance del baúl, se le encaró a la hermana diciéndole:

—¿No saben ustedes que muchas veces por cobardía de mujeres se pierden los hombres?

—¿Pero estás loco?... ¿no ves que viene esa gente?

—¡Meterme a mí en un baúl... manchar de esa manera mi honra militar!... ¡qué mujeres! —repuso Don Postumio, como si estuviera alegando en una discusión.

—¡Sí, pero huye... vete! —le replicaron todas.

—Huye, huye... con eso lo empatan ustedes. Confiesen la verdad... las mujeres...

—Sí, todo lo que quieras —interrumpió la madre.

—No, lo que quiera yo no, la verdad.

—Pero hombre de Dios, te cogen, te matan...

En este instante ya uno de los grupos llegaba a la puerta de la casa.

Don Postumio salió por el patio, y saltando empalizadas de los vecinos, llegó a una puerta de cercado que daba a la calle, hoy llamada de «Beler»; allí, con precaución, sacó la cabeza y vio que no había gente. Entonces emprendió una carrera para salvar el espacio de poblado y tomar una vereda de las que conducen al río. Pero desgraciadamente antes de llegar ya estaban al frente de él unos tantos invasores. Y estos los más

temibles. Como perros rabiosos le cayeron a nuestro pobre comandante de Armas.

—Ríndase preso, ríndase preso —dijeron algunos poniéndole las carabinas al pecho.

—¡Amárrenlo! —repitieron otros, tirando una soga de cabuya.

—¡Matemos a ese *sinvergüenzo*! —gritó uno de alta estatura, vestido con camisa y pantalón colorado, que venía corriendo con la facha de un diablo.

¡Este hombre era Baúl!

—¡Pueden matarme, pero no consiento que me ajen! —contestó Don Postumio con entereza, al rehuir el cuerpo, cimbreándose como una culebra, a pesar de su cachaza, para desquitarse un golpe de machete que le tiró Solito desde a caballo.

—¡Déjenmelo a mí! —decía Baúl llegando al grupo y abriéndose paso con el *collin* desenvainado, al tiempo que se oyó la enérgica voz de otro hombre que se acercaba gritando:

—¡Cuidado! ¡cuidado quien le pone la mano!...

Todos se detuvieron. Era el jefe de la Revolución.

Llegaba en el momento preciso para salvarlo de aquel inminente peligro. Imponiendo su autoridad ante aquella horda de forajidos, cogió del brazo al protagonista, y lo llevó toda la calle hasta dejarlo preso en «El Polvorín», que era la cárcel más segura que tenía Baní.

No por mucho tiempo permanecería solo Don Postumio en su prisión. Ya vendrían otros que lo acompañasen: así se lo anunció el mismo jefe antes de despedirse de él.

III

El pánico había aumentado en las familias de una manera extraordinaria. Y no era para menos. A las cinco de la mañana habían entrado los revolucionarios a la población, sin que

nadie les pusiera resistencia, y antes de la tarde se habían comedido numerosas tropelías.

Los desórdenes de las tropas amenudeaban. A cada momento una queja, un alboroto, una persecución. En Pueblo Arriba a una pobre mujer le habían pillado una canasta de pan, dos quesos y todo el dinero que tenía en el cajón del mostrador.

A otra le registraron los aposentos porque no quiso venderles ron.

La casa de comercio de Don Antonio Díaz (dicen que por indicación de Candelaria Ozán) la habían descerrajado Baúl y Solito, buscando a Enrique Gómez.

El comandante en armas, que vino a sustituir a Don Postumio, era uno de esos jefetones arbitrarios, que no se paran en pelillos, uno de esos generalotes con quienes tantas veces hemos tropezado. Se llamaba Pío del Monte.

Felipe Ozán, con el grado de coronel, ocupaba el puesto de Ayudante de Plaza.

—¿Quiénes son estos de *levitas*? —preguntó el general Pío al ver a unos jóvenes del pueblo que le presentaba un tal coronel Musié, y a quienes había conducido allí por orden de Solito.

Estos *cónsule* se han negado a ir al cuartel, alegando que ellos no son militares.

—Llévelos a «El Polvorín», y méталos en el cepo —dijo por toda respuesta el general Pío.

—General, hemos entregado las seis reses al ayudante de Plaza, según su orden. Los señores son los dueños de ellas.

Así acababa de hablar el sargento de guardia, señalando cuatro hombres del campo que habían venido con él, y que eran los dueños de las reses que se aludía.

Secretario, extienda ahí cuatro *vales* para pagar esas mancornas a estos señores.

—¿Por qué suma extendiendo los *vales*? —preguntó el secretario.

—¿Vales?, ¿para nosotros vales? —interrumpieron a un tiempo los dueños— no, comandante, no se moleste usted,

muchos de esos papeles tenemos nosotros que nunca nos han pagado.

—No se los habrán pagado —ya lo creo— qué van a pagar esos ladrones, vagamundos, del gobierno de hoy, que no hacen más que robar y cometer injusticias —replicó el general Pío, acentuando mucho los epítetos.

—Ni esos; ni los otros —contestaron los dueños.

—¿Ni los otros? —¡ah! ¡cacoces! Mire, coronel, lleve esos hombres a la cárcel —añadió el general con tono imperioso, dirigiéndose a Musié, que ya había vuelto de conducir los jóvenes.

—¡Atrevidos!... ellos sabrán... ¡ju!... ¡todavía no me conocen aquí!

Amenazaba y gruñía de esa manera el comandante cuando llegó un oficial a informarle de un caballo muy gordo que había visto en un patio de la población.

—¿Eh?, ¡vengan cuatro números! —gritó instantáneamente. Al salir los cuatro soldados mandó al oficial que fuera con ellos a coger en requisición el caballo.

A los comerciantes que se negaron, o que no pudieron entregar la suma que se les había exigido en la reunión que se verificó esa tarde, ordenó ponerles un par de grillos.

El desorden que cometía alguno de la tropa, fuera jefe o soldado, no se corregía, y al hacerle quejas de algún robo, averiguaba quiénes eran los autores, no para imponerles castigo, sino para exigirles después, en reserva, la parte que, según él, tenían obligación de darle.

De esa manera la impunidad aumentaba las tropelías y toda clase de abusos. Aquel pueblo parecía una tierra conquistada en tiempo de los bárbaros.

Los hombres tenían que soportar en silencio por no exportar intereses y vidas, y las pobres mujeres temblando de pavor esperaban la noche para salirse a los campos.

IV

El único que desde su prisión, al saber esos escándalos, echaba ternos y vivía sermoneando, era Don Postumio.

—Ya lo habrán visto, he ahí el resultado... lo que yo decía... lo que vivo diciendo. Si todos nos hubiéramos unido para defender la buena causa, si apartándonos del egoísmo, lo hubiéramos hecho así desde un principio, no sucediera hoy lo que sucede; pero quieren que los más bobos sean los que expongan el pecho al agua... ¡Bueno!... ¡buenísimo!... Ahora a vivir intranquilos... a que los pillen... a que los ajen... a que los maten...

—Y nada importarían los sacrificios; aún los que se hacen en las revoluciones, porque sacrificios necesitan los pueblos para salvarse —añadía con acento de verdadera convicción—. Pero en revoluciones en que predomina la ambición de mando; en revoluciones que no traen otras banderas que las de los partidos personalistas, ¿habrá una sola que mejore las condiciones de un país?

Y cuando alguno de los presos le aconsejaba callarse; porque podían oírlo y comprometerse.

—¿Y qué me importa a mí? —respondía con firmeza—. A ellos mismos se lo diría yo. Esas revoluciones no hacen otra cosa que corromper las masas; causar la ruina de las poblaciones; devastar los campos; y lo peor, lo peor, presentar la oportunidad a hombres indignos para que se sobrepongan a la gente buena y honrada; luego, dando apoyo inconsciente y consiente al crimen, para que se ría de la justicia, terminan por levantar jefetones, quienes después con ínfulas de tiranos se engolfan en el mando y engolfan a los demás en una ciega obediencia. Ahí tienen ustedes a Felipe Ozán; ya es un coronel con autoridad en el pueblo, mañana querrá ser ministro, y después candidato a la Presidencia.

Algunas veces solía Felipe ir a «El Polvorín» por algún motivo del servicio. Don Postumio no podía contenerse:

—Vean ustedes —decía a sus compañeros de cárcel—. Vean ustedes de qué modo el crimen se yergue cuando se halla en el goce de la impunidad.

Y como esto lo decía a las barbas del mismo Felipe; después que este salía de «El Polvorín» se armaban acaloradas disputas; pues los presos desaprobaban esas imprudencias de Don Postumio y hablaban de que él los iba a comprometer.

—¡Comprometer! —replicaba entonces lleno de indignación—, por tanta cobardía es que está el país como está.

A estas palabras todos le caían a nuestro terco protagonista haciéndole nuevas objeciones, y al hablarle de que nadie estaba loco para exponer su vida, les contestaba:

—Eso es, eso es... el espíritu de la propia conservación, y dejar por la propia conservación que todo se lo lleve el diablo. ¡Ah! ¡cuánto daño hace a los pueblos la propia conservación!...

Y Don Postumio, sin embargo de su sangre fría, se irritaba en estas consideraciones, y aunque muy repetidor, decía a veces algunas verdades.

Con el asunto ese de la impunidad de Felipe dio y redió *espíritu de conservación*, hasta más no poder. Dijo que la propia conservación era innoble, egoísta, cruel, inhumana, contraria al heroísmo y a todas las acciones grandes; que a ser por ella todavía el mundo estaría sumido en la barbarie; que ella era una de las tantas rémoras que impedían el progreso de los pueblos; que cubriéndose con el antifaz de falsas virtudes, era la enemiga más perjudicial que tenía la libertad, el civismo, la moral, la caridad y todas las virtudes. En fin, cuando veía a Felipe, se ponía a desbarrar. Él no se conformaba con que el pueblo en masa no se levantara pidiendo justicia. ¡Cómo! en ¿Baní, en Baní, haber pasado un hecho tan horroroso, y todos callaban en presencia de semejante impunidad? ¿Acaso un crimen igual tenía que ver con la política? ¿Qué se habrán hecho los nobles y humanitarios sentimientos de los banilejos?... Y esas eran las simplezas de Don Postumio: en su manía de discutirse todo, se olvidaba al hacer esas reflexiones de que

en circunstancias tan comprometidas, y con gente como la que había invadido a Baní, los que pudieran pedir esa justicia no lo hacían, por ese mismo instinto de la propia conservación. Así fue que hasta la misma familia del muerto se conformó con llorarlo y maldecir desde el rincón de su hogar.

V

Hallándose en esa disposición el ánimo del maestro de Antoñita, a los dos días de cárcel, precisamente a la hora en que él y otros presos comían, teniendo que poner los platos sobre una silla, porque no les habían permitido llevar mesa, y porque era muy reducido aquel espacio, se oyeron del lado afuera los aplausos y las risas con que algunos celebraban a Felipe Ozán, que refería el caso de su huida.

A nuestro hombre le subió la bilis; sin poderse contener tiró los cubiertos, y por correr a la ventana de rejas que hay en «El Polvorín», tumbó los platos de la comida, y gritando a voz en cuello les dijo:

—¡Cobardes!, ¡cobardes! ¡No tienen vergüenza!... ¡aplaudir el crimen! ¡ustedes merecen la muerte!

Felipe Ozán lo oyó sin contestar una palabra, y con los individuos que lo aplaudían, se dirigió a la Comandancia de Armas; hablaron él y el general Pío.

Media hora después del noble y digno arrebató de los sentimientos de Don Postumio, recibía de sus compañeros la mortificación de durísimas reprobaciones, por encontrarse él y todos ellos con un par de grillos.



CAPÍTULO VI

En casa de Candelaria Ozán

I

La tía de Felipe, obedeciendo a sus instintos de venganza, y ya sin miramientos de ninguna clase, había entablado relaciones de amistad con Baúl, Solito y otros de estos fascinerosos, que infundían el terror por donde quiera que asentaban las huellas de sus soletas. Excusamos la descripción de esos hombres en la parte moral; porque fueron bien conocidos en el país y porque los capitanes de bandoleros solo se diferencian en las exterioridades. En el fondo, o mejor dicho, en los hechos, todos se parecen, con la excepción del célebre Luigi Vampa, o de algún otro como nuestro tradicional Agustín Recio, tan injustamente calumniado, de quienes se puede decir que son nobles y grandes, aunque el destino o la fatalidad los obligue a estar en ese oficio.

Algunos días se habían pasado, en medio de las zozobras y angustias ya referidas, y aún no había podido el Gobierno destacar tropas para contener la Revolución por esta línea: toda su atención estaba fija en el Cibao.

El Cibao en ese entonces ejercía la preponderancia, y los gobiernos no podían mantenerse en pie cuando Santiago y Puerto Plata, principalmente, desconocían su autoridad.

Sin embargo en esta ocasión los revolucionarios del Norte no fueron tan afortunados como los del Sur. En casi todos los pueblos de aquella importante extensión de la República se había verificado la reacción y el orden estaba restablecido.

En ese intervalo, se puede decir, especie de tregua, o sea suspensión de armas, ocurrió entre otros, un hecho horroroso.

La trama de ese crimen fue urdida en casa de Candelaria Ozán.

II

Serían las dos de la tarde de uno de aquellos luctuosos días para el pueblo de Baní, cuando se hallaban sentados a la mesa, en el comedor de la tía de Felipe, Solito y Musié. Devoraban con apetito de glotones un succulento sancocho que ella les había hecho preparar.

Candelaria había cerrado la puerta de la calle. A pesar de todo temía que vieran a esa gente en su casa, ¡y tan obsequiados!

El comedor, como casi todos los de Baní (particularmente en aquella época) estaba al extremo de la sala, formado por la división de un medio tablado, especie de antepecho con su entrada al centro, que allí llaman pasamano. Candelaria, con los codos apoyados en dicho pasamano, veía comer a sus huéspedes.

Después que les dio las últimas explicaciones sobre Don Antonio y las señales del lugar en donde se hallaba el bohío que debían asaltar esa noche en *La Montería*, terminó diciéndoles:

—Les suplico que a mí no me mienten para nada en el asunto, ni menos con mi sobrino Felipe; pues él es un hombre muy delicado y estoy segura que sería el primero en defender a Don Antonio y al joven de Santo Domingo.

—Pierda *cuidao*, *comay*, nosotros *semos* hombres muy preveníos, y nadie sabrá nada; pero lo que es a ese *sinvergüenzo*

de Don Antonio se lo entregamos *desplumao* –contestó Baúl con su honda y tosca voz, y levantándose repentinamente de la silla, desenvainó el *collin* que acostumbraba llevar a la cintura, añadiendo:

—Mire, comay, cuando yo le haga así...

Candelaria lanzó un grito de espanto, al sentir el frío del acero, pues Baúl, al tiempo de pronunciar esas palabras, con un rápido movimiento de cuerpo y brazo, le había pasado el lomo del cuchillo por la garganta; y con su brusco movimiento volcó la sopera que contenía el original del sancocho, quedando el mantel en miserable estado.

Solito regañó a su compañero y tranquilizó a la Ozán que temblaba de pies a cabeza. Baúl lo echó todo a juego, y Musié, bebiendo caldo al borde de su plato, acabó por reírse mucho de aquella ocurrencia.

Candelaria, al fin, se repuso del susto; pero juzgó prudente retirarse de allí.

Musié vaciaba por tercera vez en el vaso que le habían puesto, como cuatro dedos de ron de la botella que estaba sobre la mesa, y Solito sin reparar que Candelaria se había ido, encogiendo los hombros al ver el trago, agregó:

—Lo que es al *santominguero* se lo traemos amarrado como un andullo.

Baúl llamaba a Musié tragón; pero él a su vez se echaba medio vaso del mismo líquido.

—¡Diablo! –exclamó Solito, que tenía por costumbre acen-
tuar mucho esa interjección– me quedo a secas; y dirigiéndose a una sirvienta que había dejado en el comedor Candelaria, interrogó:

—¿Muchacha, aquí no hay más romo? ¡Diablo!, anda, trae otra botella.

La muchacha cogió la botella ya vacía y a poco rato la volvió a traer llena.

Después vino con una fuente humeante de locrio de puerco que mandaba Candelaria.

Entre tanto Musié recogía con la cuchara el caldo espeso, que aún formaba pozos en el mantel, y se lo bebía.

Baúl, que cortaba un pedazo de carne, valiéndose de los dedos, y del grueso y largo *collin* que ya hemos visto, reconvenía a Musié llamándole puerco y diciéndole que por eso no lo convidaría más nunca a comer en ninguna casa decente; que el Musié no podía negar que era un *rayano* de las líneas de Haití, hombre sin principio de gente y otras cosas por el estilo.

Musié, que le tenía respeto, y quién sabe si miedo, guardó silencio, acabando de raspar con el cuchillo el mantel manchado. Luego cogió la fuente del locrio y se sirvió su plato formando de una manera artística, aunque grosera, una especie de pirámide que tenía por base algunos pedazos de carne y otros de plátanos.

Baúl soltó dos o tres interjecciones insolentes volviendo a regañarlo.

III

Pasóse un rato en que solo interrumpía el silencio el ruido de las mandíbulas y las tragaderas de estos tres fascinerosos Heliogábalos.

Musié volvió a servirse ron, y Baúl y Solito lo imitaron.

—¡Diablo! ¡qué trago tan bueno! —exclamó este último; y saboreando el bocado de carne que se echó tras el trago, repuso—: Este sí que no es el *tafiá* de las *enanitas* de *Allá-Abajo*.

Aludía a los pueblos fronterizos; y ponderando el ron, expresó la necesidad de conseguir algunos galones para mandarlos a su casa.

Baúl aprobaba el plan, al tiempo que Musié, limpiándose con el dorso de la mano la manteca que chorreaba de sus amoratados y gruesos labios emporcando su ripiosa pera, les dijo:

—Yo tengo escondidas cuatro *damesanas*.

—Tú, ¡ah! diablo, ¿a quién se las pillaste? —preguntó Solito, cimbreando el cuerpo de un lado y otro.

—¿A quién...? La mañana que rompimos la puerta de ese *cacó* de Don Antonio, nos las llevamos Llinito y yo.

—Pues entonces me darás una.

—Y a mí dos —añadió Baúl.

—No puedo.

—¿Que no puedes, puerco?

Y Baúl se levantó de la silla encarándosele al hacer esa pregunta.

—Digo que no puedo, y no puedo, porque el general Pío nos quitó dos.

—Mi compadre Pío todo lo quiere para él —murmuró Solito.

—Sí, compay Solito, es verdad, pero como se sabe que Don Antonio y ese *santominguero* (se refería a Enrique), son enemigos de la causa, le comunicaremos nuestro *proyecto* —interrumpió Baúl, ya sentado y echando ron en el vaso.

—No, no, diablo, yo no estoy por trabajar para nadie —respondió el interpelado acentuando más que nunca su vocesita afeminada, y moviendo ligeramente la cabeza y los ojos a uno y otro lado, cualidad que le era peculiar, como la es a todos aquellos que acechan y que se creen acechados.

Baúl entonces propuso que no debían hablar a los muchachos (así llamaban ellos a sus subalternos) del dinero de Don Antonio, y que solamente se convidaran para esa expedición, a *Llinito*, *Sindo*, *Estrella*, *Ventana*, *Mandé*, la *Guinea*, y la *Chiva*.

Todos ellos, desde que se conocían, como sucede entre la gente de ese pelaje, se bautizaban con alguno de esos motes.

IV

Mientras Solito y Baúl se ponían de acuerdo en el plan que debían seguir para llevar a cabo esa misma noche el asalto que iban a dar a Don Antonio, Musié se guardaba en la faltriquera

de su chamarra un jarrito de hojalata, que acababa de poner sobre la mesa la criada de Candelaria.

—¡Eh!... ¡deja eso... suéltalo! Siento haber *traído* aquí a ese *malonete*—refunfuñó Baúl, dirigiéndose a Solito.

Musié obedeció el mandato, pero Solito no encontró que aquello tuviera importancia alguna para que su compadre se incomodara, y pensó en apropiarse el jarro antes de que salieran de allí.

La criada trajo el café. Musié, que ya estaba borracho, se reía mucho porque a Baúl se le zafó la taza e hizo otro charco en el mantel. En esta vez Baúl no le prestó atención.

Solito, levantándose de la silla para alzarse los pantalones que por lo regular se le bajaban, dijo:

—Tenemos que avisar a los *muchachos*.

—Esos *muchachos*, si no se lo advierten temprano, se van a *marotía*—interrumpió Musié arrastrando mucho la lengua, y cantando la última palabra.

Solito cogía su rifle, y alzándose otra vez el pantalón con esa viveza de su carácter, los invitaba a despedirse de Candelaria. En ese instante pensó en el jarrito de hojalata; pero casualmente Baúl, que se había levantado también de la silla, lo colgaba del cinto de cuero de donde pendían el gran cuchillo y además los dos revólveres que siempre llevaba a la cintura.

—¡A hombre ladrón!—pensó Solito para sí, al ver fracasado su inocente plan.

Candelaria y su sobrino acababan de entrar.

—¿Les gustó el sancocho?—preguntó ella dirigiéndose a sus convidados, y pasando de una vez a la sala.

Solito, que era entre todos sus compañeros el que tenía mejores modales, hizo uso de la palabra para responder y darle las gracias.

Felipe, aunque ellos le dirigían conversación, fue muy parco, en el hablar. A la verdad, él no aprobó a su tía esas confianzas dadas a sus nuevos amigos, y mucho menos al ver los tropezones que daba Musié con las sillas y mecedoras. A quien

él hubiera deseado obsequiar en su casa era a su protector y jefe el general Pío.

Baúl, al fin, echándose la carabina por la espalda, se acercó a Candelaria y a Felipe, y extendiéndoles su gruesa manaza se despidió de ellos. Lo mismo hizo Solito.

V

Entre tanto Musié había vuelto al corredor y después de haberse bebido el último ron que quedaba en la botella, empujó la puerta que daba al aposento contiguo y que era el de Candelaria. Dando tumbos atinó a sujetarse de uno de los pilares de la cama de caoba, de estilo antiguo, que allí había. Por todo adorno tenía los colchones cubiertos con frazada blanca y un pabellón de lino.

El aposento era espacioso, y entre otras cosas se veían algunos cromos sin marcos, pegados al seto, un armario de pino pintarrajado y un San Antonio de bulto entre un nicho que estaba adornado con cortinitas coloradas.

Musié, afirmándose en su bamboleo, pasó revista con los ojos a los objetos, y al llegar al armario pensó en registrarlo para ver si hallaba dinero en él. Los cromos le parecieron muy bonitos, y en cuanto al San Antonio, de una vez formó la idea de mandárselo a su querida, que vivía en un campo de Neiba. Pero no pudiendo dar paso, resolvió dejar para después la realización de esos pensamientos. Dio una media vuelta y se acostó en la cama. Chocó al recostar la cabeza en las almohadas con la moña que usaba Candelaria en los días de tabla, y por ese instinto que tenía de recoger todo lo que hallaba, atinó a guardarla en la faltriquera de la chamarra.

VI

Ya Baúl y Solito se habían despedido, sin echar de menos a Musié.

Candelaria, queriendo evitar la ocasión de que el sobrino la volviera a reconvenir, y temerosa temblando que descubriera la trama de que ella acababa de ser autora, no esperó tiempo para retirarse de la sala al patio; pero Felipe, que estaba impaciente, la siguió, y al pasar por el corredor, señalando el mantel sucio y el desorden en que todavía estaba la mesa, le llamó la atención diciendo:

—Mira, ahí tienes lo que es esa gente.

La tía hizo, por toda respuesta, un movimiento con los hombros, y luego los defendió, y trató de probarle que en la política no había esos escrúpulos, y que para alcanzar altos puestos era necesario valerse de todos los medios; que nadie después tomaría cuenta de las acciones, ni se acordaría de que Solito, Baúl y Musié habían sido obsequiados en su casa; que además, esos señores no eran tan despreciables, y que por otra parte nadie los había visto allí ni menos comiendo. Y como Felipe siguiera argumentándole, acabó por llamarle tonto, y, últimamente, acalorándose ambos en la discusión, se echaron los trapos a la cara, sufriendo Candelaria, por primera vez, la desconsideración del sobrino.

No se había calmado la amarga impresión en el ánimo de la tía, cuando apareció la criada, pálida y llena de susto, diciendo:

—*Siña* Candelaria, ese hombre prieto que estaba borracho se ha dormido en su cama.

Felipe, que zafaba la aldaba de la puerta del cercado para irse, volvió sobre sus pasos preguntando:

—¿Cómo?... ¿qué hombre?

Candelaria se quedó en una pieza.

Todos corrieron para adentro de la casa ¡Qué asombro cuando dieron con Musié, tendido cuan largo era en la cama de Candelaria! Se había dormido en efecto y roncaba como un animal.

Felipe, al verlo, se intimidó un poco. Musié tenía un revólver y un cuchillo en la cintura.

En aquel instante Candelaria no se atrevió a resistir la mirada llena de reprobación que le lanzó el sobrino.

—¡Llamemos gente! —gritó la criada yendo para la puerta de la calle.

El émulo de Baúl y Solito se movió dando un resoplido. Felipe al fin se acercó a la cama y lo haló con toda su fuerza por los pies.

Musié, despertando, tiró un manotazo y le dio a Candelaria en un ojo; luego se puso en pie y con el cuchillo desenvainado repartía golpes a diestro y siniestro hasta quedarse dueño absoluto del campo.

A los gritos de la criada la gente acudía. Bien pronto aquello era un maremágnum; la gritería y el escándalo invadieron la casa. Costó que viniera el general Pío con la guardia para poner coto al desorden y llevarse a Musié.

A Candelaria se le hinchó el ojo de una manera extraordinaria, y sufrió horrorosamente la vergüenza del lance. Ella misma se comprendió castigada; pero, a pesar de todo, no trató de impedir el crimen que se iba a cometer.



CAPÍTULO VII

Engracia y los talegos

I



Si embargo de que Herminia, la joven a quien leímos los originales de esta historia como lo recordarán los lectores, nos advirtió que aún más se podía decir con respecto a la tía Ozán, nosotros no hemos querido, en la trama que esta urdiera con Baúl y Solito para el asesinato de Don Antonio, dar crédito a lo que algunos banelejos aseguran, referente a que ella intentó también contra Engracia, la más horrible de las maldades, insinuando que la llevaran presa a Azua, y otra cosa que por decoro no decimos.

Como Candelaria existe aún, más vieja que debiera estarlo, aunque lejos de Baní, si alguna vez llegare a sus manos este libro, le suplicamos que no sea a nosotros, ni a Herminia, digna señora que vive entregada a su esposo y a los deberes de su hogar, a quienes maldiga por haber referido este fatal episodio. Por disfrazado que aparezca, ella tendrá que reconocerse; y el que relata hechos, no puede prescindir de que la verdad sea amarga, no es culpa nuestra: ella es la verdad...

II

Era la media noche. El cierzo se sentía en todo su frescor. Estaba sereno el cielo. La luna en medio del firmamento alumbraba melancólica las colinas y los llanos del hermoso valle. Algunas veces ocultaba su claro disco ese montón de nubes blancas, que se precipitan, las unas tras las otras, como si quisieran alcanzarla en su aparente carrera, aglomerándose, tupiéndose y volviéndose a deshacer en pedazos de humo, que se despliegan para confundirse en lo alto de la atmósfera.

La brisa jugaba en la copa de los frondosos guayacanes, y movía ese ceniciento cortinaje de *guajacas* con que se adornan las *baitoas*. De vez en cuando arreciaba su soplo, meciendo, como si las abanicara, a las ramas de las flexibles lilas.

En alguna de ellas el ruiseñor, ese reicito de las armonías de las selvas, despertaba cantando (o quién sabe si dormía soñando que cantaba, y en su sueño lanzaba a los aires el gorjeo de sus melodiosos trinos). Tal vez en aquel instante laboraba el *Julián-Chiví* en su precioso nido; colgado de la penca espinosa de alguna alpagata; la difícil incubación del fruto de sus amores, o quién sabe cuántas mariposas esperaban saltando el arbol de la aurora para romper su crisálida. La naturaleza, en fin, parecía que ostentaba en medio de la calma y serenidad, sus incomprensibles prodigios. Así es ella, generosa regala sus tesoros; espontánea brinda sus perlas al arte y su luz a la ciencia; pródiga vierte por donde quiera su poesía y, satisfecha siempre, como quien tiene conciencia de lo que eternamente está haciendo, sigue indiferente sus leyes inmutables sin ocuparse en las cosas de los hombres ni en las del mundo.

¿Será por eso que la hayan confundido con Dios?...

III

A esa hora un grupo de hombres armados iba subiendo al llano de *La Montería*. Esa pintoresca colina, recostada al pie de dos lomas y bañada por las aguas del Güera, está al noroeste de la población, y aunque apenas dista cuatro millas, tal vez sea la más escondida que tenga el valle. En ningún tiempo la planta de intrusos invasores había hollado la verdura de su suelo. En las diferentes guerras fue antiguo refugio de las familias banilejas, y fue también, allá en los principios del siglo, el lugar en donde aquella fervorosa devota, tan querida de su pueblo, y a quien llamaban Francisca la Francisquera escondió para librarla del pillaje, la preciosa imagen de la Virgen de Regla. Y he ahí de donde nace tal vez ese nombre de la *cañada de Nuestra Señora*, que han dado en Baní a la que se encuentra entre los cerros del *Cañafístula*; y he ahí también por qué la tradición ha conservado, de alguna décima escrita en aquel entonces, aquellos últimos tres versos, que muy pocos han conocido:

*Y a las villas del Güera
salvó su Virgen de Regla
Francisca la Francisquera.*

Y a propósito hemos subrayado el *su* en el verso porque sabida está la historia de la adquisición de esa linda efigie. No fue ella aparecida en las *cabritas* del *Paso de los Hierros*, como cuenta una falsa tradición del vulgo, ni robada en la isla de Cuba como cuenta otra. En tiempos de Don Juan Sánchez Ramírez, trajeron de España a Santo Domingo algunas imágenes, y entre ellas la de Nuestra Señora de Regla. Francisca la Francisquera se hallaba en la capital, y a fuerza de empeños, y sacrificando las riquísimas alhajas que poesía, consiguió que el Cabildo se la cediera; y llevándola a Baní hizo que el pueblo la adoptara como patrona. Tampoco es verdad, como creen algunos, que allí haya sido donde se adulterase el origen y la historia de ese

culto, que es el mismo que la Iglesia celebra con el nombre de la *Presentación*, y que establecido en España por el cardenal Jiménez de Cisneros y prescrito por el papa Sixto V, data solamente desde el siglo XVI. Esos versos aprócrifos que se cantan en el novenario de su fiesta, llamando la negra africana, y atribuyéndole su aparición en la guerra de los españoles contra los moros, no fue la Francisquera quien los llevó a Baní.

IV

Ya el grupo de los hombres a que hicimos referencia había llegado a la pequeña meseta en donde están los pocos fundos de *La Montería*, y detenidos en una ceja de monte, se hallaban en la expectativa, mientras dos de ellos se aproximaban con mucho sigilo a un bohío que les quedaba de frente. Por las rendijas del bohío reflejaba la luz de una lámpara.

De los dos hombres, el uno, alto, grueso, ordinario, cabezón, con su cara grande, su frente aplastada, su nariz ñata, su boca descomunal, y con sus anchos pies envueltos en soletas de cuero, era Baúl; el otro, de baja estatura, fornido, con sus anchos hombros, su color indio, su pelo negro y abundante, sus ojos inquietos y medio brotados de las cuencas, era Solito. Ambos vestían enlodados pantalones y chamarras de dril azul ciñendo a sus cinturones de suela deformes cuchillos y revólveres. Llevaba cada cual un Remington, unas veces al hombro, y otras en la mano. Se acercaron al tablado del bohío con la cautela del que no quiere ser descubierto, y allí, vieron por las rendijas a una joven que estaba sentada junto a una mesa rústica, escribiendo con lápiz en un papel blanco. Sobre la mesa, además de una lámpara de gas, había un gran tarro con una linda mata de heliotropo.

—Aquí no es posible que sea —murmuró el más pequeño de los dos hombres al oído del otro, quien había tenido que agacharse para observar mejor.

—Ni tampoco me tiene este *bujío* cara de ser de gente rica —contestó el más alto apartándose algunos pasos.

—Vamos, compay Baúl aquí no es; que vayan *Sindo y Mandé* al otro lado del arroyo para ver si dan con las señas del corral y las matas.

Baúl y Solito se dirigieron al grupo de sus compañeros.

Al buscar el bohío de Don Antonio, ellos lo equivocaron en efecto, con este otro, a causa de ser parecidas las señales que les había dado Candelaria, como es fácil que algunos de nuestros lectores de Baní, equivoquen la antigua heredad a que aludimos con los fundos que hoy pertenecen a la familia Castillo.

Aquellas señas eran: un corral de cabras, otro de reses, tres matas de *baitoa* y dos de guayacán, que estaban al frente del bohío.

Engracia, que era la mujer que escribía junto a la mesa, sintió los pasos de Baúl y Solito y corrió a ver poniendo los ojos en las mismas rendijas que ellos acababan de desocupar.

Un temblor frío invadió todo su cuerpo cuando al resplandor de la luna los reconoció. Ella no los había visto nunca, pero por la pintura que de ellos le habían hecho, no le quedó duda de su identidad.

Estos hombres se hicieron tan célebres, a causa de sus maldades, que no había quien no tuviera la descripción de sus retratos.

Llena de terror nuestra heroína se comprimía el pecho con las manos, queriendo en aquel instante contener la respiración para no ser oída. Sin perder tiempo corrió al aposento:

—Dolores, Isabel, mamá —murmuró su labio tembloroso despertando a las hermanas, a la madre y a la tía. Espantosa fue la impresión que recibieron todas al enterarse de lo que ocurría.

Cuando volvió Engracia a mirar por las rendijas ya el grupo de los forajidos se retiraba tomando la dirección hacia el fundo de Don Antonio.

—Dios mío, seguro van a robar a Don Antonio —dijo Engracia toda emocionada y, sin darse cuenta, cayó de rodillas

exclamando—: Gracias te doy, Virgen de Regla, ¡gracias te doy!... ¡Enrique se ha salvado!

Esta repentina y vehemente exclamación de nuestra protagonista, salida de su alma en aquel instante de angustioso conflicto para todas, era la voz del arrepentimiento que demandaba perdón; pues Engracia desde que supo, al día siguiente de hallarse en *La Montería*, que Enrique se había quedado escondido en el pueblo, inconforme, y a veces desesperada, renegaba de su suerte, y a pesar de la dulzura de su carácter, inculpaba a Don Antonio, haciéndole reproches; porque Enrique, según ella, en situación tan peligrosa, debía estar en donde él estuviera.

Las otras tres mujeres sobrecogidas de espanto, y echándose los vestidos, salían del aposento a la sala, queriendo una vez huir del bohío para irse al monte. Una de las hermanas dominadas por ese pensamiento llegó a abrir la puerta.

—No seas loca —balbuceó la tía Francisca temblando de pies a cabeza.

La madre de Engracia, rezando de miedo padrenuestros y avemarías, arrastraba los baúles y recogía trastos, haciendo líos de ropa.

Momentos después, a una corta distancia, se oyeron ladrar perros; todas se figuraron que los hombres volvían.

—¿Y dejaremos que nos maten? Huyamos —dijo Dolores abriendo la puerta.

Isabel y la tía Francisca salieron cada cual con uno de los líos que había hecho la madre. Engracia las siguió con su mata de heliotropo. ¡Pues qué! ¿acaso merecía otra cosa salvarse antes? Ese heliotropo llegó a ser para ella la prenda más estimada; lo cuidaba con el esmero y el cariño con que se cuida un ser querido. Llegó a tenerle más predilección que al gatito negro de su infancia. En la ausencia de Enrique, y después, en todas las tristezas y sufrimientos que ella había pasado, las flores de ese arbolito habían sido su único consuelo. Por eso no quiso dejarlo en el pueblo la noche que salieron, y prefirió

echarse el tarro al hombro, mortificándose al sentir su peso por aquellos caminos enlodados; y llevándolo, como si en él se encerrara algo sagrado, con aquella religiosidad con que las vírgenes antiguas, cuando acosadas de sus hogares por enemigas invasiones, cargaban sus dioses penates. Ella creyó que huyendo sin él dejaba parte de su amor. Y en efecto, en sus alegrías, como en sus angustias, siempre al escribir a Enrique puso dentro de la carta algún ramito de ese heliotropo, como el mejor testimonio de la fe de su cariño.

V

Entre tanto los perros seguían ladrando en dirección al fundo de Don Antonio.

—Pobre hombre, lo matan —dijo la tía Francisca muy compadecida.

—¿Y será posible que nosotros no le avisemos —repuso Engracia con ansiedad.

—¡Vengan, señores, ayúdenme! —gritó la madre sacando fuera uno de los baúles. Las hijas acudieron, y aunque se estorbaban las unas a las otras, a causa del miedo que las dominaba, con una rapidez increíble, llevaron al monte casi todos los trastos que quedaban en el bohío.

De repente la luna se oscureció, al mismo que se oyeron las detonaciones de tres disparos de Remington, y algunos tiros de revólver.

—¡Dios mío! ¡sálvalo! —exclamó Engrada, cayendo de rodillas junto al tarro del heliotropo. Las demás, sin articular palabras, se estremecieron de horror.

Después de las detonaciones el viento traía el eco aterrador de la gritería.

Pasado ese primer momento, asaltó a nuestra heroína el recuerdo de Enrique, y tras él sintió en lo más profundo del alma, la injusticia que había cometido al acusar a Don Antonio

por haber dejado a su amante en el pueblo. Como relámpagos le cruzaron esos pensamientos, y levantándose de improviso, gritó diciendo:

—¡Yo quiero pagarle! ¡yo quiero pagarle! Vamos, vamos, aún podemos darle auxilio. —Y al ver que nadie le contestaba, en su desesperación, acometida de esa repentina idea, se apartó de allí, emprendiendo la carrera de una loca. Se dirigía al fundo de Don Antonio. La madre, la tía y las hermanas siguieron tras ella, dándole voces para contenerla; pero estos esfuerzos fueron inútiles. Un espíritu sobrenatural le daba aliento y encendía su valor. No parece sino que algún secreto destino la impulsaba en su carrera. Al fin llegó, jadeando de cansancio, y ya cuando apenas alcanzaba respiración.

La pandilla de los asaltadores acaba de salir llevándose cuanto habían encontrado en la casa. Don Antonio, que había sostenido una lucha heroica, disparando sobre ellos dos o tres veces su revólver, al herir a *Llinito* por un brazo y rasguñar otra bala a *Sindo*, fue acometido de una manera horrible; recibiendo heridas y golpes por todas partes; las últimas puñaladas se las había dado Baúl.

Cuando Engracia entró a la sala lo halló tendido en el suelo, comprimiéndose con las manos los chorros de sangre que vertía de las heridas del pecho.

—Graciadita... Dios te ha traído... oye —dijo Don Antonio al verla; y haciendo un esfuerzo, como si sus manos fueran de hierro, seguía apretándose el pecho.

—Tengo en Santo Domingo dos hijas... creo son mías... el otro... no... mi mujer cayó en adulterio... yo he tenido que callarme... ¿sabes? —se contrajo en este instante todo su rostro, y, después de una pausa, recogiendo la respiración en cada palabra, continuó—: Mi dinero está en talegos... en *La Costa*... nadie lo sabe... debajo... del tamarindo... sácalo. Para la adúltera, nada; para el hijo postizo... nada... Dale a mi hija del Maniel, y a mis hijas... tú... tú..., —y aquí hizo un supremo esfuerzo para

continuar hablando; pero a borbotones le vino la sangre a la boca y quedó muerto.

En este momento entraron las otras mujeres, acompañadas de dos de los peones de Don Antonio, que esa noche dormían en la misma casa, y que se escaparon milagrosamente.

Engracia había quedado inmóvil, confusa, aterrorizada, junto al cadáver.

Para una naturaleza delicada y sensible, como la de ella, eran demasiado esas impresiones. Y después de todo, tímida como era, el pensar en los secretos que acababa de confiarle Don Antonio le parecía tener encima un peso insoportable, y una responsabilidad inmensamente grande: los talegos le ponían delante peligros y compromisos inevitables.



CAPÍTULO VIII
Cosas de aquí... y de allá
(*Cuique suum*)

I

En Baní, solamente Candelaria y los cabecillas de la revolución tuvieron noticias del horrible suceso que se ha referido. El pánico no daba tiempo a la gente a pensar en otra cosa sino en la manera de salvarse.

Los mismos que, por consecuencia de partidatismo, deseaban la caída del Gobierno se encontraban sin garantías, teniendo que ocultar sus intereses para evitar que los pillaran. Si alguno que otro oficial, o jefe subalterno, de las tropas invasoras, llevado de ideas más humanas, trataba de impedir aquellos robos y tropelías, bien pronto se veía amenazado y expuesto a que lo atropellaran también. Era tan comprometida la situación que hasta el mismo jefe superior del movimiento se veía obligado a pasar por alto todos los desmanes que se cometían.

—Para hombres de conciencia y que se tengan por honrados, ¡cuán triste no será el desempeño de ese papel! —dijo Herminia interrumpiéndonos en la lectura, cuando llegamos a esta parte de los originales.

—Es verdad —le contestamos nosotros—. Y ¿quién puede, a pesar de esas débiles justificaciones, atenuar la responsabilidad de los hechos?

—Estoy pensando también —añadió ella— cuántos comentarios y cuántas discusiones traerá esta obra en Baní, cuando lean el relato que se ha hecho de la muerte de Don Antonio, y ¡cómo van a confundir los talegos que dejó a Engracia con el dinero enterrado, que todavía se está buscando, de algún otro banilejo!

Y en efecto, Herminia tenía razón, pues al variar el otro capítulo, no hicimos referencia de los conceptos de Leopoldo sobre el dinero, ni copiamos las citas que, para comprobar el asesinato de Don Antonio, hace de otros crímenes cometidos por Baúl, Solito y sus compañeros en las comarcas del Sur.

En los originales cuenta el asalto que en el pueblecito del Rincón, dieron al general Andrés Ogando, causando la muerte de este y de otros. Refiere la infame emboscada puesta para matar al valiente general Nolberto Medina. Menciona el horroroso martirio del pacífico y honrado habitante de La Descubierta, Jesús del Cristo, a quien dormido degollaron en el mismo aposento en que dormían su esposa e hijos, para robar el dinero del general John Lynch, un haitiano oriundo de ingleses y de sentimientos dominicanos, a quien esa misma noche dieron un balazo en las sienes matando también a todos los que allí estaban, entre ellos al bueno y patriota general Lorenzo Acosta.

Pero, en esas depredaciones y asesinatos, como en otros, hay quienes quieran justificar el crimen; porque en el campo de la guerra —dicen— esos asaltos a más de permitidos, son legítimos, y pasan como golpes de estrategia.

¡Qué horror! ¡Jamás admitiremos esa doctrina, que alienta al hermano para que villanamente vaya a sacrificar al hermano! Y más cuando puede suceder que la Patria esté de parte de la víctima.

¿Qué dirán los que así quieren atenuar esos hechos, si recuerdan la perversidad de esos mismos hombres, cuando en plena paz, una noche, sorprendieron en su casa al general Luis Navarro, y llevándoselo a un monte descuartizaron su

cuerpo, haciéndole sufrir un martirio espantoso? Y antes de eso, ¿qué tenían que ver con la política ni con la guerra, aquellos asaltos continuos dados a las familias en los campos de San Juan, Neiba, Las Matas y Bánica, en los cuales se cometían actos tan horribles como el de cortarles los dedos y las orejas a las mujeres, sin respetar edad, para quitarles los anillos y los aretes de oro que por su mal usaban?

Pero dejemos esas referencias para reanudar la ilación.

II

Algunos días después de la muerte de Don Antonio, las tropas del Gobierno ocuparon a Baní. La revolución, sin embargo de que ya había ganado mucho terreno, se vio obligada a reconcentrarse en Azua. Momentos antes de abandonar el pueblo, el jefe de ella ordenó a Felipe Ozán que pusiera en libertad a Don Postumio, y este, tan pronto se vio fuera de la cárcel se valió de sus medios y evitó que se llevaran para Azua a los otros presos.

Orgulloso y satisfecho de su proceder en pocas horas, reunió gente y organizando una guardia en la Comandancia de Armas, esperó la entrada de las tropas amigas, recibíéndolas con el grito entusiasta de ¡Viva el gobierno legítimo de la República!

Después de haber contribuido con sus consejos y disposiciones al acuartelamiento de ellas, pasó a su casa; comió a la carrera, y luego fue a hacer una visita al general en jefe. Allí se vio con los amigos y conocidos que habían venido formando parte del Estado Mayor. No estuvo muy bien hallado, que digamos, nuestro hombre en esa visita.

—¿Qué significan esa frialdad, y esas reticencias, y esas miradas sospechosas de los unos a los otros? Y, al referir lo que me ha pasado, ¿qué me quiso decir el general con aquellas bruscas interrupciones de: «Ya lo sabemos todo... Sí, sí, lo

sabemos todo», y al fin levantándose de la silla: «No se moleste usted, no se moleste usted?».

Esas y otras preguntas se hacía Don Postumio lleno de confusiones, cuando después de haberse despedido de esos señores, dirigía sus pasos otra vez a la Comandancia de Armas.

Entretanto, en casa de la Ozán se comía y se bebía como si efectivamente hubiera una fiesta. ¡Qué demonio de mujer! No se había dormido en las pajas. Antes de que las tropas entraran al pueblo había escrito a uno de los oficiales que gozaba de más influencias, porque era pariente muy cercano del ministro de la Guerra, y con quien ella de viejo tenía sus amistades. En la carta que le escribió lo invitaba a desmontarse en su casa; y le ofrecía además declararle muchas cosas de importancia para el Gobierno. Casualmente este amigo de Candelaria era de esos políticos que se creen dueños de las situaciones que otros han formado; y que llenos de intransigencias en los triunfos, pretenden que no se les den garantías, sino a los individuos que ellos, por algún motivo interesado, desean proteger.

Cuando a este señor le entregaron la carta a que nos referimos se encontraban las tropas vivaqueando en Pizarrete, una sección de Baní, que está a las orillas del Nizao.

—Aquí tienen ustedes la prueba, el Don Postumio está compuesto con el cabecilla de la revolución —dijo después de haberla leído mostrándola al general en jefe y a otros de los oficiales.

Cada cual pensó del pobre Don Postumio lo que quiso; y al hablarse de los individuos, a quienes era necesario prender, tanto en Baní como en Azua, el pariente del ministro de la Guerra afirmó con mucha severidad:

—En esta vez no debe haber contemplaciones. Ya han abusado mucho; hay que castigar con mano fuerte para escarmentar a esos vagabundos. Y nadie debe escaparse; al ladrón como ladrón, al asesino como asesino: la justicia debe ser igual para todos.

—Sí; eso es lo que se debió hacer siempre, y lo que debe hacerse ahora —repuso uno de los oficiales que tenía muchos méritos contraídos en la causa del gobierno, y añadió—: Ahí está, ese bellaco de Felipe Ozán, sobrino de esa misma Candelaria, con quien es necesario hacer un ejemplar.

—No, no, mi amigo, a ese hay que respetarlo, entiéndalo usted. Nos ha hecho favores a mi familia y a mí, que no se olvidan nunca —interrumpió el pariente del ministro.

—¡Ajá! —pues yo le debo también favores al general Pío, y no permitiré que se le toque —repuso el oficial.

—¡Al general Pío! ¿a ese arbitrario, vagabundo, que pudo salir garante por mi hermano, en la revolución del año pasado, para evitarle la cárcel, y se negó rotundamente? ¡No hombre!

Y el intransigente amigo de los Ozán rechazó, con ese personalísimo argumento, la idea de su contrincante; otros terciaron en la discusión, y hubo quien trajera a relucir la ley del embudo; pero el pariente del ministro se mantuvo en la injusta pretensión de que solo sus protectores debían exceptuarse.

III

La tía de Felipe estaba lo más satisfecha; sus planes no podían ir mejor. ¡Cuántos de los que habían sido atropellados por los revolucionarios, al ver lo que pasaba, renegaron de la política! El pariente del ministro de la Guerra se había desmontado en su casa, con dos o tres más; ella los recibió con una mesa abastecida de viandas y licores, y con los halagos de su melosa hipocresía. Bien pronto otros oficiales y jefes la honraban con su amistad. Se diría de los hombres, que a los unos se les conquista por el estómago, y a los que no tienen hambre, por medio de la adulación.

Mientras tanto, Don Postumio, que llegaba de la visita hecha al general en jefe, se tiraba triste y pensativo en una de las sillas de la Comandancia, oyendo el alegre ruido de las risas y

las palabras que animaban la comida con que Candelaria, adu-
ladora y astuta además, obsequiaba a los nuevos huéspedes.

Las familias que se habían ido al campo volvían a sus ho-
gares. Engracia llegó de *La Montería* esa misma tarde. Antoñi-
ta no había salido del pueblo; ella supo a tiempo que Enrique
estaba escondido en casa del cura, junto con Eugenio, el otro
joven de la capital, que había sido su salvador en el peligro-
sísimo instante en que su secreto iba a ser descubierto por
Engracia, y eso le bastó para inventar excusas y pretextos, que
la sostuvieran en la casa.

Don Postumio se mantuvo en la Comandancia, hasta por la
tarde que recibió un oficio del general en jefe en que le trasmi-
tía una orden del ministro de Guerra para que se sirviera pasar
inmediatamente a Santo Domingo.

—¡Qué significa todo esto, qué significa todo esto! —exclamó
al leer el oficio, apretando nerviosamente el papel con las manos.

Quiso pedir explicaciones, pero el general en jefe le dijo
que él ignoraba la causa de esa disposición.

A nuestro hombre no le quedó otro recurso sino el de
cumplir con lo que se le ordenaba. Llegó, pues, a la capital a
los dos días de haber entrado las tropas del Gobierno a Baní.
¡Quién puede transmitir la terrible impresión que experimen-
tó cuando, al presentarse allí, le dijo el gobernador!:

—Coronel, rinda las armas, usted está preso.

—¡Yo... yo preso! —contestó Don Postumio con el acento de
la más profunda duda.

—Sí, señor, usted —afirmó el gobernador haciendo que las
entregara a los oficiales que acto continuo lo llevaron a *La
Fuerza* y lo encerraron en el cuarto de *El Indio*.

—Esto es para cualquiera volverse loco —se dijo nuestro
protagonista, después de un gran rato en que había permane-
cido silencioso y confuso, como a quien en aquel instante le
hubiera caído un rayo a los pies.

A medida que iba despejándose de aquella impresión bus-
caba y rebuscaba en su juicio la causa de tan estupendo suceso.

—Yo preso... y preso por el partido y por el gobierno que tanto he defendido... ¡ja! ¡ja! ¡ja! Parece sueño —y así repitiendo esta última idea volvía a lanzar otra carcajada. Pensó luego en escribir al ministro, y últimamente al mismo presidente de la República, al considerar que no era posible que este supiese lo que a él le estaba pasando. ¡Se hacían tantas cosas malas sin el conocimiento del presidente!— Sí, sí, yo llamaré —y acercándose a las rejas de la ventanita del calabozo— ¿Eh? ¿eh?... mira, centinela, llámame al carcelero.

—¿Qué quiere usted?... No tengo orden de escuchar a presos —contestó el centinela en tono despreciativo, volviéndole la espalda.

En vano hizo Don Postumio otras tentativas para que lo atendieran. Al fin la oscuridad de la noche invadía las sucias y húmedas paredes del embovedado cuartico de *El Indio*, cuando sintió el ruido del manajo de llaves del carcelero. —¡Ah! vamos —se dijo nuestro hombre, pensando que, aclaradas las cosas, vendrían a ponerlo en libertad. El cerrojo lanzó sus chirridos y la puerta se abrió. Don Postumio, a pesar de su conocida serenidad, no pudo evitar que la sorpresa lo hiciera palidecer. El carcelero había entrado con un par de grillos en la mano, junto con otro oficial, de esos que servían con el mismo espíritu de maldad a todas las situaciones, y a quien Don Postumio, algunos días antes de estallar la revolución, había mandado bajo partida de registro al gobernador, por haberle sorprendido con una caja de cápsulas que llevaba para Azua.

—¿Quién ha dado esa orden? —fue lo único que preguntó el pobre preso cuando le remachaban los hierros.

—El ministro de la Guerra —contestó el carcelero.

—¡Vamos! no lo sabe el presidente —murmuró Don Postumio en tono de satisfacción, añadiendo—: Ya sé de dónde viene todo esto... ¡qué mujer!... ¡y qué país!...

—¿Qué país, eh?... ¿y por qué no dice usted qué traición? —interrumpió el oficial con la mayor actitud, acabando de remacharle los grillos. Y como Don Postumio, sin perder su

calma, le preguntara qué quería decir con eso, desató la lengua prodigándole tantos insultos, al extremo que el mismo carcelero tuvo que reprenderlo.

IV

Cuando quedó solo Don Postumio en su calabozo se entregó a las meditaciones más tristes. ¡Qué decepción tan grande había recibido!

—Sin embargo —se decía él— estoy seguro que el presidente ignora todo esto, y tal vez los otros ministros lo ignoran también; porque no es posible, no lo creo, no me da la gana de creer que a mí me crean traidor... y por solo la denuncia de Candelaria Ozán. ¡Ah! ¡esto es horrible!... ¡Qué cosas las de este país!

Sería ya la media noche, cuando abrió la puerta el carcelero.

—Que salga el preso —dijo con sequedad.

Don Postumio salió casi sin poder dar paso; pues además de que los grillos le quedaban muy apretados, sentía el cansancio del viaje. Del *Cuarto del Indio* lo llevaron al *Mulato*, ayudándole a cargar su capote y las valijas que acababan de traerle. Al entrar a su nueva habitación se encontró allí con tres criminales que arrastraban cadenas. Su primera idea fue la de protestar y volverse a salir; pero vio que eso era inútil, y se conformó con tender en un rincón el capote y poner de almohada las valijas. Así pasó el resto de la noche, mortificado con el hedor de aquellos individuos y casi sin poder dormir. En la mañana del siguiente día lo trasladaron a *El Salón*. Todos los presos políticos que allí estaban, tan luego el carcelero echó el cerrojo a la puerta, fueron a saludarlo.

—Toque esos cinco —dijo uno.

—Deme un abrazo —añadió otro.

—Así era que yo lo quería ver a usted, unido a nosotros —repuso un tercero; y de ese modo rodeando nuestro protagonista, lo colmaron de parabienes asediándolo a preguntas

hasta que él, perdiendo los estribos, lleno de indignación y con acento de verdadera energía, se expresó así:

—¿Qué se han figurado ustedes? ¿Creen que yo sea un infame que haya traicionado mi partido? Pues sepan que yo soy siempre el mismo; el hombre de principios que no abandona sus filas, ni cambia su bandera, soy el enemigo acérrimo de ustedes, y del tirano personalismo de ustedes.

Todos al oír la interpelación de Don Postumio se apartaron de él, algunos en silencio, lanzándole miradas de odio, y otros con dichos irrespetuosos y burlescos.

Nada de lo que había pasado le causó tan honda impresión como aquella escena. ¡Crear los mismos contrarios que él había *cambiado chaqueta!* ¡Ah! ¡Eso fue un golpe terrible! En aquel instante renegó, maldijo y estuvo a punto de llorar...

Entre los que estaban en *El Salón* no faltó alguna que otra persona seria y bien educada que tratara de calmar el rebozo de indignación que acometió a Don Postumio, y que, reconociendo su honradez, le pidiera excusas y le diera satisfacciones en nombre de los demás. Esto vino a calmarlo un tanto, aunque se pasó todo ese día reconcentrado y sin comer.



CAPÍTULO IX

Antoñita salva al general en jefe

I



Antes de oscurecer le entregaron una bandeja con comida, un catre, sábanas, almohadas, taza, toalla y otros útiles que le enviaba el padre de Enrique Gómez, enviándole también satisfactorias explicaciones del porqué no había cumplido con ese deber de amistad desde el momento en que lo prendieron. Esas satisfacciones despejaron mucho el abatido ánimo de Don Postumio.

Antes de salir el carcelero le suplicó que le comprase velas, fósforos y le buscara un libro para leer, al mismo tiempo que otros de los presos les daban dinero para que trajera algunas botellas de ron.

—Las velas, los fósforos y el ron está bien; pero libro no se puede permitir —respondió el carcelero muy entonado, cerrando de una vez la puerta.

—¡Bendito sea Dios!... las cosas de aquí... ¿Que no se permite libro? Y permite ron... Vean ustedes que contrasentido —exclamó Don Postumio con las manos apretadas y los hombros encogidos, olvidándose, en aquel instante, de que hablaba entre los enemigos de su partido. Y ya iba a caer en la manía de discutirlo todo, cuando lo interrumpió uno de los presos,

poniéndosele delante con un libro que acababa de sacar de adentro de la funda de una almohada, diciéndole:

—Aquí ofrezco a usted la mejor obra filosófica y doctrinaria que se ha escrito en este siglo.

El individuo, que tal ofrecimiento hacía, era un hombre ya entrado en años, alto, flaco, y a quien los otros compañeros de cárcel tenían por chiflado. Don Postumio aceptó el libro, y abriendo su primera página leyó en voz inteligible:

—*Obras fundamentales del espiritismo*, por Allan Kardec.

Mientras tanto los otros presos se hacían guiños zumbones.

—Bueno... gracias, creo que me gustará —murmuró Don Postumio retirándose al rincón en donde había hecho colocar su catre.

Pocos momentos después aquel histórico *Salón*, por tantos inquilinos habitado, en diferentes épocas, presentaba los cuadros de costumbre en tiempo de nuestras revueltas civiles. Cada cual hablaba y decía lo que se le antojaba, respecto de los hombres y las cosas de la revolución y el Gobierno. En ese intermedio, unos, subidos en las altas ventanas de rejas, anunciaban todo lo que hablaban o veían del lado afuera. «Que forman la guardia». «Parece que traen más presos, porque vienen unos catres»... «Hay algo serio esta noche; el gobernador está hablando con unos oficiales»... Los otros, silenciosos se tendían en sus camas; quienes, en apartados grupos, bebían tragos de ron, formando proyectos y echando ternos; quienes se desataban en improperios contra determinados personajes políticos, y otros establecían el juego de barajas, poniendo de mesa un catre y de tapete la sábana del mismo. Solamente Don Postumio, después de haber cenado, se hallaba en su rincón. Devorando, con ansioso interés, las páginas del libro que le habían prestado. Así se pasó casi toda la noche, empapándose de tal manera en la doctrina espiritista que, al otro día y al otro, y después, Allan Fardes era su autor favorito.

II

Mientras tanto en Baní, se habían levantado manifestaciones, justificando su conducta, cuyas manifestaciones con

firmas de muchas personas de respeto habían sido enviadas al Gobierno. Por otra parte, allí se había restablecido el orden, y las autoridades se habían enterado de todo lo ocurrido. Las familias tenían confianza en la situación; los partes oficiales que se recibían no podían ser más satisfactorios; todo revelaba, en fin, que la revolución estaba vencida. Pero, ¿quién se atreverá a dar esas seguridades en países donde la política llega a arrastrarse en los lodazales? Una traición de parte de aquellos en quienes más se confía, unas veces, escandalosamente derrumba a los gobiernos, y otras, a los revolucionarios.

Cuando ya se habían tomado todas las disposiciones y se habían hecho todos los preparativos para levantar la columna del Gobierno y seguir a Azua a ahogar la revolución en su cuna, sucedió que simultáneamente caen atacados por la fiebre el general en jefe y el comandante de la columna.

Esta circunstancia detiene la marcha, desorganiza un tanto la tropa, infunde la desconfianza, levanta las propagandas, alienta a los mal intencionados, y decide a Candelaria a poner, sigilosamente, expreso tras expreso a su sobrino Felipe informándole de la mala situación.

III

Así las cosas, llega una mañana, y se acerca a la autoridad, un oficial a quien se le tenía confianza; da la falsa noticia de que una partida de hombres, con Baúl, Solito y Felipe Ozán a la cabeza, salían de Azua, ese mismo día para venir por caminos extraviados, a dar un asalto en la noche al pueblo.

El comandante de Armas, en quien en el caso residía interinamente el mando superior, cree al oficial; piensa, entra en cavilaciones, consulta y, últimamente, decide enviar las tropas compartiéndolas para que se posesionen de aquellos puntos por donde era natural viniese el enemigo.

La falsa noticia precipita esta operación al parecer buena; las fuerzas se debilitan; el soldado que se ve sin sus jefes naturales y

apartadas las compañías unas de las otras, se desanima; luego se advierte el error; se dan contraórdenes para nueva reconcentración, y en medio de estas evoluciones, la propaganda de que cortan la retirada cunde entre las tropas, crece, se aumenta, se hace alarmante y causa el pánico, dando por resultado, desde los primeros tiros del enemigo, la confusión de una derrota inexplicable.

Así sucede a menudo en la guerra. La historia está llena de estos ejemplos. Aun en las grandes batallas que se pierden, y en los grandes capitanes que se derrotan, se ha visto que una circunstancia ha traído un incidente insignificante, y ese incidente ha sido la causa del desastre para los unos y de la victoria para los otros. Y luego los vocingleros del triunfo casualidad, dándolo a determinadas personas.

El jefe de la columna, que había quedado enfermo en la casa de la Comandancia, por un tantico no fue cogido. Se salvó por su presencia de ánimo, que no permitiendo turbarlo, pudo montar al tiempo preciso en su caballo, y a fuerza de tiros, salió de la población, intrincándose después por caminos extraviados que hicieron perder la pista a sus perseguidores.

IV

El general en jefe, aletargado por la fiebre, se encuentra en la cama en aquel terrible momento. Nada sabe de lo que está pasando. Su muerte es inevitable. Entretanto que persiguen al comandante de la columna, una partida de forajidos, entre ellos Baúl, Solito y Felipe Ozán se precipitan sobre su casa de familia.

—¡El enemigo, el enemigo! —grita una voz de afuera.

—¡Dios mío!... ¡pronto, pronto, corran, ayúdenme! —exclama en la mayor de las tribulaciones la madre del general, acudiendo a la cama en donde se hallaba acostado, y haciendo que se levante y se vista.

Enrique Gómez está en el mismo aposento con él. Antonita y otras amigas se encuentran allí, desde por la mañana,

visitando a la familia. La confusión, los gritos, las carreras de aquellas mujeres, no son para describirse. Ya los forajidos, como fieras que corren a desgarrar su presa, han entrado. Felipe Ozán, Baúl y Solito se dirigen los primeros a la puerta del aposento en donde se hallan el general y Enrique Gómez. Antoñita lanza una mirada sobre Enrique, y arrebatada por un impulso inevitable, en medio de aquel desconcierto, con la desesperación de una loca, se precipita con un revólver en la mano, que repentinamente ha cogido de la mesa donde estaba, y, como una aparición misteriosa, con el arma preparada, levanta el brazo sobre ellos, que no esperaban tal sorpresa, y les grita:

—¡Atrás! ¡si no queréis morir!

¿Qué hay de sublime en su fisonomía, en aquel supremo momento, que se llena de luz y la transforma? ¿Qué destello divino e imponente es el que de sus ojos brota? Y, ¿quién puede dar idea del timbre de su voz, cuando lívida, trémula, nerviosa, indignada, con el gesto de la energía, soberbio, amenazador, y con la mirada y el continente sobrenatural les lanzó ese grito de: ¡atrás! ¡si no queréis morir!...

Como si en aquel instante la hubiese transfigurado un espíritu del cielo; como si le hubiese ceñido su aureola de fuego el ángel terrible que guarda las puertas del paraíso, aquellos demonios quedaron petrificados.

La osadía, encarnada en la hermosura, y en la misma debilidad de una mujer, los había anonadado. Después que pasó en ellos la inesperada impresión, Baúl, el primero, se precipitó sobre ella y le sujetó el brazo para quitarle el revólver. Felipe Ozán la defendió. Las mujeres, apiñándose en la puerta, rompían a gritos, y Solito con otros, abriéndose paso, a la fuerza, entraron por fin al aposento. Corren a la cama del general, buscan por todos los rincones, y no encuentran a nadie. La víctima se había salvado.

—¡Demonio! por aquí se escapó —exclama Solito, dando una patada y alzándose por las pretinas el pantalón, al ver que la puerta que comunicaba al patio estaba sin aldaba.

En ese instante, se oye la voz de un soldado que entra a la casa gritando:

—¡Corran, corran, han matado al general Pío!...

Todos salen precipitadamente a la calle, y se dirigen al grupo que viene con un cadáver; era el cadáver de un comandante de las tropas del Gobierno, que se parecía mucho al general Pío, y a quien habían asesinado en el paso del río. De ese modo, en tan inminente peligro, una mujer evitó la muerte inevitable del general en jefe.

V

El valor puede residir en la fuerza, puede ser hijo del círculo, de la convicción, del honor, del orgullo, del amor propio, en fin: pero el heroísmo es ciego en sus acciones, natural y precipitado en sus rasgos, no reflexiona ni piensa, siente y nada más y entonces se lanza como un loco en alas de la inspiración que lo arrebató, y atina como un sabio. No importa en quien resida, grande o pequeño, débil o fuerte, en quien quiera que encarne siempre será poderoso irradiador, terrible, extraordinario, sobrenatural. Tampoco importa para el sexo: hombre o mujer. David o Juana de Arco: invencible en ellos sujetará a los ejércitos y ofuscará a los gigantes.

Su voz en Antoñita, en aquel instante, aterrorizó como el rayo; su gesto fue un mandato que impuso, pasmó, hizo temblar, acobardó.

Otras veces su grito se levanta y conmueve los corazones, encadenándolos a su voluntad; y su gesto conquista, enamora, simpatiza y entusiasma.

¡Si hay algo en la tierra que tenga un reflejo de Dios, sin duda alguna, es el heroísmo!

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I Espiritismo

I

Era el mes de junio. La revolución había triunfado y hacía cerca de cinco meses que se hallaba constituido el gobierno definitivo. El personalismo, osado como nunca, imperaba en el país, y la tiranía, con sus persecuciones y arbitrariedades, iba poco a poco arraigándose en el poder, merced a los triunfos que le proporcionaban movimientos aislados, hijos de las impacencias, que sofocados hoy aquí, mañana allí trajeron por último el asiento de esa paz marchita que, sin fruto de libertad y sin reverdecidos laureles para la patria, sumerge a los pueblos en una especie de marasmo que los enferma y los acobarda hasta envilecerlos en la corrupción más vergonzosa.

Baní, a pesar del contagio general de la época, no participaba de los odios y venganzas del partidarismo. Entregado al trabajo, veía con desdén esa política personalista. Sus habitantes, tan fáciles a entusiasmarse por las causas nobles, han sido siempre poco dados a las tiranías; y aunque apasionados a veces, no se ensañan en las maldades, ni la pasión les hace cometer infamias y traiciones. Por eso Candelaria Ozán no hallaba campo donde seguir desplegando sus insidiosas aptitudes,

y por eso Don Postumio, después del triunfo de la revolución, había encontrado protectores que lo defendieron de persecuciones, y gozaba en su casa de todas las garantías.

Desde el siguiente día de la noche en que lo dejamos en un rincón de la cárcel, leyendo a Allan Kardec, lo habían puesto en libertad; recibiendo excusas y satisfacciones del presidente de la República, por la injusticia que se había cometido con él. No tuvo tiempo, en aquel entonces, de volver a Baní; pues casualmente cuando se disponía a emprender su viaje llegó a la capital la noticia de la derrota de las tropas del Gobierno.

II

En la actualidad, aunque sin dejar sus proyectos sobre la patria y la política, se entretenía en dar clases de aritmética a su amiga Antoñita, queriendo meterla, también, en los laberintos de intrincadas metafísicas; pues como era tenaz y ardoroso con lo que le cogía, sobre todo, al principio, no soltaba de las manos y de la cabeza los libros espiritistas, buscando siempre ocasiones para desenvolver los temas de la reencarnación, de los diferentes órdenes y escalas de los espíritus, de su progresión en la pluralidad de las existencias, del espíritu, o envoltura fluídica del alma, de los médiums y demás fenómenos experimentales de esa doctrina que él llamaba «La ciencia y religión del porvenir».

En sus constantes prédicas, había veces que la discípula le planteaba discusiones sobre algunos de esos temas, en los cuales él se veía en grandes apuros.

—Si el espíritu es simple e indivisible —dijo ella una vez—, ¿cómo puede combinarse su existencia con la materia corruptible, viniendo a ser, con su envoltura, espíritu y materia? Esa amalgama de un es y no es al mismo tiempo no la entiendo yo. Y aunque esa capa, en que están envueltos los espíritus, me la imaginara tan sutil y tan impalpable como la luz del sol, la luz no

tiene peso; mientras que esa envoltura, según la doctrina, es más material, es decir, más pesada en unos espíritus que en otros.

Antoñita hablaba por intuición; pues aunque era muy inteligente, no conocía los imponderables, ni tenía la más remota noción de física.

Don Postumio pretendió aclararle esa confusión, explicando la idea que los latinos expresaban con estas palabras: *corpus, cordis opus*.

Otro día, hablando el maestro de la justicia de Dios en la progresión de los espíritus, le argumentó ella con estas reflexiones:

—Convengo en que de esa manera se explique la causa de las diferencias de los hombres sobre la tierra, haciendo los unos fáciles a los estudios y los otros torpes e incapaces de concebir ninguna idea; los otros agraciados por el Don del genio y los otros ignorantes, a pesar de los esfuerzos que desplieguen por instruirse los unos inclinados, desde que nacen, al bien y a la moral, y los otros al vicio y a la maldad; veo, en fin, que es muy consoladora la doctrina y que verdaderamente aclara uno de los puntos más oscuros de la religión. Pero lo que no comprendo es, el por qué en esa justicia que se explica, se cae en la desigualdad de que unos progresen con tanta rapidez y otros se queden tan atrasados. Si a todos los creó Dios con las mismas facultades y los mismos instintos, ¿por qué esas diferencias? —Y al contestarle Don Postumio: que Dios al formar los espíritus les dejaba su libre albedrío, dando a todos las mismas aptitudes para que fueran perfeccionándose en las reencarnaciones; pues que sería una blasfemia contra la Suprema Justicia suponer esas repugnantes desigualdades, así como la creación de seres sensibles especiales, destinados los unos al bien y perdurable goce, como los ángeles; los otros, al mal y eterno padecimiento, como los demonios; y, finalmente, los hombres, a las miserias, trabajos, etc., con amenazas de un perpetuo infierno, aunque con promesas, por otra parte, de un supremo bien, Antoñita, le objetó diciéndole:

—Pero como hay que suponer que, o creó Dios los espíritus todos a un mismo tiempo o los fue creando a medida que los necesitaba para las encarnaciones, sucede: que si lo primero, la desigualdad está establecida en esa misma teoría de las preexistencias y reencarnaciones; pues como todos los espíritus vienen por primera vez al mundo, según usted dice, ignorantes y sencillos, ha habido muchos de ellos que, obligatoriamente, han tenido que esperar el aumento de los organismos; y, por supuesto, se han quedado en su ignorancia, mientras los otros, encarnando y reencarnando, han tenido la suerte de mejorarse y hasta de alcanzar los altos grados de perfección, llegando a la escala de los ángeles. Ahora, si lo segundo, la desigualdad es más notable; porque no parece que sea muy equitativo, en la distribución de lo justo, que vengan al mundo espíritus nuevos o recién creados, sin ideas de ningún género, a luchar con los espíritus viejos: eso sería lo mismo que poner un ciego dando tropezones y testaradas en medio de mucha gente con vista.

Antoñita, desflorando, de esa manera, los complicados problemas de la materia, pretendía descubrir los vacíos en los raciocinios de Don Postumio.

III

En otra ocasión, a causa de la muerte de un niño, encontró el maestro ancho campo para confirmar sus asertos sobre el discutido tema, repitiendo los argumentos de los autores espiritistas.

—Aquí tienes —decía— la prueba más elocuente de las preexistencias y reencarnaciones. Sin ellas, ¿cómo se resolvería este problema sin que se librara de acusaciones a la Providencia? ¿Qué objeto tendría la vida de un niño que muere en su más tierna edad sin haber podido hacer el bien ni el mal? ¿Vendríamos a caer en el absurdo de que ellos figuran entre

los escogidos? ¿Y, por qué se le concedería esa gracia sin haber hecho nada para merecerla? ¿En virtud de qué privilegio se les eximiría de las luchas, miserias y tribulaciones de la vida para darles la eterna bienaventuranza? ¡Adónde, con esa doctrina, iría a parar la justicia de Dios!

—Desengáñate, Antoñita —añadió Don Postumio, entonándose más que nunca en su aire de predicador—, aunque no existieran tantas otras irrefutables pruebas como existen, esa sola valdría para evidenciar la evangélica verdad de las preexistencias y reencarnaciones.

Pero a la discípula, ese fuego con que le hablaba el maestro, no la convencía, y haciendo objeciones, y aclarando puntos, no quiso convenir, últimamente, con la explicación de que el alma de ese espíritu que animó al niño la envió Dios a la tierra con el objeto de castigar al padre; porque ella no halló justo que se distrajera la posesión de un espíritu, tomándole de instrumento en beneficio o perjuicio de otro. En ese punto, lo mismo que en la falta de memoria que tenemos de las vidas anteriores, a pesar del razonamiento de que el libre albedrío es omnipotente para el progreso, y de que si los espíritus recordaran sus existencias pasadas, eso les serviría de estorbo para su mejoramiento, siempre chocó Don Postumio con las dudas de Antoñita, quien le traía a colación la identidad de la persona perdida en la triste ley del *Leteo*.

—¿De qué sirve la nueva existencia para estimular la progresión moral, si el individuo no recuerda nada del pasado? —le preguntaba ella—. A mí, por el contrario, me parecería mejor, muchas veces mejor, que estuviera patente en nosotros el recuerdo, sobre todo de las malas acciones, para que nos despertase el arrepentimiento; pero si usted las olvida, si en el mundo donde está, que es el mundo que se le destina para enmendarse, no tiene usted conciencia de haberlas cometido, ¿cómo consigue arrepentirse de ellas? Las cosas, cuando se ignoran, es lo mismo que si no existieran.

Don Postumio para rebatirla echaba mano de los argumentos que le daban los libros; pero a ella les parecían flojos, y esto mismo animaba su osadía para seguir discutiendo, sobre todo, cuando se hallaba de buen humor.

En uno de esos momentos llegó él a su casa, muy apenado, porque una de sus hermanas le había inferido una ofensa que le causó profundísimo sentimiento. Al referírsele a Antoñita, esta le dijo bromeando:

—Pero, no sé por qué se apura usted tanto. Eso no es nada.

—¿Cómo, no es nada?

—¡Oh! ya lo creo, como ella no es ella, ni usted es usted, sino otro, o mejor dicho, un reflejo de otro o un compuesto de muchas personalidades que existieron antes, y que volverán a existir después, no tiene una razón de ofenderse por lo que se refiere a ella, ni de mortificarse por lo que se refiere a usted.

—¡Vaya un sofisma! —exclamó Don Postumio, apretándose las manos y moviendo la cabeza—. ¿Crees tú que yo no tengo naturaleza?

—El fuerte en convicciones, es fuerte de espíritu, y prescinde de esas pequeñeces...

—Pero mi espíritu no ha llegado a ese grado de adelanto. Yo estoy dando mis pruebas, y cumpliendo mi misión.

—Convenido —respondió Antoñita, y creyendo, en su broma, encontrar un hueco en el pensamiento de su maestro, continuó—: Y como en esa prueba, lo mismo que en esa misión, no le toca a usted sino una ínfima parte, poco o nada vale la responsabilidad que le toque en el cumplimiento de ella. Otros vendrán y el que venga atrás que arree. Además, como tenemos el porvenir delante y a la fuerza hemos de llegar, convencidos de esa verdad economicémonos disgustos, que a eso se amolda nuestra naturaleza. La indolencia nos hará mirar sin cuidado y sin dolores todo lo que nos suceda en la vida aun tratándose de nuestra familia, pues como esos lazos, espiritualmente, quedan destruidos en la tierra, desde luego que nuestros hermanos, sabe Dios qué clase de espíritus, tan

exóticos a nosotros sean, hasta el extremo de que por castigo, nos hayan tocado los peores enemigos, o, ¡quién sabe si son ellos espíritus perversos que existieron haciendo los mayores daños a nuestros antepasados!...

—¿Será posible? —murmuraba Don Postumio lleno de asombro, mientras que Antoñita sin detenerse continuaba:

—Por eso me explico ahora esas desavenencias entre familias; esos escándalos de padres contra hijos, viceversa. Por eso me explico también que haya quienes digan que poco o nada le deben a sus padres. Pues ya lo creo; todo eso que a nosotros nos parecían horrorosos crímenes, viene a quedar muy atenuado. Pues ya lo creo, como todo puedo ser yo, es decir, puedo ser cualquiera persona, menos papá ni mamá; puesto que siendo imposible la reencarnación de los padres en los hijos, sucede que con quienes menos estamos emparentados espiritualmente, es con aquellos que yo creía que nos habían dado el ser. Pero como mi individualidad también se pierde en la hondonada de la doctrina —añadió Antoñita, sin cesar en la carga—, yo no debo de quererla ni estimarla tanto en esta vida, puesto que la tengo prestada; y como yo no soy yo, ni usted es usted, debemos perder ese sentimiento de orgullo que tenemos de nuestras propias personas.

—¿Has concluido? —preguntó Don Postumio a su amiga, como aquel que ha oído pacientemente a su contrincante, y pide ser oído.

—Sí —respondió ella, con la gracia de una sonrisita asaz zumbona.

—Pues mira, has hablado mucho y no has dicho nada que tenga fundamento. A nosotros en la tierra nos unen los lazos de familia, por ese intermedio que hay entre el espíritu y la materia, y mientras más se perfeccione nuestro espíritu, más amaremos a los seres con quienes vivimos; llegando a extender nuestros afectos hasta donde manda la ley de Dios: «ama al prójimo como a ti mismo». En cuanto a las ofensas que recibimos, no podemos prescindir del sentimiento

que nos causan; porque estamos unidos a la grosera carne, y solamente cuando nos espiritualicemos, es decir, cuando se aligere la capa material en que está envuelta el alma, entonces podremos como Jesucristo presentar la mejilla izquierda al que nos haya azotado la derecha; y decir a nuestra madre, hablando en lo que concierne a nuestra misión espiritual: «nada de común tengo contigo»; y hacer de hombres ignorantes, discípulos sabios bastándonos solamente despertarles las ideas de sus existencias anteriores; y señalarles la reencarnación de Elías en el Bautista; y confirmar en nosotros mismos la sentencia de esta doctrina en la respuesta dada a Nicodemos: «En verdad, en verdad te digo, que nadie verá el reino de Dios si no nace de nuevo»; y tener presente lo pasado de nuestras vidas; y ver claro lo porvenir en las pruebas que habemos de dar al padre; y pedirle perdón por nuestros mismos verdugos; y exclamar en medio de los tormentos del martirio, con la humildad y la resignación del santo: «Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío...». Y nos explicaremos los milagros sin necesidad de parapetarnos en la palabra misterio, y tendremos fuerza magnética para animar la materia, como la vemos en la mesa *giratoria* y otras experiencias de los médiums, y estará explicado también, conforme a lógica y razón, el difícil dogma del pecado original, desechando la injusticia de la pena trascendental, que nos hace creer que somos responsables de faltas que no hemos cometido, y otros puntos que solo el espiritismo nos aclara.

Ahora, en cuanto a que la doctrina nos lleve a la indolencia, porque convencidos de que teniendo una eternidad por delante, nos deban de importar poco las cosas del mundo, ese argumento prueba todo lo contrario; pues como sabemos que mientras mejor nos portemos en las existencias, más pronto alcanzaremos el bien deseado, eso mismo hace que nos esmeremos en salir triunfantes de la lucha.

Antoñita no se arredró con esa granizada de Don Postumio, y aunque no tenía erudición para combatirle en ese terreno de

alusiones y citas, contestó resguardándose con la autoridad de este raciocinio:

—Y si esa ciencia es tan luminosa, si allana tantas dificultades y resuelve tan difíciles problemas, ¿por qué no se ha extendido en el mundo, y por qué hay tanta gente ilustrada que se ríe de los espiritistas?

Don Postumio volvió a dejar su verbosidad para decir que ese argumento no probaba nada en contra; que los que hablaban burlándose del espiritismo, era porque no se habían tomado la pena de estudiarlo y tenían la pretensión de condenar una cosa que no conocían. Y aunque estas razones tampoco dejaron satisfecha a la discípula, el maestro se creyó que la había vencido.



CAPÍTULO II

Vino, estuvo y se fue

I

E

ngracia tampoco se había escapado de la invasión espiritista de Don Postumio. Y, ¿cómo escaparse? En aquella época en Baní nadie hubiera contado ese milagro...

Como las dos amigas volvían a verse y a tratarse con frecuencia, aunque nunca con aquella afección y franqueza de otros tiempos, Don Postumio aprovechaba las ocasiones en que se hallaban juntas para hablar de sus constantes y favoritos temas. Engracia no le contradecía, y, muchas veces, animaba las discusiones que él entablaba. Eso le servía a ella de distracción. ¡Estaba tan abatido su espíritu!...

Enrique, desde aquel instante en que el heroísmo de Antoñita lo salvó de las garras de Baúl y Solito, salvando también al general en jefe, no había vuelto a Baní hasta hacía dos días. Y, ¡qué de sufrimientos no tuvo Engracia antes de lograr que viniera! Al principio él le escribía muy a menudo extensas cartas, haciéndole protestas de su ardoroso amor, y ella le correspondía con la ternura de las suyas, expresándole sin cesar el deseo de verlo. Así pasaron cerca de tres meses, sin que Engracia sintiera otra pena que la causada

por la ausencia. Enrique, siempre, le repetía la promesa de venir pronto, y ella se consolaba con eso. Vivía de esperanza en esperanza.

Llegó un tiempo en que él dejaba pasar los días y las semanas sin escribirle. Ya no le hablaba tampoco de ir a Baní. La pobre muchacha no pudo menos que entregarse a las cavilaciones más tristes, no sabiendo a qué atribuir la frialdad de su amante. En tal situación le contó sus cuitas a Antoñita y le pidió su parecer; pero esta que se sentía, como ya lo hemos dicho en otro lugar, casi humillada cuando su amiga le hablaba de Enrique y de los amores de ellos, no encontraba qué decirle, y por el contrario, rehuía las conversaciones referentes a ese particular. Estas reservas de Antoñita llenaban de amargas dudas el alma de Engracia; pues muchas veces se figuró que Enrique la había olvidado por otra mujer. ¡Cuántos días se pasó sin comer apenas y cuántas noches sin poder dormir mortificada con esa idea!

Por otra parte, ella no había dispuesto nada para cumplir el encargo de Don Antonio, esperando aconsejarse con Enrique, y la tardanza en resolver ese asunto aumentaba sus desazones. Así fue que últimamente se decidió a escribirle de esta manera:

«Te llamo, porque quiero descargar mi conciencia; tengo un secreto que a la hora de su muerte me comunicó tu pariente y amigo Don Antonio: urge que lo sepas. Si no vienes.. tú serás el responsable de lo que suceda».

II

Sin hacerse esperar mucho tiempo, llegó a las manos de Engracia la contestación de esa carta. Enrique le escribió, en esta vez, de una manera satisfactoria y muy cariñosa, terminando por ofrecerle que no tardaría tres días en verse con ella.

Las nubes que entoldaban el cielo de nuestra heroína volvieron a desvanecerse. La alegría reanimó su corazón, y daba gusto cómo se hacían los nuevos arreglos en su casita blanca, y las veces que se movían y se limpiaban, sin necesidad, los pocos muebles que había en ella, y cómo se cambiaban las cortinas de las puertas de su graciosa salita, adornándolas con otros caprichosos lazos de cinta y flores de donde pendían los pájaros disecados por ella misma. No se escapó tampoco de esta revista el viejo *sino* del agua, y la enredadera que lo cubría. El patio, la huerta, las flores, todo se removió, con la cooperación de las hermanas, mereciendo preferentísimo lugar el tarro del heliotropo. A la madre le tocó confeccionar el dulce de leche y el sabroso *cefolé* con que fue obsequiado el recién venido.

En aquella humilde morada todo parecía estar de fiesta. El sol de ese día, con sus franjas de luz, penetró por todos los rincones, porque se abrieron de par en par las puertas y las ventanas. La tímida doncella, después de tanto tiempo en que su abatido espíritu, entregado a la tristeza, no le daba tregua a cabrear las esperanzas de su amor, respiraba el contento de la dicha, y en derredor suyo, como si se transmitiera este contento, se sentía el animado reflejo de su alma.

Con el extremo del lindísimo traje blanco, que ella misma había bordado, hacía meses, para esperar a Enrique, y que sentaba con tanta elegancia a su airoso cuerpo, lo recibió en aquella tarde de su llegada.

No son para describirse la terneza y esmerada solicitud que de parte de la joven siguieron a ese recibimiento. ¡Cuántas delicadas manifestaciones de cariño! ¡Cuántas pruebas no vio el dichoso amante de que no había sido olvidado un solo día! Ora le sorprendía el bordado pañuelo; luego el precioso montón de hojas disecadas en que primorosamente aparecían dibujadas a la aguja estas palabras: «Recuerdo a mi inolvidable Enrique», otras veces la cigarrera de finísima celda en delicadas mostacillas tejida, por ella misma, y siempre el ramito

de heliotropo, de alguna manera conservado entre las cartas y demás objetos de sus amores.

III

Cuando Enrique salió de la capital, lo atormentaba la idea de dejar por espalda un negocio que no había podido realizar por falta de dinero. De ese negocio, según él, dependía su porvenir. «¡Ah! ¡si encontrara quién me facilitase esa suma, se la devolvería en poco tiempo con pingües intereses!». Dominado por ese pensamiento se encontraba precisamente dos días después de su llegada a Baní, en la mañana en que Engracia le comunicó el secreto de Don Antonio.

—Esos talegos se hallan enterrados en *La Costa* —le dijo ella, después de haberle referido la historia de la noche de *La Montería*—, esperándote a ti no he ido a sacarlos; dame, pues, tu consejo; dime qué deba yo de hacer para cumplir con la última voluntad del amigo.

Enrique vio por un momento la realización del deseo que por tanto tiempo venía acariciando, y sintió en su interior el choque de una alegría inesperada.

—Ni aún a mamá me he atrevido a decirle esto —repuso Engracia sin fijarse en la impresión de su amante y retorciendo, a guisa de entretenimiento, el pañuelo que tenía en la mano.

—¿Conque yo soy el primero que lo sabe? —preguntó Enrique.

—Sí, tú y nadie más.

El silencio reinó entre los dos interlocutores.

En un momento Enrique había llegado casi a la tentación. «Nada más fácil (pensó él) que utilizar ese dinero sin perjuicio de los dueños». Pero repentinamente se le puso delante, como elocuentísimo ejemplo, la pobreza y honradez de su amada; consideró lo mucho que se trabajaba en esa casa para ganar el pan de cada día; las veces en que se habrían visto sin tener con qué remediar las más urgentes necesidades; dedujo juicios

de esas y otras reflexiones; se acordó de que él siempre había tenido a orgullo ser honrado, y desechando, por último, como indigna, toda idea interesada, dijo a Engracia:

—Pues bien, cumple con la recomendación de Don Antonio.

—¿Y no me ayudarás tú?

—No me toca, ni quiero, tener participación alguna en ese asunto.

Enrique se encerró en esa respuesta, terminando por molestarse con Engracia cada vez que esta le volvía a pedir consejo sobre el particular. Un día llegó al extremo de decirle:

—Si me vuelves a hablar de eso, cuenta que será lo suficiente para comprender que lo que tú deseas es que yo me retire para siempre de tu casa.

—No, Enrique, alma mía, no te enfades conmigo; perdona, no te hablaré más de eso —le respondió ella con el dulcísimo acento de su voz impregnada de ternura.

Pero, a la verdad, Enrique había tenido un cambio tan repentino, se había puesto tan susceptible, que cualquiera cosa le servía de pretexto para darse por disgustado con la pobre joven.

IV

A los cinco días de estar en Baní, ya se dejaba ver ese cambio. Principió por no ser tan solícito en sus visitas como antes, y excusaba aceptar las meriendas con que tenían por costumbre obsequiarlo en la casa. Después se hizo incomprendible. Si a Engracia, por motivo de la indiferencia con que la trataba, o por la sequedad con que a veces le respondía, le venían al labio, en amorosas quejas, las expresiones de su sentimiento, llamándolo ingrato, y acusándolo con requiebros por su poco afecto, él se desataba con acritud diciéndole:

—Pero, señor, no parece sino que te has propuesto mortificarme con tus ridículas exageraciones. ¿Qué es lo que quieres?

¿No conoces mi carácter? ¿He sido yo nunca de esos zalameros que no sueltan de la boca las mentirosas palabras de «mi vida», «cielo mío», «luz de mis ojos», y cosas por el estilo?

Si por el contrario ella, en vez de darle los tiernos sentimientos de su amor, disimulaba su tristeza, si bien mostrándose muy comedida en lo que hablaba para no causar su enojo, entonces él se daba por ofendido acusándola de este modo:

—Tú ves, si es lo que te digo. Ahora finges como un hipócrita, haciéndome aparecer como un hombre de mal trato, un grosero, un tirano que no admite quejas de su novia. ¡Y después dirás que me amas!...

De esa manera todo en él era una contradicción difícil de comprender. ¡Ay! ¡si Engracia hubiera sabido las tristes escenas pasadas con Eugenia María, antes de que Enrique la olvidara!... Sin embargo, en las contradicciones de ahora se notaban rasgos que revelaban amor y sinceridad. Algunas veces parecían los caprichos de un corazón apasionado y celoso. Cuando Engracia estaba triste y lloraba, él no sabía cómo hacerse para contenerla, confesándose culpable y haciéndole la promesa de ser en lo adelante más racional; si ella, como era natural, después de esas satisfacciones, se ponía alegre y reía, entonces no esperaba muchas horas para encontrar pretextos a sus disgustos, y principiando por enseriarse, concluía por volver a reñirla.

Así se pasó ella todos esos días, de una en otra impresión, de una en otra incertidumbre, hasta que él, cuando menos se esperaba, llegó una mañana a su casa, y le dijo:

—Vengo a despedirme de ti, me voy.

—¡Como, tan de repente! —contestó Engracia con el disgusto y la extrañeza marcados en el semblante.

—Un negocio urgente me obliga a no detenerme.

En vano la desconsolada amante le suplicó con toda la ternura de su alma que se aguardara cuarenta y ocho horas más hasta que ella con su madre pudiera ir a *La Costa* y sacar el dinero de Don Antonio.

—No puedo esperar más, me causaría perjuicios irreparables, y yo creo que tú, si es verdad que me amas, no querrás mi ruina.

—Enrique, ¿y por qué estableces esa condición tan dura? ¿Por qué finges esa duda? ¿No sabes que con decirlo, con solo suponerlo, me hieres el corazón? —contestó Engracia conteniendo las lágrimas.

—Eso es, siempre me interpretas mal, para buscarte sufrimientos y hacerme sufrir a mí.

—Pero, Dios mío, ¿cómo quieres que no sufra cuando me sales con que «si es verdad que te amo»? —repuso ella; y ya entre los sollozos del llanto, añadió—: ¡Ay! Enrique, lo cierto es que soy una desgraciada, una mujer tonta, que no ha sabido inspirarte amor.

El joven no pudo menos que conmoverse ante las tiernas expresiones y el sincero llanto de su amada, y tomándole la mano, trató de consolarla haciéndole miles protestas, con las que ella, inocente y sensible como era, terminó por quedar satisfecha.

Las mujeres, cuando han dado entero el amor de su corazón, son muy fáciles a sentirse y a llorar, pero también se contentan con cualquier agasajo, con cualquiera prueba de cariño; la ternura de algunas palabras les basta muchas veces para trocar sus lágrimas en plácida satisfacción; cuando soberbias e intolerantes se aferran en el resentimiento, o no aman con el amor puro y tierno del alma, o están dominadas por la vehemente pasión del amor propio, que puede conducir las a muchos extravíos.

Dos horas después iba Enrique camino de la capital, pensando en su negocio, y no sin cruzarle, de vez en cuando, la idea de lo útil que le hubiera sido el dinero de Don Antonio para asegurar su porvenir.



CAPÍTULO III

Un mal encuentro

I



la mañana siguiente, antes de amanecer, se dirigían a *La Costa* tres mujeres. Un burro aparejado y con árganas iba delante, manso y obediente, acomodando sus pasos al querer de ellas. Engracia, que era una de estas mujeres, pocas horas después de la partida de Enrique, reveló a la madre el secreto referente a Don Antonio, y las recomendaciones que este le había hecho antes de morir. No era justo ni prudente (dijo ella) dejar por más tiempo ese dinero expuesto al peligro de que alguno se diera con él y mucho más cuando en Baní, por todas partes, era buscado, no solo por la familia del muerto, sino por otros que, clandestinamente, vivían hollando en los lugares en donde, por algún motivo, se figuraban estaría enterrado.

La madre, que experimentó una grata sorpresa con lo que acababa de oír, aprobando el pensamiento de la hija se expresó de este modo:

—Sí, Engracia, es necesario mañana mismo sacar ese tesoro, porque al decir de todo el mundo es un tesoro... ¡Caramba! y no comunicármelo a mí... ¡solo tú hubieras tardado tanto en sacarlo!

—Es verdad, mamá, pero Dios sabe mi buena intención y las mortificaciones que he sufrido. Yo no había querido decirte nada, porque esperaba antes a Enrique para que me indicase los medios de salir de tan grande responsabilidad, sin compromisos para nosotras; pues tú sabes que si esto llega a descubrirse, no hay quien evite los juicios ligeros en contra de nuestra conducta; y como se trata de cumplir la voluntad de Don Antonio repartiendo la suma del modo que él me indicó, el asunto es más difícil y más peligroso de lo que parece.

La madre, a pesar de que no veía esas dificultades y esos peligros, pues aunque era una buena mujer, no tenía ni la educación ni ese fondo de honradez y delicadeza que distinguían a la hija, se atuvo a todo lo que esta dispusiera, y acogió también la idea de que Dolores las acompañara en la excursión.

Dolores era una muchacha muy reservada, y además, por su fuerte complexión, sería una buena ayuda en el caso de que hubiera necesidad de hoyar demasiado.

II

En cuanto a Isabel (la otra hermana), buscarían un pretexto para que se fuera, mientras tanto en casa de Antoñita; aunque a la verdad no estaba Engracia muy satisfecha de su amiga; pues a esta durante el tiempo en que Enrique había permanecido en Baní, solamente en los dos últimos días la había visto con la frecuencia acostumbrada. Antoñita, más que nunca en esta ocasión, se propuso evitar los encuentros con Enrique, y por eso, excusó hasta las idas al baño por las mañanas en compañía de Engracia. Pero habiendo notado que Enrique, muy lejos de demostrar deseos de hallarse con ella, y de hacerle los cumplimientos y galanterías de otro tiempo, ni siquiera había ido a visitarla, cuando por el contrario lo esperaba más atento que nunca, puesto que no se habían vuelto a

ver desde la memorable mañana en que le salvó la vida; ella, intrigada en su interior, se dijo:

—¿Cómo? ¿no habrán valido nada para este hombre mi valor y mi abnegación al arrostrar tan gran peligro por evitarle una muerte que era segura? Y aunque no me debiera esa gratitud, ¿qué motivos tiene para mirarme con ese desdén? ¿no es a mí, en todo caso, a quien toca despreciarlo a él?

La indiferencia de Enrique había chocado con el amor propio de nuestra heroína, y produciendo un efecto contrario en el corazón de ella, la mantuvo al principio inquieta, desazonada, calenturienta, y después la exasperó hasta el extremo de cometer algunas imprudencias que la hubieran vendido, a no ser porque Engracia, sencilla de carácter y muy buena de intenciones para sospechar nada que fuese malo, no se fijó nunca en la causa de ciertos arrebatos de su amiga.

III

Ya les había amanecido cuando dejaban el camino real de *La Playa* para entrar en una de las veredas que conducen a *La Costa*. La aurora se presentaba con toda la belleza de sus encantos. Las mariposas, anunciando la proximidad del día de San Juan, principiaban a cruzar el espacio en innumerables bandadas de oeste a este, y el aire puro y fresco de tan hermosa mañana transmitía ese suave aroma, parecido al de la camelia que esparcen las flores de los *cardones* y *cayucos* al tiempo en que ellas esconden, entre sus tallos, como avergonzadas de la luz del sol, los vaporosos estambres que titilan entre los delicados plumajes que forman sus lindas corolas, blancas como el armiño las unas, rosadas como el carmín las otras y amarillas y sutiles las demás, como finísimos penachos de oro rizados por el viento.

Algunos campesinos, montados en sus burros, se dirigían a sus conucos; y de vez en cuando cruzaban el camino mujeres de *Boca Canasta* y *El Llano*, que iban para el río, llevando sobre sus

cabezas los abultados líos que acomodan dentro de las bateas de roble que allí se fabrican, y calderos en que hierven el agua para el lavado. Algunas de estas mujeres se detenían a esperar los chiquillos que traían las paletas con que ellas golpetean, con toda la fuerza de su brazo, unas después de otras, las piezas de ropa para sacarles el sucio.

Engracia y Dolores seguían detrás de la madre; esta, que era una mujer de alta estatura, gorda y fuerte, arreaba el burro dejando muchas veces a gran distancia a las hijas que no podían andar tan pronto como ella. Engracia estaba pálida, pero bella, en sus ojos verdes se reflejaba el tinte de vaga melancolía. No había dormido en toda la noche, pensando en las ingratitudes de Enrique y en las dificultades y los peligros de la empresa que dentro de poco iban a ejecutar. Dolores, contenta y risueña como unas pascuas, trataba de transmitirle su buen humor. Esta muchacha, aunque bajita, era de cuerpo bien formado; tenía dos años más que Engracia; contaba ya cumplidos los veinte y dos, y era de carácter alegre y bondadoso. Su cara redonda reboza salud, y su sonrisa que no podía extenderse, porque se chocaba con la apretura de sus cachetes, apenas si dejaba ver los blancos dienteitos de su graciosa boca.

IV

Poco a poco se habían internado y ya estaban cerca del potrero de Don Antonio. Esta propiedad se hallaba abandonada. Sus empalizadas estaban en mal estado, y el rancho, que se recostaba del lado del este, sobre la mata de tamarindo, cerca de la cual estaba enterrado el dinero, parecía un borracho que no puede sostenerse en pie.

Como a los diez minutos de haber seguido camino llegaron a uno de los extremos del potrero. Allí se detuvieron repentinamente llenas de susto; porque oyeron como que daban golpes de coa en la tierra.

—Dios mío, están hoyando —balbuceó Engracia con la mayor amargura.

—Esperen aquí, yo voy a ver con precaución —dijo la madre en voz muy baja, y medio agachada emprendió marcha por todo el costado de la empalizada.

Antes de los cinco minutos volvió, y pálida y agitada por la impresión, se acercó a las hijas exclamando:

—¡Todo está perdido!... ¡Candelaria Ozán!

—Que dices, ¿cómo? ¿Candelaria Ozán? —preguntó Engracia llena de turbación.

—Sí, sí, Candelaria, hoyando junto al tamarindo con un hombre y una mujer.

Mudó de colores, y como si hubiera sentido la explosión de un rayo, quedó anonadada sin poder tenerse en pie.

Dolores y la madre acudieron a sostenerla, y después de un rato, en que había pasado un poco la impresión de tan inesperada sorpresa, resolvieron apartarse de allí, a un lugar desde donde pudieran ejercer la vigilancia sobre los hoyadores, sin que ellas fueran descubiertas.

—Síguenme, vengan detrás de mí —dijo la madre cogiendo el burro por la jáquima, y caminando hacia la boca del río que estaba cerca.

Allí llegaron y se escondieron entre unos uveros de los que tanto abundan en esa playa.

—Quédense ustedes aquí; yo vuelvo a ver y a oír.

—¡Ay! ¡mamá, qué fatalidad, cómo me persigue esa mujer! —le respondió Engracia con el acento más afligido del mundo.

—Dios es grande, no llores —contestó la madre conmovida al ver el conflicto en que se hallaba su hija, y, sin detenerse más, se fue a ver y a oír, según lo había dicho momentos antes.

Las dos hermanas, sin hablar una palabra, se sentaron en la arena. Dolores se entretenía mascando el palote verde de una hoja de uva y Engracia se sumía en el alborotado mar de sus pensamientos.

Extractemos los que nos sean más fáciles:

—Dios mío —se decía ella— si se pierde ese dinero, ¿no merezco yo que me maten?, ¡cuántas veces me gritó en la conciencia la voz del deber y el buen juicio mandándome a desenterrarlo! ¿No hubiera sido eso lo más prudente? ¿Y diré ahora para excusarme que yo quería cumplir de una manera satisfactoria con la recomendación de Don Antonio? ¡Tonta! si siempre lo he dicho: este carácter mío es una calamidad... ¿cómo no declaro que fue por esperar a Enrique creyéndome que con eso le daría una gran prueba? Y Enrique en mi culpa me ha hecho sufrir la penitencia. El que sacrifica lo ajeno en interés propio bien merecido tiene el castigo.

Y acabando de pensar esto último, nuestra atormentada heroína, olvidada de su hermana, que ya se había recostado en la arena apoyándose con la mano derecha la cabeza y formando un cono con el brazo, para sostener levantados los hombros, dijo en alta voz, al tiempo en que se llevaba las manos a la frente como si quisiera sujetar el martilleo repentino de sus atormentadoras ideas:

—Pero Dios mío, yo soy peor que una ladrona, soy una criminal, yo no tengo perdón ni lo merezco. ¡Arrebatarle a una familia su tesoro! ¡Esto es horrible, atroz, espantoso! —Y la pobre muchacha, condenándose siempre a sí misma, con ese rigor hijo de su delicadeza, no pudo contener las lágrimas que inundaron sus mejillas.

Dolores se había levantado, y en vano empleaba toda su elocuencia, más de sensibilidad que de palabras, para calmar la aflicción de su querida hermana. Pero afortunadamente a este tiempo llegó corriendo la madre a traerles la fausta noticia de que Candelaria Ozán con sus compañeros, acababa de emprender marcha para el pueblo sin haber encontrado el dinero.

Así como después de desencadenada tempestad brilla más hermoso el sol y luce más bonito el cielo, así en los ojos y el semblante de Engracia aparecieron como por encanto, despejadas las nubes que entoldaban su alma y la alegría se declaró bien pronto con sus espontáneos alborozos.

CAPÍTULO IV

El anónimo

I

Eran ya las seis de la tarde. Allí, junto al cachón en donde desemboca el banilejo río, se hallaban aún las tres mujeres de nuestra historia; pero en esta vez, custodiando, como a cosa sagrada, el burro que tenían escondido en uno de los más oscuros bosquecitos que había en el lugar. Cualquiera que hubiese visto la agitación de ellas, habría descubierto que algo extraordinario les pasaba.

Y en efecto, aquellas impresiones que dominaban sus ánimos y que se traslucían en sus semblantes, eran las del gozo mezclado con la zozobra del que vigila, creyéndose en peligro, el buscado tesoro que se acaba de encontrar; eran el resultado de la realización de un deseo; pero unido a las inquietudes del que temiendo perder lo conseguido, siente a cada instante saltarle en el pecho el corazón. Por eso, si una hoja se caía, si un pájaro volaba de un árbol a otro, si el viento susurraba entre los uveros, ellas no podían evitar ese temblor que les causaba el miedo de ser sorprendidas.

Dolores y Engracia, principalmente, deseaban que volara el tiempo trayendo las oscuras sombras de la noche. La situación de su espíritu era tal que no les permitía la contemplación del

interesante espectáculo que en aquella preciosa hora ofrecía a la vista la belleza del cielo y la serenidad del mar. Ni se fijaban siquiera en los moribundos rayos del sol que, reflejando en el pequeñito lago, formaban la ilusión de un áureo abanico abierto, pintado sobre el líquido de aquella superficie diáfana y tranquila, que se veía brillar como un tendido espejo.

El río, en su avenida de esta vez, al igual que en otras muchas, había limpiado la raigambre de los mangles, hicacos y uvas silvestres, que entre el limo de sus orillas penetra, vistiéndolas con las hojas maduras que caen, y se hacinan, y se aglomeran, y se tupen, para formar, en dibujos ondulados, los marcos amarillos de ese espejo.

Nada veían ellas, sin embargo, el susto las tenía constantemente volviendo la cara a todas partes.

II

Por fin llegó la deseada noche. La madre, que por la ventésima vez acababa de trastear las árganas del burro, arreglando las piedras, que con la barreta y el pico que habían llevado para la excavación, servían de contrapeso a la lata de zinc en donde estaban los talegos de Don Antonio, sacó del macuto de la provisión un pequeño calabacino, y pasándoselo a Engracia le dijo:

—Toma, hija, bébete la leche que queda; tenemos que andar pronto y tú debes de sentirte con mucha debilidad.

—No, mamá, yo no puedo tomar nada hasta que no llegue a casa; me es imposible —contestó la joven rechazando el calabacino.

En aquel día de afanes y zozobras, apenas si habían comido algunos bocados del pan, la carne frita y el dulce que llevaron de alforja. En la tarde, coló la madre un poco de café, y aunque esta y Dolores se tomaron sendas tazas, Engracia no quiso, a pesar de que era muy amante al negro néctar que a todas horas beben los banilejos.

Un poco después de haber oscurecido emprendieron la marcha hacia el pueblo, excusando los caminos para irse por todo el cascajal del río.

Rara vez se cuenta, en empresas de esa naturaleza, un éxito tan feliz, pero nunca tan lleno de desagradables percances.

Después que se había retirado Candelaria Ozán, al llegar ellas al potrero, ¡cuán grande no fue su disgusto al ver las excavaciones que esta había hecho alrededor del tamarindo! Apenas quedaba sin hoyar el espacio de una vara. Por un momento volvieron a figurarse que todo estaba perdido, y Engracia, inconsolable, volvió a sentir la amargura del que se cree con la responsabilidad de una desgracia que fácilmente pudo evitarse.

Y tras esa terrible impresión, ¡qué de sustos y qué de trabajos pasaron esas tres mujeres antes de desenterrar el buscado dinero! Cerca de cuatro horas gastaron en aquella faena, sin que dieran tregua los sobresaltos y las angustias. A cada instante se creían sorprendidas. La disposición de sus ánimos aumentaba el peligro. El sudor, el cansancio y la fatiga llegaron a debilitar sus fuerzas hasta el extremo de que ya no podían continuar en la ruda labor. A todas se les pelaron las manos, y Engracia las llevaba hinchadas y llenas de ampollas.

¡Y aún no se habían acabado los sufrimientos! En la oscuridad de la noche atravesaban aquellos cascajes. A cada momento un tropezón, el palo o las ramas del árbol seco que les impedían el paso, el desvío, entre las piedras, del rumbo que llevaban o del sendero por donde iban, u otro cualquier incidente las obligaba a detenerse. El cuidado constante de asegurar, con sogas de amarre, las árganas del burro, fue también motivo de muchas dilaciones. En una vez en que la madre se había adelantado algunos pasos para hacer esa operación, tuvo sobresaltada que retroceder al oír los desesperados gritos de Dolores.

—¡Mamá, corre, corre; Engracia se ha dado un golpe de muerte! —decía la muchacha en la mayor conturbación.

—No, no ha sido nada —se apresuró a interrumpir Engracia, levantándose del suelo.

—¡Cómo! ¿no es nada? ¡Dios mío, y esa sangre! ¡Y esa sangre!

—¿Hija mía, dónde te has dado? —le preguntó la madre acercándose a ella, y enternecida, casi llorando, le tocaba cariñosamente la cabeza.

—No, señores, cálmense, yo no me he dado golpe; tropecé en esa mala pasada y caí, pero no me he hecho nada, repito. Esa sangre que sintió Dolores al coger mi pañuelo es de las manos. En la caída me he lastimado los rasguños que me hizo la barreta —contestó la bondadosa joven con su dulce voz y no sabiendo cómo desvanecer aquella mala impresión.

—¡Ay! ¡Jesús!... —exclamó la madre desahogando de este modo su pecho con el comprimido suspiro.

A este tiempo el burro que, a causa de la sorpresa, lo habían dejado suelto y por su cuenta, lanzó a los aires su escalado rebuzno.

—¡Dios mío, el burro! ¡el burro! —gritaron todas corriendo hacia él; pero al manso animal parece que le entró el diablo en aquel instante, y emprendiendo el trote al compás de su música, les hizo pasar un rato tanto o más angustioso que los anteriores. Y así, después de todos esos trabajos y zozobras, llegaron por fin a su casa, como a eso de las once de la noche, sofocadas y rendidas de cansancio.

III

Sin haber apenas recobrado aliento, tomáronse las precauciones necesarias, y en el aposento de Engracia, silenciosas, pero animadas, estaban madre e hijas, junto al catre abierto de aquella, contando las monedas que sacaban de los tres talegos que habían encontrado en la latas de zinc.

Tiene el dinero tan poderoso incentivo que a su sola vista se despierta el ánimo y se levantan las decaídas fuerzas. Dolores y la madre, que en su vida habían imaginado tanto oro

junto, ni sentían el cansancio, ni se acordaban de los afanes y trabajos que, por espacio de tantas horas, habían pasado.

—Aquí hay trescientas onzas —dijo en voz baja Dolores, acabando la primera de contar el saquito que le había tocado.

—Esas no son onzas, muchacha, se llaman morocotas, y también les dicen: águilas americanas —murmuró Engracia, muy satisfecha de sus conocimientos en la materia.

La madre, que tampoco había visto nunca, a pesar de sus años, esa clase de moneda, se acercó para examinarlas, mientras Engracia, trayendo papel y lápiz, apuntaba la cantidad, y Dolores, sin hacer ruido, volvía a meterlas en el saco.

Contando y volviendo a contar, al cabo de una hora, averiguaron el contenido de los tres talegos.

Había en ellos:

300 morocotas.

450 onzas españolas.

100 medias onzas ídem.

1 libra esterlina.

80 pesos columnarios y

60 pesos americanos.

Parece mentira que a estas cifras se redujera el tan renombrado tesoro de Don Antonio. A juzgar por lo que la gente decía, nadie lo hubiera creído. La fama, pregonera de esa fortuna tan buscada por todas partes, había traspasado los límites de Baní llegando con las proporciones de la exageración a la capital, en donde la acogieron y la acariciaron, introduciéndola, con muchas precauciones, en los secretos de planes y proyectos que formaron, muy llenos de esperanza, los soñadores de los tesoros enterrados, a quienes tal vez se daba que un poco más tarde, atravesando esa diosa los mares, se fuera, con el ruido de sus cien lenguas, a despertar los apetitos de esos aventureros de oficio, volviendo aquí en cartas que, fechadas en Ceuta, en Fernando Po o La Habana, ofrecieran descubrir (para pegar el *timo*) en dónde estaba el tesoro, mediante la suma que le diera de avance la víctima petardeada.

Se encontró también, en uno de los talegos, un anillo marcado con las iniciales de un nombre y que contenía además un secreto en donde había guardado un macito de pelo.

—Dios mío, ¿será esto un misterio?... ¿Y a quién se entregará esta prenda? Las iniciales no corresponden a ninguno de la familia de Don Antonio —dijo Engracia, toda confusa, después de haberla examinado con mucha atención. Pero mayor fue su perplejidad cuando, más luego en sus reflexiones, se fijó en el compromiso y la responsabilidad moral que aparejaba la repartición del dinero. La joven, hasta en ese momento, no se había detenido a considerar el punto. ¿Debería distribuir la suma por partes iguales a las tres hijas de Don Antonio? ¿No sería mejor aplazar tan grave asunto hasta que hubiera tiempo de consultarlo? Pero consultarlo, ¿con quién? ¿con Enrique?... Eso sería exponerse a otra negativa y a nuevos contratiempos. Ella había sufrido mucho, y la tardanza era un peligro...

—No, no, es necesario salir de esto cuanto antes —pensó afirmándose en sus juicios—. Yo cumpliré en conciencia el mandato de Don Antonio.

Y acabando de formar esta última resolución, se dirigió a su madre y a su hermana, diciendo:

—Debemos separar la tercera parte de este dinero para esta noche misma entregarlo a la heredera de aquí y guardaremos el otro para las dos hijas que están en Santo Domingo.

—¡Hombre! ¡bonito fuera! —¿Y qué dejas para nosotras? —preguntó la madre.

—¡Para nosotras? Dejaremos guardado el anillo, pues sería imprudente entregarlo, ni a la hija de aquí ni a las de allá —contestó Engracia con su inocente sencillez.

—¿Ese anillo? ¿después de tantos trabajos y tantos sustos? —murmuró la madre con acento de verdadera sorpresa.

—¡Oh! pero Engracia, según pensabas darle una parte a Enrique —repuso Dolores; y al querer terminar el pensamiento, la interrumpió nuestra heroína.

—¿Yo, a Enrique? ¿Estás loca? Ni a él ni a nadie. Mal podría yo disponer de una cosa que no me pertenece. Eso sería un robo.

—Pues no es un robo; yo no consiento que nos quedemos sin nada —le respondió la madre con su tono de autoridad.

—No repitas eso, no repitas eso, por Dios, mamá, mira que me entristece oírte hablar así. La honradez es nuestro único tesoro, y si nosotras dispusiéramos de un centavo ajeno, ya no seríamos honradas.

Y venciendo, en esa lucha, al fin Engracia, por haber encontrado accesible el camino donde sembraba su doctrina, terminó de esta manera:

—Vamos, mamá, vamos, Dolores, separemos la tercera parte de la suma y, ahora que el pueblo duerme, aprovechemos el momento para llevarla.

—¡Cómo! ¿entonces quieres que la hija y la querida de Don Antonio sepan que tú se la entregas?

—Dios nos libre que ellas ni nadie descubrieran que nosotras hemos sacado este dinero. Me propongo —continuó nuestra protagonista, levantándose de la silla en que se había sentado y trayendo un pliego de papel en blanco, junto con el tintero y la pluma— escribir con la letra bien disfrazada, un anónimo. Para no perder el tiempo, ahora mismo lo verán ustedes.

Y la joven colocó el papel sobre el catre, y, al cabo de algunos minutos, presentándosele a su hermana, le dijo:

—Toma, léeselo a mamá.

Dolores leyó en voz inteligible lo siguiente:

«Doña (N).

Este dinero es de vuestra hija, se lo dejó Don Antonio antes de morir».

«¡Qué sea para bien!»

IV

Acababa el centinela de la Comandancia de dar la campanada de la una. La población dormía y en sus anchas y desiertas calles se compartían el domingo: la negra sombra que reflejaba de un lado las angulares techumbres de las viviendas, y la pálida luz de la luna que brillaba en el otro.

El silencio, a fuerza de acallar todo, se hacía imponente, y no parecía sino que la naturaleza en aquel instante ofrendaba a Dios.

Nuestra heroína, juntando las manos, como una virgen en acción de gracias, también levantaba los ojos al cielo, después de haberse alejado un poco, con su madre y hermana, del bohío de la que fue querida de Don Antonio. Una parte de su misión estaba cumplida. Ella misma había tirado, por el alero del aposento, en donde dormía la heredera, el talego que contenía la suma apartada en monedas de oro y plata, y que llevaba, en la parte de afuera, el anónimo prendido con un alfiler.

Dos horas después, mientras estas tres mujeres, dormían el sueño de la conciencia tranquila y de la satisfacción bendecida por Dios, que inspiran las buenas acciones en la vida, Candelaria Ozán, desgarrada y furiosa, echaba ternos y maldecía cielo y tierra en el potrero de Don Antonio.

Por las explicaciones que acababa de darle el hombre, al cual, junto con ella y la otra mujer, había visto la madre de Engracia hollando debajo del tamarindo, se convenció la tía de Felipe de que el dinero lo habían sacado.

Ese hombre era uno de los servidores de más confianza que tuvo Don Antonio, y siempre, por razones que no son del caso explicar, había estado en la sospecha de que ese dinero, a que nos referimos, estaba escondido en *La Costa...*

Candelaria no se podía conformar con el terrible fiasco que acababa de recibir. Ella, después de la muerte de su víctima, al oír la fama del tesoro enterrado, se forjó la ilusión de que también iba a ser la heredera. En este mundo no tiene nada de extraordinario, que al asesinato se una el robo.

CAPÍTULO V

Una carta y un tropezón

I



ambién Antoñita, en el intervalo de esas cuarenta y ocho horas en que la hemos perdido de vista, había tenido sus luchas y tormentos. Herida en su orgullo, a causa de la conducta de Enrique, como ya lo hemos dicho, no podía conformarse con que este se hubiera ausentado de Baní, sin que entre los dos hubiesen meditado algunas aclaraciones. En la ofuscación de sus ideas, por el estado febril en que se hallaba, ella hubiera querido desatarse en improperios contra el joven, echándole en cara su descortesía, su ingratitud, su mala crianza, en fin, y haciéndole ver que le importaban muy poco, o absolutamente nada (lo que precisamente causaba su mayor mortificación) la indiferencia y el desdén con que él la había tratado.

En esos dos días su malestar interior no podía esconderse, se revelaban en todo, y a cada paso se hacía más visible en la expresión de su semblante; en los suspiros que se escapaban de su pecho; en el descuido y la poca presunción de su *toilette* en su manera de hablar; en el sí o no de sus contestaciones distraídas, cuando por algún motivo era interrogada, y en su retraimiento a los lugares más solos de la casa.

La mañana en que se fue Enrique, tuvo momentos de verdaderos arrebatos. —¡Es un sinvergüenza! ¡qué hombre tan indigno! ¡lo cogiera y lo matara! —dijo alzando la voz y con la mayor acrimonia, en uno de sus soliloquios. En otra vez, al chocar en su cuarto con el cuaderno de versos que él le regaló titulado *Páginas íntimas*, lo estrujó entre sus manos y le dieron ímpetus de romperlo. Por su calenturienta imaginación no cruzaban sino ideas inconvenientes. Llegó a escribirle una carta dándole una cita con el objeto de burlarse de él y ponerlo en ridículo. En otra ocasión pensó ir a desahogarse con Engracia, desprestigiándolo y mostrando a los ojos de la amiga los mil defectos que entonces, ella (Antoñita) veía en él.

II

Durante muchos días estuvo la joven dominada por esas impresiones, sin que volviera la tranquilidad. Después que pasaron los acosos de la fiebre, la tristeza la invadió y muy a menudo el llanto regaba sus reflexiones; porque veía claro, en la calma de ellas, que todos esos arrebatos no habían sido más que delirios, hijos de la pasión. Sintió después la debilidad del que ha luchado inútilmente por vencer un mal que no tiene remedio, y al fin le sucedió como a ciertos enfermos, que poco a poco se van acostumbrando al sufrimiento hasta que llegan a la resignación.

—Dios mío, Dios mío, ¿será este un castigo? —se preguntaba una tarde, sentada bajo el jobo de su casa—. ¿Que no haya solución posible para mi problema? ¿Nunca verán mis ojos los horizontes de halagüeñas esperanzas?... ¿Tan solo para mí estarán cerradas las puertas de lo porvenir?...

Y como el caprichoso y ligero pensamiento humano la llevara alguna vez por las regiones de lo difícil, y hasta de lo imposible, ella se decía:

—No, no, la esperanza nunca debe de perderse. Muchas cosas se han visto en el mundo... Es verdad que mi situación es terrible... Pero ¿quién sabe? Engracia puede olvidarlo; casarse con otro... ¡Engracia olvidarlo! ¿qué estoy diciendo? ¿la criatura más leal, y más fiel, y más pura que existe en la tierra? Primero se muere, se muere mil veces... ¡Ah!... ¿y si se muriera por una fatalidad?... ¡Si se muriera! —Y ya en este declive, rodaron por su mente las ideas con asombrosa rapidez, y a su imaginación se presentó el cuadro de la amiga amortajada, y al verla con su corona de flores blancas en la frente, lanzó un grito—. ¡Jesús! ¡Dios mío! ¡qué criminal soy! —La joven, en ese instante, horrorizada de su propio pensamiento, había dado un salto desde el tronco del jobo en que estaba sentada. No pudo resistir la profunda impresión que le causara tan horrible idea, y algunos segundos después, lloraba como una Magdalena, pedía perdón a la amiga ausente; y de rodillas ante la imagen de Regla, que tenía en su aposento, hacía el voto con todo el fervor y la sinceridad del corazón, de resignarse con su suerte sin más esperanza que la de guardar en secreto su desdichado amor hasta la tumba, si acaso no conseguía desterrarlo de su pecho.

III

Acababa Antoñita de hacer estas promesas y ruegos a la Virgen, cuando, al ponerse en pie, limpiándose el sudor y las lágrimas del rostro para no dejar que se vieran señales de llanto, entró al aposento su madre con una carta en la mano, diciéndole en tono cariñoso:

—Antoñita, hija mía, tengo que hablarte de un asunto serio.

—¿A mí, mamá? —preguntó la joven sin poder disimular su sorpresa.

—Sí, hija, a ti sola... ven acá, siéntate aquí —contestó la madre, señalándole la silla que estaba al lado de la cama de la

misma Antoñita y sentándose ella a su vez en el borde de dicha cama.

Nuestra heroína, que todavía no estaba del todo libre de las impresiones que la habían dominado, no sabiendo a qué atribuir aquella llamada con tanta reserva, y fijándose en las palabras: *tengo que hablarte de un asunto serio*, no pudo evitar un temblorcito interior, y al cruzarle la idea de Enrique, se preguntó: ¿Habrà descubierto?...

La señora C., que así llamaremos a la madre de Antoñita, de quien en toda esta historia no hemos hecho el retrato, por no habernos parecido necesario, después que ya estuvieron sentadas, sin reparar la impresión de aquella, se expresó así:

—Pues bien, hija mía, hace tiempo que estaba por hablarte de un asunto que importa mucho a tu porvenir. Tú sabes que yo nunca he querido meterme en darte consejos, ni te he dicho una sola palabra referente a los enamorados que en varias ocasiones has tenido. Siempre me atuve a lo que tú hicieras, sabía que tú no eras como esas otras muchachas, que se alucinan de cualquier cosa, y deciden sus amoríos sin consultar la prudencia y el buen juicio. Yo estaba segura de esto, y sabía que el buen consejo guiaría tu corazón. Cuando se habló de Felipe Ozán, ya conoces las contestaciones que di a su tía Candelaria y cómo la despedí al fin para que no te importunaran más. En los decires y murmuraciones que ha habido con respecto de ese joven de Santo Domingo...

—¿De Santo Domingo? ¿cuál? —preguntó Antoñita interrumpiendo de repente el discurso de su madre.

—No, hija, no te alarmes, espera —dijo la señora C., levantando la mano, como para tranquilizarla, al ver su impaciencia y turbación.

—Yo sé —prosiguió con su tono bondadoso, que a ti no te hubiera sido indiferente el amor de ese joven.

En este instante Antoñita mudaba de colores, apretando el pañuelo que tenía en la mano, mientras la madre continuaba diciendo:

—Las madres tenemos el instinto de adivinar... Yo sé que si él hubiera estado enamorado de ti, como lo creyeron Engracia y tus hermanas, muchas veces habría vuelto a Baní, ¿no es verdad?

—Sí, mamá, así es —balbuceó la joven, descargando el peso que la abrumaba, al comprender que era a Eugenio a quien se refería.

—También sé que tus aspiraciones han sido siempre las de amar a un hombre de letras; pero hija mía, en este mundo no se realizan las cosas como una las sueña, y la felicidad no consiste tampoco en esos ideales. Aceptar como esposo a un hombre bueno, digno, honrado, que no sea bruto y que te ame con el puro amor del alma, es mejor que irse a exponer a recibir desengaños. Por tanto —prosiguió la madre, cogiendo la carta que había puesto sobre la cama, y presentándosela a su hija—, esta carta te ofrece ese bien, y yo te la entrego en la esperanza de que no despreciarás el amor y la mano de tu primo Eduardo.

—¿Cómo? ¡Eduardo! —exclamó la joven.

—Sí; Eduardo González, el hijo de mi hermana Rosalía —contestó la madre, y poniéndose en pie, continuó hablando del modo siguiente:

—Él no había querido dirigirse a ti, porque temía un desprecio. Yo, que conozco la pureza de sus intenciones, y mi hermana, que sabes te quiere con predilección, lo hemos animado para que te escribiera. De más estaría decirte que para mí será la felicidad más grande el día que te vea unida a él.

Antoñita no volvió a pronunciar una palabra. La madre se retiró del aposento para la sala.

IV

Mientras estaba pasando la escena que acabamos de describir, tocaba la casualidad de que, en una tertulia, de

esas que se forman todas las tardes en Baní, a la sombra de la puerta de alguna tienda, se emitían pareceres sobre el porqué Antoñita no había correspondido a ninguno de sus enamorados, y todos concluían por afirmar lo que ya nadie ignoraba en el pueblo, y era, que nuestra protagonista amaba en secreto a alguna persona.

Don Postumio, que se hallaba en esa reunión, quiso defender a su discípula; pero, como precisamente hacía algunos días que él también estaba en esa sospecha, no pudo sostener la negativa.

Cuando la conversación versó sobre otro tema, nuestro antiguo comandante de Armas aprovechó un momento de silencio, y se despidió de los amigos.

Mientras iba caminando, en dirección a su casa, se dio a pensar en esas afirmaciones que acababa de oír. ¿Sería mentira, o sería verdad que Antoñita amaba? En el pueblo, hasta entre las mismas muchachas se murmuraba lo último, y a él le habían cruzado sus dudas, y había hecho sus conjeturas fundadas, al observar las distracciones de ella, los ahogados suspiros, y otras veces, ciertas inquietudes y desasosiegos sin motivo, y ciertas tristezas repentinas que no se explicaban. Él veía claro que en aquel corazón estaba pasando algo que la preocupaba, y ese algo, ¿qué podía ser? Antoñita tenía en su contra su exquisita sensibilidad, era extremosa, delicada, impresionable... Es verdad que no era una señorita veleidosa, ni alucinada, sino por el contrario de buen juicio, y que parecía hasta fría e indolente en materia de amoríos. Pero tenía ya diez y nueve años.

No siempre iba a permanecer el ave dormida con la cabeza bajo el ala. Algún día alguien debía despertarla... Y, ¿quién la había despertado? ¿Por quién sentía ese misterioso amor...? Ahí estaba la confusión de Don Postumio. Ella había visto con desprecio a Felipe Ozán, y tras de Felipe Ozán a los otros que la habían requebrado... ¡Cuántas veces, al hablarle de esos enamorados y al entretener conversaciones en íntimas confianzas

sobre ellos, y hasta sobre el mismo Eugenio, por ver si descubriría el secreto, Antoñita, con la franqueza y sinceridad del que no dice mentira, concluía por probar que todos le eran indiferentes! Nuestro hombre, en aquellos momentos, quería convencerse de esas protestas; pero después volvían sus dudas y se aumentaban sus sospechas. En esa disposición se hallaba su ánimo en aquella tarde. Pensando, y calentándose los sesos, se afirmó en la idea de que efectivamente la joven amaba; y no pudiendo vislumbrar ninguna probabilidad en favor de nadie, se dijo en su interior:

—¿Con eso y con que sea a mí? —Nada tenía de particular que él fuera quien le hubiese inspirado esa pasión a su discípula. Y ya penetrando más y más en los halagos de este camino, principió por recordar algunas palabras de Antoñita y por dar interpretaciones favorables a su presunción; se fijó en las confianzas e intimidades con que siempre lo había distinguido, reflexionó sobre el gusto que demostraba en pasarse las horas en su tertulia y conversación; atribuyó cierta seriedad intencional a las bromas que ella le daba con otras muchachas del pueblo, y no perdonó tampoco en la recolección de cosas que acomodaba a su sentir, ni aun aquella superioridad con que a veces quería imponérsele la discípula en las discusiones.

—¡Ah! ¡tonto!... ¡cuánto tiempo me he pasado sin comprenderlo! —exclamó Don Postumio, entrando ya a casa y dirigiéndose a su aposento. En sus cavilaciones había resuelto ir a ver a Aritoñita, y en esa misma tarde hacerle una declaración formal. Animado por ese pensamiento, se fue al espejo, se compuso el chaleco, se mudó el cuello, se arregló el lazo de la corbata, se alisó el pelo, se atusó el bigote y tomando de su armario un pañuelo limpio, derramó sobre él algunas gotas de esencia, y acto continuo salió a poner en ejecución su proyecto.

V

Al llegar a casa de Antoñita la encontró sola en la sala.

Aurelia y Alicia habían ido con la madre a la cocina para arreglar el chocolate y los demás preparativos de la cena.

Todavía meditaba nuestra heroína sobre lo que le había pasado hacía apenas media hora, y no hacía cinco minutos que, por segunda vez, acababa de leer la carta de Eduardo. Ese asunto tenía para ella grandísima importancia, dada la situación de su espíritu y el difícil caso en que se hallaba, desde luego que su delicadeza, por un lado, como mujer de conciencia, no le permitía aceptar el amor de su primo, ni el respeto y el cariño que le tenía a su madre, por el otro, le daban valor para rechazarlo.

Don Postumio, desde el umbral de la puerta saludó a la discípula, no con la desenvoltura de costumbre: se hallaba un poco impresionado. Al tomar asiento le pareció bien acercarse a la silla hacia ella. Se frotó dos o tres veces las manos, medio encogido de hombros, según hacía siempre que iba a expresar sus ideas, y buscando la manera de abordar el asunto lo encontró difícil, sin que antes precediera algún rodeo.

—Antoñita, ¿sabes que tú eres una mujer que a pesar de tu talento, no penetras los corazones? —dijo por último con la voz un poco emocionada.

—¿Yo, Don Postumio? ¿Y por qué?

—Porque mirando claras las cosas no las quieres comprender. O tal vez, tal vez las comprendas, y te hagas la ciega.

—¿Cómo así? Explíquese —contestó la discípula sin atinar por dónde venía su maestro.

—Digo eso —replicó él, queriendo penetrar más en su sondeo, porque siempre he visto tu indiferencia para conmigo...

—¿Indiferencia? ¿yo? ¿para con usted? ¿cuándo? y ¿dónde? —preguntó la joven con extrañeza.

—Tú debes de haber visto en mí el cariño que siempre te he profesado, debes estar convencida de que a ninguna mujer, como a ti, he amado tanto, y sin embargo...

—¡Oh! sí; yo no tengo absolutamente quejas de su buena amistad —interrumpió Antoñita, desviando con finura en otro sentido la manifestación de Don Postumio—. Convencida estoy del cariño de usted; muchas veces me he complacido en alardear de él con Engracia y las otras amigas. Siempre he dicho que usted me quiere y me ha querido con el afecto de un padre, y usted puede estar seguro de que yo le correspondo ese afecto como si fuera su hija.

A esta salida inesperada de la joven, se quedó frío Don Postumio. A él no le había pasado por la idea la diferencia de edades, ni hallaba que esta fuese tan desproporcionada hasta ese extremo.

—¿Conque es decir que yo soy un viejo, que no te inspira otra especie de cariño sino el de padre? —replicó el maestro, recalcando mucho las palabras, y ya sin rodeos, al sentirse lastimado en su amor propio.

—¿Y qué otro puede haber más sincero y más puro que ese? —interrogó la discípula sin darse por entendida; y, aparentando la más espontánea sencillez, añadió—: Pues tanto es así que siempre he pensado que será usted, el día en que me case, el padrino de mi matrimonio.

—Cayósele el alma a Don Postumio, y hallándose en tan falsa posición, no sabía cómo salir del paso, cuando a este tiempo entraron a la sala Aurelia y Alicia, quienes con su presencia, vinieron a sacarlo del conflicto. Él, aprovechándose luego del momento en que las llamaban a cenar, tomó su sombrero y se despidió. Cuando se vio en la calle, al pensar en el ridículo, apretó los labios, hizo una mueca y con un movimiento afirmativo de cabeza, se dijo:

—¡He dado un tropezón!...



CAPÍTULO VI

Realidades que parecen inverosímiles

I

Era el nueve de marzo del siguiente año, y Baní pasaba por una de esas sequías que calcinan el pasto de sus campos y agotan las aguas de su río. Ese viento recio que baja de las montañas arrasando muchas veces el fruto en flor, y que en el poblado nos importuna en el día y nos asusta en las noches, al quebrar sus ondas entre los aleros de los bohíos, produciendo en sus vibraciones el agudo silbido de sus pitos de bronce, no cesaba de soplar.

—Sí, está visto. No es posible que pare la luz esta noche si no se cierran las puertas —dijo Engracia desde su aposento, levantándose de la silla, al ver que se había apagado por tercera vez la lámpara de la sala.

—No parece sino que va a haber tormenta —murmuró Antoñita, que se hallaba con ella y que se había pasado toda esa tarde en su compañía.

—Como este viaje se ha trastornado tantas veces, no lo dudo. ¡Eso solo faltaría para el completo de mi fatalidad! —respondió Engracia ya con la luz encendida y acomodándola en un rincón para resguardarla del viento.

Nuestras dos heroínas hacía tiempo que no dejaban de verse un solo día. Antoñita, después de sus fervorosos ruegos a la Virgen y de la declaración de Eduardo, no volvió a sentir los accesos de la fiebre de ese amor que tanto mal le había hecho. Ya no se sonrojaba con la presencia de Enrique, ni sufría aquellas violentas sacudidas interiores cuando se hablaba de Enrique. Muchas veces se creyó completamente curada. Sin embargo, jamás pudo volver a conseguir la plácida serenidad de su existencia; ella sintió siempre una profunda melancolía. En su corazón quedaba viva la cicatriz de esa herida, y en su alma el malestar de un vacío que nunca podía llenarse. Esa tarde habían hablado mucho las dos amigas; la una se iba para Santo Domingo en la madrugada, y la otra fue a despedirse de ella.

Cuando Engracia, con la profundísima tristeza que la agobiaba, acabó de pronunciar aquellas palabras, que revelaban la desconfianza que existía en su ánimo, de que una tempestad viniese a trastornar su viaje, Antoñita, cerrando la puerta de la calle, decía:

—Dios ha de querer que no; el cielo está claro: todo no ha de ser contratiempo. —Y después de un rato de silencio añadió—: No sé por qué me da el corazón que hasta eso que dicen de Enrique es una mentira.

—¡Ay! Antoñita, yo no tengo esperanza; soy muy fatal—murmuró la joven con la voz conmovida—. Voy a Santo Domingo por esa carta de mi madrina que te mostré y por el deseo de complacer a Eugenia María, que tanto me ha llamado. Por lo demás, ¿a que iría yo sino a renovar el dolor de mi desengaño?

La pobre Engracia, que no podía declarar ni a su amiga, ni a nadie, el verdadero motivo de su viaje, se aprovechó de la circunstancia de la carta que había recibido de su madrina, en la cual, al participarle la sensible noticia de la muerte de una hija, le suplicaba se fuera a San Carlos, lugar en donde entonces vivía, a pasarse con ella siquiera una semana. Y se aprovechó también, nuestra protagonista, del llamamiento que, desde el Asilo de Beneficencia, acababa de hacerle Eugenia

María. No ignoraba Antoñita la correspondencia que Eugenia, hacía tiempo, había establecido con Engracia manifestándole el cariño que le inspiraban las bellas cualidades de esta, y expresándole, últimamente, al encontrarse en el lecho de la tisis, el interés y el gusto que tendría de conocerla antes de morir.

II

Engracia, a pesar de sus esfuerzos, no había podido entregar el dinero a las otras herederas de Don Antonio. Los talegos permanecían en su poder. Ella, desde el día siguiente en que la dejamos dormida, después de aquellas zozobras y fatigas porque había pasado, formó la resolución de trabajar sin descanso en sus labores hasta reunir una suma que le facilitara la manera de ir a Santo Domingo. Al cabo de algún tiempo logró reunirla; pero en la enfermedad repentina que atacó a una de las hermanas, se vio en el caso de gastarla en medicinas, médico y alimentos. Tuvo que trabajar de nuevo. ¡Cuántos afanes! En el término de esos nueve meses habían sido muchas y muy grandes las dificultades. No parece sino que la mala suerte se complacía en no dejarla de la mano, y el destino se cebaba en la pobre joven para hacerla sufrir. Así pasa en el mundo: caen con todo su rigor las tribulaciones sobre una criatura inocente y buena como un ángel, y no se van a castigar el vicio y la maldad...

Desde la mañana en que despertó, viéndose obligada a guardar ese dinero, principiaron otra vez sus desazones. ¡Y guardarlo en una pobre casita tan insegura sin un hombre que lo defendiera en un caso dado!... La responsabilidad de ese compromiso la tenía intranquila. Ella no dormía con sosiego. A cada momento le parecía que iban a descubrirlo. Cualquiera incidente que se relacionara con él la hacía temblar.

En una ocasión porque oyó decir que Candelaria Ozán aseguraba que tres mujeres lo habían encontrado en *La Costa*,

se quiso caer muerta del susto. Y tras inquietudes y disgustos vinieron más tarde las amargas luchas con la madre, la cual, a medida que se estrechaba la situación económica de la casa y se presentaban los apuros en la familia, quería que la hija echase mano de alguna suma para remediarlos. La madre, como lo sabe el lector, aunque buena, era una mujer muy interesada, y no le parecía, en conciencia, que se faltaba a la honradez disponiendo de una parte de ese oro que ellas habían desenterrado. Engracia, con sus reflexiones y con la dulzura de su carácter, lograba disuadirla de la tenacidad de su propósito como sucedió la noche en que separaban el talego que correspondía a la hija de la querida de Don Antonio; pero ella siempre quedaba inconforme y cada vez que se presentaba la oportunidad, volvía a su constante tema. En esas terribles luchas se pasaban los días, y las semanas, y los meses. Pero nada hubieran sido para nuestra heroína las mortificaciones de esos conflictos, en comparación de lo que le estaba pasando. ¡Ay! lo que verdaderamente amargaba su existencia, lo que llenaba su alma de dolor; lo que tenía despedazado su corazón era la incomprensible conducta de Enrique para con ella. Por aquel entonces la frialdad del ingrato amante había llegado a su colmo. Ya no valían las protestas, ni las súplicas, ni las lágrimas de la virgen angustiada para mover su indiferencia. Enrique se había enamorado locamente, según su costumbre, de una señorita de la capital, y con cartas parecidas a las que escribió a Eugenia María, en idéntica situación concluyó por romper la promesa que lo ligaba a Engracia.

Al principio con la vulgaridad de sus recursos morales trató de justificar su inicuo proceder, ensalzando las virtudes de ella para decirle que él era indigno de su amor; que él no podía consentir en que una mujer tan buena se hiciera desgraciada, uniendo su suerte a la suya, que ella se merecía mejor partido. Y después, copiando exactamente las frases que había dirigido a Eugenia María, y con los mismos estribillos de «no quiero entretenerte por más tiempo», y de «no puedo hacerte feliz», dio por terminadas las relaciones.

III

De ese modo había marchitado, ¡el pérfido! las flores del alma más pura que pudiera existir. La casta doncella vio desvanecidos para siempre sus dorados ensueños, y de negro se vistieron los horizontes de su porvenir. Aquella fue una sacudida que volcó de su corazón el nido de sus ilusiones; y una a una volaron sus esperanzas. Golpe terrible, golpe de muerte fue para ella, que inocente y sencilla, jamás había imaginado que pudiera experimentarse en la vida una decepción tan injusta y un desengaño tan cruel.

Por eso había sufrido tanto. Cuatro meses hacía de la última correspondencia de Enrique, y desde entonces la amargura y el dolor, apacentados en su alma, le hicieron verter lágrimas a millares.

El llanto fue siempre la expresión de su sentir. Jamás se le oyó una palabra ofensiva, o descompuesta, ni siquiera en los momentos de esos desahogos en que manifiesta el amor desdeñado su natural indignación. De nadie se quejaba sino de ella misma.

—Yo soy la única culpable —decía a su madre y hermanas cuando estas hablaban de la infamia y deslealtad de Enrique—. —Yo, que soy una tonta, insípida, sin atractivos para hacerme amar.

Y de ese modo, con la prudencia y la bondad de una mártir, al lamentar su suerte, atribuía siempre la causa de todo lo que pasaba a su destino.

Afirmándose en el fatalismo de ese pensamiento había perdido todos sus gustos, y le parecía que ya para ella no volverían más nunca los goces de la vida.

Esa noche, al querer Antoñita, Isabel y Dolores abrir su baúl para colocar en él los mejores trajes que tenía, con el fin de que se animara y paseara en la capital:

—No los pongan, es inútil —les dijo—. Yo no veré la ciudad sino en el momento que vaya a La Beneficencia a visitar a Eugenia María.

Y en efecto, así lo hizo la entristecida joven; pero desgraciadamente le fue imposible llevar a cabo el proyecto que había combinado.

Y ahora sabremos por qué.

IV

Desde hacía mucho tiempo, pensando y volviendo a pensar en la manera de cómo pondría en posesión de los dos talegos a las hijas de Don Antonio, sin que se descubriese que ella los había entregado, se le ocurrió comunicar el secreto a Eugenia María, para que esta, valiéndose de los medios que indudablemente le facilitarían su estado religioso y su misión como hermana de la caridad, fuese la que la sacase del apuro. Bajo la influencia de esa idea y con ese propósito, llegó a San Carlos, acompañada de su madre, a las doce del día de esa misma madrugada en que salieron de Baní. Era un sábado de cuaresma, y Engracia, en su impaciencia, con el deseo de descargarse lo más pronto de la responsabilidad, que tanto la había mortificado, no quiso esperar más tiempo, y a las cinco de esa misma tarde dirigía sus pasos, junto con su madre, al Asilo de Beneficencia. Cuando llegaron al *Rastrillo*, poco antes de pasar el baluarte del Conde, hoy 27 de Febrero, no pudo explicarse ella por qué le dio un salto el corazón. Sintió miedo y quiso retroceder.

Siguió, sin embargo, y ya al entrar a la puerta se chocó con Enrique que venía al lado de su nueva novia, entre otros jóvenes y señoritas. Al cederles el paso se quedó como muerta, recostada de una de las paredes del baluarte.

—¡Canalla! —murmuró una voz que parecía verter en esa expresión todo el enojo de un alma indignada.

—Cállate, cállate, mamá.

—¿Por qué he de callarme?... ¡Infame!... ¡Infame!...

—¡Cállate! ¡por Dios! ¡por Dios! ¡mira que me haces mal; que me matas! —Y la joven, recobrando fuerzas ante este otro

conflicto en que la ponían los improperios con que la madre insultaba a Enrique, se apartó de allí precipitadamente.

Iba Engracia con el pecho oprimido y bebiéndose las lágrimas. Habían tomado la dirección de la calle Palo Hincado, y cruzaron luego por la de Santo Tomás. Poco después de haber andado en la primera cuadra se detuvieron. Venía un entierro. La cruz y un grupo de monacillos que habían salido de la iglesita de San Andrés, fue lo primero que alcanzaron a ver, oyendo al mismo tiempo el doble funeral de las campanas de El Carmen.

Sobrecogidas por la impresión, y temiéndose la una a la otra, al extremo de no atreverse ni a mirarse siquiera a la cara, subían y bajaban las desiguales y angostas aceras de ese barrio, cuando se presentó a sus ojos el ataúd, forrado de blanco, con sus coronas de flores encima. Alrededor de él les llamó la atención, haciéndolas estremecer, algunas hermanas de caridad, quienes traían sujetas por sus extremos las cintas que estaban prendidas del mismo ataúd.

Asomábanse a las puertas los moradores del vecindario, y los transeúntes se detenían en las esquinas mientras pasaba el cortejo fúnebre.

Engracia, temblando de susto, no se atrevía a pronunciar una sola palabra; recelaba otra desgracia.

La madre, que tampoco las tenía todas consigo, al acercarse a un grupo de mujeres que estaban de pies sobre la alta acera de la única casa que en aquella calle tiene ventanas de rejas, rompió por último aquel atemorizado silencio:

—Ven, hija, parémonos aquí.

En ese mismo instante una señorita, de las del grupo, le contestó a otra con quien hablaba:

—¡Sí; la pobre! yo la conocía... la traté mucho antes de meterse en el Asilo... y ese hombre tan infame... ¡y ella tan buena! Se sacrificó en aras de su amor.

—¡La pobre! —repitió muy compadecida la interlocutora, en el momento que una voz medio atiplada decía:

—Yo también la conocí; se llamaba Eugenia María...

—¿Eugenia María? —balbuceó Engracia, como quien recibe por fin el tremendo golpe que esperaba.

—¿Y dicen que él la olvidó por una muchacha de Baní?

—Sí —repuso la señorita interpelada— pero esa muchacha ha merecido su castigo.

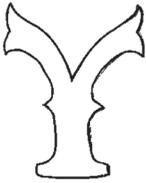
—¿Mi hija...? ¿Qué están diciendo? ¿mi hija?... ¿No conocen ustedes a mi hija? —interrogó la madre dominada por un ímpetu y con un acento en que se revelaba la sorpresa unida a la cólera, mientras nuestra heroína, apartándose de allí, y ya sin fuerzas para contener la terrible emoción que la ahogaba, exclamó:

—¡Castigo!... ¡Yo!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué es esto?...

Entretanto el entierro se había acercado, y, ante el imponente espectáculo, todas guardaron silencio.

CAPÍTULO VII
Post Nubila Phoebus

I



a la tarde se iba, y, como quien se despide con melancólica tristeza, perezosa recogía los tendidos mantos de su luz, para dar paso a la sombra –negra inquilina– que la invade con sus densas e impalpables lluvias de oscuridad, persiguiéndola, antes en el bosque que en el llano, y, primero en la iglesia, para después botarla de la calle.

Engracia hacía apenas una hora que se hallaba otra vez en San Carlos. Acababa de referir a su madrina, todavía manteniendo viva la emoción, los dos terribles e inesperados encuentros. ¡Ah! ¡cuánto hubiera deseado hacerla confidente también de su secreto! Por dos veces, estuvo casi al declarárselo todo; pero alguna seria consideración, sin duda, la contuvo.

La madrina, que la amaba entrañablemente, lloró junto con ella esa tarde, y le prodigó con cariñosas palabras la ternura de una madre. Engracia, que era agradecida y razonable, sintió un grande alivio a su dolor. Momentos después tuvo necesidad de orar, y decidió irse sola al templo, que quedaba muy cerca de allí. Al entrar en el sagrado recinto, en donde ofrendan a Dios los católicos de la isleña villa, ocupado en aquel instante por

algunas mujeres devotas que estaban hincadas, haciendo sus rezos, divisó, entre el silencio y el claro-oscuro de uno de los extremos, la respetable figura del sacerdote que, levantándose del confesionario, acababa de absolver a una penitente. Era el padre Rafael García, el virtuoso pastor que por tantos años, con edificante ejemplo, condujo la cristiana grey de aquella parroquia. A nuestra angustiada señorita, repentinamente le cruzó una idea, y sin detenerse a reflexionarla, se acercó a él diciéndole:

—¿Padre, si me hace usted el favor...?

—Para eso estoy aquí; ese es mi deber: auxiliar espiritualmente a todos los fieles —contestó él con la humildísima voz que le era peculiar, sentándose otra vez en el confesionario.

Engracia vaciló un poco; no había sido esa su intención, ni se hallaba su ánimo preparado para ello.

—Hija mía, ya te espero; encomiéndate resignada y arrepentida a Nuestro Señor que está en los cielos —dijo con dulzura el padre García.

Nuestra heroína instantáneamente se arrodilló junto a la rejilla que le quedaba a la izquierda. Pasóse entre ambos un rato de profundo silencio. Ella, pensando en la mejor manera de comunicarle el secreto relativo a los talegos de Don Antonio, no encontraba palabras para principiar, mientras que él, exhortándola con el amor y la caridad del verdadero ministro de Jesús, sin apartarse de los mandamientos, la distrajo al fin de su propósito y penetrando con unción en lo íntimo de su alma, fue poco a poco, llevándola de pregunta en pregunta, y de consejo en consejo, hasta el término de la más completa y fervorosa confesión. ¡Qué desahogo tan grande sintió su pecho! ¡Cómo sin tener manchas que limpiar en su conciencia, ni culpas de que arrepentirse se descargó su espíritu del terrible peso que la agobiaba! En el fondo de su amargura cayeron como bálsamo de miel las palabras del sacerdote.

—¡Ah! ¡qué consoladora es la confesión! ...¡Y qué piadoso es el padre García! ¡Con qué suavidad nos atrae al tribunal de

la penitencia! No parece sino que tiene un Don especial para ello. Sin darme cuenta a mí misma, sin saber cuándo me ha confesado –decía Engracia, media hora después a su madre y a su madrina, revelando en su semblante la mayor satisfacción.

II

Y con efecto, no exageraba ella, al expresarse de ese modo, ni en los conceptos emitidos en honra del que fue cura de San Carlos, de quien saben todos que en su misión evangélica era un verdadero siervo de Jesucristo, ni en la situación moral de su ánimo. ¡Había sufrido tanto!... Y se hallaba tan agradablemente impresionada...

Después de haber hecho su cristiana confesión, realizó su deseo, relatando al sacerdote la historia del dinero de Don Antonio. ¡Qué sorpresa para el padre García! Escrupuloso y tímido como era, titubeó al principio, no queriendo hacerse cargo de los talegos. Se asustó de poseer un secreto como aquel, y parecióle una cosa muy grande, que podía traerle algún cargo de conciencia, desde luego que tal vez se haría difícil cumplir religiosamente con una recomendación en la cual se imponían condiciones peligrosas. ¿Cómo evitar que no se supiera la entrega de ese dinero? No era justo tampoco que él se ganara méritos y gratitudes que no le correspondían. Confundido en estos pensamientos, se le ocurrió aplazar el asunto hasta consultarlo con el Arzobispo; pero recordó que no podía hacerlo sin el permiso de la confesada, y bien pronto, compadecido con las súplicas que esta le hacía, y con las razones que le expuso, se convenció de que iba a hacer una obra de bien, y terminó por decirle:

—Pues bueno, hija, yo cumpliré con tu recomendación.

—¿Y cuándo?

—Tan pronto me sea posible.

—¿No podría ser mañana?

—¿Mañana...? Es Domingo de Pasión... quién sabe... —respondió el padre García, en tono de incertidumbre.

—Pero como quiera que sea, indíqueme la hora en que mi madre y yo podamos llevarle el dinero.

Mientras el cura se quedó pensando con la cabeza baja, y con el dedo índice apoyado en la frente, Engracia repuso:

—Si usted quisiera, nosotras podríamos llevarlo a su casa esta noche después de las nueve.

—No, prefiero que sea mañana en la noche —respondió él categóricamente levantándose del confesionario.

Había reflexionado en que era necesario preparar de algún modo el terreno antes de entregar los talegos a las hijas de Don Antonio, y después de contestar de esa manera se despidió de ella con un grave y respetuoso saludo.

Engracia quedó de rodillas haciendo su oración.

III

Como si hubiera estado escrito en el libro de los destinos, que ese dinero, hasta el último momento, debía ser para esa criatura un suplicio, resultó que la madre, volviendo al tema de otras veces, se opuso a que se entregara si antes no se apartaban algunas monedas para ellas. Esta nueva lucha la resistió Engracia con la resignación de siempre; y ofreciéndola a Dios como una prueba de penitencia, ni por un instante se alteró la paciente calma con que objetaba a su madre, ni se amargó el humor de su espíritu. El dulce ruego, la humilde súplica y la persuasión de un alma convencida en la fe de su virtud, vencieron al fin.

IV

Eran las once de la noche del domingo indicado. Todo San Carlos dormía, y nuestras dos mujeres burlando el sueño de

su huésped, y sin que nadie las encontrara a su paso, habían llevado los talegos a casa del padre García.

Engracia, que llevaba también el anillo de las iniciales desconocidas, mostrándoselo y abriendo el secreto en donde estaba el pelo, le dijo:

—Padre, aquí está el anillo de que le hablé. También deseo depositarlo en sus manos. Tómelo.

—No, hija, no, guárdalo tú, y consévalo en tu poder hasta que se descubra a quién pertenece. Es una prenda que puede encerrar alguna historia, y no sería prudente entregarla ni a la esposa, ni a las hijas de Don Antonio.

La madre de Engracia, que hasta entonces había permanecido en silencio, no pudiendo resistir a la tentación que la devoraba en sus adentros, se levantó de la silla en que estaba y acercándose al cura le dijo:

—Y bien, padre, ¿cree usted justo, que nosotras, tan pobres como somos, habiendo hecho gastos, y habiendo pasado por tantos tormentos para desenterrar ese dinero, nos volvamos a Baní, sin que se nos dé una pequeña suma, siquiera para remediarnos de las más urgentes necesidades?

Engracia, al oír esta pregunta, se quedó fría, y lanzó una mirada de disgusto a su madre.

El padre García, observando la desaprobación de la joven, y un tanto receloso, contestó así:

—¿Cómo? ¿Y son ustedes muy pobres?

—Pobrísimas, padre; yo soy una viuda y con tres hijas. No tengo sino el trabajo de cada día. Esta vive —añadió refiriéndose a Engracia— con la aguja en la mano. Las otras dos cosen, lavan, planchan y me ayudan en los demás quehaceres de la casa. Por ese dinero, usted no es capaz de figurarse, padre, los sinsabores que hemos pasado. El día que lo desenterramos se nos desgarraron las manos, y después... ¡qué de contratiempos!... ¡cuántos disgustos! Esta muchacha ha sufrido mucho, mucho. Para hacer este viaje, no se sabe los sacrificios...

—¡Por Dios, mamá! —exclamó Engracia en la mayor angustia.

—No, hija, déjame hablar, es necesario que el padre lo sepa todo, todo; que compadezca nuestra situación, vea si es justo que se nos dé alguna cosa para no irnos con las manos vacías...

—Pero mamá, ¡Dios mío! —volvió a decir Engracia, acercándose a la madre.

—¡Ah! —exclamó el buen cure de San Carlos, dominado por uno de sus arranques compasivos—, ¡justo es, muy justo! —y murmurando esas palabras, se dirigió al aposento, en donde había puesto los talegos, y sacó de uno de ellos cuatro onzas españolas.

Al volver a la sala se las puso en las manos a la madre de Engracia, quien al recibirlas, llena de agradecimiento, lo colmó de bendiciones.

Entretanto la hija, sin poder disimular el sonrojo, en la amargura de aquel suplicio, había bajado la frente y sumida en profundísimo silencio parecía la estatua de la resignación.

El padre García, comprendiendo lo que pasaba en el fondo de esa alma, de la cual él había tenido la oportunidad de conocer los delicadísimos sentimientos, trató de desvanecer en ella la desagradable impresión, probando con persuasivas palabras que muy pocas personas, en un caso como aquel, se hubieran conformado con devolver ese dinero, sin exigir de sus dueños una buena recompensa; y añadiendo que esas cuatro onzas que acababa de entregar no valían la pena de tomarse en consideración. Pero el padre García, que llevado de sus impulsos generosos, obró y habló de esa manera, pocos momentos después de haberse retirado de su casa Engracia y la madre, no podía soportar la agitada situación de su espíritu.

—¿Qué he hecho yo, Dios mío? ¿Cómo he podido disponer de una cosa que no me pertenece? —se decía, apretándose las manos sobre el pecho, y con tanta compunción, como si verdaderamente hubiera cometido un crimen.

Él se había puesto a pensar en las cuatro onzas que regaló a la madre de Engracia, y examinando este proceder, escrupuloso como era, e impresionable además, le pareció encontrarse

reprendido en su conciencia. Sufrió mucho considerando aquello como una flaqueza, y después de hacerse los reproches que le sugería su delicado sentir, procuró combinar la manera de reparar la falta. Se fue a su armario, abrió la gaveta en donde guardaba su dinero, y registrándola parsimoniosamente, sacó de ella una onza que había economizado, con el fin de gastarla en el monumento del Jueves Santo, y tres pesos en plata, que era todo lo que constituía su capital.

—Esto no alcanza —murmuró como si hablara con otra persona—. Faltan tres onzas. ¿Cómo hago para conseguir las? —y después de esta pregunta se quedó un instante cavilando: —¡Ah!, —exclamó repentinamente—: empeñaré las prendas.

Se refería a dos cadenas, un medallón y un alfiler de oro, que le quedaban como resto de la herencia de su abuela materna, y que se habían salvado de las caridades que hacía.

Consolado con ese pensamiento pudo conciliar el sueño ya cerca de las tres de la madrugada.

A la mañana siguiente, estuvo largo rato orando antes de decir la misa. Si en San Carlos hubiera habido otro sacerdote, es seguro se hubiera reconciliado. Cuando volvió de la iglesia a su casa no quiso tomar la taza del café con leche, ni el pan con que acostumbraba desayunarse. Había hecho la promesa de no comer nada mientras no repusiera la suma. Pasó casi todo el día inquieto y desazonado, pues hasta por la tarde no pudo conseguir empeñar las prendas. Tan pronto hubo oscurecido, mandó a buscar un coche de alquiler, y yéndose a la ciudad entregó por fin los talegos a la esposa e hijas de Don Antonio, a quienes con horas de antelación había anunciado la visita.



CAPÍTULO VIII O virtud o extravío

I

Habían transcurrido tres semanas, y Engracia y su madre se hallaban otra vez en Baní desde el lunes del concilio. Era la mañana del Domingo de Resurrección. En los últimos días de la cuaresma algunos aguaceros habían caído sobre aquellas sedientas tierras, y cambiando la temperatura, una brisa fresca traía en sus alas el hálito aromado de los campos. La primavera había principiado ostentando las galas de la naturaleza, y un sol hermosísimo doraba las cumbres de las lomas del pintoresco valle. En la inmensa bóveda del espacio brillaban las claridades de un cielo puro, en donde la vista se deleitaba recorriendo las distancias azules, interrumpidas a grandes trechos por nubes blancas, que parecían, en las faldas de los horizontes, promontorios de nácar, y por otros lados, montones de espuma suspendidos reflejando en sus burbujas los cambiantes de la luz. La procesión, después de haber andado las calles de costumbre, entraba en la iglesia, y esparcidos en diferentes grupos se veían en la plaza los alegres cuadros que formaban las señoritas con los vivos colores de sus trajes. Para ellas ese domingo de pascuas, era también domingo de sensación. En la misa de esa mañana el cura había

proclamado la primera y última amonestación del matrimonio de Antoñita con Eduardo González. ¡Cuántos comentarios y qué de interpretaciones traían esas bodas! Nadie en el pueblo las esperaba con esa prontitud, sin embargo de que hacía tiempo todos habían visto los preparativos del novio, y sabían que la realización de ese enlace era el vehemente deseo de la familia de Antoñita y de doña Rosalía, la madre de Eduardo.

II

Engracia también estaba en la iglesia. Esta había sido su primera salida después que vino de la capital. Tan pronto se concluyó la misa, sin esperar la procesión, ni detenerse en ninguna parte, se fue a casa de su amiga. Al entrar en el aposento, en donde esta se había retirado para evitar los parabienes de la gente, la encontró pensativa y profundamente melancólica. Antoñita como quien no quería darse cuenta de lo que le pasaba, permanecía, hasta entonces, en un estado de incertidumbre; sentía una especie de confusión en su espíritu que ella misma no podía aclararse. Desde la tarde en que su madre le entregó la carta en la cual el primo le hizo la promesa de unirse a ella, si lo correspondía, principiaron a agitarse en su interior esas luchas de pensamientos indefinidos; desde esa tarde reflexionó mucho buscando la manera de resolver el problema que se le había presentado. El lector recordará, si acaso nos ha seguido en la relación de esta historia, que Don Postumio la encontró en esas reflexiones cuando tuvo la mala suerte de dar su tropezón. Ella acababa de pasar la crisis de aquella fiebre que le devoraba el alma; y cuando ya desesperada había caído de rodillas, suplicando a la Virgen le inspirase el medio de ahogar aquella criminal pasión, como si el cielo hubiese oído, se le apareció la madre. Entre las negras sombras de su difícil situación, alcanzó a ver un punto blanco, luego ese punto se tornó en luz, y esa luz fue bien pronto una esperanza:

su mal podía curarse. Eso llegó a creer; pero la vehemencia de su afán la engañaba. Pasaron días y más días, y siempre pensando, y siempre confusa, no veía claro el camino que deseaba seguir. Por un lado su voluntad la impulsaba a dar su mano a Eduardo, y por otro su conciencia y su delicadeza se revelaban contra esa idea. ¿Cómo iba ella a engañar a un hombre por quien no sentía otra afección sino la sincera que se le tiene a un amigo?

—¡Dios mío, si es que yo no lo rechazo! ¡Si es que yo lo quiero amar! ¿Cuándo yo más dichosa? ¿Quién otro más digno que él puede presentármese? Así, en la mayor aflicción, decía a su madre, cuando esta, impaciente y llena de enfado, al ver aquella tardanza, le preguntaba:

—Señor, ¿y hasta cuándo esperas? Parece mentira. ¿Qué motivos tienes tú para rechazarlo?

Y es que la madre, ignorando lo que pasaba en el interior de la hija, no atinaba a darse cuenta de cómo podía suceder aquello.

Cualquiera otra no pensaría tanto para corresponder al amor de un joven como Eduardo. Era bueno, honrado, laborioso. Tenía delicadísimos sentimientos y un carácter excelente. Aunque de poca instrucción, es verdad, y muy modesto en sus costumbres, no era, sin embargo, un tonto, ni participaba de las ordinarias maneras de un trato incivil. Además de sus bellas cualidades morales tenía bienes de fortuna, veinte y seis años de edad, cuerpo elegante, color trigueño, hermosos ojos grises y el pelo engajado. ¿Por qué, pues, no podía inspirar las simpatías de Antoñita, cuando él, antes que todo, la amaba con delirio?

He ahí las razonables consideraciones que muy a menudo se hacían la madre y las hermanas de nuestra heroína.

Entretanto el tiempo iba pasando y ella no acababa de decidirse. Su deseo la impulsaba a resolver favorablemente el problema, pero su honradez la detenía. No se hallaba con valor para mentir, no ya solamente por lo que a ella importara,

sino porque le parecía ofender la honra de Eduardo. Llegó un día en que el desesperanzado se fue retirando de la casa. Hubo desagradables escenas en la familia. La Señora C. cayó en cama. Aurelia, y Alicia, y hasta el mismo Alfredo, achacaron el quebranto a los disgustos; y Antoñita, asustada, y sensible como era, no pudiendo resistir más a las súplicas de la madre enferma, dio por fin su palabra al enamorado primo.

Seis meses hacía, precisamente, en la mañana de ese domingo de Resurrección que se habían realizado los amores, y más de cuatro que se hubiera efectuado el matrimonio, a no ser porque ella siempre encontraba un pretexto para aplazarlo.

III

—¡Ay! ¡gracias a Dios!... ¡Cuánto te he esperado —dijo Antoñita, dando un suspiro, al ver entrar a Engracia al aposento.

Y aunque esta venía de la iglesia, buscando un desahogo, porque la salida de ese día, y la misma amonestación del matrimonio de su amiga, habían renovado en su pecho las heridas del terrible desengaño de su amor. Al fijarse en el sufrimiento de Antoñita, no pensó más en ningún consuelo para sí misma, sino en dárselo a su amiga. Así era siempre, ocultaba sus lágrimas para poder enjugar las ajenas.

—Sí; ya veo que vuelves a tus exageraciones. Déjate de eso; anímate y no pienses en tantas cosas tristes —dijo quitándose la mantilla que traía prendida del pelo y poniéndola sobre el catre de Antoñita; arrastró una silla y se sentó a su lado.

—Exageraciones. ¡Ojalá fueran exageraciones! —exclamó esta con profunda convicción.

—Entonces, ¿ha ocurrido algo de nuevo?

—Nada, siempre lo mismo.

—¿Cómo? ¿Y no te habías resignado?

—Sí —contestó Antoñita con un movimiento afirmativo de cabeza.

—¿No me dijiste que tenías esperanzas?...

—Sí —volvió a repetir la interpelada.

—¿Y no te hallas con la virtud suficiente para cumplir tu misión de esposa?

—Sí.

—¿Y entonces?

—Lo que siempre te he dicho, lo que tanto me temía. Voy a ser perjura ante el mundo y ante Dios. Yo siento que voy a cometer una felonía, un crimen. Voy a engañar a un hombre bueno y honrado... ¡Dios mío! ¡y no poder como otras veces aplazar la amonestación! Me valí de todos los medios. Llamé por último al mismo Eduardo y le supliqué. Todo fue inútil... Se creen que son caprichos míos... ¡No saben lo que pasa aquí adentro! ...Y el jueves vendrá el matrimonio, y me casaré. ¿No crees tú que esta situación es para cualquiera volverse loca?

Engracia, que tenía los mismos delicados sentimientos de su amiga, no sabiendo de qué manera objetar a esas razones de pura conciencia, contestó así:

—Pues bien, ¿tú no te hallabas ya conforme? ¿no me dijiste convencida que te resignarías a tu suerte, poniendo tu esperanza en el porvenir?

—Sí, te lo dije, y tú lo sabes, formé el propósito de casarme, para evitar las habladas de la gente, que hoy me daban un novio, mañana otro; y más que todo, para complacer a mi familia; a mi madre, principalmente, que tanto y tanto me lo ha suplicado. Yo me dije: él es bueno, es digno y sus cualidades me harán amarlo. Trataré de hacerlo feliz, aunque yo sea desgraciada al tener que ocultar en mi pecho la profunda herida que me mata. El sacrificio será mío. Yo me concretaré a los deberes del hogar: seré una esclava de sus deseos; estaré pendiente de sus menores caprichos. Pero todos mis esfuerzos son inútiles. Veo que no lo amo, ni lo amaré. ¿Y cómo una mujer que se dice buena va a casarse con un hombre a quien no ama? No, yo no puedo, no puedo, Engracia. Ayúdame a destruir este matrimonio...

—Pero ya con los carteles fijos en la puerta del juez civil, corrida la última amonestación, no es posible Antoñita. Eso sería un escándalo. Tu madre se moriría.

—¡Dios mío! ¿Y cómo me hago? ¿Seré perjura?

—Pero, Antoñita, si tú no le odias; si no te repugna; si por el contrario le tienes afecto, ¿por qué dudas que ese afecto con el tiempo se pueda trocar en amor?

—¿Pero si es el caso que ese afecto que digo tenerle no lo comprendo? Yo misma no lo podría definir, es más bien una estimación, un aprecio a sus cualidades. Y por lo mismo que lo estimo como a un hombre bueno, me parece un crimen engañarlo.

—¿Y por qué exageras de ese modo, si tú te sientes con fuerza y virtud para ser una esposa fiel?

—¡Ah! ¿me voy a parecer a esas mujeres que solo guardan la fidelidad en el cuerpo, que ofenden a sus maridos con el pensamiento y con el corazón manteniendo en el alma criminal amor por otro hombre? No, yo no quiero que llegue el caso en que una circunstancia me haga bajar los ojos; asustarme de mí misma; sentirme sonrojada al confesarme en mi interior, ni sonrojar tampoco, aunque lo sepa, al compañero de mi vida. Yo quiero ser una esposa pura, limpia de toda mancha en el fondo de mi conciencia.

—¡Señores, el almuerzo! ¡Vengan a tomar el chocolate! —gritó Aurelia que hacía poco había llegado de la calle con Alicia, interrumpiendo la conversación de las dos heroínas.

Y cuando Engracia, levantándose de la silla, murmuraba algunas palabras razonables, aconsejando la prudencia a su amiga, se oyó otra vez la voz de Aurelia, que ya en el aposento repetía:

—¡Señores el almuerzo! ¡el almuerzo! ¿no han oído ustedes?

IV

Una hora después volvió Antoñita a reanudar la conversación sobre el grave asunto que la ocupaba, y así, durante el día, tuvo sus desahogos y recibió sus consuelos; pero la pobre Engracia, tan comedida y tan conforme como era, nunca hizo mención de sus penas. Solamente en una vez en que aludía a Eugenio (se entiende) siempre en la creencia de que por él era que su amiga sentía ese amor, exclamó:

—¡Dios mío! ¿para qué se le ocurriría a Enrique traer a ese joven a Baní?

—¡Enrique!... sí, ese es el causante de nuestras desgracias –balbuceó Antoñita con indignación–. Hombre fatal... ¡hombre imperdonable! ¡Ojalá no hubiera venido nunca! ¡Dios mío... éramos tan felices!...

—¡Sí... tan felices! –murmuró Engracia casi bebiéndose las lágrimas.

En otra ocasión, volviéndose a hablar de Eugenio, vislumbró la misma Engracia la idea de que era un hombre soltero y dijo:

—Si se hubiera enamorado de ti; si hubiera hecho alguna demostración en ese sentido, yo te habría aconsejado, desde luego...

—No sigas, sé lo que me quieres decir –interrumpió Antoñita–. Pero oye –repuso refiriéndose a Enrique en su interior–, aunque yo esté sintiendo este criminal amor por él, y aunque no existiera lo de Eduardo, viene ese hombre donde mí, y me propone que lo ame para unir su suerte a la mía, y te juro que no lo aceptaría.

—¿Cómo? ¿no lo aceptarías? –replicó Engracia con la mayor sorpresa.

—No, nunca: hay un abismo entre él y yo.

—Pero entonces, ¿quién entiende este misterio?

A esta otra pregunta de su amiga la interpelada bajó la frente y con profundísimo desconsuelo suspiró:

—¡Ay! Engracia es y ha sido siempre un amor sin esperanza... ¡un imposible!

Y al expresarse Antoñita de ese modo, lo hacía con toda la sinceridad de su alma; pues conociendo nosotros muy a fondo sus sentimientos, estamos seguros de que primero preferiría la muerte que unirse a Enrique.

En la noche de ese día, al despedirse de ella, le dirigió Engracia estas cristianas y consoladoras palabras:

—Dios te ayudará, confía en su misericordia. Encomiéndate a la Virgen y tú verás cómo no es tan negro el porvenir. Las nubes se despejarán.

V

Antoñita siguió el consejo de su amiga. Esa noche rezó mucho; al otro día hizo lo mismo. La oración llegó a ser para ella el último recurso. En ese consuelo inefable llegó a ver una esperanza; pero una esperanza que se avivaba en el ardor de su fe. Orando le parecía resolver por obra de milagro, su difícil, indefinido problema. Se aferró de la oración como el náufrago de la tabla salvadora. En el agonizante estado de su espíritu creía encontrar en ella la realización de un sueño, de un imposible. —¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡que él mismo destruya este matrimonio! ¡que se arrepienta! ¡que se arrepienta! —así terminaba siempre y así volvía a principiar diciendo, cada vez que se arrodillaba para vaciar en lo infinito el sentir de su corazón.

Y como en vano había escrito una carta a Eduardo para que se aplazara el matrimonio y en vano con lágrimas en los ojos se lo había suplicado a su madre, negados los recursos en la tierra había vuelto sus miradas al cielo.

Dos días se pasaron en esas amargas luchas, y dos noches casi sin dormir. Había llegado en ella ese intermedio en que parece que descansan desfallecidos los espíritus agitados. Estaba aletargada, silenciosa, meditabunda, indiferente, algo así como insensible.

Parecía hallarse en uno de esos intervalos de quietud que tienen las fiebres devoradoras. ¡Ay! cuando viniese la terrible crisis...

Con la angustiosa agonía del condenado a muerte contaba las horas. Por fin llegó el espantoso jueves que ella hubiera querido detener a trueque de su vida. Amaneció negro, muy negro para su alma.

Las hermanas ponían las cortinas con lazos de cintas en las puertas de la blanqueada sala. Las amigas mandaban las flores. Se arreglaba la casa con todos los preparativos de la fiesta. En la noche debía de efectuarse el acto; es decir, se preparaba el martirio de una víctima inocente; una virgen iría con la corona de la desposada al altar del sacrificio.

Las horas iban corriendo. Eduardo, ocupado en los asuntos de la boda, no había ido en toda la mañana a casa de la novia.

Alicia y Aurelia habían arreglado también el aposento. Limpiaron los muebles; adornaron la mesa que servía de tocador; vistieron con las mejores sábanas el catre de Antoñita, y con las bordadas fundas orladas de encajes las almohadas. Luego tendieron encima el vestido de seda blanca, con la corona de azahares; y colocando en el respaldo de la silla que había junto al catre el finísimo velo, dejaron, como al descuido, el asiento de ella, las zapatillas de raso.

VI

Era ya la tarde. Engracia hacía algún rato acompañaba a su amiga. La señora C., también estaba en el aposento. En la sala se hallaba Eduardo. La madre, demostrando su disgusto, había murmurado algunas palabras respecto a la actitud indiferente en que permanecía la hija.

Luego se sucedió un profundo silencio. El miedo, como cuando se teme una desgracia, había invadido aquellos corazones, y hasta el aire, en aquel pequeño espacio, parecía estar emocionado.

—¿Yo no sé hasta cuándo espera esta muchacha? ¿Qué es lo que pretende? —exclamó al fin la madre interpelando a la hija.

Antoñita, como una loca, se levantó de la silla, y con uno de esos arranques extraordinarios que salen del corazón como desbordado torrente, acercándose a ella, pálida, grave, temblorosa le dijo:

—¡No puedo más! ¡no puedo más! ...¡Yo no me caso, yo no me caso! sépalo usted, y sépanlo todos.

—¿Qué estás diciendo? ¿que no te casas? —exclamó la madre con la sorpresa y el dolor del que acaba de oír una tremenda noticia.

—¡Sí, sí, no me caso porque no quiero cometer un crimen! ¡prefiero morirme, morirme mil veces!

—¿Estás loca, Antoñita? ¡No digas eso, no lo repitas!

—¿Y cómo no repetirlo si yo no lo amo, si yo no lo amo? ...Y a él mismo se lo diré, ya que nadie se lo dice —y acercándose a la puerta con la mayor desesperación gritó—: ¡Eduardo! ¡Eduardo!...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó la madre cayendo en el suelo acometida de un ataque.

—¿Qué es esto? ¿qué sucede? —preguntó Eduardo entrando al aposento con Alicia y Aurelia.

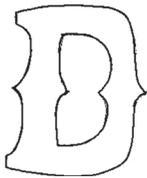
—¡Perdóname!... ¡Yo sé que tú eres bueno, perdóname! ¡perdóname!... ¡te he engañado! ¡yo no te amo! ¡yo no te amo! —dijo Antoñita arrojándose a sus pies y ahogando entre los sollozos estas palabras inclinaba hasta la tierra la cabeza comprimiéndose la frente con las manos.

—¡Infamia! ¡infamia! —murmuró Eduardo apretando los puños, y saliendo del aposento se tiró a la calle como un desesperado.

CAPÍTULO IX

Conclusión

I



Don Postumio y Alfredo, que llegaron a la casa poco después de la terrible escena que acabamos de narrar, se encargaron de desvanecer la impresión que pudiera producir este inesperado suceso, extendiendo la noticia de que Antoñita había caído con una fuerte calentura esa tarde, y que por esa causa no podía verificarse el matrimonio.

Al siguiente día le dieron a Engracia el último, tremendo golpe: Enrique se había casado en la capital, precisamente en la noche de ese mismo jueves. Hasta entonces, por más que ella estaba resignada, se entretuvo a veces en la idea de que un cambio, una reacción podía operarse en él, pero esa noticia vino a extinguir el último destello de su esperanza.

—Ya todo ha concluido —se dijo, enjugándose los ojos; y desencantada de la vida resolvió dejar a Baní, desterrándose para siempre a un solitario campo, por donde casi nunca transita la gente. Allí vive con una vieja tía, hermana de su madre, que llora la muerte de su única hija, y a quien ayuda en la educación de sus dos nietecitas que le quedaron a la tía. Suspira en las tardes, en las faldas de la colina, o debajo del

palmar, desahogando sus pesadumbres; llora a solas a orillas del arroyo, o en las noches, antes de levantar sus oraciones. Jamás se ha oído de su labio una queja de amargo renegar, ni nunca una palabra que vierta hiel. Siempre apacible en sus maneras, siempre suave, siempre con su dulce carácter, con el sereno semblante de una virgen resignada, con las melancólicas sonrisas de un ángel, habla a su tía, y a su madre y hermanas cuando vienen a verla; y así también enseña a bordar y a tejer a las dos huerfanitas, edificándoles el alma con sus lecciones de moral y sus ejemplos de virtud. Imponiéndose la obligación de ayudar a su pobre familia, no se descuida en enviarles las labores que confecciona, para que las vendan y remedien sus necesidades. Su única diversión es el esmero con que cultiva el pequeño huerto en donde tiene sembrado un hermoso rosal, entre una reata formada de matitas de heliotropo. Así enterrada en vida, se ha pasado Engracia los mejores años de su juventud.

La otra, Antoñita, desde aquella tarde no volvió salir del aposento. Al cabo de un tiempo enfermó su madre. Un ataque de parálisis la puso en cama, y después hubo que cambiarla de temperamento por indicación del médico. Antoñita se consagró a su asistencia, y como una esclava, en los dos años que duró su enfermedad, no se apartó un momento de su lecho. Después de su muerte se entregó a trabajar sin descanso. Alfredo se había casado, y fue ella la que desde entonces se hizo cargo de sufragar los gastos de la casa de su madre.

De esa manera ha vivido, sin faltar a este deber que se impuso, retirada de los placeres, sacrificando todos sus gustos, privada de toda sociedad. Jamás se le ha visto en la calle ni en ninguna otra parte que no sea en su casa, y ni siquiera ha vuelto a vestir un traje de color.

He ahí cómo Enrique ocasionó el martirio de tres víctimas: una que reposa en la mansión de los muertos y dos enterradas en el mundo de los vivos.

II

En cuanto a los otros personajes de esta historia, el lector sabrá:

Que Felipe Ozán siguió siendo el ayudante de Plaza, pero que desde el día aquel en que defendió a Antoñita amenazada por Baúl, cuando dieron el asalto a la casa del *general en jefe*, parece que aspiró a que se olvidaran sus malas acciones, y no había dado más que decir en su conducta. A pesar de sus malos instintos el amor había operado ese milagro. Él nunca perdió la esperanza de que Antoñita lo amara:

Que Candelaria, su tía, por el contrario, siempre estuvo buscando la manera de hacer el mal, hasta que se fue a vivir al pueblo de... en donde entabló relaciones ilícitas con el general Pío, que era comandante de Armas de aquella plaza. Desde aquel entonces cesaron en Baní los chismes y las persecuciones políticas.

Gracias a eso pudo Don Postumio, durante mucho tiempo, vivir tranquilo en su casa bajo las garantías que le dieron las autoridades de su pueblo. Ejemplo raro en aquella época. La intransigencia política seguía en el país, y el personalismo reinante no daba acceso a ninguna clase de conciliación. Las revoluciones se sucedían; las unas fracasando al nacer, a causa de las traiciones, y las otras, sin encontrar eco en las masas, obtenían el triste resultado de la derrota, dando a los vencedores nuevos motivos para abatir al patriotismo, ora en las cárceles, ya en el destierro o ya también en el patíbulo. Se derramaron más lágrimas y hubo más sangre en esas contiendas civiles que en la guerra de Independencia. Así es como los tiranos cuestan más a los pueblos que su misma autonomía. El vicio inmoló más víctimas que la virtud y por la servidumbre hacen los hombres más sacrificios que por la libertad.

III

Convencido Don Postumio de esas verdades discutía con sus amigos y los aconsejaba expresándose de este modo:

—Señores, cordura, cordura, hay que adoptar otros medios que no sean los empleados hasta hoy. Dadas las condiciones morales del país, no se conseguirá nunca nada, en bien de la patria, si queremos obtenerlo todo de una vez: es necesario ir poco a poco arrancando derechos y libertades. No nos fijemos en el presente; busquemos el porvenir.

Y como Don Postumio era tan amigo de repetir, y hasta de apropiarse, los pensamientos de los libros que había leído después de esas y otras prédicas por el estilo, se acordaba de algo de Pelletan y decía:

—El trabajo y la instrucción serán lo único que salve a la República.

«Cada vez que un ciudadano guarda una moneda para librar a su familia de la miseria, rescata al mismo tiempo a la patria de la servidumbre. La independencia de situación afianza la independencia de carácter. El despotismo necesita un pueblo mendigo. Que este deje de pedir y el déspota no podrá sostenerse».

Y después que recomendaba la instrucción en las masas concluía copiando a Víctor Hugo de esta manera:

—«¿Qué es lo que se necesita en las sociedades para desvanecer y disipar sus larvas? Luz. Raudales y torrentes de luz. Ni un solo murciélago resiste a los resplandores del alba».

«Iluminad la sociedad en las regiones inferiores». Y... habréis salvado el país.

APÉNDICE

Baní al natural

I

Para terminar esta obra, volvamos a decir algo de Baní; pero no del Baní pintoresco que describimos o que quisimos describir, en el capítulo cuarto del libro primero; sino del Baní sin colores que no hayamos podido dar a conocer en el conjunto de los otros capítulos.

Cualquiera que haya vivido en el pueblo de Engracia y Antoñita, verá que al tratarse de él, no se pueden pasar por alto ciertos vacíos que es indispensable llenar.

Es verdad que para llenar esos vacíos no vamos nosotros a guiarnos por el entusiasmo exagerado de Don Postumio, que a voz en cuello en una discusión, decía:

—¡Baní es el pueblo más civilizado, más moral y menos pobre que existe en la República, porque no se ve gente descalza ni raída vagando por las calles, y porque nunca se han conocido en él prostitutas, ni mendigos!

Tampoco nos habremos cansado recalcando la belleza de su cielo, el lindísimo panorama de sus lomas, la poesía de su río y sus colinas, ni la merecida fama de que goza el dulce y sano temperamento de esa pequeña Arcadia, que si, como la de Grecia, no ha sido cantada por los poetas, la han cantado

en el sentir de su corazón todos aquellos en quienes ha ejercido sus bienhechoras influencias. Y callaremos también, para comprobar la certeza de esas cualidades privilegiadas de salubridad, las veces en que sus habitantes se han librado de las epidemias que han invadido el país; los innumerables extranjeros a quienes ha devuelto ese clima la perdida salud, y las citas de los tantos casos de longevidad que allí abundan y han abundado en todas las épocas.

Repetiremos sí, que las costumbres de los banilejos, sin embargo de que participan un tanto de ese abandono que es natural en los pueblos, son urbanas, y que no se puede negar la moralidad y el grado de cultura que hay en ellas. Esto último se advierte, especialmente, en el trato social de las mujeres, a quienes parece concedió dote intelectual graciosamente Naturaleza. La banileja, además de que se distingue por su buen tipo y su gracia, es despejada sin alarde, inteligente sin instrucción, culta con sencillez, y su conversación, sin dejos ni modismos, unida a sus modales, es tan agradable como la de cualquiera educada mujer de las ciudades.

En la apatía proverbial de los hombres resalta de igual modo la diferencia que existe entre los dos sexos. Las hembras, muy al contrario de apáticas, son en extremo sensibles, cuidadosas, esmeradas, activas, emprendedoras; y así como no hay quien las mejore en los quehaceres y el cuidado del hogar, siempre se las halla dispuestas a la cooperación activa del progreso de su pueblo.

En estas, y otras cosas, en que se diferencian notablemente las banilejas de los banilejos, no han andado muy exactos autores, como Rousseau, Aimé Martin y otros, cuando enseñándonos a conocer un pueblo nos dicen: —«Estudiad a las mujeres y conoceréis quiénes son los hombres».

Cuenta la tradición que cuando ha sido necesario prestar concursos para el bien de la generalidad, las banilejas no han escaseado medios, contribuyendo a él moral y materialmente.

Ahí está confirmando esta verdad la que parecía obra titánica en Baní, su hermosa iglesia de cal y canto, donde nunca

los albañiles prepararon la mezcla sin que el agua fuera traída por ellas, y donde no hay apenas una piedra que ellas no cargaran a sus hombros.

II

En lo que se distinguió mucho, y aún por lo general se distingue, la mujer de Baní es en el cuidado y aseo, tanto de sus personas, como de sus hogares. Siempre se esmeran en tener limpias las viviendas, por pobres que sean, así se encuentren en los campos.

En las del pueblo, saltan a la vista los espaciosos patios, faltos por lo regular de árboles, con excepción de aquellos donde ha nacido la intrusa y repugnante bayahonda, que los ingleses llevaron a Haití en el vientre de sus caballos y con la cual Haití nos viene *invadiendo*. En esos patios se nota el descuido, pues debían de estar sembrados de las frutas y otras plantas útiles, y las señoritas deberían de cultivar en ellos hermosos jardines.

Sería frívolo hacer mención de la crianza de cabras, que allí abundan hasta en la misma población, y de los rebaños de ovejas, a las cuales nunca trasquilan, y que sin pastores que las conduzcan, vienen en las tardes, durante el verde de la primavera, a pacer los abrojos con que se entapiza la plaza; de ese mugido melancólico del becerrillo que encerrado en el corral clama por la madre; y que anunciando la proximidad del día, tan agradablemente nos hace despertar en la cama: circunstancias estas que contribuyen a conservar, en lo urbano de Baní, ese tinte característico de su origen pastoril.

Tampoco es de decirse la fama, tan celebrada en otro tiempo, del sabroso dulce de leche que allí se confecciona, ni de las industrias de cabuya, textil del cual se fabrican los *hicos* de color de perla más finos y duraderos que pueden existir; ni del *guano* y del *yarey* que explotan las familias pobres, tejiendo,

principalmente las mujeres, esos serones, árganas, macutos, escobas y sombreros, que por su crédito adquirido, se venden con preferencia en Azua, San Cristóbal y la capital.

III

Pero si todo parece baladí, no lo será por cierto, al hablar de la crianza y agricultura de la Común, hacer notar que, a pesar del rigor con que las castigan las grandes sequías, bastan tres o cuatro años de regulares lluvias para que se multiplique la una y florezca de un todo la otra. Débense ambas cosas a lo agradecido de aquellos terrenos, y la labor persistente de los banilejos; y también influyen en ello dos circunstancias en las cuales tal vez no se ha fijado la atención: la primera es la de hallarse los criaderos, en algunos puntos, separados de los lugares que se aplican al cultivo; y la segunda es la de que allí todos los terrenos, con excepción del llamado Catalina, son comuneros. Esta última condición, por más que se diga, no cabe duda que es una gran ventaja para extender y generalizar la agricultura en las comarcas; pues estimula al agricultor pobre, que es el que forma verdaderamente la riqueza repartida de los pueblos; y lo estimula, desde luego que lo hace propietario del terreno cultivado, sin estar sujeto, como en otros lugares de la República, a pagar arrendamiento, ni a tener el temor de que el dueño, por cualquiera circunstancia, le tace el fruto y lo eche de la tierra.

Con respecto a la crianza, en Baní, es verdad que, aunque, dividida de la agricultura, aun allí mismo, no están bien determinadas las zonas (ni creo que en ninguna otra parte), por falta de una ley que sea bien clara y que se haga ejecutar, y sobre todo, por no haberse podido libertar todavía el país de la influencia que ejerce ese tirano inmundo, defalcador libertino que invade toda la República, poniendo obstáculos al progreso y ocasionando daños por doquiera al disponer a

su grosero antojo de los frutos del agricultor, sin que haya ley que lo sujete en sus desafueros; porque como rey absoluto y consentido en esta tierra quisqueyana parece que goza de un derecho privilegiado. Ese tirano impertinente de pelo crespo y de raza jabalí, que todos conocen, es el puerco, al cual Don Postumio, o no sé quién llegó a llamar en Baní, por su conocida impunidad: «miembro del Ilustre Ayuntamiento»...

IV

En cuanto a historia, no se puede pasar en silencio, por los errores que han cundido, que el lugar en aquel extenso valle, en donde se levantó la primera aldea, fue en «Boca Canasta», cuando aún de los indígenas se veían las recién abandonadas chozas, y cuando aún el invasor hallaba en las alturas de Peravia, los fetiches que aquellos adoraban como a sus dioses penates. A ese mismo «Boca Canasta», pequeño caserío que está situado al sur del pueblo, y a media legua de puerto de «Agua de la Estancia», tocó la honra de recibir al primer gobernador que mandaron a esos –entonces grandes hatos– cuando ya los poblaban algunos villorrios. Ha recogido la tradición, que después de esa primera autoridad, vino el llamado Don Pablo Romero, quien fue sorprendido una noche, y cogido prisionero, junto con sus dos bellas hijas, por los piratas que invadían las costas del Sur, y que merced al oro que tenía enterrado en la playa de ese mismo puerto de «Agua de la Estancia», se rescató él, rescatando también a sus hijas, amenazadas de sufrir un largo cautiverio.

En las costas de Baní no solo desembarcaban los *filibusteros* para hacer sus piraterías en el siglo XVII, sino también, a principios del presente, fueron teatro sus campos del pillaje de los llamados *Insurgentes*, cuando el inmortal Bolívar, en la América del Sur, levantó sus gloriosas banderas de independencia y libertad.

De «Sabana Grande de Palenque», en el año 15, se llevaron estos últimos, entre otras personas, a la respetable señora doña Petrona Tejera, bisabuela de Antoñita, y de Sabana Buey, en ese mismo año aprisionaron a Don Juan Sarmiento, que fue rescatado después por un cofre lleno de prendas que entregó.

Cuando esto vino a suceder, a pesar del incendio que había sufrido Baní en el año 5, en la invasión de Dessalines, ya estaba completamente fundado. Son muy curiosas las tradiciones de la fundación de este pueblo; ellas dieron margen a más disputas que las que tuvieron Rómulo y Remo en la fundación de Roma. Unos querían que se fundase en «El Llano», otros en «Paya». Otros daban su preferencia a «Peravia», y así cada cual disputaba la primacía para su lugarejo, hasta que el viejo Bartolomé Castillo y la familia Cuello, dueños del llamado «Hato de Cerro Gordo» y de «La Estrella», decidieron la cuestión, regalando definitivamente los terrenos de sus ejidos (que después, no sé por qué, aparecen vendidos) y construyendo los primeros bohíos, por los años del 64 del siglo pasado, en el pintoresco sitio en que hoy se encuentra la población.

El hijo de ese mismo viejo Don Bartolomé Castillo, que se llamaba Santiago Castillo, consiguió que se erigiese en parroquia a Baní siendo él la primera autoridad, y merced a los esfuerzos del padre Guerrero, que fue su primer pastor de almas, y al que sucedió muchos años después en el curato, fray Vicente González Urra, de la orden de franciscanos. A este fray Vicente cupo la honra, en el año 14, de recibir de manos de la señora Francisca la Francisquera, mujer de costumbres muy cristianas, y de quien ya hicimos mención, la preciosa imagen de la Virgen de Regla, para colocarla definitivamente en el nuevo templo que en aquel entonces se construyó.

V

De los dos primeros curas de Baní se cuentan anécdotas muy intencionales. Al padre Guerrero, en el año uno del presente siglo, cuando vino a tomar posesión de esta parte el célebre Toussaint Louverture, se atribuye la del perro prieto.

Se dice que cuando de la Sabana de Ñagá, fueron rechazadas las tropas del intruso invasor, en cuya heroica acción murió entre otros, el banilejo Pedro Mota, padre del general Manuel de Regla Mota, que después fue presidente de la República, las autoridades españolas en Santo Domingo, a pesar de que no le faltaban recursos y fuerzas para su defensa, se dejaron llevar de la astucia que empleó Toussaint, y le entregaron las llaves de la ciudad y el mando de la capitanía.

Con este motivo el padre Guerrero, que tenía un perro prieto muy astuto para velar las presas, y para robarse los mejores bocados de la alacena, púsole por nombre Toussaint. A su regreso de Santo Domingo, el general se hospedó en casa del cura y comió a su mesa con los oficiales de más alta graduación. El perro vino durante la comida, y el cura, fingiendo la mayor despreocupación, lo echó fuera por dos veces manoteando y diciendo en alta voz:

—¡Ala! ¡vete! ¡Toussaint! ...¡Ala! ¡vete! ¡Toussaint!

En la última vez, ya con mal pronunciado ceño, el general tiró los cubiertos y los oficiales, levantándose de la mesa, interrogaron de mala manera al cura. Este, con simulada humildad, pidiendo excusas y haciéndose el inocentón, como fraile al fin cogido en defecto, respondió en buen francés, y con cierto énfasis:

—Por noble, por valiente y por hábil, le he dado ese nombre, que lleva el más bravo de los hombres, al más bravo de los perros.

Esta salida del cura, expresada con la mayor ingenuidad, si no satisfizo a Toussaint, al menos lo colmó, e hizo que todos siguieran comiendo.

De fray Vicente González existe la muy sabia tradición de que cuando Boyer, en el año 22 tomó posesión de la parte

española, él recibió orden, como todos los curas en aquella época, de bendecir la palma de la libertad.

Fray Vicente González, aunque de nacionalidad venezolana, era muy amante a los hijos de este país; y tuvo, a su pesar, que obedecer la orden. Este fraile fue de los que creyeron firmemente que no hubo razón por qué no conservar la independencia, haciendo Don José Núñez lo que hizo Boyer, que fue dar libertad a los esclavos; e inconforme con el nuevo orden de cosas, decía que los dominicanos se habían dejado engañar como unos tontos. De modo que, la tarde en que fue a bendecir la palma en la plaza de Baní, rodeado de tropas haitianas al mando del coronel Hogue, que era el comandante de armas, y de muchos hijos del país que a disgusto tuvieron que ir a presenciar el acto, rociaba con el hisopo el agua, sin duda, no bendita alrededor de la palma, y dirigiéndose a estos últimos con marcada mordacidad, a cada aspersión decía:

—«¡Buenísimo! por pen... ¡Buenísimo! por pen... ¡Buenísimo! por pen [...]». Dejo a los lectores que concluyan en plural las dos últimas sílabas para que completen la palabra tan conocida con que designó el cura a los dominicanos.

Tan punzante fórmula hizo mover la cabeza, con signos de aprobación, a algunos vecinos patriotas, y sonreír a otros de la concurrencia; lo cual, llamando la atención del coronel Hogue, le movió a preguntar a un dominicano que le servía de intérprete:

—*Ca li di?* —(¿Qué dice él?)

—*Mu pas cannais* —(Yo no sé latín) respondió. —*C'est latin;* (es latín) salvando así al inconforme oficiante.

VI

Sin hacer mención de otras anécdotas que pudieran contarse, y volviendo a las grandes sequías, que son la causa principal de que Baní no sea un pueblo rico, haremos que se fije la atención en una circunstancia que prueba, no solo la apatía del carácter banilejo, sino también su falla de iniciativa.

Convidando están a una canalización fácil y poco costosa las aguas del caudaloso Nizao, las que regarían una grandísima extensión de terreno, y evitarían los perjuicios y la ruina que allí causa la falta de lluvias.

Formándose una sociedad anónima, arreglada de modo que las acciones se estipulasen a un precio y bajo condiciones de pago que permitieran a todos los habitantes comprarlas, ya sea con dinero a prorrata, o ya a cuenta de trabajos materiales hechos en la misma canalización, la empresa sería realizable en corto tiempo. Pero el banilejo no comprende, o no quiere comprender, a causa de su carácter, las ventajas de las sociedades cooperativas; prefiere matarse trabajando, expuesto a perderlo todo en un momento, a sacrificar parte de ese trabajo para asegurar el del porvenir.

Ese descuido o abandono de los intereses que les son comunes, está comprobado también en el hecho de las salinas de «Puerto Hermoso». Estas salinas que les pertenecen desde hace más de un siglo, y que pudieran haberle dado recursos para el fomento de la instrucción y otras mejoras en su hermoso pueblo, durante muchos años, fueron donadas, por quien no corresponde, a particulares que tampoco las beneficiaban; y los Ayuntamientos de aquella común, tan indolentes como sus habitantes, no hicieron las gestiones que eran de su deber en la época de las donaciones, y hasta hace poco, que todos ellos se levantaron como un solo hombre para reclamarlas, dejaban que se perdiera ese tesoro.

VII

Y el que conozca a fondo el carácter del banilejo, apenas podría explicarse cómo acontecen esas contradicciones. Pues difícil sería hallar gente en ninguna parte más apegada a su terruño.

En esto también existe una diferencia entre los dos sexos. La banileja, a pesar de las cualidades que en ella hemos descrito, es menos sensible al amor de su pueblo; ella, ausente

de él, puede recordarlo, como se recuerda el lugar donde se nació; pero el banilejo lo echa de menos, suspira por él, y le parece que no hay lugarcito en el mundo para vivir mejor que Baní. Por Baní, uno de sus hijos, en la ausencia, es capaz, en una discusión en que quieren desconceptuárselo, de poner el grito en el cielo, y si a mano viene, irse a los puños con el contendiente ofensor.

El banilejo en ese rasgo, apasionado, sintetiza el carácter general del dominicano en ausencia de la patria.

VIII

En fin, sin haber anotado las diferencias del Baní puro, patriarcal y sencillo de otro tiempo, con el Baní casi heterogéneo de hoy; y sin haber delineado el cuadro de aquella generosa hospitalidad, digna de los pueblos bíblicos, con que entonces se acogía a los huéspedes en aquellos campos y en aquella población, vamos a concluir la descripción del Baní sociológico. Y al hacerlo, refiriéndonos, casualmente, a esa hospitalidad, de la cual todavía se dejan ver las señales de su generosidad primitiva, nos parece que no faltará en aquel pueblo quien diga, interrogándonos:

—¿Por qué haber omitido que, a pesar de las muchas atenciones y obsequios de que era objeto el forastero, jamás el banilejo recibió otra recompensa que la del desdén; pues muchas veces o casi siempre, al verse en la capital con sus huéspedes, estos con un —¿*Cuándo viniste?*, y con otro —¿*Cuándo te vas?* o con un —¿*Abur, chico!*, por conclusión, los despedían?...

Publicaciones recientes del Archivo General de la Nación

- Vol. CCCXLVII. *La geografía y su impacto sobre la Guerra Restauradora en el frente este*, Miguel Ángel Díaz Herrera y Álvaro Caamaño Santana, 2018.
- Vol. CCCXLIX. *El último expedicionario de Maimón*, Ernesto Jáquez Trejo, 2019.
- Vol. CCCLIII. *Pensadores decimonónicos*, Roberto Cassá, 2019.
- Vol. CCCLIV. *Defender la Nación: Intelectuales dominicanos frente a la primera intervención estadounidense, 1916-1924*, Isabel de León Olivares, 2019.
- Vol. CCCLV. *Oscar Torres. El cine con mirada universal*, Luis Beiro Álvarez, 2019.
- Vol. CCCLVI. *Cartas de los obispos y arzobispos de la isla Española (1529-1611)*, Genaro Rodríguez Morel, 2019.
- Vol. CCCLVII. *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1587-1597)*, Genaro Rodríguez Morel, 2019.
- Vol. CCCLVIII. *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1597-1605)*, Genaro Rodríguez Morel, 2019.
- Vol. CCCLIX. *Cuba en la anexión de Santo Domingo a España*, Olga Portuondo, 2019.
- Vol. CCCLIX. *Cuba en la anexión de Santo Domingo a España. Documentos*, Olga Portuondo, 2019.
- Vol. CCCLX. *José Almoina y sus artículos publicados durante el exilio en República Dominicana*, Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, 2019.

Publicaciones recientes del Archivo General de la Nación

- Vol. CCCLXV. *El exilio español en República Dominicana, 1939-1940*, Natalia González Tejera, Montserrat Prats García y Constanancio Cassá Bernaldo de Quirós, 2019.
- Vol. CCCLXVI. *101 escritos de Toussaint Louverture*, Carlos Esteban Deive, 2019.
- Vol. CCCLXVIII. *Diplomacia dominicana con Haití a principios del siglo XX*, Pastor Vásquez Frías. Tomo I, 2019.
- Vol. CCCLXIX. *Diplomacia dominicana con Haití a principios del siglo XX*, Pastor Vásquez Frías. Tomo II, 2019.
- Vol. CCCLXX. *Cronológico de oficios de la Secretaría de Estado de la Presidencia (enero-abril, 1963)*, Eliades Acosta Matos, 2019.

COLECCIÓN JUVENIL

- Vol. XIII. *Los civilizadores*, Horacio Read, 2019.
- Vol. XIV. *Ay de los vencidos*, Rafael Damirón, 2019.

COLECCIÓN CUADERNOS POPULARES

- Vol. 5. *Aspectos de la metodología de la investigación*, Roberto Cassá, 2019.
- Vol. 6. *El espíritu de España en la liberación de República Dominicana, 1916-1924*, Enrique Deschamps, 2019.
- Vol. 7. *Causa número 1225-1950 por el secuestro y desaparición de Mauricio Báez*, Eliades Acosta Matos, 2019.

BOLETÍN DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (BAGN)

- Vol. XLIII. Número 152. Septiembre-diciembre 2018.
- Vol. XLIV. Número 153. Enero-abril 2019.

Esta edición de la novela *Baní o Engracia y Antoñita*, de Francisco Gregorio Billini, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Corripio, S. A. S., en diciembre de 2020 y consta de 1,000 ejemplares, Santo Domingo, República Dominicana.

